Digitized by the Internet Archive
in 2009 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/obrascompletas11caba

COLECCION

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

TOMOS PUBLICADOS

1.º—*Romancero espiritual* del Maestro Valdivielso, con retrato del autor grabado por Galbán, y un prólogo del Rdo. P. Mir, de la Real Academia Española. (Agotados los ejemplares de 4 pesetas, los hay de lujo de 6 en adelante.)

2.º—Obras de D. Adelardo López de Ayala: tomo I.—*Teatro*: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura, y una advertencia de D. Manuel Tamayo y Baus.—Contiene: *Un hombre de Estado.—Los dos Guzmanes.—Guerra á muerte.*—5 pesetas.

3.º—Obras de Andrés Bello: tomo I.—*Poesías*, con retrato del autor grabado por Maura, y un estudio biográfico y crítico de D. Miguel Antonio Caro.—Contiene todos sus versos ya publicados, y algunos inéditos. (Agotada la edición de 4 pesetas, hay ejemplares de lujo de 6 en adelante.)

4.º—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo II.—*Teatro*: tomo II.—Contiene: *El tejado de vidrio.—El Conde de Castralla.*—4 pesetas.

5.º—Obras de D. Marcelino Menéndez y Pelayo: tomo I.—*Odas, epístolas y tragedias*, con retrato del autor grabado por Maura, y un prólogo de D. Juan Valera.—4 pesetas.

6.º—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo I.—*Escenas andaluzas.*—4 pesetas.

7.º—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo III.—*Teatro*:

tomo III.—Contiene: *Consuelo.—Los Comuneros.*—4 pesetas

8.º—Obras de D. Antonio Cánovas del Castillo: tomo I.—*El Solitario y su tiempo:* tomo I.—Biografía de don Serafín Estébanez Calderon y crítica de sus obras, con retrato del mismo, grabado por Maura.—4 pesetas.

9.º—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo II.—*El Solitario y su tiempo.* tomo II y último.—4 pesetas.

10.—Obras de D. M. Menendez y Pelayo. tomo II.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo I. Segunda edicion.—5 pesetas.

10 bis.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo. tomo III.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo II. Segunda edición.—5 pesetas.

11.—Obras de A. Bello. tomo II.—*Principios de Derecho internacional,* con notas de D. Carlos Martínez Silva: tomo I.—Estado de paz.—4 pesetas.

12.—Obras de A. Bello. tomo III.—*Principios de Derecho internacional,* con notas de D. Carlos Martínez Silva: tomo II y último.—Estado de guerra.—4 pesetas.

13.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo IV.—*Teatro,* tomo IV.—Contiene: *Rioja.—La estrella de Madrid.—La mejor corona.*—4 pesetas.

14.—*Voces del alma.* poesías de D. José Velarde.—4 pesetas.

15.—Obras de D. M. Menendez y Pelayo: tomo IV.—*Estudios de crítica literaria.*—Primera serie, 2.ª edición.—Contiene: La poesía mística.—La Historia como obra artística.—San Isidoro.—Rodrigo Caro.—Martínez de la Rosa.—Nuñez de Arce.—4 pesetas.

16.—Obras de D. Manuel Cañete. tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—*Escritores españoles é hispano-americanos.*—Contiene: El Duque de Rivas.—Don José Joaquín de Olmedo.—4 pesetas.

17.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo III.—*Problemas contemporáneos.* tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: El Ateneo en sus relaciones con la cultura española. las transformaciones europeas en 1870: cuestion de Roma bajo su aspecto universal. la guerra franco-prusiana y la supremacía germánica. epílogo.—El pesimismo y el optimismo: concepto e importancia de la teodicea popular: el Estado

en sí mismo y en sus relaciones con los derechos individuales y corporativos: las formas políticas en general.—El problema religioso y sus relaciones con el político. el problema religioso y la economía política: la economía política, el socialismo y el cristianismo. errores modernos sobre el concepto de Humanidad y de Estado: ineficacia de las soluciones para los problemas sociales: el cristianismo y el problema social: el naturalismo y el socialismo científico: la moral indiferente y la moral cristiana. el cristianismo como fundamento de orden social: lo sobrenatural y el ateismo científico: importancia de los problémas contemporaneos.—La libertad y el progreso —Los arbitristas Otro precursor de Malthus.—La Internacional.—5 pesetas.

18—Obras de D. A. Cánovas del Castillo. tomo IV.—*Problemas contemporáneos* tomo II —Contiene: Estado actual de la investigación filosofica: diferencias entre la nacionalidad y la raza. el concepto de nación en la Historia: el concepto de nacion sin distinguirlo del de patria.—Los maestros que más han enriquecido desde la catedra del Ateneo la cultura española —La sociología moderna. —Ateneistas ilustres: Moreno Nieto, Revilla.—Los oradores griegos y latinos —Centenario de Sebastian del Cano.—Congreso geográfico de Madrid.—Ideas sobre el libre cambio —5 pesetas.

19.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo V.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo III, segunda edición (siglos xvi y xvii) —5 pesetas.

20.—Obras de D M. Menéndez y Pelayo. tomo VI.—*Historia de las ideas esteticas en España:* tomo IV, segunda edición (siglos xvi y xvii).—5 pesetas.

21.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo. tomo VII —*Calderón y su teatro.*—Contiene: Calderon y sus criticos — El hombre, la época y el arte.— Autos sacramentales — Dramas religiosos —Dramas filosóficos.—Dramas tragicos.—Comedias de capa y espada y géneros inferiores. Resumen y sintesis —4 pesetas.

22 —Obras de D. Vicente de la Fuente: tomo I.—*Estudios criticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* primera serie, con retrato del autor grabado por Maura. Contiene. Sancho el Mayor.—El Ebro por Irontera. —Matrimonio de Alfonso el Batallador — Las Hervén-

cias de Avila.—Fuero de Molina de Aragón.— Aventuras de Zafadola Panteones de los Reyes de Aragón.—4 pesetas

23.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo V.— *Teatro:* tomo V.—Contiene: *El tanto por ciento.—El agente de matrimonios.*—4 pesetas

24.—*Estudios gramaticales.*—Introducción á las obras filológicas de D Andrés Bello, por D. Marcos Fidel Suárez, con una advertencia y noticia bibliografica por D Miguel Antonio Caro.—5 pesetas.

25.—*Poesias de D. José Eusebio Caro*, precedidas de recuerdos necrológicos por D. Pedro Fernández de Madrid y D José Joaquin Ortiz, con notas y apéndices, y retrato del autor grabado por Maura.—4 pesetas.

26.—Obras de D. A. L de Ayala: tomo VI —*Teatro:* tomo VI.—Contiene: *Castigo y perdón* (inédita).—*El nuevo D Juan.*—4 pesetas.

27.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VIII.—*Horacio en España —Solaces bibliográficos*, segunda edición refundida· tomo I.—Contiene: traductores de Horacio.—Comentadores.—5 pesetas.

28.—Obras de D. M Cañete: tomo II.—*Teatro español del siglo XVI —Estudios histórico-literarios.*—Contiene Lucas Fernández.—Micael de Carvajal.—Jaime Ferruz.—El Maestro Alonso de Torres.—Francisco de las Cuevas.—4 pesetas.

29 —Obras de D. S. Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo II.—*De la conquista y pérdida de Portugal:* tomo I.—4 pesetas.

30.—*Las ruinas de Poblet*, por D. Victor Balaguer, con un prólogo de D. Manuel Cañete.—4 pesetas.

31.—Obras de D. S. Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo III.—*De la conquista y pérdida de Portugal:* tomo II y último.—4 pesetas.

32.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo VII y último.—*Poesias y proyectos de comedias.*— Contiene: Sonetos y poesias varias.—Amores y desventuras.—Proyectos de comedias.—El último deseo.—Yo.— El cautivo.—Teatro vivo. — Consuelo. — El teatro de Calderón.—4 pesetas.

33.—Obras de D M. Menéndez y Pelayo: tomo IX.—*Horacio en España.—Solaces bibliográficos*, segunda

edición refundida, tomo II y último —Contiene: La poesía horaciana en Castilla —La poesía Horaciana en Portugal.—5 pesetas.

34.—Obras de D. V. de la Fuente tomo II —*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* segunda serie —Contiene: Las primeras Cortes —Los fueros primitivos.—Origen del Justicia Mayor —Los señoríos en Aragón —El régimen popular y el aristocrático. —Preludios de la Unión.—La libertad de testar —Epílogo de este período —4 pesetas

35 —*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D F Guillén Robles tomo I —Contiene: Nacimiento de Jesús —Jesús con la calavera.—Estoria de tiempo de Jesus -- Racontamiento de la doncella Carcayona — Job —Los santones —Salomón —Moisés —4 pesetas

36 —*Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por primera vez, con introducción y notas, por D. Antonio Paz y Melia, tomo I —4 pesetas

37.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducido directamente del aleman por D. Eduardo de Mier: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.— Contiene: Biografía del autor.—Origen del drama de la Europa moderna, y origen y vicisitudes del drama español hasta revestir sus caracteres y forma definitiva en tiempo de Lope de Vega.—5 pesetas.

38 —Obras de D. M. Menéndez y Pelayo. tomo X —*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo V (siglo XVII).—4 pesetas.

39.—*Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por primera vez, con introducción y notas por D. A. Paz y Melia: tomo II y último.—4 pesetas.

40.—Obras de D Juan Valera: tomo I.—*Canciones, romances y poemas*, con prólogo de D. A. Alcalá Galiano, notas de D. M. Menéndez y Pelayo y retrato del autor grabado por Maura.—5 pesetas.

41.—Obras de M. Menéndez y Pelayo: tomo XI.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo VI (siglo XVIII).—5 pesetas.

42.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo II.—Contiene: Leyenda de Mahoma.—De Temim Addar.—Del Rey Tebin.—De

una profetisa y un profeta.—Batalla del rey Almohalbal.—El alárabe y la doncella.—Batalla de Alexyab contra Mahoma.—El milagro de la Luna.—Ascensión de Mahoma.—Leyenda de Guara Alhochorati.—De Mahoma y Alharits.—Muerte de Mahoma.—4 pesetas.

43.—*Poesías de D. Antonio Ros de Olano*, con un prólogo de D. Pedro A. de Alarcón.—Contiene: Sonetos.—La pajarera.—Doloridas.—Por pelar la pava.—La gallomaquia.—Lenguaje de las estaciones.—Galatea.—4 pesetas.

44.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias*), por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.

45.—*Poemas dramáticos de Lord Byron*, traducidos en verso castellano por D. José Alcalá Galiano, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Contiene: Cain.—Sardanápalo.—Manfredo.—4 pesetas.

46.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo II.—Contiene: la continuación del tomo anterior hasta la edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

47.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo III.—*Estudios críticos sobre la Historia y Derecho de Aragón:* tercera y última serie. Contiene: Formación de la liga aristocrática.—Vísperas sicilianas.—Revoluciones desastrosas.—Reaparición de la Unión.—Las libertades de Aragón en tiempo de D. Pedro IV.—Los reyes enfermizos.—Influencia de los Cerdanes.—Compromiso de Caspe.—La dinastía castellana.—Falseamiento de la Historia y el Derecho de Aragón en el siglo XV.—D. Fernando el Católico.—Sepulcros reales.—Serie de los Justicias de Aragón.—Conclusión.—5 pesetas.

48.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo III y último.—Contiene: La conversión de Omar.—La batalla de Yermuk.—El hijo de Omar y la judía.—El alcázar del oro.—Alí y las cuarenta doncellas.—Batallas de Alexyab y de Jozaima.—Muerte de Belal.—Maravillas que Dios mostró á Abraham en el mar.—Los dos amigos devotos.—El Antecristo y el día del juicio.—4 pesetas.

49.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte

de los Varones ilustres de Indias), por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. Antonio Paz y Melia. tomo II y último, que termina con un indice de los nombres de personas citadas en esta cuarta parte y en las tres primeras publicadas en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.—5 pesetas

50.—Obras de D. J. Valera: tomo II —*Cuentos, diálogos y fantasias* —Contiene: El pájaro verde —Parsondes —El bermejino prehistórico —Asclepigenia.—Gopa —Un poco de crematistica.—La cordobesa —La primavera.—La venganza de Atahualpa —Dafnis y Cloe —5 pesetas.

51.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D E de Mier: tomo III.—Contiene: la continuación de la materia anterior.—5 pesetas.

52.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo tomo XII.—*La ciencia española*, tercera edición refundida y aumentada. tomo I, con un prólogo de D. Gumersindo Laverde y Ruiz —Contiene: Indicaciones sobre la actividad intelectual de España en los tres últimos siglos.—De re bibliographica — Mr Masson redivivo.— Monografias expositivo-criticas.—Mr. Masson redimuerto.— Apéndices.—4 pesetas.

53.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo V.—*Poesias*.—Contiene: Amores.— Quejas y desengaños.—Rimas varias.—Cantos lúgubres.—4 pesetas.

54.—Obras de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: tomo I.—*Poesias*, con la biografía del autor, juicio critico de sus obras por D. Aureliano Fernández-Guerra y retrato grabado por Maura: primera edición completa de las obras poéticas.—5 pesetas.

55.—*Discursos y articulos literarios* de D. Alejandro Pidal y Mon.—Un tomo con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: la Metafisica contra el naturalismo.—Fr. Luis de Granada.—José Selgas.—Epopeyas portuguesas.— Glorias asturianas. — Coronación de León XIII.— El P. Zeferino. — Menéndez y Pelayo.—Campoamor.--Pérez Hernández.— Frassinelli.— Epistolas.—Una madre cristiana.—Una visión anticipada.—El campo en Asturias.—5 pesetas.

56.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VI.—

Artes y letras.—Contiene: De los asuntos respectivos de las artes.—Del origen y vicisitudes del genuino teatro español.—Apéndice.—La libertad en las artes.—Apéndice.—Un poeta desconocido y anónimo.—5 pesetas.

57.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XIII.—*La ciencia española*: tercera edición corregida y aumentada: tomo II.—Contiene: Dos artículos de D. Alejandro Pidal sobre las cartas anteriores.—In dubiis libertas.—La ciencia española bajo la Inquisición.—Cartas.—La Antoniana Margarita.—La patria de Raimundo Sabunde.—Instaurare omnia in Christo.—Apéndice.—5 pesetas.

58.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo IV.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

59.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo V y último.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Decadencia del teatro español en el siglo XVIII.—Irrupción y predominio del gusto francés.—Ultimos esfuerzos.—Apéndices.—5 pesetas.

60. Obras de D. J. Valera: tomo III.—*Nuevos estudios críticos.*—Contiene: Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas.—El *Fausto* de Gœthe.—Shakespeare.—Psicología del amor.—Las escritoras en España y elogio de Santa Teresa.—Poetas líricos españoles del siglo XVIII.—De lo castizo de nuestra cultura en el siglo XVIII y en el presente.—De la moral y de la ortodoxia en los versos.—5 pesetas.

61. Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XIV.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo VII (siglo XIX).—5 pesetas.

62.—Obras de D. Severo Catalina: tomo I.—*La Mujer*, con un prólogo de D. Ramón de Campoamor: octava edición.—4 pesetas.

63.—Obras de D. J. E. Hartzenbusch: tomo II.—*Fábulas*: primera edición completa.—5 pesetas.

64.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XV.—*La ciencia española:* tomo III y último.—Contiene: Réplica

al Padre Fonseca.—Inventario de la ciencia española: Sagrada Escritura: Teología: Mística: Filosofía: Ciencias morales y políticas: Jurisprudencia: Filología: Estética: Ciencias históricas: Matemáticas: Ciencias militares: Ciencias físicas.—5 pesetas.

65.—Obras de D. J. Valera: tomo IV.—*Novelas:* tomo I, con un prólogo de D. Antonio Cánovas del Castillo.—Contiene: *Pepita Jiménez.—El Comendador Mendoza.*—5 pesetas.

66.—Obras de D. J. Valera: tomo V.—*Novelas:* tomo II.—Contiene: *Doña Luz.—Pasarse de listo.*—5 pesetas.

67.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VII.—*Estudios del reinado de Felipe IV:* tomo I.—Contiene: Revolución de Portugal: Textos y reflexión.—Negociación y rompimiento con la República inglesa.—5 pesetas.

68.—Obras de D. J. E. Hartzenbusch: tomo III.—*Teatro:* tomo I.—Contiene: *Los Amantes de Teruel.—Doña Mencia.—La Redoma encantada.*—5 pesetas.

69.—Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, coleccionadas é ilustradas por el Conde de la Viñaza: tomo I.—Contiene las de Lupercio: Prólogo.—Poesías líricas.—Epístolas y poesías varias.—Obras dramáticas.—Opúsculos y discursos literarios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

70.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de D. Pedro Gasca*, por Calvete de Estrella, y un prólogo de D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.

71.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VIII.—*Estudios del reinado de Felipe IV:* tomo II.—Contiene: Antecedentes y relación crítica de la batalla de Rocroy. Apéndice luminoso con 27 documentos de interés.—5 pesetas.

72.—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo IV.—*Poesías.*—4 pesetas.

73.—*Poesías* de D. Enrique R. Saavedra, Duque de Rivas, con un prólogo de D. Manuel Cañete y retrato del autor, grabado por Maura: tomo único.—Contiene: Impresiones y fantasías.—Recuerdos.—Hojas de álbum.—Romances.—La hija de Alimenón.—Juramentos de amor.—4 ptas.

74.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XVI.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo VIII (siglo XIX).—4 pesetas.

75.—Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, coleccionadas é ilustradas por el Conde de la Viñaza: tomo II.—Contiene las de Bartolomé Leonardo: Poesías líricas.—Sátiras.—Poesías varias.—Diálogos satíricos.—Opúsculos varios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

76.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de D. Pedro Gasca*, por Calvete de Estrella: tomo II.—5 pesetas.

77.—Obras de J. E. Hartzenbusch: tomo IV.—*Teatro:* tomo II.—Contiene: *La visionaria.—Los polvos de la madre Celestina.—Alfonso el Casto.—Primero yo.*—5 ptas.

78.—Obras de D. J. Valera: tomo VI.—*Novelas:* tomo III.—Contiene: *Las ilusiones del Doctor Faustino.*—5 pesetas.

79.—Pidal (Marqués de).—*Estudios históricos y literarios:* tomo I.—Con retrato del autor, grabado por Maura.—Contiene: la lengua castellana en los códigos.—La poesía y la historia.—Poema, crónica y romancero del Cid.—Un poema inédito.—Vida del Rey Apolonio y de Santa María Egipciaca.—La poesía castellana de los siglos XIV y XV.—4 pesetas.

80.—*Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional*, recogidas por D. A. Paz y Melia.—Primera serie.—Contiene: Libro de Cetrería y profecía de Evangelista.—Carta burlesca de Godoy.—Privilegio de D. Juan II en favor de un hidalgo.—Carta del bachiller de Arcadia al capitán Salazar, y respuesta de éste.—Sermón de Aljubarrota.—Carta de D. Diego Hurtado de Mendoza á Feliciano de Silva.—Proverbios de D. Apóstol de Castilla.—Carta del Monstruo satírico.—Libro de chistes de Luis de Pinedo.—Memorial de un pleito.—Carta hallada en el correo sin saber quién la enviaba.—Carta de un portugués.—Carta burlesca de Fr. Guillén de Peraza.—Descendencia de los Modorros.—Carta de Diego de Amburcea á Esteban de Ibarra.—Carta del Conde de Lemos á Bartolomé L. de Argensola.—Carta de Ustarroz al maestro Gil González Dávila.—Epitafios y dichos portugueses.—Carta de un quidam al Castellano de Milán.—Carta ridícula de Diego Monfor.—Mundi novi y diálogo.—Carta sobre el destierro del Duque de Escalona.—Cartas del Arcediano de Cuenca al cura de Parejo.—Nota de las cosas particulares del anticuario D. Juan Flores.—5 pesetas.

81.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo IX.—*Problemas contemporáneos*: tomo III.—Contiene: Ejercicio de la soberanía en las democracias modernas.—Las revoluciones de la edad moderna.—Clasificación de los sistemas democráticos.—La democracia pura en Suiza.—La democracia del régimen mixto en los cantones suizos.—La soberanía ejercida en Suiza por la Confederación.—El régimen municipal.—La democracia de los Estados Unidos.—El conflicto de la soberanía en los Estados Unidos y en Suiza.—Principios teóricos de la democracia francesa.—Conclusiones.—El juicio por jurados y el partido liberal conservador.—La economía política y la democracia economista en España.—La producción de cereales en España y los actuales derechos arancelarios.—Necesidad de proteger, á la par que la de cereales, la producción española en general.—De cómo he venido yo á ser doctrinalmente proteccionista.—La cuestión obrera y su nuevo carácter.—De los resultados de la conferencia de Berlín y del estado oficial de la cuestión obrera.—Ultimas consideraciones.—5 pesetas.

82.—Obras literarias de D. Manuel Silvela.—5 pesetas.

83.—Pidal (Marqués de).—*Estudios históricos y literarios*: tomo II.—Contiene: Vida del trovador Juan Rodriguez del Padrón.—D. Alonso de Cartagena.—El Centón epistolario.—Juan de Valdés y el *Diálogo de la lengua*.—Fr. Pedro Malón de Chaide.—¿Tomé de Burguillos y Lope de Vega son una misma persona?—Observaciones sobre la poesía dramática.—Viajes por Galicia en 1836.—Recuerdos de un viaje á Toledo en 1842.—Descubrimientos en América.—Poesías.—4 pesetas.

84.—Obras de D. Juan Valera: tomo VII.—*Disertaciones y Juicios literarios*.—Contiene: Sobre el *Quijote*.—La libertad en el arte.—Sobre la ciencia del lenguaje.—Del influjo de la Inquisición en la decadencia de la literatura española.—La originalidad y el plagio.—Vida de Lord Byron.—De la perversión moral de la España de nuestros dias.—De la filosofía española.—Poesía lírica.—Estudios sobre la Edad Media.—Obras de D. Antonio Aparici y Guijarro.—Sobre el Amadís de Gaula.—Las Cantigas del Rey Sabio.—5 pesetas.

85.—*Cancionero de la Rosa*, por D. Juan Pérez de Guzmán: tomo I.—Contiene: Manojo de la poesía castella-

na, formado con las mejores producciones líricas consagradas á la reina de las flores durante los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, por los poetas de los dos mundos.—Tomo I.— 5 pesetas.

86.—OBRAS DE ANDRÉS BELLO: tomo IV: *Opúsculos gramaticales:* tomo I.—Contiene: Ortología.—Arte métrica.—Apéndices.—4 pesetas.

87.—DUQUE DE BERWICK.—*Relación de la conquista de los reinos de Nápoles y Sicilia.—Viaje á Rusia:* Prólogo de D. A. Paz y Melia.—5 pesetas.

88.—FERNÁNDEZ-DURO (D. CESÁREO).—ESTUDIOS HISTÓRICOS.—*Derrota de los Gelves.—Antonio Pérez en Inglaterra y Francia*: un tomo.—5 pesetas.

89.—OBRAS DE ANDRÉS BELLO: tomo V.—*Opúsculos gramaticales:* tomo II. — Contiene: Análisis ideológica. — Compendio de Gramática castellana. — Opúsculos. — 4 pesetas.

90.—*Rimas de D. Vicente W. Querol:* un tomo.—4 pesetas.

91.—*Cancionero de la Rosa*, por D. Juan Pérez de Guzmán: tomo II.—Contiene: *Manojo de la poesia castellana*, formado con las mejores producciones líricas consagradas a la reina de las flores durante el siglo XIX por los poetas de los dos mundos.—Tomo II.—5 pesetas.

92.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XVII.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo IX (siglo XIX).—5 pesetas.

93.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo V.—*Teatro.*—Tomo III. Contiene: *El Bachiller Mendarias.—Honoria.—Derechos póstumos.*—5 pesetas.

94.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquia española desde 1654 á 1658*, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta, con algunas de sus obras poéticas y dramáticas y la biografía del autor, por D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.

95.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XVIII.—*Ensayo de critica filosófica*. Contiene: De las vicisitudes de la Filosofía platónica en España.—De los orígenes del criticismo y del escepticismo, y especialmente de los precursores españoles de Kant.—Algunas consideraciones sobre Francisco de Vitoria y los orígenes del derecho de gentes: tomo. —4 pesetas.

96.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquia española*

desde 1654 á 1658, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo II.—5 pesetas.

97.—*Historia critica de la poesia castellana en el siglo XVIII*, por el Marqués de Valmar: tomo I.—5 pesetas.

98.—Obras de Fernán Caballero: tomo I. Contiene: Fernán Caballero y la novela contemporánea.—*La familia de Alvareda.*—5 pesetas.

99.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquia española desde 1654 á 1658*, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo III.— 5 pesetas.

100.—*Historia critica de la poesia castellana en el siglo XVIII*, por el Marqués de Valmar: tomo II.—5 ptas.

101.—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo V.—*Novelas. Cuentos y Articulos.*—4 pesetas.

102.—*Historia critica de la poesia castellana en el siglo XVIII*, por el Marqués de Valmar: tomo III y último.—5 pesetas.

103.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquia española desde 1654 á 1658*, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo IV y último.—5 pesetas.

104.—*Memorias de D. José García de León y Pizarro:* tomo I (de 1770 á 1814).—5 pesetas.

105.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo I.—*Poesias.*—5 pesetas.

106.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: *Estudios de critica literaria.*—Segunda serie.—4 pesetas.

107.—Obras de Fernán Caballero: tomo II.—*La Gaviota.*—5 pesetas.

108.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo II.—*Poesias.*—5 pesetas.

109.—*Memorias de D. José García de León y Pizarro:* tomo II.—5 pesetas.

110.—*Ocios poéticos*, por D. Ignacio Montes de Oca: un tomo.— 4 pesetas.

111.—Obras de Fernán Caballero: tomo III.—*Clemencia.*—5 pesetas.

112.—*Memorias de D. José García de León y Pizarro:* tomo III.—5 pesetas.

113.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo III.—*El moro expósito.*—5 pesetas.

114.—Obras de Fernán Caballero: tomo IV.—*Lágrimas.* —5 pesetas.

115.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo IV.—*Romances históricos.*—5 pesetas.

116.—*Estudios de historia y de crítica literaria*, por el Marqués de Valmar.—4 pesetas.

117.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo V.—*Tragedias y Leyendas.*—5 pesetas.

118.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: *Estudios de crítica literaria.*—Tercera serie.—4 pesetas.

119.—*Oraciones fúnebres*, por D. Ignacio Montes de Oca: un tomo.—4 pesetas.

120.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo VI.—*Dramas y Comedias.*—5 pesetas.

121.—*Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional*, recogidas por D. A. Paz y Melia.—Segunda serie.—Contiene: Diálogo de Villalobos.—Cuentos de Garibay.—Carta de las setenta y dos necedades.—Cuentos recogidos por D. Juan de Arguijo.—Cartas inéditas de Eugenio de Salazar.—Carta del licenciado Claros de la Llaza al maestro Lisarte de la Llana.—Máscara en el convento de Trinitarias de Madrid.—Memorial al Presidente de Castilla.—Descripción del Escorial.—Poesía macarrónica á Baldo.—Poema macarrónico de Merlín á la entrada del Almirante en Cádiz.—Pepinada: Poesía macarrónica de Sanchez Barbero.—5 pesetas.

122.—Obras de Fernán Caballero: tomo V.—Contiene: *Elia ó la España treinta años ha.—Con mal ó con bien á los tuyos te ten.—El último consuelo.*—5 pesetas.

123.—Obras de Andrés Bello: tomo VI.—*Gramática de la lengua castellana*: tomo I.—5 pesetas.

124.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo VII.—*Dramas y Comedias.*—5 pesetas.

125.—Obras de Fernán Caballero: tomo VI.—Contiene: *Una en otra.—Un verano en Bornos.—Lady Virginia.*—5 pesetas.

126.—Crónica de Enrique IV, escrita en latín por Alonso de Palencia (*Décadas de sucesos de su tiempo*). Traducción castellana por D. A. Paz y Melia.—Tomo I.—5 pesetas.

127.—Crónica de Enrique IV, escrita en latín por A. de Palencia.—Tomo II.—5 pesetas.

128.—Obras de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo *Corrección de vicios y la sabia Flora Malsabidilla*, tomo I.—5 pesetas.

129.—Obras de Andres Bello: tomo VII.—*Gramática de la lengua castellana*, tomo II.—5 pesetas.

130.—*Crónica de Enrique IV*, escrita en latín por A. de Palencia.—Tomo III.—5 pesetas.

131.—Obras de Fernán Caballero: tomo VII.—Contiene: *La Estrella de Vandalia.—¡Pobre Dolores!—Un Servilón y un Liberalito, ó Tres almas de Dios.*—5 pesetas.

132.—Obras de Fernán Caballero: tomo VIII.—Contiene: *Simón Verde.—La Farisea.—Vulgaridad y nobleza.—Deudas pagadas.—La maldición paterna.—Leonor.—Los dos memoriales.*—5 pesetas.

133.—Obras de Fernán Caballero: tomo IX.—Contiene: *Estar de más.—Magdalena.—La Corruptora y la buena maestra.—Las dos Gracias ó la expiación.—Callar en vida y perdonar en muerte.—No transige la conciencia.*—5 pesetas.

134.—*Crónica de Enrique IV*, escrita en latín por A. de Palencia.—Tomo IV.—5 pesetas.

135.—Obras de Fernán Caballero: tomo X.—Contiene: *La Flor de las ruinas.—Los dos amigos.—La hija del Sol. Justa y Rufina.—Más largo es el tiempo que la fortuna. Cosa cumplida... sólo en la otra vida.*—5 pesetas.

136.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: *Estudios de crítica literaria.*—Cuarta serie.—5 pesetas.

137.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: *Estudios de crítica literaria.*—Quinta serie.—5 pesetas.

138.—*Guerra de Granada*, escrita en latín por A. de Palencia.—Tomo V.—5 pesetas.

140.—Obras de Fernán Caballero: tomo XI.—Contiene: *Más honor que honores.—Lucas García.—Obrar bien... que Dios es Dios.—El Dolor es una agonía sin muerte.—Sola.—Dicha y suerte.—La noche de Navidad.—El día de Reyes.—El Ex-voto.—Un vestido.*

141.—*La poesía lírica en el teatro antiguo.* Colección de trozos escogidos.—Tomo I.—4 pesetas.

Ejemplares de tiradas especiales de 6 á 250 pesetas

EN PREPARACIÓN

La poesía lírica en el teatro antiguo. Tomo II.
El Caballero Puntual.
Obras de Fernán Caballero. tomo XII

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

NOVELISTAS

EX-LIBRIS.

OBRAS COMPLETAS

DE

FERNÁN CABALLERO

MÁS HONOR QUE HONORES.—LUCAS GARCÍA.—OBRAR BIEN... QUE DIOS ES DIOS.—EL DOLOR ES UNA AGONÍA SIN MUERTE.—SOLA.—DICHA Y SUERTE.—LA NOCHE DE NAVIDAD.—EL DÍA DE REYES.—EL EX-VOTO.—UN VESTIDO

TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares en papel de hilo del..... 1 al 50
10 » en papel China del..... I al X

C1125

COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS

FERNAN CABALLERO

OBRAS COMPLETAS

NOVELAS

XI

MÁS HONOR QUE HONORES.—LUCAS GARCÍA.—OBRAR BIEN... QUE DIOS ES DIOS.—EL DOLOR ES UNA AGONÍA SIN MUERTE.—SOLA.—DICHA Y SUERTE.—LA NOCHE DE NAVIDAD.—EL DÍA DE REYES.—EL EX-VOTO.—UN VESTIDO.

282316
2. 53
α

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS»
Infantas, 42, bajo izquierda.
1909

NOVELISTAS

MÁS HONOR QUE HONORES

abriéndose paso por donde puede; un león que destrozará sus redes; un águila que despedazará su jaula. Soy, como otros muchos, una víctima del viciado orden social que nos oprime. Pero ú ocuparé en mi país el lugar que me corresponde, ó no ocuparé ninguno; no degrado mis facultades ni transijo sobre el puesto que la conciencia de mi valer me asigna. Ó César, ó cesar: ésta es la divisa del hombre que siente su dignidad y su fuerza. Mediante la propagación de las luces del siglo, se ha aumentado considerablemente el número de los *hombres superiores*. Déles el Gobierno su puesto, ó si no, no se meta á legislador. Esto lo digo por si fuese usted, como es natural, elegido diputado, haga esto presente en las Cortes. Para los mandos se deben elegir hombres de conciencia y de cabeza. Hablando de cabeza, agradecería me mandase un sombrero republicano; son los más *fashionables* y los únicos que gasta éste su más amigo y más desterrado, que muere de *spleen* (esplín),

»T. Cívico de Muñeira.»

Lector de las Batuecas, mi amigo, por razón natural tú no sabes qué es *fashionable* (que se pronuncia *fachenable)*. Consuélate con saber que conocemos á más de cuatro *pseudos* que usan muchísimo esta intrusa voz y no lo sa-

ben tampoco; así es que la suelen aplicar á la manera que guisó un amigo nuestro de tierra adentro unas ostras que le mandaron de un puerto de mar, y fué con las conchas y en arroz, como las almejas. Te lo vamos á explicar, no sea que te suceda como á un amigo nuestro, que estuvo tres días buscando en el Diccionario de la Academia la palabra *pot pourri*.

La *fashion* es una palabra inglesa que equivale al *bon ton* francés, que también nos hemos apropiado españolizándola y diciendo *buen tono*. En nuestra lengua no hay, que sepamos, palabra que equivalga á éstas. De esto deducen los *pseudos* que la cosa no existe ni ha existido en España (cosa de los *pseudos)*, y que la lengua española es anterior con mucho á la creación de las lenguas de la torre de Babel.

Tú y nosotros, que no somos ilustrados, que ayunamos á mucha honra y rezamos la oración sin cuidarnos que nos digan hipócritas, juzgamos que si no se inventaron esas palabras fué porque no se necesitaron; y es porque aquí, al decir con Lope y Calderón *señora* y *caballero*, se decía todo lo que se puede decir, se ensalzaban cuanto es dable lo fino, lo noble, lo elegante y distinguido, por ser tan anejo á aquellas denominaciones, que hubiese sido un pleonasmo decir *señora fina y elegante*, *caballero noble y distinguido*. Hoy día la cosa ha muda-

do. Cada cual se dice á sí mismo caballero, aunque no siempre lo prueba; y eso de caballero, más vale probarlo que no decirlo. Es verdad también que por lo visto basta hoy día ser honrado, valiente y vestir frac, para tenerse por *caballero*. En cuanto á *señora*, es ya voz genérica del sexo femenino.

Ahora, pues, lector, figúrate unas magníficas ruinas, las del Partenón, por ejemplo, y que sobre ellas labrasen los modernos atenienses, y con sus fragmentos, un *cottage* inglés, un Kiosque, un Belvedere; pues así nosotros, sobre las ruinas del señorío y caballerismo, labramos el *cottage fashion*, el Kiosque *bon ton*, el Belvedere *elegancia*. Ahí tienes.

Comprenderás que conservarán éstos su aire extranjero. ¿Por qué, pues, no reedificar el edificio, ya que tenemos los materiales y el modelo?

Lo *fashionable*, como lo entiende su padre que le dió el ser, Albión, es la finura, delicadezá y distinción en las personas y cosas; no tiene más regla que el buen gusto, y es su severidad é intolerancia su única fuerza. Se emancipa de todo poder como reina arbitraria, aun al de la brillante y preponderante aristocracia inglesa, y así declaró ser de los suyos el rey George IV, y expulsó al rey Guillermo IV, su sucesor, porque la *fashion* no es un vestido de tisú; es un vestido de olán, con la blancura

de la reciente nieve, que una arruga desluce, que una mancha, aunque sea de agua, desdora.

Admiramos su *fashion* en los ingleses, como admiramos todo lo que es delicado y distinguido, porque al fin tiende á elevar la naturaleza humana. Pero debemos reconocer es hija, y por lo tanto, adecuada á su carácter. La índole de los ingleses es naturalmente áspera; su finura, que está muy lejos de ser espontánea, necesita un severo dictador, y ellos se lo han sabido dar con las reglas de la *fashion*, cuya minuciosidad y trivialidad son á veces altamente ridículas en una sociedad que se precia de grave, y en hombres tan superiores.

Cada cosa en su lugar propio y adecuado.

Eso de un rasero para todos, es un contrasentido, querido lector. ¿A quién le cabe en las mientes vestir á John Bull, á Mayeux, que es jorobado (1), y á Don Quijote, con el mismo gabán?

Ahora bien: aplicar la voz *fashion*, ese suave perfume, ese soplo inasible, esa guirnalda de rosas que oprime más que una de hierro, ese Fénix de quien todos hablan y pocos han visto á un horroroso sombrero republicano, ¿no es (tal como lo pusimos en un ejemplo

(1) Mayeux es un feísimo jorobado con el que personifican ellos mismos el pueblo francés.

materialote) no saber sacar la delicada ostra de su concha, y guisarla como la tosca almeja?

Otra: el *spleen*, que es mal de ricos y felices (á la manera que se entiende en el mundo la felicidad), es el hastío de la abundancia, la inercia del que no sabe qué apetecer, y ansía por desear, como otros por ver cumplidos sus deseos; aplicar esto á una superabundancia de deseos, á un berrenchín causado por la envidia, la soberbia, unida á la incapacidad, la impotencia y la ignorancia. ¿Qué te parece? ¡Confundir los efectos del hambre canina y del empalago! ¡Cosas de *pseudos!*

CAPÍTULO XXIV.

SEPTIEMBRE, 1848.

UNA tarde, á fines del mes de Septiembre, se veían en la playa del pueblo olvidado en el Diccionario del señor Madoz, grupos numerosos compuestos de todos los vecinos que se hallaban á la sazón en el lugar, los que, con la boca abierta, miraban el fenómeno portentoso que aparecía en el mar.

Vamos á detallar estos grupos antes de indicar el fenómeno.

En el lugar preferente, es decir, sobre un trecho de dorada arena, libre del cieno que engulle el pie, y de las rocas que lo rechazan, estaba el alcalde, y á su lado su cara mitad. Jamás se aplicó mejor este epíteto al matrimonio en lo físico, porque se habían nutrido tanto de sanas ideas y alimentos de la misma calidad de las ideas, que habían engordado así como vivido en amor y compaña; de modo que puestos de espaldas formaban exactamente un

gran globo terrestre descansando sobre cuatro columnas. La alcaldesa vestía como ya sabe el lector que asistió á la entrada triunfal que hizo en Sevilla en el descendiente del caballo Troyano; sólo que los picos del pañuelo que llevaba atado á la cabeza y colgaban por detrás, estaban hoy de mal talante, azuzados por la brisa, y formaban á espaldas de la alcaldesa una irreverente contienda, volando airosamente con la fantasía de grímpolas.

Al lado del alcalde estaba el médico D. Juan de Dios, dándole noticias explicativas sobre el fenómeno en cuestión; al lado de la autoridad local femenina, siempre derecho, pero cada vez más flaco, estaba nuestro antiguo amigo don Modesto Guerrero, tan absorto en la contemplación del fenómeno que veía, que no atendía á otra cosa. Advertimos de paso, que aquellos tres vigilantes de la defensa, de la salud y de la tranquilidad pública de ese feliz Villamar, nada tenían que hacer y no desatendían la más mínima obligación, disfrutando del *dolce far niente* y gozando de su admiración.

No en vano aseguraba la difunta excelente tía María que Villamar era lo que era porque estaba labrado cabal y perpendicularmente debajo del trono de la Santísima Trinidad (1).

---

(1) Tienen esta religiosa pretensión varios pueblos de Andalucía, entre ellos Bornos. Las gentes que *saben*,

Detrás de este grupo, que se ventilaba á su sabor, se paseaba, dando descomunales zancadas, Tiburcio, con las cejas fruncidas á lo Manfredo, y los labios sarcásticos á lo Mefistófeles, ente desconocido y despreciado, *¡infeliz desterrado de su pueblo!*

Más arriba de este grupo principal y respetable, sobre unas rocas que sacaban sus calvas cervices entre la arena y las olas, unas cuantas muchachas saltaban de unas en otras, como procurando acercarse lo más posible al objeto que causaba el asombro general.

—¡Alabados sean los Santos, el sol de Dios y el pan blanco!—exclamó la más ligera, que, saltando como un sarapico de roca en roca, se había adelantado á las demás.—¡Virgen de los Milagros! Este es uno. Acudid vosotras, y ved: no tiene patas, ni tiene alas, ni le silgan, ni lo empujan, y anda.

—Oye, Paula, ¿te trae ese arca de Noé una herencia de Indias, que tan al encuentro le sales?—dijo la que la seguía, que habiendo dado un resbalón se puso á chillar desaforadamente. —¡Ay, ay! ¡Que me ha mordido un cangrejo con unas tenazas como dos espadas! ¡Maldito

---

llaman esto una estúpida necedad; habrá necios que lo llamen fanatismo y superstición. Las gentes que *sienten*, ven en esto un poético brote de amor patrio y religioso, lleno de candidez.

espantajo ese—añadió volviéndose á la orilla, —que parece una boya y echa más humo que un horno de cal!

—Oye—dijo otra:—¿te metías tú en ese faluchón?

—Ni para ir á la gloria.

—Pues yo sí—dijo Paula,—con tal que me llevara á los toros del Puerto. ¿Quién dijo miedo?

Algo más distante, cerca de la embocadura del pequeño río, había otro grupo numeroso de hombres y mujeres, entre los que descollaba por su fealdad nuestro antiguo conocido Momo. Algunos *de la mar* (así les llaman á los que componen las tripulaciones de los faluchos) estaban recostados en las peñas con marcada indiferencia por el objeto que llamaba la atención general.

—¡Jesús del Socorro me valga!—decía una mujer.—Pues ¿no corre sin velas ni remos, más súbito que una exhalación?

—Pues ¿y aquella bandera negra que trae y se va desvaneciendo? ¿No parece grímpola del infierno?—dijo otra.

—Oye, Juan José—preguntó una vieja á uno de la mar:—¿cómo dices tú que esa nao se llama?

—*Vapó.*

—Y ¿para qué han hecho ese pontón que anda solo como china cuesta abajo?

—Para dar un chasco al viento y quitar el pan á los veleros.

—¿Has visto muchos, Juan José, por esos mares?

—¡Jesús! Más de diez mil.

—Pero, hombre, ¿me querrás decir cómo anda y se mueve hacia donde quiere, como si tuviese poder y voluntad de por sí propio, siendo de tablas como los demás barcos?

—Eso—dijo la mujer que primero habló—no puede ser sino por milagro de Dios ó por arte del diablo.

—Ni lo uno ni lo otro—repuso el marinero;—anda..... anda..... anda por máquina.

—¿Que anda por máquina?—dijo la vieja. —Oye, Juan José: si porque has corrido mundo y vas á Cádiz á llevar las calabazas y los melones, te has figurado que nos puedes acá comulgar con ruedas de carreta, te engañaste, que acá, hijo mío, no nos chupamos los dedos.

—Pues entonces, ¿á qué pregunta usted, tía *Diente y medio*, si no me ha de creer? Dígole á usted, créalo ó no, que anda por máquina.

—Y ¿tú no sabes—dijo el carpintero de basto, á quien el alcalde había empleado en hacer una máquina complicada para dar de comer á las gallinas, y que entre el director y el ejecutor jamás habían podido poner en

planta,—tú no sabes, *culi embreado*, que el mismo nombre lo está diciendo, maqui *ná?* (*Maquinada*, pronunciado al estilo del pueblo andaluz.)

—Momo,—dijo una mujer,—tú que has estado allá donde está la Reina, y el Real palacio, y la Virgen de Atocha, ¿has visto tú otro *vapó?*

—Pues ¿acaso para ir á Madrid—respondió Momo con su acostumbrado buen humor é innata afabilidad—se pasa la mar como para ir á Cádiz?

—Es que me han asegurado—dijo el de la mar—que hay por tierra *vapó* también.

—¡Un barco que anda por tierra!—exclamó Momo, soltando una carcajada que parecía un trueno.

—No digo eso, palurdo; son coches que andan sin caballos ni mulas.

—¡Por vía del dios Baco!—dijo Momo.—Tú te quieres divertir con nosotros porque has salido á la mar; como Berlinga, que la echa de buche porque ha estado en Sevilla. Pues yo he estado en Madrid, ea; y así, aunque soy palurdo, no me las cuelas, *compae Sardinas.*

—Pues por mí—dijo la mujer,—¿por qué no lo he de creer? Media hora ha no hubiese creído anduviese un barco sin remo ni vela; lo estoy viendo, y tengo que creer ó reventar;

pues lo mismo que por mar, podrá suceder por tierra.

—Si así fuese—opinó un labriego,—quisiera que le diesen esa virtud de andar solo á mi arado, porque un buey se me ha muerto y no tengo para mercar otro.

—Es precisu lu ver para lu creer—decía entretanto la señora Tiburcia.—Perfeuto, Perfeuto, ¿qué demuniu es esu?

—El progreso, mujer, el progreso—respondió el alcalde, que no sabía cómo denominar el fenómeno.

—Pensara más bien que fuera ferruleño, es verdad. ¡Eh! ¡Ah, ah! ¡Cómu corre ese prugresu que non le alcanza o demo!

—¡Bendito Dios, que tales maravillas hace por mano del hombre!—dijo el comandante. —Después del de la pólvora, paréceme éste el mayor invento que se ha hecho jamás.

—Y lo his*oh* un *esh*pañol—dijo Cívico *júnior* con todo lo campanudo de su voz y la pureza de su acento madrileño.

—Bueno será—observó la alcaldesa;—peru por mí, aunque me dieran cien duriños non entraba en ese caldeiru. Tiburciñu, ¿qué dirán el francés y el inglés cuando vean ese prugresu?

—Señora—contestó éste de mal talante,—*eshe* invento es antiguo; los vapores *zzzurcaban lash* mares antes que yo naciese.

—¿Qué me dices? E nunca vi ninguno. Preciso es confesare, D. Modestu, que estamus atrasadus, es verdad; los gobiernos non valen o demo.

—No estoy con usted, señora—contestó el comandante.—Nada hay que decir contra ninguno de los gobiernos que nos han regido: todos han querido el bien del país; lo único y solo que se les puede echar en cara á todos, es el dejar arruinar sus fuertes.

En este momento se oyó un ruido infernal: no parecía sino que á la par rugían tigres, silbaban boas, soplaban dragones en un coro infernal.

—¡Virgen del Chanteiro!—gritó la *señá* Tiburcia.—Ese prugresu revienta como un triquitraque.

—No es nada, señora, no es nada—dijo D. Juan de Dios;—es que se pára la máquina y el barco va á anclar.

Efectivamente, el vapor, conducido por un hábil práctico, había entrado en la pequeña ensenada, alcanzando un buen fondo arenisco, y echaba el ancla. En seguida saltaron en la lancha para venir á tierra el capitán y algunos caballeros.

Eran éstos un rico comerciante de Cádiz, dueño del gran convento que se hallaba inmediato al pueblo, que venía con algunos amigos, proyectistas y hábiles en la materia, á

ver el modo de sacar partido de ese soberbio y grandioso edificio, el que, cual una noble y hermosa virgen georgiana esclavizada, iba á ser pasado en revista por un tosco chalán para graduar el destino que había de darle y el precio que había de ponerle. Había fletado para este viaje uno de los muchos vapores que surcaban la bahía de Cádiz.

Este caballero, que compraba conventos de tal magnitud que su posesión parecía no caber en el mezquino *mío*, y que no se labraron para ser propiedad de ningún individuo, sino para dedicarlos á Dios, honrar la nación y realzar el país; ese nabab que fletaba vapores; ese personaje, á quien rodeaba una corte, y que llevaba erguida la cabeza y derecho el cuerpo como si fuesen sus talegas un justillo; este señor, por no decir caballero, era..... don Roque la Piedra, para no servir ni á Dios ni á usted.

El alcalde, que era cortés, se apresuró á ir al encuentro de tan inesperados huéspedes y ponerse á su disposición. No habiendo en ese bien afortunado Villamar ni posadas, ni cafés, ni casino, ni liceo, ni fonda, ni casa de huéspedes, ni bodegón, ni aun mesón, el alcalde, que además de Perfecto Cívico, era perfecto urbano, se empeñó en hospedar á los señores en su casa cuando volviesen de su excursión al convento, y llamó á Momo para que les

sirviese de guía. Acompañólos un rato, apresurándose en seguida á volver á su casa para preparar la recepción. Pero apenas comunicó sus planes á su consorte, cuando se puso ésta en tal estado de rebelión, que el alcalde temió fuese su autoridad desatendida. Así, tomando el tono con el que se promulgan las leyes, intimó á su mujer que, en punto á pollos, imitase á Herodes, y en punto á huevos, á Cacaseno; y que de no hacerlo así, le aseguraba, á fe de Perfecto Cívico, que enviaba á Tiburcio otra vez á Madrid. Al oir esta amenaza, la intrépida oposición de la alcaldesa se apagó como una hoguera sobre la que se echa un cubo de agua. Se volvió apresuradamente, cogió un tremendo cuchillo de cocina, y con aire resuelto se encaminó al corral, haciendo la más exacta parodia de la intrépida Judit. No obstante, las cenizas de la hoguera murmuraban: «¿A qué habrá venidu aquí ese malditu *prugresu*, que hacía la misma falta que los canes en misa?»

Tiburcio, que se había tendido á lo largo en su cama y fumaba, decía con alto desprecio:

—¿Qué van á pensar esos señores de este incivilizado villorio, del patán de mi padre, de la gansa de mi madre? Es para morirse de vergüenza.

No fué la visita que hicieron estos hombres

MÁS HONOR QUE HONORES

CAPITULO PRIMERO

La moral no se prescribe á los pueblos; se les inspira. — FALLONNET.

«El estilo es el hombre», ha dicho Buffon. Nosotros añadiremos; el lenguaje es el pueblo. —*La Presse.*—ANÓNIMO.

El mundo es una Comedia para el hombre que piensa, y una tragedia para el que siente.—HORACIO WALPOOL.

La naturaleza de la sierra es vistosa y accidentada; su vegetación rica y variada. Allí no cansa la monotonía ni aburre la uniformidad. Lo agreste conserva aún por partes toda su independencia y su pujanza, á pesar del invadiente cultivo, que con su arado y sus domados toros, va usurpándole su dominio, va guiando el crecimiento de sus pinos, domando sus cerriles potros con frenos, y las aguas de sus

arroyos con azudes, y arrancando á los alcornoques,—esos San Bartolomés vejetales, mártires de la industria,—su corteza. Así, pues, alternan lo cultivado y lo silvestre; lo llano y lo escabroso; lo ameno y lo agreste, de la manera más brusca, sorprendente y pintoresca.—Aquí se encumbra entre breñas una noble encina rodeada de sus plebeyas parientas; las encogidas y frondías carrascas, á poca distancia de un elegante y pulcro arroyo, que galante besa los pies á un melancólico sauce, cuyas finas y lánguidas ramas degustan sus aguas, y aspiran el tenue perfume de las adelfas, que por gala trae consigo el puro y alegre hijo de las montañas. A un verde campo de bien disciplinadas espigas, sirven de testero las rocas grises de un risco, que despide toda vegetación, como el cínico toda clase de pudor.

La senda que sigue el viajero, le lleva á deslizarse con ella, por entre altos y majestuosos árboles entretejidos de zarzas y de enredaderas, costeando un valle que sirve de ancho tálamo á un arroyo en sus desposorios con las flores, mientras un coro completo de alados vates cantan un epitalamio en diversos tonos, de manera que podría el viajero creerse vagando por el más aristocrático y cuidado parque Real. De pronto esta senda se angosta, se endurece, y trepa

por la árida pendiente de un monte escueto y romo, y entonces, sin esfuerzo, puede hacerle la imaginación triste peregrino de un desierto desnudo y silencioso. La cumbre de este monte rara vez brinda,—como compensación al cansancio que produce,—una bella perspectiva. Por lo regular sus horizontes son cortos, y otros montes semejantes á él se interponen por todos lados como pantallas ante la lontananza, ese gran anhelo de la vista y del alma!

Mas hay un lazo de fraternidad entre estas varias y contrapuestas naturalezas, el cual ama y se apega así á las peñas como á los árboles; así al monte seco como á la húmeda cañada; así á la solitaria breña como á las activas habitaciones de los hombres: es la hiedra, la más fresca y lozana hija de aquella fecunda región. Ella á todo se apega, á todo se arraiga con la gracia y benevolencia de la juventud,con la fuerza y constancia de la edad madura. Se ha constituído *La Marta* y el oficioso *Tu autem* de su comarca; adorna lo desnudo como un tapicero; tupe los vacíos como un albañil; aplica sobre las rocas guirnaldas en relieve como un escultor; abriga á las pobres dolientes ruinas como una Hermana de la Caridad; pone al árbol muerto, que fué su amigo, una verde mortaja, y, prendiéndose de una en otra rama de los árboles,

por entre los cuales pasa la senda del hombre, forma arcos, cual si quisiese honrarle como á rey de todo lo creado. Es, en fin, la hiedra de los montes, con sus profusas y pequeñas hojas, sus espesos y vistosos ramilletes, el lujo y compostura de la sierra: fórmale sus moños, sus faralaes, sus bordados y sus perifollos. Es, por último, su rico aderezo de esmeraldas, que no aja el calor, que no descolora la humedad, que no marchita el sol y que no deslustra el tiempo.

Veíase una mañana descender por una cuesta pedregosa á un grupo que caminaba á paso lento y compasado. Componíase de tres hombres cubiertos con sus capas, las cuales,—como en las ocasiones solemnes,—pendían á ambos lados como ropas talares. Precedíales un mulo, sobre el que estaba colocado un pequeño féretro blanco y celeste, cubierto de flores. Los tres hombres callaban; y el silencio no era interrumpido sino por la suave queja de un arroyo, que con ellos bajaba la cuesta,—como si acompañase en la última jornada á un hermanito suyo, cuya vida hubiese parado el hielo de un anticipado invierno; — por el melancólico suspiro que exhalaba la brisa al ver finada una vida, que había sido un soplo cual ella; por el divino trino que de cuando en cuando lanzaba el ruiseñor, como un desahogo de su

armonioso corazón, y por el ruido de la compasada y uniforme pisada del mulo, que parecía el de la péndola de un reloj, que abreviase á la vez el tiempo y la distancia.

Llegado que hubieron al próximo pueblo, que era la Higuera, se encaminaron al Campo santo, bien denominado así, pues en éste, como en los templos, la Iglesia nos acoge, nos hace iguales y nos bendice.

Los hombres abrieron un hoyo en la tierra; en él depositaron el feretro blanco y celeste que contenía el pequeño cadáver, ángel dormido, al que Dios concedia el descanso sin el cansancio, mientras las campanas de la vecina iglesia repicaban al favorecido de Dios la enhorabuena.

Cuando cayó la primera paletada de tierra sobre la caja, produjo un sonido hueco y sordo, cual si la rechazase, el que fué acompañado por un gemido, que exhaló aquel de los tres hombres que había quedado algo apartado, retorciendo entre sus manos el sombrero que se había quitado por respeto al lugar sagrado donde dejaba al solo hijo que había sobrevivido á dos hijos mayores, que había perdido recientemente!

El adiós es siempre una triste fórmula; ¡pero en el Campo santo es donde se convierte en una solemne verdad!

Después de concluir su tarea con ese res-

peto, ese decoro, esa solemnidad con que se trata en España á los muertos, volviéronse callados los tres hombres llevando su dueño al mulo del diestro. Pero una vez al pie de la cuesta, dijo el más anciano de los tres al padre del niño enterrado:

—Vamos, Juan, súbete.

El interpelado hizo con la cabeza una señal negativa.

—¿No quieres?—prosiguió el anciano, que era un arriero jovial y locuaz.—Pues déjalo estar; que lo que tú no quieras, otro lo querrá. Me subiré yo; pues has de saber que

Para cuestas arriba
Quiero mi mulo
Que las cuestas abajo...
Yo me las subo.

Llegaron, pues, precedidos del arriero en su mulo á Valdeflores, pobre y pequeña aldea, que no tiene de bonito más que su nombre, y que se halla colocada como en una batea en un llano, situado entre dos suaves pendientes, con arbolado. Por la una sube el camino que lleva á Aracena, y por la otra baja el que conduce á la Higuera.

La casa en que entraron era, como el corto número de las que componían la aldea, construída con muros de piedra, sin mezcla que las uniese ni revoque que las cubriese,

y cobijada con un techo de aneas. El interior lo formaba, como las granjas del Norte, una sola y vasta pieza; en el testero había un hogar para fuego de leña, que servía de cocina, de estrado y de comedor. A ambos lados del fogón había unas divisiones hechas con tabiques, que servían de dormitorios y de graneros. En la parte opuesta había pesebres para las bestias, saltaderos para las gallinas, y paja fresca para comodidad de los animales, que en el campo son tan constantes y bienhechores compañeros del hombre, el que tan ingrato es para ellos.

—Ea, ea, entrad;—les gritó al verlos venir una mujer viva y dispuesta que estaba aguardándoles en la grande y siempre abierta puerta de la casa.—¿No veis que está lloviendo, y que os vais á mojar las capas buenas?

—Esto no es—repuso el arriero, que se llamaba el tío Bastián—sino un mata-polvo, unas gotas.

—Sí; pero cada gota trae un cubo de agua, ¿no ve usted el cielo cómo se ha puesto, qué prevenido?

—Pues todo es apariencia, y no más. Hasta que no briege el tiempo, no llueve. ¡Y buena falta que hace! Pero á Dios (que todo lo tiene en la memoria) se le ha olvidado el agua.

—¡Ande usted, ande usted!—dijo la mujer.—La comida está guisada cuanto ha, y

se va á pegar. Juan,—prosiguió dirigiéndose al padre del niño, que era su cuñado:—Estetanía está que el demonio que la aguante. Acaba un llanto, y empieza otro, como Avemarías de rosario. ¡Anda, hombre! dale cuatro gritos, para que se suma esas lágrimas, que ofenden á Dios!

El marido entró en el dormitorio, el tío Bastián fué á llevar su mulo al pesebre, y María Josefa, que era la mujer que había hablado, después de quitar y doblar la capa de su marido, que era el tercero de los hombres que había entrado, se puso á cubrir la mesa con un rústico banquete, según lo requerían las circunstancias y establece la costumbre, en obsequio y señal de gratitud á las personas que acompañan y honran con su presencia á vivos y muertos.

Consistía este banquete en una olla guisada con carne de macho cabrío,—que no es mala en la sierra,—morcilla, tocino y legumbres.—Agregábase á esta olla un plato de aceitunas, otro de masa frita enmelada, y un jarro de vino.

—Por fin,—dijo María Josefa, después que estuvieron reunidos,—á todos los he podído acarrear menos al tío Bastián, que en poniéndose en conversación con sus mulos, se endiosa.

—¿No sabes tú, María Josefa,—tú que sa-

bes más que la cartilla,—dijo el zumbón anciano, después de haberse sentado á la mesa y persignado,—¿no sabes que los arrieros siempre llegan tarde? ¿y la razón? Pues yo te la diré.—Un día que daba su Divina Majestad audiencia, llegaron los clérigos y le pidieron buena vida, y el Señor se la concedió. Llegaron entonces los frailes, y se la pidieron también; pero el Señor les dijo que llegaban tarde, que ya esa gracia se la había concedido á otros. Pidieron entonces buena muerte, y el Señor se la otorgó.—En esto llegaron los arrieros, y le pidieron al Señor buena vida.—Llegáis tarde, dijo entonces el amo.—¡Pues buena muerte, señor!—Llegáis tarde, dijo el Señor; está ya eso pedido y concedido.—Desde entonces los arrieros; ni tienen buena vida, ni tienen buena muerte, y llegan siempre tarde.—Estefanía,—añadió dirigiéndose á la madre del niño que habían enterrado,—come, mujer, que estómago vacío no consuela corazón. Si tanto llorases tus culpas como lloras la muerte de un ángel, á fe que te habías de salvar, mujer!

—¡Mi niño,—exclamó la pobre madre,—que cuando le parí, parecía una flor! Usted, tío Bastián, que tiene á su nieto (que nació cuando nació mi niño) tan saludable, no sabe lo que es, cuando al árbol le arrancan su flor!

—¡El ángel de su guarda se llevó esa flor

á otros verjeles, en los que ni la secará el sol, ni la quemará la escarcha! Si el tuyo hubiese hecho lo propio contigo cuando naciste, no habías de haber pasado tantos trabajos, ni llorado tantas lágrimas.

—¡Verdad es, tío Bastián!

—Pues entonces...¿á qué estás ahí hipando, criatura? ¿A qué esa rienda suelta á tu sentir? Eso no te está bien á ti, que eres mansa y no eres capaz de decir zape al gato.

—Es,—repuso la pobre madre,—que si yo no hubiese dado aquellas sopas á mi niño, mi niño no se me hubiese muerto; ¡las sopas me le mataron!

—¡Calla, calla, mujer!—dijo el tío Bastián.—¿Y los que se mueren sin comer sopas? ¡Que siempre se haya de disculpar la muerte! Así es que se cuenta que la Muerte no lo quiso ser; y le dijo clarito á su Divina Majestad que la dispensara del cargo que no le daba la gana de cumplirlo.—¿Y por qué? la preguntó el Padre Eterno.—Porque me van á aborrecer, Señor, y llamarme tirana.—Descuida, le dijo el Señor, que te prometo que siempre serás disculpada.—Y ya lo ves; á la vista está: esta vez son las sopas; otras veces son los médicos. El asunto es que se nos figura que la muerte no puede entrar sin que se le abra la puerta. María Josefa, mujer, no me des más calabaza, que el que la come

se queda tres días sin sangre; dame pan, que el pan y los pies sostienen al hombre.

—Juan,—prosiguió el arriero dirigiéndose á éste.—¿Sabes que le hablé á tu amo por ver si quería ayudarte? Le dije de aquesta manera:—Señor don José; no hay hombre sin hombre. Bien podía su mercé darle la mano al pobre de Juan Martín, que es un hombre de los buenos, y un trabajador de los de punta; al que manda Dios más plagas que á Egipto, porque en su casa se arrellanó la necesidad. El mulo que tenía, se le murió de un torozón; la mujer ha estado si las lía ó no las lía en su última ocasión: sus dos hijos mayores se le han muerto de viruelas, y, por último, ha estado tres meses parado por haberse quebrado un brazo al estar apagando el fuego en la hacienda de su mercé.

—¡Verdad es que he sido desdichado,—dijo Juan Martín;—todo se me ha torcido! Pero ¡cómo ha de ser!—prosiguió el excelente hombre, dirigiéndose á su mujer que sollozaba;—más padeció Job, que tuvo una mala mujer. Ten presente, Estefanía, que todos los días decimos á Dios en el Padre nuestro: ¡CÚMPLASE TU VOLUNTAD!

¡CÚMPLASE TU VOLUNTAD! En estas sucintas palabras que decía Juan Martín está magníficamente resumido cuanto sobre resigna-

ción, mansedumbre y humildad se ha dicho y escrito! ¡Oh sencillez sublime de nuestra doctrina cristiana!

—Pero ¿qué respondió don José?—preguntó María Josefa.

—¿Qué respondió? *Náa*. Me volvió las espaldas, y me dejó con la cara llena de frente. Pero yo no me quedé con el entripado en el cuerpo, sino que le dije:—¡Caracoles, señor, que si fuese usted sol no había de alumbrar á nadie!—Aquello le sonó á campana cascada; y volviéndose á mí, me dijo, con aquella voz que tiene que parece que está hueco:—Eso es decirme que soy un avariento! —No digo que lo sea su mercé, le respondí, sino que lo parece, y en Portugal he oído yo un refrán que dice: que el que se viste de la piel del lobo, no extrañe que por lobo le tengan.

—¡Ay! ¡y cómo se pondría!—exclamó María Josefa—porque ese miserable, que es capaz de echarle llave al agua del pozo, tiene la vanidad por arrobas.

—¡Como que tiene *peso* (1), y es un usía muy considerable!—opinó el hermano de Juan Martín.

—¡Que había de ser!—repuso el tío Bastián.—Pues qué, ¿si fuera un usía de los *ligi-*

(1) Dinero.

timos, ¿había de tener esos vientos, ni gastar ese *ipotismo*? Yo, que tengo más navidades que quiero, sé quién es esa gente: son ricos de poco tiempo, levantados del polvo de la tierra. Mi padre,—¡en descanso esté su alma!—conoció en sus mocedades al abuelo de éste, que llegó aquí de la montaña, de pata mondada. Le sopló la *indina* de la fortuna, le parió la marrana, y le salieron los pegujares á veinte. Cuando éste de ahora se halló con los dineros de la herencia, se casó con un *desavío;* pero si ella era negra, las pesetas eran blancas. Entonces dijo que como era montañés le correspondía el Don; y se lo plantó delante con el salero del mundo. Y cata ahí porque en el pueblo le pusieron por apodo Don José Primero, como se apellidó el Rey que trajeron y se volvieron á llevar en sus mochilas los franceses de antaño.

—¡Vaya!—observó María Josefa;—por eso dice la copla:

Tienen los montañeses
En la cabeza
Metidos los papeles
De su nobleza.

—¿Y es verdad, tío Bastián, que todos sean nobles?

—¡Qué habían de ser!—contestó el interrogado.—¡Como tú y como yo, que somos bien

nacidos, y limpios de sangre, á Dios gracias! Que todos no podemos ser ricos y nobles; así como todos no pueden ser sanos, gordos y buenos mozos. En el mundo ha de haber de todo; y siempre ha habido pobres y ricos y al que lo es, buen provecho le haga; y al que Dios se la dió, San Pedro se la bendiga. Mira tu que

Hasta la leña del monte
Tiene su separación:
Una sirve para Santos,
Y otra para hacer carbón:

A los ricos y nobles *ligítimos*, les viene de casta. Porque han de saber ustedes que los Apóstoles le pidieron un día licencia al Señor para llevarle á sus hijos, y el Señor se la concedió. Presentáronle, pues, los mayores y más vestiditos, y el Señor los vió y los regaló; lo que sabido por los hermanillos menores y desnudos, también quisieron ir. Volvieron los Apóstoles con esta petición al Señor; p ro el Señor les respondió.—No, quédense esos para servir á los otros.—Y ahí tenéis, por qué nacen unos para servir, y otros para ser servidos. Y para volver á lo que platicábamos, yo te diré por qué están los papelones de los montañeses,—y hablo de aquellos que pertenecen, como tú y yo, á los hijos desnudos de los Apóstoles,—tan

encalabrinados en que son nobles. Cuando fué el Rey de España á aquellas montañas, creyeron aquellos rudos que sería el más repulido saludo y la más remontada venera que á su Real Majestad le pudieran hacer el echarse al suelo boca abajo, y asina lo hicieron. Al ver aquella barbaridad, el Rey se echó á reir, y les dijo: *¡Levantaos, galgos!* Pero ellos entendieron que les había dicho su Real Majestad: *Levantaos hidalgos*, y desde entonces están muy en sí en que lo son.

—Y así tiene ese D. José I los humos más remontados que un Infante de España,—exclamó con rabia María Josefa;—la echa de fino, y es más basto que un rimero de loza de Triana; más aspero es que un níspero verde; y tan miserable, que no es capaz de dar á un infeliz, por necesitado que lo vea, sino lo que da el pobre á su perro; ¡luz y puerta!

—¡Echa por esa boca!—le dijo su marido;—el diablo anda haciendo leña en el tajonal cuando tú no te estrenas. En diciendo *¡allá voy!* esa que tienes tan suelta... ¡Dios nos la depare buena! Y has de saber que la lengua, aunque no tiene huesos, los quiebra.

—¡Caramba contigo!—repuso su mujer;—¡que estás siempre más callado que un arencón, y no te se ofrece hablar sino para echarme los treinta dineros! ¡Pues eso faltaba! ¡De

eso no ha de haber nada! Ni tú, ni el lucero del alba me ponen á mí el pie en el pescuezo.

—Geromo,—dijo el arriero al marido,—á los hombres sesudos, las palabras de las mujeres, por un oído les entran y por otro les salen.

—No, señor,—contestó el cachazudo Geromo;—no les salen, porque por ninguno les entran.

—Y tú, María Josefa,—prosiguió el tío Bastián,—si quieres vivir feliz y bien casada, acuérdate que dice la copla:

Unta el eje, Juanillo,
Que chilla el carro;
Que hasta los insensibles
Gustan de halagos.

—¡Vaya,—dijo ella;—que está usted hoy como su Santo, todo lleno de saetas.

—Algo tiene María Josefa contra don José cosido por dentro;—pensó el sagaz anciano.

El tío Bastián había acertado. María Josefa se hallaba indignada contra D. José I, y para aclarar lo subsiguiente, es preciso dar al lector conocimiento de la causa de esta indignación.

CAPITULO II

Había tres meses que María Josefa—que solía ir á ayudar á las matanzas en casa del pudiente D. José Sánchez, conocido por don José I,—había sido llamada por este señor á su despacho. Cerrado que hubo la puerta, le preguntó, en vista de que estaba recien parida, que si quería hacerse cargo de la crianza de un niño, mediante la retribución de seis duros mensuales. María Josefa, que era robusta y también amiga de agenciar para su casa, admitió desde luego la proposición; y pocos días después, en una noche oscura, llegó un hombre á su puerta, y sin entrar le entregó un niño, diciéndole que se llamaba Gabriel. Por tres meses le había criado, recibiendo puntualmente su retribución; pero pocos días antes, al ir á Aracena á cobrar el cuarto, D. José I se había negado á satisfacerlo, alegando que los fondos que para el efecto le habían sido entregados se habían concluído; que no habiéndole librado otros, levantaba la mano en la crianza de ese niño, y que le llevase á la Inclusa, ó

hiciese de él lo que le pareciese. Fácil es de figurarse la tempestad que levantaron estas palabras en el ánimo de María Josefa, que era viva y vehemente, y la lucha que originaron en ella su amor de nodriza á la infeliz desvalida criatura, y su carácter interesado, porque no era sólo el seguir por el momento la doble crianza, (más penosa á medida que las criaturas fuesen creciendo) sino que concluída ésta, se veía con la carga de otro hijo más, sin retribución alguna; esto era muy duro para pobres. Pero, por otro lado, ¿cómo abandonar al angelito que en su falda se sonreía? Esto no podía ni aun imaginarlo, cuanto menos hacerlo, una mujer del pueblo y del campo. A este mismo tiempo fué cuando el hijo de su cuñada murió, y María Josefa formó el proyecto que la veremos poner en planta á los postres de la comida en que dejamos reunidos á los que actúan en este relato.

—No atino,—dijo el tío Bastián á María Josefa,—por qué te subes asina á mayores contra D. José I; porque siendo tú muy pluma, y sabiendo sacar agua de donde no hay *manantial*, tienes las voces—con achaque del niño que estás criando—de tenerle sangrado de la mano derecha; de lo que todos se hacen cruces.

—Eso es muchísima mentira,—exclamó la interpelada.—¡Vaya, que la mentira anda

barata! No me ha dado en su vida ese estreñido sino lo convenido. ¡Si ese falso testimonio debía ahogar á quien lo levanta!..

—Vamos, vamos; ¿y qué mal habría en eso? Ello es que tu hacienda va creciendo como el arroz.

—¿Creciendo? ¡sí! así va creciendo como rabo de mona. Lo que es, que me lo sé agenciar. Y sepa usted, tío Bastián, que cuando me casé, me trajo mi marido una trampa de treinta duros, que fué lo que le costó la boda, y después tuve yo que ayunar la boda; pero al año no le debía yo sino el alma á Dios.

—Eso fué el milagro de Mahoma, que lo pusieron al sol, y se quedó á la sombra: porque en aquel entonces vivías y comías con tu madre, y ¿quién te hizo rico? quién te mantuvo el pico.

—Para que vea usted,—prosiguió María Josefa,—los muchos bienes que se me han entrado con el niño por las puertas, sepa usted que se le quiero entregar á Estefanía, porque yo ya no le puedo criar, que lo padece mi niña, y yo; puesto que van siendo grandes, y entre los dos me van *destuetanando*. Le he dicho que es cosa de perjuicio quitarse la leche de *sopetón*; de eso murió Gertrudis la del molino. Esa conveniencia os halláis: ¿qué dices, Juan?

—Por mí,—repuso éste,—que haga Estefanía lo que le plazca; sólo quiero advertirle, que dice el refrán, «que brasa trae en el seno el que cría hijo ajeno».

—¡Vaya!—exclamó María Josefa,—¿todavía te haces de pencas, cuando es un favor que os hago?

—Si se ahorcó el judío, cuenta le tuvo,—murmuró entre dientes el tío Bastián.

—Pero diga usted,—preguntó á éste María Josefa,—diga usted, tío Bastián, usted que sabe más que un soldado viejo, ¿no ha podido usted esclarecer de quién es ese niño?

—A ti te parece que sé mucho, pues hija, no te quedas tú en zagas, y asina

¿Qué quieres que te diga,
María Josefa;
qué quieres que te diga
que tú no sepas?

—Pues no lo sé; ¡ahí verá usted! Mis chinitas le he echado á don José, como quien no quiere la cosa. Pero nada le he podido sacar á aquel marrullero, que tiene más conchas que un galápago; y no era cosa de meterle los dedos y sacarle la raíz. Mas... como usted parece que lloró en el vientre de su madre, —en vista de que lo que no sabe lo acierta,—estoy para mí que lo sabe, y no se quiere desabrochar.

—Pues no lo sé; ¡otra! Eso ni se sabe, ni se sabrá.

—Se engaña usted, tío Bastián, porque la GRACIA DE DIOS (1) ha de salir siempre, más que la quieran ocultar en los centros más hondos de la tierra.

—Pues entonces,—repuso el arriero,—de nuevas no curedes, que hacerse han viejas, y saberlas hedes; y no escudriñes más; que, ni ojo en casa, ni mano en arca. Pero tú, que sabes más que todas las culebras,—añadió el anciano con marcada intención,—inclusa la que de contrabando se coló en el Paraíso, te lleva la trampa por no poder averiguar lo que saber quieres y tienes sarna de curiosidad.

—Usted se ha empeñado hoy en atufarme, tío Bastián,—dijo María Josefa;—pero se queda usted como el que quiere y no puede: ¿está usted? Porque á mí no me quema más que la candela y el aguarrás.

—¡Ay!—exclamó de repente Estefanía,—que con mi pena me se había olvidado de llevarle la comida al tío Matías. María Josefa, dame esa cuchara.

Esta fué á coger la cuchara de boj que le pedían y se le cayó de las manos.

—¡Vaya!—exclamó,—¿quién me estará mentando?

---

(1) La verdad.

—*Mal Cogido*,—contestó el tío Bastián.—¡Candela!—añadió viendo á Estefanía llenar el plato,—¡candela, y lo que sacas! Por lo visto, es el tío Limosna como el buey Limón: cortito de paso, y largo de esportón.

—Señor—contestó la excelente mujer,—no todos los días se guisa olla en mi casa... Deje usted que el pobrecito la disfrute y se harte.

Era el tío Matías,—que por apodo tenía el de Limosna,—un viejo delgado, andrajoso y medio alelado, que Juan Martín y Estefanía habían recogido por caridad en su casa, en una ocasión en que estuvo enfermo, y de aquélla no había vuelto á salir. El pobre viejo, agradecido, no sabía cómo pagar esta caridad; y para demostrar siquiera su buen deseo, se apresuraba á prestar aquellos pocos servicios que podía. El principal de estos servicios era el barrer con una escoba de rama el suelo terrizo de la casa, para que estuviese siempre limpio; y lo hacía á la perfección, á pesar del dicho usual de que «hasta para barrer es necesario talento». Creemos que la experiencia nos va enseñando todo lo contrario; y es que para nada se necesita.

—Tome usted, tío Matías,—le dijo Estefanía;—tome usted su plato; trae su carne y su morcilla.

—Dios te lo pague—contestó el tío Matías tuteando á su benéfica protectora, usando de la incontestada prerrogativa que tiene en el campo la ancianidad sobre la juventud:—¡Dios te lo pague! que es buen pagador. Cuanto des, contigo te llevas; que quien bien hace, para sí hace.

—Tío Matías,—dijo Estefanía echándose á llorar amargamente, — como usted no ha querido arrimarse á la mesa, cuando vivía mi niño Juan, ¡él era quien le traía á usted la comida!

El pobre viejo, que tenía pasión por los niños en general, y por los de sus bienhechores en particular, cuando oyó estas palabras, se puso á llorar á lagrima viva, y exclamó:

—¡Ellos se van y yo me quedo por acá!

Estefanía comprendió todo el sentido que encerraban estas palabras, y contestó con estas no menos significativas:

—Tío Matías: ¡Dios sabe lo que se hace! Los duros golpes al corazón son llamadas: la larga vida es una carga que hemos de llevar con paciencia.

—¡Válgame Dios!—decía entretanto el tío Bastián á los que habían quedado en la mesa,—¡quién no conoció al tío Limosna en *tempos ilis*, tan dichero, tan zumbón! ¡Qué apagado está! ¡Parece un montón de cenizas! Juan, has hecho una obra de caridad de las

buenas con haberle recogido: sin ti, ¿qué habría sido de él?

—¡Qué! tío Bastián,—repuso Juan,—sepultura y casa á nadie le falta.

—Era,—prosiguió el arriero,—y ha sido siempre la *presulta* de la desdicha; así le pusieron por apodo Limosna. Su mujer se le murió de parto, recién llegado aquí licenciado, después de la guerra del francés de Napoleón. El pobre crió al niño á traguitos, llevándole de puerta en puerta de todas las que estaban criando, y con miles de trabajos. Cuando fué mayor, le llevaba consigo á pedir limosna, y andaba de cortijo en hacienda; y y como era tan célebre y tan cuchufletero, tenía á los trabajadores y gañanes entretenidos. Así es, que cuando llegaba le decían que se sentase á comer con ellos, y echase como el más anciano, la bendición; pero fué creciendo su hijo, que era más malo que Briján, y se iba haciendo un *costillón*, que le huía al trabajo como á la cruz el diablo. Entonces se ayuncaron todos y le dijeron al padre que él, como anciano y lisiado que estaba desde la guerra del francés, hallaría siempre cuchara en su rancho; pero en cuanto á su hijo, que lo podía muy *retebién* ganar, mantenerle era sostenerle la holgazanería, y que así, que se buscase su vida.

El padre se lo dijo al muchacho; pero éste

no hizo caso. Bien dice el refrán, que «el amo respetuoso hace al criado reverencioso»: y lo propio los hijos con los padres, que en este *indino* mundo, al que se hace de miel se le comen las moscas; y el tío Matías había dejado criar alas á aquel mal pájaro, y cuando se las quiso cortar, ya no pudo. Llegaron un día ambos á la puerta de un cortijo á la hora de comer; pero antes de presentarse, escondió el padre al hijo tras de un pajar, y entró solo.—Venga usted con Dios, tío Limosna, —le gritaron los gañanes;—¡ea, á comer; y eche usted la bendición! Lo que hizo el chusco del viejo, diciendo al hacer la cruz: En nombre del Padre y del Espíritu Santo.—¿Qué es eso, tío Limosna?—le gritaron los gañanes.—¿Está usted chocheando? ¿Y el hijo? ¿A qué deja usted fuera al hijo?—El tío Matías se puso entonces á gritar: «Hijo, hijo, entra; que estos caballeros te están echando de menos.» Con lo que todos se echaron á reir, y comió el hijo con ellos como de costumbre.

Pero empestillándose el padre en que trabajase el hijo, lo que hizo aquel *Pan-perdido* fué huirse, sin que se haya vuelto á saber de él, ni hoja ni rama. Desde entonces el pobre tío Matías pegó la caída de una vez, como horno de carbón; porque el desdichado había puesto sus ojos y todo su querer en

aquel descastado mamantón de hijo, al que con tantos trabajos había criado; y cuando éste podía retribuirlo, y le cumplía mantener á su padre, se echó las obligaciones á las espaldas, y se traspuso, sin decir *chuz ni muz*, ni *chaque baraque*. Del maldito ese se puede decir—como de Paquito Montes se ha dicho, que le parió una vaca,—que á éste le parió una serpiente.

¡Señores!

¿Quién sería la madre
Que parió á Judas?
¡Y qué hijos tan *indinos*
Paren algunas!

—Como que los que las madres paren, son hijos de los padres,—observó María Josefa.

—Sí;—respondió el tio Bastián, que nunca se quedaba sin recoger y devolver la pelota:

El demonio son los hombres,
Dicen todas las mujeres:
Y luego, están deseando
Que el demonio se las lleve.

—Ea,—añadió poniéndose de pie,—quédate con Dios, Juan, que ya el monte prietea, y mi casa no está á la vuelta. Estefanía, ¡salud!—dijo á ésta al encontrarse con ella cerca de la puerta; — mira que soy perro viejo y te digo que no tomes ese niño, que es

un censo vitalicio. No hay más niño bueno que el Niño Dios. Y acuérdate que más vale un POR SI ACASO, que no un NO PENSÉ.

El jovial anciano montó en su mulo que le había traído el tío Limosna, y se alejó cantando:

Tengo de morir cantando,
Ya que llorando nací;
Que las penas de este mundo
No son todas para mí.

Entretanto María Josefa había ido por el niño que criaba, y le había puesto en los brazos de Estefanía. Esta excelente mujer le tomó sollozando, pues le recordaba á su hijo, cuyos ojitos se habían cerrado para no abrirse más; cuya boquita no buscaba ya el pecho de su madre; cuya cuna estaba vacía, y cuya ropita yacía caída y fría sobre un sahumador de mimbre, sin que la mano cuidadosa de su madre esparciese sobre la copilla con brasas la inocente, la odorífica y popular alhucema, que había de entibiar y perfumar las ropitas que tocasen sus tiernas carnes! ¡Todo yacía con el triste sello de lo innecesario, como melancólicos despertadores del recuerdo! Estefanía miró á su marido, que se inclinó sobre la lumbre para encender un cigarro, no queriendo influir en la determinación que tomase su mujer. Estefanía comprendió esto; estrechó al niño en sus brazos,

y se le puso al pecho. Desde aquel instante le adoptó por hijo.

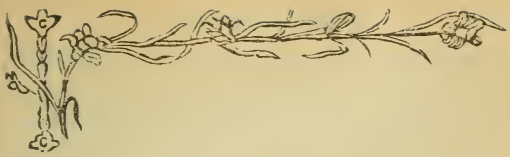
—Tú no tienes madre; yo no tengo hijo; y ambos no podemos, ni estar sin hijo yo,—á quién dé la leche de mis pechos que me rebosa, y el amor de mi corazón que me ahoga!—ni tú vivir sin brazos que te lleven, sin pechos que te nutran, y sin amor que te ampare, velando de noche á tu cabecera, sosteniéndote despierto! — ¡Ven, pues, tú, á quien todos rechazan, por quien nadie... ¡ni aun tú mismo!.. implora auxilio! — ¡Ven, ven! tú que morirías sin saber que morías, como vives sin saber que has hallado el primer y más dulce tesoro de la criatura, un corazón de madre! — ¡Angel mío desamparado! ¡Si Dios Nuestro Señor os hizo á todos tan desvalidos fué porque no juzgó posible que os desamparase la mujer!

Todo esto lo sentía Estefanía tal cual lo expresan estas palabras, y mucho más, que las palabras frías é inertes que traza la pluma, no pueden expresar; pero que se leía claro en su conmovido rostro, en sus lágrimas, en la vehemencia con que estrechaba al niño contra su pecho. Pero la buena y sencilla Estefanía no hubiera podido formular en frases su sentir. Por eso,—bien ó mal,—lo hace la pluma de quien os observó y estudió con amor y entusiasmo, á vosotras, mujeres

del pueblo sencillo, católico, español, corazones selectos, minas de amores puros y santos, modelos de esposas y de madres!

El tío Matías miró aquel grupo de amor y caridad, apoyado en su escoba de rama, y murmuró con su cascada voz:

—Estefanía, ¡bendita seas!—¡Y lo serás! ¡que quien bien hace, para sí hace!



CAPÍTULO III

QUIÉN ha podido fijar su mente y su vista sin enternecimiento, en un niño recién nacido durmiendo? ¡Tipo desvalido de la debilidad, vida que empieza á respirar el aire de esta esfera con un suspiro; á sentir su existencia con un gemido, y á moverse con un sobresalto! El aire, la luz, el roce, el ruido, t do le lastima, todo le hiere. ¿Resistirá su frágil ser?—Sí, porque Dios le preparo un asilo, un amparo, un refugio en el regazo de la mujer.

Cuando el niño se siente estrechado en sus brazos, se tranquiliza, se consuela; y percibiendo aquellos suaves cantos que, como por inspiración, brotan de los labios de la que le ampara,—tan dulces y tan tristes á la v z, como todo lo que es profundo y tierno,—ciérranse sus ojitos y se duerme. Entonces aquel pequeño semblante, poco ha descompuesto, se serena, y si se le sigue observando, se ven dibujarse en él diversas sensaciones: ya alza sus cejitas como asustado; ya arruga

el entrecejo, como contrariado; y ya tornándose tranquilo, muévese su pequeña boca, y dibújase una sonrisa, que de suave llega á ser alegre, y aun á romper en risa. ¿Qué ve en su mente, él cuyos ojos aún nada han visto? ¿Qué sueño puede reflejarse en esa inteligencia, que aún no tiene conocimiento? ¿Qué pensamientos conmueven las sensaciones de él, que despierto, aún no sabe sentir ni pensar?

Confesamos que no podemos darnos cuenta de este problema, y que cuando así hemos observado á estas inocentes criaturas en nuestros brazos, nos hemos creído rodeados de ángeles ocultos á nuestra percepción, pero perceptibles á la suya. Con ellos comunican cosas de otro mundo mejor, que olvidarán en éste, á medida que huyan los ángeles con la inocencia, la dulzura y la pureza, de aquella alma, que desde temprano sentirá las malas influencias de la parte material á que está unida de por vida.—¡Adiós, pobre alma desterrada en esta mísera cárcel!—le dirán los ángeles;—y la cara del niño se angustia. —Nos vamos, pero no nos olvides;—y el niño gime y se agita.—Sé fiel á nuestro Padre y Criador, y en breve nos reuniremos;—y el niño se serena.—Y ante su trono cantaremos felices sus alabanzas;—y el niño se sonríe, cual el ángel que le consuela!

Pero si no se puede mirar sin enternecimiento al niño desamparado, tampoco se puede mirar sin conmoverse, á la mujer que llena de amor, de abnegación, de paciencia y dulzura, le ampara en su regazo, le alimenta á sus pechos, le guarda con sus vigilias y le sostiene con sus esmeros. ¡Y podráse concebir que aquel ente desamparado y débil, que debe el no sucumbir á cada instante á ese consagrado y vigilante amparo, se hará fuerte é independiente, y pueda llegar á menospreciar y hasta á clavar un puñal en ese mismo seno que le crió y le alimentó con tan sublime ternura! ¡Ingratitud, exterminadora de santos deberes; pernicioso Simoun del corazón; madre é hija á un tiempo del egoísmo y de la soberbia: qué cruel abofeteas todo cuanto debías acatar con respeto y cariño! ¡Cuán vergonzosamente sueles herir ese noble y amante corazón de madre, del que con la sangre de sus heridas brota el perdón! ¡Porque sólo un CORAZÓN DE MADRE pudo imitar sin esfuerzo el gran ejemplo dado en la Cruz!

Todo esto,—aunque en embrión en su mente, distinto en su corazón,—arrasaba de lágrimas los ojos del pobre tío Matías al observar á Estefanía que, sentada en una silla baja cerca de la puerta, tenía en sus brazos á una criatura á la cual procuraba dormir.

Era una niña que había tenido Estefanía hacía poco tiempo; y no Gabriel que á la sazón contaba cuatro años.

Al lado de Estefanía, en el suelo, estaba una canastilla de costura, en la que se veía la que había soltado para tomar á su niña. Enfrente de ella, del lado de afuera de la puerta, estaba el tío Matías entretenido en hacer una pitadera de alcacer, á Gabriel. Este niño, que sin ser precisamente bonito, era agraciado y precoz, fijaba su inteligente mirada, sin pestañear, en el trabajo del anciano, el que solitario en la vida, amaba á este niño con ternura, porque el entrañable amor de padre, arrancado por la ingratitud con tanta barbarie, había dejado raíces que retoñaban de por sí en aquel devastado corazón: ambos abstraídos por la faena, callaban.

La escena era doméstica y tranquila, como lo era la vida de los que allí estaban reunidos. Las gallinas, con el bienestar que les producía el calor del sol de Abril, y la reciente comida que les había distribuído su buena ama, se entregaban al dulce *far niente*, habiendo hecho con sus patas hoyos en la tierra, en los que se estiraban y solazaban como odaliscas en sus otomanas. Las que tenían pollos, los cobijaban debajo de sus alas, como debajo de un quitasol de plumas. El gallo,

apuesto y grave, custodiaba su familia con ojo vigilante—como prudente,—y con erguida cabeza,—como guapo. El perro dormía á pierna suelta en el santo suelo, como un soldado en tiempo de paz; la gata se había colocado sobre la camisa que estaba haciendo Estefanía, resguardando su fino calzado y su traje limpio con la conocida pulcritud de su casta, y celebrando con una *carrerita* (1), señal de paz y bienestar, el que la causaba la certeza de no ser molestada hasta el próximo Enero por murgas destempladas y trovadores desafinados. Hasta las golondrinas,—arquitectas, que como amigas de las casas pacíficas y felices, acudían allí en gran número, —callaban su pico, por traerle ocupado con la mezcla. Así era que sólo se oía el ruido que producía la olla al hervir en el hogar, y el que hacían los dientes de un mulo al tomar su pienso en el pesebre; cuando se alzó suave y clara la voz de Estefanía cantando la dulce y triste tonada de la Nana, que muchas personas, así cultas como no cultas, no

---

(1) Llámase *carrerita* ó *carretilla* en Andalucía, al ruido sordo ó murmullo que hacen los gatos para acariciar, ó como signo de que se hallan bien y están contentos.

pueden oir sin que voluntariamente se les llenen los ojos de lágrimas (1).

A los niños que duermen
Dios los bendice;
¡Y á las madres que velan,
Dios las asiste!

En los brazos te tengo,
y considero.
¡Que será de ti, hijo,
Si yo me muero!

A la ro, ro, le cantaba
La Virgen á sus Amores:
—¡Dulce hijo de mi vida!
Perdona á los pecadores.

A la puerta del Cielo
Venden zapatos...
Para los angelitos
Que están descalzos.

Mientras, había concluído el tío Matías la pitadera y se la había dado á Gabriel, el que, lleno de júbilo, corrió hacia su madre pitando, y sólo dejando de pitar para repetir en una especie de recitado monotono, pero alegre:

---

(1) Bien sabemos que lo que vamos escribiendo es ridículo, ó cuando menos, *griego* para la mayor parte de las gentes; pero escribimos para las que entienden este *griego*. Por dicha nuestra no faltan.

¡Pita, pita, pitadera!
Que tu madre está en la era;
Cuando se ponga amarilla
La meterán en gavilla,
La pisarán en la trilla
Y se la comerá la borriquilla.
Si no pitas te he de matar
Con un cuchillito y una *espáa!*

—Calla, hijo,—le dijo Estefanía.—¿No ves que vas á despertar á tu hermanita?

Efectivamente, la niña despertó, levantó con viveza su preciosa cara y, al ver á su hermano, se echó á reir alegremente.

—¡Qué sueño de avispa tiene este ángel de Dios!—dijo su madre sentándola en sus faldas.

La niña extendía sus manitas hacia Gabriel; éste se acercó; pasó sus brazos alrededor del cuello de la niña, y se puso á besarla.

—¡Cómo se quieren!—dijo el tío Matías contemplándolos con amor;—¡parecen hermanos!

—¿Acaso no lo son?—repuso Estefanía, que estaba casi persuadida de ello.

—Dios te guarde, Estefanía,—dijo el tío Bastián al presentarse en la puerta.—¿No está ahí Juan?

—No; pero poco puede tardar,—contestó Estefanía:—siéntese usted y descanse; que descansar sienta bien, y sabe mejor.

—¡Si vengo de prisa!.. que ahí adelante van mis mulos bajo la custodia de Andrés, mi nieto, que tiene nueve años: ¡con que mira qué sujeto! Vaya,—prosiguió mirando á los niños,—tus muchachos medran que es un primor. ¡Preciosa es mi ahijada! ¡Dios la bendiga! Tengo buena mano.

—Verdad es; pero no rezó usted bien el Credo cuando se bautizó, porque no he visto criatura que pegue más repullos.

—¡Qué *escuajo!*, mujer; todos los chiquillos pegan repullos. Oye: y desde que tomaste el niño, ¿no te ha dado nada don José I?

—¡Qué había de dar! ¡Dar! los buenos días... ¡si acaso!

—¡Habráse miserable más sinvergüenza!

—Nuestros trabajillos hemos pasado. Pero hoy por hoy, ¡bendito Dios!, no lo necesitamos: desde que heredamos de mi tío la haza de tierra aquí, y la casa en Aracena, estamos, ¡bendito Dios!, tan descansados!

—Eso no es cuenta de aquel mal patrón araña, que embarca la gente y se queda en tierra. Vaya, ahí viene Juan; me alegro de verle antes de irme.

Después de haberse saludado dijo el tío Bastián:

—Juan: ¡dichoso tú, que tienes tu haza realenga! No me sucede á mí así, que ahora

tengo que rascarme el bolsillo, si no me he de quedar sin ella.

—¿Cómo es eso?, tío Bastián.

—Proviene mi haza de una dehesilla de mal terruño, y se halla al pie del cerro de la Villa, que pertenecía á los frailes y al Marqués del Zabuco. En vista de la proximidad al pueblo, se la pidieron allá en tiempos remotos los pobres; y se la concedieron, tanto el Marqués como los frailes: fué, pues, repartida en suertes y gravada cada cual con un tributillo corto. Empezaron los pobres á desmontarla y á meterla en labor; y pasaron años y más años, y en su vida de Dios pudieron pagar los pobres su tributo. Pero ni los Marqueses ni los frailes los apremiaron nunca jamás, porque bien veían que los desdichados no podían pagar; y por aquel entonces, Juan, había caridad en el mundo (1).

Mas cuando vino la nueva ley, á los Padres les quitaron sus bienes, y los vendieron poco menos que por nada. Don José I, ese maldito perro de presa, que no hay hueso en que no clave el diente, compró lo de los frailes; y como por esa nueva ley, que tampoco quiere mayorazgos, éstos se reparten, tocóle

(1) Histórico.

el caudal de Aracena á un Pan-perdido, con quien se había casado una hija del Marqués, el que ha hecho de la herencia trizas y gabanes; y don José compró lo que aquí tenía, por un pedazo de pan. Ahora ese pirata, sin projimidad y sin conciencia, les pide á los infelices, no sólo los censos corrientes, sino los atrasados que tocaba pagar á sus padres y abuelos; porque dice ese retejudío que la posesión responde. Juan: parte el corazón de ver lo desesperados que están todos esos infelices, llorando por su cara abajo por los Padres y por el Marqués! Casi todos han hecho renuncia de la posesión, esa posesión en que ellos, sus padres y sus abuelos echaron toda su sangre y su calor en desmontar y beneficiar la tierra que nada valía! ¡Vamos, si eso clama al cielo! ¡Ahí se encuentra ese caribe, ese ladrón de don José, con un mayorazgo exprimido de la sangre de los pobres! ¡Habrá pícaro! ¡Si las maldiciones secaran, había de estar más seco que un esparto! ¡Para eso que ha ido á Madrid y ha vuelto!.. ¿Lo podrás creer, Juan?; ¡ha vuelto con una cruz!..

—¿Y cómo se ha merecido ese perdulario una venera?—preguntó Juan Martín asombrado.

—¡Toma! Esa pregunta te la contestará Miguel Cañas, que ha servido, ha visto

mundo y es un coplero de los recios, que le ha sacado de su metro un trovo á la venera de don José, muy bien enversado, que principia asina:

Cuando á oscuras andaban las naciones.
Colgábanse á las cruces los ladrones;
Desde que se encendieron tantas luces,
A los ladrones cuélganse las cruces (1).

—Verdad es—repuso Juan riéndose—que á otros con menos motivo se les ha apretado la garganta. Pues ¿y los cuadros del convento que tiene en su casa? ¿Y las alhajas de la VIRGEN, que á vista de todos, se pone su mujer? Hay un refrán más viejo que el mundo, que pega ahora á don José como dos velas á un altar: «La cruz en el pecho, y el diablo en los hechos», tío Bastián.

—¡Mire usted—prosiguió el arriero—lo que ha hecho ese sin entrañas con la herencia de su suegro! Entre él y el escribano han cargado con todo, y al pobre del cuñado, ese JILARIO simplón le dejaron como su madre le parió.

—Pues qué, ¿siendo su padre de los ricos del pueblo, nada le quedó al infeliz?—preguntó compadecida Estefanía.

---

(1) Todo es histórico y real, menos el nombre del pueblo.

—Un peso diario —contestó el tío Bastián.

—Vaya—repuso Estefanía—, pues con eso puede vivir descansado.

—¡Si lo dice porque era jorobado!..—dijo riéndose Juan Martín.

—Así sucedió—prosiguió el arriero—, que estando ya en las últimas, mandó que le trajesen allí á su cuñado y al escribano, y cuando llegaron, los hizo sentar á cada uno á una de las cabeceras de su cama, y no les dijo nada. Viendo que seguía callado, le preguntó don José que con qué fin les había llamado y hecho sentar á cada lado de su cabecera.—Porque he querido morir como el Señor, entre dos ladrones—, contestó el cuñado.

—¡Juan, hasta más ver; Estefanía, adiós; tío Matías, salud!

Y el ágil anciano se alejó á pasos precipitados.

CAPITULO IV

Muchos años pasaron. Los habitantes de la aldea de Valdeflores no los contaban. Pero á nosotros nos precisa hacerlo: habían corrido, ó volado suavemente, diez y siete.

Gabriel era á la sazón un hombre. Su figura no llamaba la atención; pero en la expresión de su rostro había una fuerza serena, una decisión tranquila y una dignidad bondadosa, que á un tiempo atraían el cariño y el interés, y paraban las demasías y la burla. Así era que, desde su primera juventud, había acallado las chanzas impertinentes y humillantes que sobre su nacimiento se habían permitido sus compañeros de juegos, con esa inconcebible crueldad de la niñez, que probaría que ese instinto feroz—la crueldad—es natural al hombre, y, por lo tanto, debe ser tan necesario como obligatorio en los padres combatirlo, desde que asoma la razón en sus hijos.

El epíteto de *cunero*, que en su niñez había oído Gabriel aplicarle, había marchitado aquella alma elevada y noble naturaleza, que se habían desarrollado bajo el influjo de las severas é inflexibles leyes que sobre la honra tiene el pueblo en España; leyes formadas de mancomún por sus sentimientos religiosos é inspiraciones caballerescas. El influjo de estas leyes debía de ser tanto más fuerte y marcado en Gabriel, cuanto que había sido criado por Juan Martín, que era el más perfecto tipo de los hombres honrados y altivos, que no saben transigir en tales materias.

Habíase, por lo tanto, injertado en el carácter de Gabriel un tinte de tristeza, que le había hecho concentrado y reflexivo. Pero estas mismas reflexiones, unidas al temple delicado y vigoroso de su alma, habían hecho que se apegase con toda ella á la excelente familia que por caridad y amor le daban—á manos y corazón llenos—lo que los padres que le habían engendrado le negaron. Era tal el respeto que sentía por el honrado Juan Martín, tal el cariño que profesaba á la angelical mujer que le había criado á sus pechos, que habría querido levantar al uno un altar, y colocar á la otra en un relicario sobre su corazón. Sólo un sentimiento había en aquella alma que pudiese competir en

tierno y profundo con los que por sus padres adoptivos sentía, y era su entrañable amor por Ana, la preciosa, la suave, la amante hija de Estefanía, que era en todo un traslado de su madre. Esta, por su parte, amaba á Gabriel con todo el abandono y ternura propias de su selecta naturaleza femenina.

Juan Martín y Estefanía habían dado cima á las pruebas de amor que prodigaban á Gabriel, vendiendo la casa que habían heredado en el pueblo, para libertarle de ser soldado. Ahora sólo les quedaba la haza, en la que trabajaba Gabriel con tal afán y constancia, cual si desease pagar con el sudor de su frente las sacrificios de que era objeto.

Estefanía,—cuya tranquila existencia y cuyo bondadoso carácter la sustraían á fuertes emociones y agitadas inquietudes,—conservaba su belleza: la expresión plácida, dulce y cándida de su rostro, reemplazaba con ventaja la frescura de los primeros años. Juan Martín era de aquellos hombres sostenidos y formales que entran temprano en la buena senda, adelantan en ella, y no la abandonan jamás. Al tío Matías no se le conocían mayormente los años que habían pasado, por causa de lo que se habían anticipado en estampar en él el sello de la vejez sus pasados dolores y miserias.

El pobre perro es el que había muerto de viejo, muy llorado por Gabriel y Ana, que le enterraron. Pero la gata vivía, conservando en su avanzada edad pretensiones de joven y buena moza, autorizada á ello la Sara-gata, por dar todos los años á luz un vástago de su perseguida raza.

Así se deslizaba tranquila y sin sentir la vida de aquellos entes buenos y felices. No obstante, había algunos días en que la suave armonía y la apacible calma que reinaba en aquella morada había sido turbada en el ánimo de Estefanía. Era el caso, que su cuñada María Josefa, que pertenecía á la gran falange de los *Métome en todo*, á la no menos numerosa de los *Yo me lo sé*, y al gremio de *consejeros intrusos*, había asegurado á Estefanía que Ana y Gabriel se querían; que el principio de ese noviaje se perdía de vista, y que su fin, á la misma estaba.

—Y bien,—dijo la buena Estefanía,—y ¿qué mal habría en eso?

María Josefa la miró asombrada, y repuso:

—Oye, Estefanía, ¿tú estás tonta, ó te estás burlando? ¿O será, mujer, que no tengas vergüenza en la cara? ¡Ya, ya, es bonito Juan Martín, para dejar casar á su hija con un cunero! ¡Vamos! ¡Si tú te vas haciendo de las que echó Santa Ana del carro abajo!..

—Pero, María Josefa,—repuso Estefa-

nía;—Gabriel, que es tan bueno, que es un trabajador de los de punta, que mantuvo solo la casa cuando mi Juan tuvo el tabardillo, ¿le habíamos de repeler ni hacerle un feo? Eso sería una mala partida.

—Me voy por no oirte,—exclamó impaciente María Josefa.—¡Pues qué! ¿no habéis hecho bastante por él? Lo que hace él no es más que su obligación. Pues... ¡gracia fuera! Pero tú, Estefanía, eres como la Tía Sinforosa, que de puro buena, no servía para maldita la cosa.

La pobre madre había quedado tan triste y tan desazonada después de esta entrevista, que pasaba muchas noches sin dormir, y rogando á Dios con toda su alma trajese las cosas á buen fin; conociendo que ella por su parte no podía hacer otra cosa que esto. A su marido nada quiso decirle: su genio suave, tolerante y tímido, le hacía preferir el ACASO á la INICIATIVA.

Era víspera de San Juan, cuando por la mañana entró el tío Bastián en casa de Estefanía que estaba sola.

—¡Dios te bendiga, hija!—dijo al entrar.

—Y á usted también, tío Bastián. ¿Cómo le va á usted.

—He estado con un dolor en este brazo, primo hermano del que tuve antaño en esta pierna. Este reloj me ha quedado de cuando

las cuartanas; correítos son de la *cierta*, pero venga cuando le dé gana que yo no la temo con un padre á la cabecera. Mas, en fin, á la presente, estoy tan crespo. ¿Y la niña?

—Ha ido con las demás muchachas de la aldea á coger flores al campo.

En la sierra de Aracena, van las jóvenes la víspera de San Juan á coger flores al campo; las cuecen, y con ese cocimiento se lavan, no para estar *bonitas*, sino para estar *sanas* todo el año. Si en esta graciosa preocupación tradicional del pueblo hay en buscar las muchachas la salud en las flores menos gracia y coquetería que en buscar en ellas la hermosura, hay incontestablemente más inocencia y buen sentido, que son muy preferibles.

—¿Y Juan Martín?—tornó á preguntar el arriero.

—En la haza con Gabriel.

—Lo que traigo que decir,—dijo el tío Bastián,—quería decirlo á los dos. Pero como me voy haciendo cada día más viejo, y no me sucede como al pan,—que mientras más viejo más duro,—no puedo andar tan estricote como *denantes*. Así, como no quiero hacer dos veces la caminata, te lo diré á ti para que se lo digas á él. Mi venida ha sido sólo y *resolutamente*, para pediros para mi nieto Andrés á vuestra hija Ana. Mi Andrés es un muchacho de los mejores; ya lo sabéis.

Está en su casa descansadito; no tiene que servir á amo ni estar atenido á un jornal. Cuando yo estire las patas,—que ya se me van poniendo tiesas,—lo mío ha de ser para él. Con que es mi Andrés un novio pintiparado; y yo vengo á pedir su novia con mucho gusto mío, por ser hija tuya, Estefanía, que siempre se ha dicho: «Escoge la tela por la trama, y la hija por la madre »

Al oir al tío Bastián, Estefanía se quedó sobresaltada,—tal como el marino á quien el barómetro ha anunciado la tormenta, al verla surgir en el horizonte.—Se aturrulló, y sólo pudo contestar:

—Pero tío Bastián, ¿usted sabe si los muchachos se quieren?

—¿Pues no te he dicho que si vengo es porque Andrés mismo me lo ha *indilgado*?

—Pero... ¿y Ana?

—Cuando el otro me pone en camino á pedirla, sabrá que puedo hacerlo sin miedo de un no.

—¡Ay, tío Bastián! me temo que lo lleve.

—¡Pues qué! ¿Está Ana enamorada?

—Sospecho que sea así; no tengo fijeza; pero tengo unas *vísperas* (1), que más de

(1) *Tener vísperas* es como estar *avispado*, tener anuncios ó sospechas de alguna cosa.

(*N. del E.*)

cuatro noches me han puesto tranquillas en los ojos.

—Pero... ¿de quién?

—Me creo que sea de Gabriel.

—¡María Santísima! ¿De un cunero?

—Si le quiere, tío Bastián, ¿qué le importa que lo sea? ¿Acaso no habría yo querido á mi Juan si lo hubiese sido?

—Y tu padre no te hubiera dejado casar para que no tuvieses hijo sin abuelo, y lo mismo hará Juan Martín, ¿estás?

—¡Esa es mi pena! —exclamó la buena y cariñosa madre de ambos.

—¡Tu pena!... ¡tu pena! —dijo con impaciencia el tío Bastián.

—Pero... señor, ¿quiere usted que vea llorar á mis hijos, y no llore con ellos? ¡Un muchacho como Gabriel, que no le hay en el mundo!

—En cuanto á eso, no hay qué decir—repuso el arriero—; Gabriel no es ningún *Viva-la-Virgen* (1), es un muchacho sentado y cabal y bien guiado por Juan. Tiene *esas voces* (2). Así, para todo será bueno menos para marido de tu hija, mujer, que en tratándose de emparentar, lo que se mira es la sangre,

---

(1) Ser un *Viva-la-Virgen* es un hombre amigo de divertirse, al que no se le da cuidado de nada.

(2) *Esa fama.*

y la sangre no basta que sea buena, es preciso que sea limpia. Eso ya te lo dirá Juan, que *tiene punto*. Pero ustedes las mujeres, ¡por vía del demonio malo! no tienen el punto sino en las calcetas. Mire usted que apadrinar esos amores... eso no lo hace sino tú, que eres capaz de dejar que te coman el trigo por no decirle ¡ose! á las gallinas.

—Tío Bastián, yo no he apadrinado nada...

Estefanía calló, porque en este instante apareció en la puerta Ana, recogido con una mano el delantal que lleno de flores traía. Nada más lindo podía verse. La naturaleza había derramado á manos llenas sus perfecciones sobre aquella sencilla aldeana, y no se sabía qué admirar más, si su elegante talle, si sus finas y perfectas facciones ó si la gracia infantil y modesta que acompañaba á cada uno de sus movimientos.

La incomodidad del tío Bastián se disipó al ver aquella linda aparición, como la niebla al aparecer el sol.

—¡Hola! —dijo al acercarse Ana—; ¡vaya que no es Paterna mal lugarejo! ¡Canario! que si como tengo tres duros y medio (1) tuviese uno, no se había de llevar este esportón de rosas sino el hijo de mi padre.

---

(1) Setenta años. Sabido es que así los cuenta, por la moneda, la gente del pueblo.

Tienes aire de princesa,
Cintura de catalana,
El andar de aragonesa...
¡Y la cara de serrana!

—¡Vaya! ¿Se está usted burlando de esta pobre aldeana?—dijo sonriéndose Ana.

—¡Sí, aldeana! ¡Aldeana es la gallina y la come el de Sevilla! Y sábete, que no soy yo el solo á quien no parece esa personita costal de paja; pues que he venido á pedirte, y el que me envía es un buen novio, de los pocos, completo. Es un hombre como son los hombres: fornido como un canto, alto como una torre, con fuerzas para dar y que le quede. Lo que es bonito de cara no es, pero... ¿qué le hace? ¡El buey y el hombre... que asombre!

La pobre Ana, al oir aquellas palabras, había perdido los bellos colores en que al entrar competía su rostro con las rosas que traía. La dulce sonrisa había huído de sus labios, como habían huído las mariposas de las flores, y sus hermosos ojos miraban con angustia á su madre.

—¡Tío Bastián—dijo ésta:—lo que usted está haciendo no está en uso ni es regular. A las mocitas no se les sacan los colores á la cara tratando de boda con ellas: eso se hace con los padres no más. ¿No ve usted que la está mortificando?

—¡Oiga! ¿Con que se les mortifica á las mocitas cuando se les brinda un novio? Vaya, Estefanía, que vas para vieja y te se han olvidado tus quince. Con que... vamos al caso, Ana—prosiguió el anciano sin dejarse intimidar—, ¿tú quieres á mi Andrés, que es de buena procedencia y de buen tronco, que te ha de dar más estimación que una encomienda y que te ha de tener en tu casa más descansada que Santa en nicho?

Ana bajó sus ojos, que se iban llenando de lágrimas.

—¡Tío Bastián, ¿á qué la tiene usted como á San Lorenzo, sobre brasas? ¿No está usted viendo claro que no quiere?—dijo la buena madre acudiendo al socorro de su hija.

—Mujer—repuso el arriero:—¿quieres dejar á cada cual que maneje sus negocios como Dios le dé á entender? Antes de decirle á mi nieto: *Perdona por Dios*, quiero procurar el poder decirle: *Tome usted*, *hermano*. Ana: ¿qué me dices?

Ana permaneció callada, inerte, sin resistencia ni queja, como las suaves y frescas hijas de Abril en su delantal.

—No pensara — dijo entonces el arriero con la aspereza masculina y con el coraje que, como abuelo de Andrés y amigo de Juan Martín, se apoderó de él—que una hija de buenos padres, criada con punto y recato,

diera á sus padres, bien nacidos, la pesadumbre de verla despreciar á uno de los muchachos principalitos del pueblo y la afrenta de quererse casar con un cunero. Esto es, casquivana, no tener vergüenza en cara.

Al oir estas acerbas y duras razones, Ana —que habiendo sido siempre una criatura suave, dócil y bien inclinada, y que teniendo una madre que era una malva, y un padre bondadoso, no había oído nunca una palabra áspera ni una reconvención,—se sintió tan cruelmente herida y avergonzada, que soltó el delantal para taparse con ambas manos la cara, y cayó sollozando sobre una silla, rodeada de las flores, que cayeron también, como heridas por el mismo dolor de ella.

—¡Tío Bastián! ¡tío Bastián!—exclamó Estefanía corriendo hacia su hija, cuya cabeza rodeó con sus brazos:—¿qué derecho tiene usted para reconvenir á la hija de mis entrañas y partirle el corazón? ¿Es eso razón? ¿es eso partida de amigo? ¡Decir al alma mía que no tiene vergüenza! ¡Y eso... por que no se quiere casar con su nieto de usted!.. ¡Menos vergüenza y menos conciencia habría en casarse con él, porque tiene un pasar, sin quererle, dejando á otro á quien quiere, porque es un infeliz! ¡Ana, mi vida, mi corazón, no llores... no llores, no!

La buena Estefanía mezclaba sus lágrimas

con las de su hija, que había escondido la cabeza en el seno de su madre.

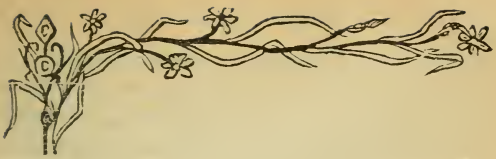
El tío Bastián, que tenía un hermoso corazón, y quería con extremo á la madre y á la hija, se quedó cortado, pesaroso y contrito al ver el efecto que había causado su ruda y brusca salida en la delicada índole femenina; y así se apresuró á decir confuso y arrepentido:

—¡Vaya, no llores, niña! ¡Por *mor* de María Santísima, no llores! lo que dije, fué un decir. Esto es, que está á cargo de la lengua, y no de la voluntad: así no me lo tomes á censo. Haz lo que te dé gana, y hazte los cargos que no he dicho *náa*. Así como así, mujer, no puedo negar que mi Andrés es bastante montuno; que tiene más cabeza que un apóstol, y en ella falta de meollo. Y á la vista está; porque si ese bárbaro no estaba convenido contigo, ¿á qué me manda á mí por lana, para volver trasquilado? Así... haces bien en decirle al rudo ese, que pase de largo. ¡No llores, ea! Ya esto se acabó. ¿Qué más quieres que haga? ¿quieres que le hable á tu padre para que te deje casar con Gabriel, que es un muchacho de punta? ¡Eso no hay que decir: donde él llegue, llegarán otros; más alla, ninguno!

Pues mira: por éstas que me afeito,—prosiguió el arriero tocándose la barba,—que

quien le va á hablar á tu padre para que os caséis, soy yo, con esta boca, á quien Dios quitó las herramientas, pero á la que le ha quedado la predicadora expedita. Ea, ea, Ana, Estefanía, hagamos las paces; y váyase el demonio al infierno. Vamos, ahijada, levanta ese palmito, que en buenas manos queda tu negocio; pues si el tío Bastián no hace entrar á tu padre por el aro, no lo logra ni el Preste Juan de las Indias. Quien lo pagará todo es ese *retebruto* de Andrés; además de las calabazas, esa verde España para que se refresque, ha de llevar para el pelo (1), para que se acuerde.

(1) *Llevar para el pelo* significa un sosquín en la nuca, por llevar antiguamente los hombres el pelo largo, hecho trenza y recogido con una cinta en forma de coleta.



CAPITULO V

El tío Bastián, con el celo de los arrepentidos, apenas vió llegar á Juan Martín, se preparó á cumplir lo prometido. Estefanía se había llevado á su acongojada hija al dormitorio; Gabriel fué á cuidar de las mulas. Así Juan Martín y el arriero quedaron solos, entablándose desde luego entre ellos el siguiente coloquio:

—Juan: ¿no te parece que harías bien en casar á tus muchachos?

—¿Qué está usted diciendo, tío Bastián?

—Lo dicho.

—Si de sobra sabe usted que no puede ser, ¿á qué me viene usted con esa salida de pie de banco?

—Pero... ¿por qué no quieres? Las cosas... claras como la luz del día. ¿Tú tienes otra cosa que oponer á Gabriel, que es una prenda, sino que es inclusero?

—¡Como quien no dice nada!

—Por lo visto... como tú eres un usía muy

considerable... buscas un yerno que tenga la sangre muy calificada; quieres un Don Don. Pues mira, hijo, en los tiempos que corren, en teniendo uno camisa limpia y veinte reales en la faltriquera, se tiene un Don como una casa: traslado á don José I. Hoy por hoy andan los *diterios* (1) tirados y puestos en rifa. Una Excelencia vale dos cuartos, un Usía, dos maravedises. No hay más *diterio ligítimo* que el de Tío, porque ese ni se otorga ni se compra, sino que lo dan las canas.

—Tío Bastián: no se ande usted por las ramas: á la raíz. De sobra sabe usted que Juan Martín no es un necio, y que está en que zapato de vaca no gasta listón. Pero también sabe usted que ha heredado buena sangre, y que no quiere chacalacas en ella, ni tilde en su estirpe. Y por más que se eche usted fuera de la derechura, no me ha de negar en mis barbas que tengo razón.

—¡Toma! razón la tiene todo el mundo: es lo más cuotidiano que hay, y anda tirada por el suelo! Pero lo que te digo, Juan, es que Gabriel es completo; y que otro yerno más aparente no te se ha de presentar.

—Tío Bastián: para emparentar no se mira sólo á la rama; se mira al tronco.

---

(1) *Diterios, dicterios.* Está usado por *dictados* ó tratamientos.

—Vamos, hombre, déjate de troncos; que los muchachos están encariñados, y eso ya, ¿quién lo remedia?

—¿Está usted soñando despierto? ¿qué habían de estar?

—Te digo que sí, y ya ves que lo que vas á hacer si te empestillas en no dejarlos casar, es hacerlos á ellos *desdichaos*, ó empujarlos á que te desobedezcan.

—¿Usted sabe lo que está diciendo, tío Bastián? Ni Gabriel ni Ana dejarán nunca de acatar la patria potestad, ni saldrán de su crianza, que es «que á Dios en el cielo, al Rey en la tierra y al padre en su casa, todos los acatan».

—Hombre, eso es un puro *ispotismo*, que no está en uso en el siglo civilizado—dijo el viejo marrullero.

—Déjeme usted de razones *curruscantes*, tío Bastián—repuso Juan Martín—. A don José I con eso; que entiende esa parla.

—Hombre, Juan... mira que si te aferras en no querer, como Gabriel es tan bien quisto, te lo van á motejar; y has de estar como el conejo, al que todos le tiran.

—Tío Bastián: al que ara derecho nadie le echa el arado atrás; y con mis huesos no ha andado nunca nadie, ni andará, sino el sepulturero después de muerto yo. ¿Está usted?

—¡Cascaritas! ¡Juan! que estás con tu limpieza de sangre y con tu fama más remontado que los castillejos (1). ¿Quién ha de saber, andando el tiempo, si conoció ó no á su padre el abuelo de tus biznietos?

—Papeles cantan. Sin fe de bautismo, ¿qué es un hombre? ¿me querrá usted decir? De peor condición que los animales de buena casta, que llevan en el hierro su procedencia.

—Con que... hombre de Dios, ¿te encalabrinas en hacer desgraciados á esos pobres muchachos? Mira, Juan, que el que quiere caballo sin tacha, ese se anda á pata.

—He dicho á usted que no quiero calañas ni manchas en la sangre que limpia me dieron mis padres; ni quiero ponerle rótulo.

—¿Con que no he dicho nada? ¿y eres tú como mi montera, que mientras más paño le echaba, más chica era? Tú no sueles tener esas terriblezas, Juan. Anda, hombre, avente al gusto de todos y á la razón, y di que sí.

—Tío Bastián,—dijo en voz grave y decidida Juan,—ni Jesús pasó de la cruz, ni yo de aquí.

—Pues con Dios, Juan. Vaya—dijo levantándose con impaciencia el arriero,—que estás con más fueros que un Grande, y con

---

1) Las estrellas.

más prosopopeya que un Marqués! Me dejas ir con las orejas hechas tejas; tienes palabra de Rey, y te crees que no puedes marrar, como el Santo Padre, y no eres ni Rey ni Papa, sino un testarudo, cortado por la misma tijera que mi mulo *Zancarrón*.

El arriero se fué en seguida en busca de Estefanía á la que dijo:

—Ni en París de Francia que le mandasen á hacer sacaban un padrino de casamientos más aparente ni más lucido que yo. Me voy con las alforjas llenas de noes. Ana: tu padre está más retumbante que un tiro, y más sin apelación que un consejo de guerra. Y eso que ni Daoiz y Velarde armaron más baterías que yo; pero Juan Martín en diciendo una cosa, echa raíces. Y... si al fin y á la postre lleva razón... ¿qué se hace? ¡Agachar las orejas, y santas pascuas! Por mí... me voy como se fué Barrido, desairado y deslucido.

Ana se echó á llorar.

—¡Cómo ha de ser, hija!—le dijo el tío Bastián.—Nunca vienen las cosas como á nosotros nos parece que deberían venir: las cosas están en este mundo como cuernos en un costal: todos de punta.

Bien notó Gabriel que Ana había llorado.

Era esto un acontecimiento tan nuevo y extraño en la tranquila y pacífica existencia de aquella familia, que sintió su corazón

oprimirse por un angustioso presentimiento. No obstante, cuando recogida la casa se deslizó silencioso y sin ser sentido para hablar por la ventana con su querida, ésta, con la delicadeza del amor,—que siente más los golpes que recibe el corazón de la persona á quien ama que los que recibe el suyo propio,—nada de lo ocurrido respecto á él le dijo; y encubrió sus lágrimas y abatimiento con la petición que había hecho el tío Bastián, la que debiendo ser de gusto de sus padres, no podría menos de traerle sinsabores.

—¡Tus padres querrán que tú te cases con Andrés!—dijo Gabriel.

—Y yo no querré; y ellos lo sentirán. Cata ahí mi pena—respondió ella.

—¡Y conmigo no te han de dejar casar!

—Caso que eso fuese, aguardaríamos.

—Y ¿qué conseguiríamos con eso?—dijo desconsolado Gabriel.

—No separarnos—respondió Ana.

—¿Y he de ser yo la cruz en que enclaves tu vida y padezcas?

—Padecer por amor no es padecer, Gabriel.

—¡Pobre Ana mía!

—No es pobre la flor si no se la aparta del sol que le da vida.

—Ana: y si hacen por alejarte de este pobre, forastero y extraño en todas partes, ¿lo conseguirán al fin ó me serás constante?

—Lo seré mientras lo seas tú; y cuando tú no lo seas, seguiré yo siéndolo. El quererte es mi corriente, y ¿no has visto á los arroyos seguir la suya, ó entre la hojarasca, ó á la faz del sol? ¿retroceden nunca? Y tú, Gabriel... ¿será firme tu querer?

—Ana: la mar tiene sus mareas; la luna sus menguantes; el viento sus mudanzas. Pero bien sabes que el amor mío es profundo como el mar, pero sin sus mareas; triste y alto como la luna, pero sin sus menguantes; puro y perseverante como el viento, pero sin sus mudanzas!

Lo ocurrido desazonó hondamente á Gabriel y le hizo reflexionar sobre su posición, circunstancias y deberes. Nunca en sus amores con Ana—amores que habían precedido en ambos á la reflexión—se le había presentado la aterradora idea de que un pobre cunero no podía ni debía ofrecerse por yerno á los padres de Ana. Un agudo remordimiento penetró en su alma al considerar cuán imprudentemente había unido la suerte de Ana á la suya, con ese amor retenido, pero profundo y exclusivo, que llena toda la juventud de la gente de campo: existencias que son en esta bella época de la vida harto más sentidas, poéticas y llenas—aunque á veces se entreteja en ellas la miseria—que lo son las existencias de la juventud en los cul-

tos y corrompidos centros de población y en una esfera superior. En éstos suele el joven empezar por constituir al amor en vicio, ahuyentando así ese estético y dulce sentimiento de su corazón. Por lo cual se burla de él después si es puro, y acaba por convertirle en una especulación, segregando del matrimonio al amor, hermoso Cirineo que concedió la Providencia á la pesada cruz del renovador de las generaciones. Así, pues, cuando le usurpan en el corazón del hombre su puesto el degradante vicio, el miserable escepticismo y la espantosa codicia, huye el amor, si es que no queda preso y aislado en el corazón de alguna infeliz víctima de los antedichos vicios!

El resultado de las penosas reflexiones de Gabriel fué el deseo de averiguar su origen, y sabiendo que sólo don José Sánchez era el que podría ilustrarle en este asunto, determinó ir á hablarle personalmente para ver si él, siendo el interesado, podría inspirar más interés y merecer más confianza á aquel duro é indiferente árbitro de su suerte, que los que lo habían intentado anteriormente.

Al domingo siguiente, pues, se vistió su mejor ropa y marchó á Aracena.

Pero antes de introducir á Gabriel con la persona que tan ansioso iba á buscar, es preciso dar alguna idea de ella. Personas ó en-

tes por su estilo abundan tanto hoy en España, que nada diremos que no sepa el lector. Pero, ¿qué hay de nuevo en el mundo? En el mundo material, la aplicación del vapor; en lo moral, ¿no vemos acaso siempre y en todas cosas los mismos frailes con otros hábitos, y que todo gira siempre en el mismo círculo vicioso?

Don José Sánchez—cuya poco interesante biografía nos ha contado el tío Bastián—era un hombre vulgar, física y moralmente. Pertenecía á la abundante clase que llamaremos *murciélagos*, esto es, unos seres feísimos, que no son pájaros porque no tienen plumas, ni cuadrúpedos porque desdeñan pisar la santa tierra—en que se criaron ratones—, porque se han agenciado unas alas con las que no saben elevarse. Así es que vuelan torpemente entre el día y la noche, entre dos esferas, la aérea y la terrestre. Pertenecen á la conocida especie de aquellos mamíferos que, según afirman los que han visitado ciertos distritos de América, absorben la sangre á los infelices á quienes hallan dormidos, mientras los abanican suavemente con sus alas para que no despierten hasta que ellos concluyan de saciarse. Lo único en que se diferencian estas dos castas de murciélagos, la humana y la animal es, en que la última, más advertida, conociendo que no sabe cantar, no lo inten-

ta; mientras la otra lo ensaya con la más estrepitosa osadía. Sus discordantes graznidos se oyen desde los más elevados y públicos parajes hasta los más bajos y oscuros. No faltan alguno que otro ganso, pato ó pavo que se extasían al oirlos; pero los pájaros huyen de ellos á altas esferas.

Don José Sánchez era el más rematado tipo de la especie. Su estructura era cuadrada y tosca; tenía los pies y las espaldas tan anchos que hacían aparecer á su dueño apto y preparado para recibir un fardo, como lo está un pedestal para recibir una estatua. Tenía la cara ancha, basta, morena y sin sonrisas, como esculpida de piedra tosca y sin pulir. Su pelo espeso y cortado muy corto era entrecano, y se mantenía derecho como las crines de un cepillo de limpiabotas. Tenía las cejas tan largas y pobladas que parecían cejas postizas de Carnaval, y escondidos detrás de ellas unos ojos sin brillo ni expresión, que no lanzaban por cierto las famosas miradas, *penetrantes como dardos*, de que nosotros los novelistas tenemos un gran repuesto para obsequiar con ellas á nuestros héroes, lo mismo á Agamenón el Grande que á Agamenón el chiquitito. Las miradas de don José eran duras cuando las quería hacer arrogantes; escudriñadoras, cuando las quería hacer penetrantes, y con sus su-

periores eran tímidas cuando las quería hacer amables.

Don José—que no tenía siquiera el nervio que necesita el orgullo para ostentarse—lucía el suyo en groserías espontáneas y en durezas premeditadas. Conociendo cuánto le faltaba para estar á la altura de otras notabilidades *murciélagas* más civilizadas, que sabían coger la cuchara y el tenedor, y dejar pasar en su casa las visitas primero al entrar en una habitación, era delante de éstas humilde, y envolvíase este Júpiter en las nubes de la modestia, y casi tomaba el aire, la voz, la mirada y la actitud de un pordiosero. Pero se desquitaba de este eclipse de su preponderancia, y de esta sordina puesta á su hablar recio y decidido con sus inferiores, á los que trataba con una altanería tan irritante y con un menosprecio tan cruel como jamás los ha conocido el pueblo en España hasta la era presente; por lo cual repite llorando: ¡no hay peor cuña que la de la misma madera!

CAPITULO VI

Don José estaba en su despacho, al que encaminaron á Gabriel que preguntó por el amo. Cuando entró, vió cerca de la puerta á un infeliz hortelano viejo, que estaba diciendo al Nabab lugareño:

—Señor Alcalde, yo y los demás que tenemos las huertas alrededor de aquel cielo de agua de Vallellano, nos vemos perdidos.

—¿Qué embeleco es ese? ¿Y qué? ¿Puedo yo remediarlo? — respondió el Bondo Caní.

—Señor: como lindan las huertas con la dehesa de Propios, que antes era bien común y que ahora ha dispuesto su merced que se arriende, y la tiene tomada su hijo de usted, y los demás señoritos del pueblo para cazar la han acotado, y ni aportan por allá, ni dejan á alma viviente tirar en ella un tiro, se ha encastado de tal suerte de conejos, que se comen cuanto sembramos, lo que nos tiene á todos perdidos y desesperados.

—Acabe usted pronto; ¿qué es lo que quiere? Al grano.

—Señor: ¿es regular que después de echar en la tierra todo nuestro trabajo, nuestro sudor, nuestra sangre, no sirva más que para engordarles los conejos á los señoritos? ¿Es razón que perezcan tantos infelices con mujer é hijos, para que se diviertan los que han arrendado esos bienes de Propios, que son de todos los vecinos? Disponga su merced, por María Santísima, señor Alcalde, que los señoritos cacen ó dejen cazar.

—¡Pues eso faltaba! – contestó con altivez don José. — Si os incomodan los conejos —añadió volviendo las espaldas al infeliz—, ponerles bozales.

El pobre hortelano salió desesperado y exclamando:

—Cuando esa dehesa era baldía, era una bendición para el pueblo; ahora que la han acotado, es su perdición.

Don José, que acababa de arrendar el ramo del aguardiente, estaba muy embebido en sus cálculos, y se había vuelto á sentar en su mesa de escribir, había cogido la pluma, y hacía cuentas sin notar la presencia de Gabriel.

—Señor don José—, dijo éste.

—¡Otra te pego!—exclamó sin levantar la cabeza la *digna autoridad.*—¡Ligero!.. que no tengo tiempo que perder. Pero para que no le pierdas tú, te advierto, por si no lo sa-

bes, que no presto y que no recibo, ni hago empeños. Ahora, al caso.

Gabriel tenía esa índole española fuerte y digna, á la cual no intimida la impertinencia, y ese mismo entendimiento indígena, claro y perspicaz, que no perturban ni embrollan razones, y menos sinrazones.

—Señor — contestó con calma: — cuanto antes me despache usted, tanto antes dejaré de molestarle. Hace poco más de veintidós años que entregó usted á María Josefa Moreno un niño para que le criase.

—¿Y bien? ¿Vienes á decirme que se ha muerto? Poco se pierde.

Gabriel sintió un movimiento de ira y de indignación que sofocó, y contestó en su mismo tono anterior:

—No, señor, no ha muerto, puesto que aquel niño se ha hecho un hombre y está en presencia de usted.

Don José, que hasta entonces había tenido la espalda casi vuelta á su interlocutor, se volvió hacia él, haciendo fuerza con la mano del lado opuesto en el brazo del sillón para mantenerse en esa postura, y le fijó por algunos momentos sin desplegar los labios, sin darle alguna señal de interés. Luego, volviendo á tomar su posición anterior, cogió la pluma para escribir, y dijo con la mayor indiferencia:

—¿Y bien?

—Vengo,—repuso Gabriel,—á que me diga usted quiénes son mis padres.

—No lo sé,—contestó sin detenerse don José, movido á ello por su primer y natural impulso hostil á decir lo que podía humillar ó herir.

El siglo XIX ha producido con las luces, —quizás serán sus pavesas,—una gran falange de *agresivos*, que lo son: unos, por naturaleza; otros, por cálculo; otros, por costumbre; otros, por entrar en la falange, que ciertamente tiene la enorme ventaja, la inmensa prerrogativa, la gran distinción de estar *à la dernière,* y todo el *chic* moderno.

La sociedad de la Paz,—á la que de todo corazón y alma perteneceríamos si no se nos hubiese venido, cada vez que lo hemos intentado, inoportunísimamente á la memoria, la fábula del lobo que, coronado de oliva, persuadió al can á que se quitase la carlanca,—esa sociedad,—tan rica en discursos; pero ¡ay! ¡tan pobre en resultados!—debería ofrecer un premio, allá en el país de los inventos, al que inventase una magnesia no efervescente, buena para combatir la bilis moral que engendra el humor agresivo, y administrarse ella misma una buena toma. Como don José no había combatido con nada esa su propensión, dijo al cabo de un

rato al ver que el dolorosamente sorprendido Gabriel callaba:

—Ya te he dicho que no lo sé; ¿qué más quieres?

—¿Que no lo sabe usted?—preguntó con desconsuelo Gabriel.

—Que no lo sé,—tornó á afirmar el rico, duro y cruel, que lo sabía, pero que se mantuvo ahora por reflexión en la criminal mentira que había salido espontáneamente de sus labios.

—¡Si no se puede esto creer!—murmuró abatido Gabriel, y añadió en voz recia:—¿No ha pagado usted los primeros meses de mi crianza? Algún interés tenía, pues, por mí.

—Maldito el que tenía,—repuso el puercoespín.—Te echaron á mi puerta; te recogí; pagué por compasión cuatro meses de tu crianza; me parece que bastante he hecho. Si hallases muchos que te mantuviesen cuatro meses te podías pasar buena vida. Por mí, no pienso hacer más.

—Yo no vengo,—repuso Gabriel con altivez,—á pedir á usted que me mantenga. Tengo brazos, señor; y al que Dios le da brazos le dispensa del sonrojo de la limosna. Vengo á pedir á usted lo que poco le cuesta, y lo que en conciencia debe darme; lo que por las llagas de Cristo le suplico que me dé: algún norte sobre mi procedencia.

—Nadie puede dar lo que no tiene,—repuso con impaciencia don José;—y ¡basta! Ahora déjame en paz, que no soy lino para que me machaquen.

Y tomando aire magistral y tono sentencioso, añadió moral y filosóficamente:

—Sé hombre probo y moral, celoso defensor de los sagrados derechos del pueblo y de la libertad de la Patria, y serás hijo de tus obras, que es la procedencia que honra. Por lo demás, que seas hijo del verdugo ó de un Duque, de un mulato ó de un Grande, del amor ó del matrimonio, ¡psss! ¿qué más da?

Gabriel, al oir aquello, que le pareció una burla cruel, se salió sin saludar, despidiendo la puerta con tal violencia, que se cerró con estrépito.

—¡El demonio del irreverente patán!—dijo don José, cambiando su tono declamatorio en un grotesco gruñido.

Gabriel se volvió desesperado á su casa. Miles de proyectos é ideas atravesaron su mente.

—¡No!—se decía;—no seré yo la serpiente que á los bienhechores generosos que en su seno la abrigaron les dé mal pago. Me iré, sentaré plaza de soldado, pues en esa carrera tiene el hombre valiente dos perspectivas: la una, que no le arredra; la otra, que le anima.

Mas estas resoluciones caían deshechas ante el agudo dolor de Ana cuando se las participaba.

—¡Gabriel!—exclamaba.—¡Mira lo que haces; porque tu ida abre mi sepultura! Quieres irte, ¡y dirás que me quieres! No ama mucho quien lo dice, sino quien mucho padece.

—Ana—respondía Gabriel:—una cosa tiene el hombre más imperiosa y más fuerte que el amor, y es su deber.

—Tu deber es mirar por mí, Gabriel, —respondía Ana.

En esta lucha terrible pasó Gabriel algunos días, disculpando siempre á su padre cuando Ana se quejaba de su rigor, hasta caer en el más profundo abatimiento, viéndose en aquel amargo piélago sin esperanzas en ninguno de sus horizontes.

No hay duda en que las pasiones de ánimo se ven con mucha más frecuencia entre las gentes incultas que entre las cultas. Sea porque su sentir, aunque menos alambicado, es más profundo, ó sea porque carecen de la gran panacea que brinda á las cultas el mundo con sus distracciones, ello es que los estragos de este mal se ven más á menudo patentes en el pueblo. *¡Se le murió el corazón!* Esta frase usual profetiza ó explica muchas veces el final de un individuo herido

por un gran dolor. La penetrante vista del amor de madre hacía que siguiese Estefanía con angustia los progresos, cada día mayores, del cáncer que devoraba el corazón de su hijo Gabriel.

Un día festivo estaba la familia reunida á la mesa: Gabriel no había comido, y Estefanía fijaba sus ojos llenos de lágrimas en el pálido semblante de su hijo, cuando repentina y precipitadamente se apareció el señor don José Sánchez, con un fiero perro de avanzada y un humilde alguacil de retaguardia.

—¿Su mercé por acá?—dijo con serenidad Juan Martín, saliéndole al encuentro.

—¿Dónde está?.. ¿dónde está ese niño que yo di á criar?—repuso resoplando don José.—¿Dónde está ese hijo de mi mejor y más querido amigo?

Juan Martín se hizo á un lado para que don José pudiese ver á Gabriel, que, apoyado en uno de los postes que sostenían el techo, miraba con resentido desdén al afanoso señor. Había una dignidad tan fría en el noble á la par que modesto talante de Gabriel, que abatió en gran parte la petulancia del amigo de su padre.

—¡Hijo!—exclamó, empezando por echar de parlamentaria á la disculpa,—el secreto que requerían las circunstancias me ha obli-

gado á extrañarme de ti para desvanecer toda sospecha. Pero cree que nunca te he perdido de vista. He sentido siempre por ti el más vivo interés, que he debido disimular...

—¡Y lo ha conseguido usted!—dijo interrumpiéndole y con amarga sonrisa Gabriel.—Mas... diga, diga usted presto: ¿quién es mi padre? ¿quién es mi madre?

—Tu padre es—repuso don José—el General Labrador, que acaba de anunciarme su reciente llegada á Madrid.

—Y mi madre, ¿dónde está?

—La pobre murió al darte á luz. Tu padre, que se vió comprometido en una causa política, tuvo que huir de Sevilla; su mujer, que era una esposa cumplida, no quiso separarse de su marido. Al pasar por aquí en su huída á Portugal, les di albergue en una hacienda, en la que naciste tú y murió tu madre. No pudiendo llevarte consigo, te dejó tu padre en mi poder, y me dijo velase sobre ti, lo que he hecho con el debido disimulo. No he vuelto á saber de él, y le creía muerto, cuando su carta ha venido á llenarme de júbilo y me permite ya levantar el velo que corría la prudencia. Me encarga en su carta que te envíe inmediatamente á su lado. Parte, pues, para que vea he cumplido con su encargo, y que, gracias á mí, puede gloriarse de tener un hijo bien medrado.

Difícil sería analizar el efecto que causó y las sensaciones que produjo la revelación precedente en las personas allí reunidas. Era una mezcla de contento y de dolor, ambos vehementes y profundos.

—¡Se irá! ¡le pierdo! pero... ¡anda con Dios! ¡El será feliz!...—Esto pensaba el hombre honrado, el buen padre Juan Martín, sin cuidarse en lo más mínimo del mérito que en la crianza de Gabriel le usurpaba el que tan vil y duramente la había abandonado cuando le tuvo por huérfano.

—¡Se irá! ¡se irá! ¡hijo de mi alma! Y á la pobre hija mía... ¡la olvidará! ¿A qué, Dios mío, tanta grandeza? — Estas ideas pasaban como negras sombras después del primer alborozo ante los ojos llenos de lágrimas de Estefanía.

El tío Matías cayó sobre un escaño gimiendo:

—¡También se va!

En cuanto á Ana, se había retirado á su dormitorio. Sólo una cosa había comprendido y definido bien aquel amante corazón, y le había partido como un cuchillo: ¡era ésta la ausencia! Habíase dejado caer sobre su lecho, y repetía entre sollozos:

—¡Se va! ¡se va!

Unicamente Gabriel, aunque contenido y digno, era completamente feliz.

—Gabriel, hijo—prosiguió Don José,—todo está arreglado y listo para que salgas mañana. Dirás á tu padre que he puesto á tu disposición mis propias bestias y mis propios criados. Ya ves que no cabe más celo y puntualidad en cumplir sus órdenes. ¿No es así?

Gabriel hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

Un rato después, viendo que todos se hallaban demasiado conmovidos para poderse ocupar debidamente de su importante persona, don José tocó retirada, precedido de su feroz perro y seguido de su humilde alguacil.

Era, efectivamente, el padre de Gabriel antiguo amigo de don José. Databa esta amistad de fechorías cometidas de mancomún en su primera juventud.

Cuando el primero, comprometido en Sevilla en un alzamiento contra la autoridad, tuvo que huir á Portugal, se refugió á una hacienda de don José, como ya se ha referido, en la que nació su hijo y murió su mujer. El fugitivo dejó el niño en poder y encargado á su amigo, con una pequeña suma de que pudo desprenderse, y prosiguió precipitadamente su fuga. Consumido el depósito que había quedado en manos del rico avaro, éste, como hemos visto, abandonó completamente al hijo de su amigo, el que, como expósito desconocido, fué amparado por la in-

finita caridad del pobre y cristiano pueblo. Más de veinte años habían pasado, y en el corazón de don José—hecho fósil por su codicia—no quedaba ni aun recuerdo de aquel amigo de su juventud, cuando recibió una carta suya fechada en Madrid, adonde acababa de llegar sin ser llamado. Este amigo, que se preciaba de orador, pero no de pendolista, no se detenía en hacer su monografía, y lo que únicamente le participaba era que, habiéndose *distinguido* en uno de los puntos de la desconcertada América, hija de esta pobre España—¡tan mal afortunada en cuanto á hijos como en cuanto á padres!—volvía de aquel campo de asilo y tierra de promisión de aventureros con una faja de General —que era problemática,—y un capitalito en los Bancos—que era positivo.—Añadía que esperaba que hubiese cuidado de la educación de su hijo, en el que esperaba hallar un buen patriota, y acababa por encargarle que se le enviase inmediatamente.

Ya hemos visto cómo don José I cumplió su cometido con celo y puntualidad, teniendo muy presente que su amistad con un General que estaba en la Corte podría serle ventajosa, y era de hecho un quilate más á su fachenda. Don José entrevió en los rosados horizontes de sus esperanzas una placa. Hay demasiadas cruces, pensaba; el Gobierno las

distribuye con demasiada generosidad. La placa no es tan común: sentará bien sobre mi gabán, que ha hecho el mismo sastre ue hizo los suyos á Z***, senador; Z***, título; Z***, millonario. ¡Placa, placa! suena bien y sabe mejor.

Con estos alegres pensamientos divertía el señor Sánchez su viaje de vuelta, mientras se había hecho tarde, y que, sin él notarlo, había salido la luna, tan enemiga del ruido que aturde y del brillo que deslumbra, y se deslizaba en un cielo sereno cual ella, alumbrando cuanto alcanzaba su luz tan suave y melancólicamente como lo hace el recuerdo con lo pasado.

La puerta de la casa de Juan Martín se abrió, y Gabriel se deslizó por ella, y vino á llamar quedamente á la ventana de Ana. La ventana fué abierta sin ruido; pero antes que pudiera distinguir Gabriel el rostro de la que amaba, anunciáronle unos profundos sollozos su presencia.

—No llores, Ana,—le dijo;—que me partes el alma.

—¡No he de llorar, si te vas!—respondió ella.

—¿Y no me habría ido si hubiese sido soldado?

—Sí; pero hubieses vuelto.

—¿Y puedes creer que no vuelva, Ana?

—Me lo temo.

—¿Y por qué, di, por qué?

—Porque tu padre no ha de querer dejarte volver.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque es un señor muy encopetado.

—Si eso fuese, que no lo creo, aguardaríamos.

—No me pesa, con tal que vuelvas.

—Volveré.

—¿Cuándo?

—Si no fuese antes, cuando sea mayor de edad.

Ana meneó su linda cabeza, y dijo con renovado llanto:

—¡De aquí á allá me habrás olvidado!

—¿Lo dices de veras?—preguntó asombrado Gabriel.

—Sí; porque dice la copla:

—¿Te quieres poner conmigo?
Le dijo el Tiempo al Querer:
—Esa soberbia que tienes...
Yo te la castigaré.

—Pues si en la firmeza de mi amor no crees,—dijo sentido Gabriel,—¿creerás en mi palabra, Ana?

—Pues... ¡júrame que no me olvidarás!

—¿No te basta mi palabra honrada?

—No; quiero á Dios por fiador, y á los ángeles por testigos.

—Te juro, pues,—dijo Gabriel con voz conmovida,—no amar ni tener otra mujer que tú. Te lo juro por los pechos que á ambos nos criaron... por la sangre que por nosotros vertió Jesús. Y si no cumpliere lo jurado, pueda el Angel de mi guarda, que me escucha, volverme la espalda y alejarse de mí para siempre. Y en tu amor, Ana, ¿puedo confiar?

—¡Que si puedes!.. como en la fe que ha de salvarte, Gabriel. Y si te olvidara, pueda la VIRGEN DE LOS DOLORES, cuando yo la llame madre, decirme: «¡No te conozco!»

CAPITULO VII

AL día siguiente partió Gabriel.

—Adiós, hijo,—le dijo Juan Martín al despedirle.—No he podido enseñarte como se hace en las poblaciones mayores, donde hay libros y maestros á mantas y estudios hondos y finos; pero te he dado la enseñanza cristiana que me dió mi padre, y esto basta para hacerle á uno hombre de bien, que es lo que hay que ser en este mundo, que éstos pueden llevar siempre el sombrero echado hacia detrás y no hacia la cara. No vayas á creer, hijo, lo que dicen hoy más de cuatro desalmados—que han aprendido sus doctrinas del inglés y del francés—que son viejas las cosas de Dios. Nunca lo son, que Dios nace á cada hora; no come ni bebe, pero juzga lo que ve. Además, siempre se ha dicho que la mentira no gana por niña, ni la verdad pierde por vieja. De tejas abajo, hijo, sírvate de norte, que cuando la honra y el provecho no quepan en un saco, te atengas á la honra, pues provecho sin

honra es para villanos, y dos cosas ha de tener el hombre para ser cabal: la honra sin tilde y la conciencia sin gusanos. En cuanto á las de tejas arriba no necesitas más, para tenerlas siempre presentes, que el recordar que

Desde el día que nacemos
A la muerte caminamos.
No hay cosa que más se olvide,
Ni que más cierta tengamos.

Esta es mi enseñanza, Gabriel. ¡No te se olvide!, que aunque sencilla, es hija de los mandamientos de Dios, y quizás más legítima que las enseñanzas remontadas de los doctores. Porque los doctores condenaron al Justo, mientras que los sencillos pastores fueron los primeros en aclamarle; y rústicos pescadores fueron sus primeros discípulos, que no fué sobre ningún soberbio *Yo me lo sé* sobre quien fundó el Señor su santa Iglesia, sino sobre un pecador arrepentido, que adquirió esta dicha, no por su saber, sino por su amor y sus lágrimas.

— Padre, — contestó Gabriel: — dos cosas están en mi corazón con la vida, y sólo con ella se me arrancarán: la enseñanza, que con palabras y hechos usted me ha inculcado, y el amor y agradecimiento que le tengo. Y ahora, padre, que tengo nombre y procedencia, puedo pedir á usted otro favor, que pondrá el

colmo á los demás, y es que me otorgue usted á Ana por mujer.

—Hijo,—respondió Juan Martín:—no lo quisiera, ni consiento en que quedéis ligados. Vas á entrar en una vida nueva y dentro de poco todas las cosas te aparecerán de otra manera que te aparecen ahora.

—Y porque algunas cosas mudan, ¿sospecha usted, padre, que puedo mudar yo?

—No digo eso; sino que puedes, sin mudar tu sentir, mudar tu pensar; y conocerás entonces que Ana sería forastera por esas alturas, y yo no quiero que á mi hija se la mire en parte ninguna por cima del hombro, cuando puede estar en su casa, donde se la mira como una princesa. Porque, hijo mío, el pájaro sólo vive y canta á gusto en el valle en que tiene su nido.

—Eso pienso yo, — exclamó con alma y corazón Gabriel,—y el pájaro soy yo, y mi valle Valdeflores; por eso volveré. ¡Así Dios me dé vida, y á usted salud!

—Pongamos lo venidero en manos de Dios, Gabriel—repuso Juan Martín.—El tiempo lo hace todo sin ayuda de nadie; y vuelvas ó no, acompañaráte siempre la bendición de tu padre del campo.

Gabriel llegó á Madrid. La entrevista del padre y del hijo, no fué ni podía ser cordial; y dejó—como es de suponer—muy poco sa-

tisfechos al uno del otro. Gabriel expuso á su padre respetuosamente sus deseos de volver al campo, en el que se había criado, y al que estaba tan apegado. Su padre se echó á reir, é insistiendo Gabriel, el General le mandó callar con toda la autoridad de padre y el despotismo más acerbo. Porque... ¡aún hay despotismo! esa gran espada de Damocles la echaron por tierra, la rompieron, y han hecho con ella un sinnúmero de puñales que se han repartido!

—¡Lo que vá de mi padre Juan Martín á este señor!

Este pensamiento que surgió después de esta entrevista, en su mente, Gabriel intentó —pero en vano—desecharlo. A cada nueva entrevista se volvía á presentar más claro y más fundado.

—¡Qué estúpido, que incivilizado é ignorante zopenco! — pensaba el padre con mal humor, — ¡qué crianza le ha dado ese necio lugareño de Sánchez! Es necesario acepillar á este alcornoque.

De resultas de estas reflexiones, el General puso á su hijo maestros, y le hizo seguir con asiduidad sus cursos de enseñanzas, los que aprovecharon admirablemente á Gabriel, que siendo poco expansivo, muy amigo del retiro y fiel al recuerdo, y teniendo además entendimiento despejado, buena memoria y

un carácter reflexivo, se entregó con tanto placer como provecho al estudio.

Agregábase á esto que Gabriel halló poco cariño en su padre; poco atractivo y menos seducción en el círculo masculino en el que le introdujo el General; poco arrastre en los placeres de bulla y ruido. Gabriel, en fin, —que se hallaba contrapuesto en ideas, en gustos, en costumbres y en maneras á cuanto le rodeaba, — se concentró y concretó á sus estudios, que ocupaban su actividad, halagaban su gusto y llenaban su vida. Y esto era una suerte, porque la ociosidad en el círculo extraño y repulsivo en que se hallaba le hubiese hecho su posición intolerable. De todo esto resultó el que viviese Gabriel en un sistema de aislamiento y retención que dejaron al hijo y al padre completamente extraños el uno del otro.

—Es un *cena á obscuras*—decía el General á sus compinches, hablando de su hijo, — es apocado, no tiene nervio. Sus maestros dicen que tiene una gran inteligencia, mucha memoria, fácil la comprensión y deseos de instruirse. Pero... lleva este amor al saber hasta el punto de haberle vuelto metido en sí y en sus libros; y así se ha hecho apático, que es lo peor que puede ser un hijo del siglo XIX. Pierdo las esperanzas de que nunca llegue á ser un miembro lucido, exaltado y entusiasta

de nuestra regeneración política, moral, social, nacional, religiosa, doctrinal, legislativa, vocal é industrial. Mas espero que será un miembro útil *á demoler*, — ésta, si no difícil, utilísima ciencia del día, — y que ayudará con la pluma—que es el gran ariete de esta empresa — á derribar el vetusto, el podrido, el caduco edificio social, que levantaron la barbarie y la ignorancia con sus hijos, la superstición y el despotismo, que no ha producido más fruto que la Inquisición que nos perdió, y las Ordenes religiosas que nos embrutecieron...

Este *speech* (esta perorata) fué muy aplaudido.

—¡Qué conocimientos históricos!—decía un banderillero de fama...

—¡Que brillante ilustración!—decía un pretendiente á la dirección de un nuevo periódico, que con el programa de *el pueblo es Dios, y nosotros su profeta,* iba á fundar el General.

Este solía gratificar á su hijo con otros discursos semejantes, en los que una porción de palabras huecas y retumbantes hacían brillantísimo papel. El General creía con eso corroborar y abundar en las mismas ideas que los libros, pues, hijo de Belona, que no había tenido ninguna clase de educación, —y bien podía haberse quemado la piel con

pólvora enemiga en los campos de batalla y sobre las brechas, pero sobre los libros no se había nunca ni chamuscado las pestañas,—creía que todos los libros impresos decían lo mismo que aquellos que servían de texto á sus correligionarios. La candidez que se creía perdida, no lo está: ha mudado de domicilio. No se halla ya en los corazones, pero se encuentra todavía en muchas inteligencias. ¡Qué lástima! ¡antes estaba mejor alojada!

De esta suerte habían pasado cerca de tres años. Al cabo de los cuales dijo una mañana el General á su hijo:

—Espero que no pensarás prolongar esa tu ociosa vida de filósofo huraño y de sabio mudo. Ni creas que consentiré en que sigas vejetando,—como has hecho hasta ahora,—á mis expensas.

Gabriel, que, como hemos dicho ya, tenía por rasgo distintivo de su carácter la serenidad, contestó á su padre:

—Señor: justamente había pensado hablar á usted sobre ese mismo asunto. Acabo de cumplir veinticinco años, y creo que puedo ya pensar por mí mismo en mi futura suerte.

—¡Pensar por ti mismo!—exclamó asombrado el antagonista del despotismo, por cuya boca se diseñó una sonrisa fría y des-

preciativa;—vamos á ver, vamos á ver lo que ha pensado su señoría en las elevadas cumbres de su intelecto abstraído.

—Recordará usted—contestó con calma Gabriel,—que cuando llegué aquí le dije que no quería *salir de mi crianza;* palabra que significa mucho, y muchas cosas, allí donde se usa. Dije á usted que deseaba mantenerme en aquella tranquila esfera en que me crié, puesto que ni pensaba entonces—que nada sabía,—ni pienso ahora—que algo sé,—que desmerezca el hombre por pobre ni la existencia por oscura. No quiso usted otorgarme mi deseo; quiso usted que cultivase mi entendimiento y adquiriese algún saber, creyendo que esto cambiaría mis ideas y trocaría mis inclinaciones. Le obedecí como á padre y señor. Mas después de instruirme por los libros, y después de conocer por la práctica este mundo bullicioso, activo, lleno de malas pasiones, devorado por la ambición, repito á usted con toda la calma de la reflexión aquellas mismas palabras que al llegar le dije, puesto que cuanto he visto aquí me es antipático, y porque estoy persuadido de que los hombres que actúan en esta esfera, que usted llama culta, valen menos que los que he visto no salir de su oscuro y pacífico círculo de acción. Y esto lo confirma un poeta pensador alemán, que dice que

los hombres vulgares necesitan hacerse valer por lo que *hacen*, mientras á los superiores les basta para eso lo que son (1).

El General permaneció tan sorprendido al oir á su hijo, que no atinó á contestarle; y Gabriel, viendo que su padre callaba, prosiguió:

—Pero, señor, yo no quisiera disgustar á usted: ¿acaso tenía usted otras intenciones sobre mí?

—¡Pues no las había de tener, y suponértelas á ti!—exclamó sofocado el General.—¿Había de pensar que siguieses en tus bajas inclinaciones y ruines miras después de tenerte cerca de tres años á mi lado, poniéndote al nivel de los de tu clase y de tu posición social, procurando realzar tus vulgares tendencias é ilustrar tu entendimiento? ¡Y ahora te veo tan menguado, tan rústico y tan oscuro como el día que llegaste! ¿De qué, pues, te han servido tus libros y tus estudios?

—De mucho, señor, de mucho. Me han servido para confirmar, para robustecer y para afirmar la instintiva persuasión que tenía de que las bases y fuentes de una vida buena y feliz son un alma honrada, una crianza cristiana y una existencia natural y

(1) SCHILLER.

sencilla; que la reunión de estas tres cosas son la práctica de las elocuentes frases morales y de las aspiraciones estéticas de los poetas, que en el mundo de ustedes sólo son teorías. Lo que he aprendido me ha probado además que la más alta cultura enseña lo que nosotros aprendemos desde que nos enseñan el catecismo, y es: *que hay más verdadera altura y grandeza en cumplir un deber, aun en el caso de que éste sea modesto y humilde, que no en esa filosofía de lacayos, que consiste en negar y menospreciar todo cuanto realza realmente la naturaleza humana* (1).

—Pero... ¿qué estás ahí hablando de deberes?—exclamó su padre.—¿Cuáles son para ti esos deberes?

—Señor: sabe usted que hay una mujer que crió á sus pechos, con cariño de madre, al huérfano abandonado; sabe usted que hay un hombre que amparó, enseñó é hizo hombre al desvalido cunero, y que vendió la mitad de su corta hacienda para libertarle de ser soldado. Pero lo que no sabe usted es que tienen una hija única, que es la dulce hermana de mi desamparada infancia.

—¿Y la has seducido? — dijo sonriendo el General.

---

(1) Julio Sandeau.

—¡Sólo usted, padre, puede suponerme infame, sin que acalle yo como me compete semejante injuria! La amo, y la he dado palabra de casamiento.

—¡Palabras de chiquillo, que lleva el viento! Si no la has seducido no veo en cuanto has dicho nada que se roce, ni de cerca ni de lejos, con la campanuda voz DEBERES.

—Pues yo le diré á usted, señor, lo que por deberes entiendo; yo, yo, que soy criado y enseñado por el pueblo, no el pueblo ilustrado por ustedes, sino por el honrado y noble pueblo campesino, el que, como el marino entre la agitada mar y el cielo, vive únicamente entre éste y la florida tierra que nos lleva, nos nutre, nos alegra, y que, finados, nos oculta de profanaciones en su seno, soy parte de ese pueblo pacífico, que atraviesa la vida sin más piloto que su Cura, sin más enseñanza que la ley de Dios, y sin más interpretaciones filosóficas, materialistas ni epicureistas de nuestro tránsito por este mundo que la sencilla y cristiana definición de su objeto: VIVIR PARA TRABAJAR, MORIR PARA DESCANSAR.

—Basta, basta de música celestial, dijo el General.

—¡Bien ha definido usted lo que diciendo estaba!—repuso Gabriel.—Las santas creencias de nuestros abuelos han llegado á serlo para sus nietos. Pero era preciso traer estos

antecedentes para decir á usted que con estas bases cristianas, y con su espíritu caballeresco ha formado el pueblo español un código de honor, cuyas leyes son para mí imprescindibles deberes.

—¿Y cómo se expresa ese código, amalgama de conciencia y honor de esos *caballeros de la mesa redonda*, al que con tono magistral te refieres para encanallarte?—preguntó con amargo escarnio el General.

—Señor,—respondió Gabriel con voz firme,—ese código hace que al que es ingrato se le llame *mal nacido*.

El General alzó los hombros.

—Ese código,—prosiguió en el mismo tono Gabriel,—al que jura, y falta á lo jurado, le imprime con un hierro candente en la frente la palabra *¡infame!*

El General hizo un gesto de impaciencia.

—Hace, señor,—continuó Gabriel,— que al que engaña á una mujer y la deja después de darla palabra de casamiento, se le señale con el dedo, y se le nombre *¡villano!*

El General quiso hablar; pero Gabriel continuó sin dejarle interrumpir:

—Y allá, señor, ese código de honor y conciencia castiga á aquellos que abandonan en su ancianidad al padre y la madre que los criaron, y los castiga haciendo que se *les escupa á la cara*.

Al decir estas últimas palabras, el General se puso encendido cual si le oprimiese un dogal la garganta; en seguida palideció, y fijó una terrible é investigadora mirada en su hijo. Así permanecieron ambos algunos instantes, el General, trémulo, azorado, como la culpa; Gabriel sereno y tranquilo, como la inocencia.

Mas al ver la modesta calma de Gabriel, el General fué refrenando su agitación, y murmuró entre dientes:

—No; ¡no lo sabe! ¿quién habría podído decírselo?

Levantándose en seguida, dijo con arrogancia y altivez á su hijo:

—Ante todo, ¿tú has considerado á lo que te expones si te declaras en abierta rebelión conmigo?

—Acometa quien quiera, que el fuerte espera,—respondió Gabriel á la inmotivada amenaza de su padre.

—¿Tú te crees fuerte, pobre loco?

—Si señor,— contestó Gabriel;— que dice un poeta inglés (1), que una buena conciencia vale por mil espadas.— Pero, señor,—añadió con no desmentida moderación;—¿por qué me amenaza usted? ¿En qué puedo haberle ofendido? ¿No me ha enseñado usted

(1) SHAKESPEARE.

que el hombre es libre? ¿No me ha repetido usted mil veces que á nada debe someterse ni doblegarse, sin exceptuar las obligaciones religiosas, que llama usted supersticiones; ni las civiles, que llama despotismo; ni las de sociedad, que llama trabas y antiguallas? ¿Y sólo para poder yo, á mi mayor edad, disponer modestamente de mi suerte, y para cumplir con lo que miro como dulces deberes de conciencia y de corazón, no la tendría yo, señor? ¿Por qué?

—Porque no quiero que desciendas de la elevada clase á que perteneces.

—¿No dice usted que todos somos iguales?

—Es que aunque iguales, su mérito puede encumbrar al que lo tiene.

—Para esto es preciso dos cosas, señor: el mérito, de que carezco, y la voluntad, que no tengo, pues á esas ásperas alturas en que se pelea con toda clase de armas prefiero la pacífica amenidad de mi valle.

—¡Vuelta á esas poéticas chocheces, á esos desbarros románticos!—dijo el General golpeando el suelo con el pie;—hablemos en razón. Tengo tratado tu casamiento con la hija de Sánchez, que, no sólo le dará un buen dote, si se le puede lograr una placa por la que ansía, sino que proporcionara á su yerno la mayoría de los votos de su distrito en X... para diputado.

—¡Diputado, señor! ¿Se burla usted?

—¿Por qué no lo serías? Fray Modesto está exclaustrado.

—¡Pues qué! ¿tengo yo la posición, el caudal, el saber, la experiencia, la popularidad, la suposición necesaria para representar al país en un Congreso y dar á éste la respetabilidad y prestigio que debe tener?

—Déjate de tonterías y retumbancias; ¡sé hombre positivo! si no, se han de burlar de ti. En siendo diputado ya será fácil granjearte un buen destino. *Oposición sin tregua* hasta que lo logres, esta es la táctica. O logras, ó tienes con eso tu hoja de servicios para una mudanza de ministerio. Espero que te sonreirá ese brillante porvenir.

—No, señor;—dijo con voz firme y serena Gabriel.

—¡Cómo, menguado! ¿Todo esto rechazarías? ¿Y por qué?

—Ya que mis anteriores razones parece que no le hacen fuerza, diré á usted un mote que en tiempos remotos adoptó una ilustre casa francesa (1), y del que yo, aunque humilde, he constituído el regulador de mi vida, por lo cual cumpliré tan decididamente lo que conceptúo mis deberes, como resueltamente

(1) De Grignan.

rehuso cuanto me ha propuesto usted. Esta regla es MÁS HONOR QUE HONORES.

—¡Sal de mi presencia, y que en la vida vuelva á verte!—gritó el General soltando los diques á su comprimida ira.

—¿Me concederá usted al menos, antes de separarnos, su beneplácito, sin el que nada quisiera llevar á cabo?—dijo respetuosamente Gabriel.

—Te prometo,—respondió saliendo del cuarto el General,—mi más entero olvido, mi más completo desdén y el cuidar de que ni un cuarto de cuanto poseo llegue nunca á tus indignas manos.

Gabriel hizo desde luego los preparativos de su partida; vendió los dijes de lujo que le habían sido indispensables para alternar en el círculo de la moda, así como toda su ropa, armas y cuanto poseía. Y su producto, unido con lo que le había suministrado su padre para las llamadas necesidades de la juventud elegante y exigencias de buen tono—esto es: cigarros habanos, perfumes, objetos de tocador y otros accesorios de la vida frívola—que había ahorrado, le produjo una cantidad tan crecida, que le dejó sorprendido. Algunas reflexiones despertó esta crecida suma en su mente.

—¡Cierto es,—pensó,—que el lujo, si no lo hubiese creado la vanidad, lo hubiera creado la humanidad! Ella hubiese abierto esa gran

salida á las arcas de los ricos y de los poderosos pará derramar su contenido sobre las artes, la industria, el comercio y la clase artesana. ¡Pero que á este lujo, prerrogativa de los opulentos, pretendan todos! ¡Que se quiera hacer de él una ventaja común, logrando que sea una máscara que oculte la pobreza, la insignificancia, la nulidad, la ordinariez! ¡Que para lograr vestir este disfraz sacrifique á veces un hombre su probidad, una mujer su honra! ¡Y que entonces encubra este vano oropel el esqueleto de la miseria del alma y los reptiles de la conciencia! ¡Esto es atroz! El lujo es una librea de la vanidad, indigna de un hombre noblemente independiente, impropia del hombre digno que es de mediana clase ó tiene poca fortuna.

Diciendo esto Gabriel tiró con hastío la elegante bata de cachemir que tenía puesta y le había traído su padre poco antes de París; sacó con íntimo placer de un armario el lindo traje de serrano, con el que había llegado en casa de su padre, se lo puso, y cuando le hubo vestido, respiró con descanso y placer, y exclamó:

—¡Libre! ¡Libre! ¡Libre soy contigo! ¡Libre como Dios quiere al hombre! ¡Libre de ambición, libre de cargos, libre de cuidados, libre de malas pasiones, libre de odios y rivalidades, libre de compromisos, libre de

remordimientos! ¡Libre cual la nube que vuela; libre como el pájaro que canta; libre como el corazón sano que, desprendido cual aquéllas, cantando cual éste, se eleva á Dios! ¡Vistan los que quieran esa túnica de Deyanira, que yo prefiero la sencilla y suave túnica de amianto de la modestia, el silencio á la bulla, la paz á la pelea, la oscuridad al resplandor de las hogueras que encienden las malas pasiones!

CAPÍTULO VIII

La tarde caía. La naturaleza y los elementos estaban tan sosegados, cual si fuesen pasando sin notarlo, de la calma al sueño como pasa el justo de la vida á la muerte. Las hojas de los árboles,—esas comadres intranquilas, y afectas á murmurar,—se estaban inmóviles y silenciosas, cual si una maliciosa sílfide las hubiese magnetizado. Era el silencio tan absoluto, que se hubiese podido creer que, compacta y cristalizada la atmósfera, nada recibía ni transmitía, á no ser porque de cuando en cuando traía la fragancia de la jara como un recuerdo de sus amigas del campo, á Ana, que estaba sentada en su casa cerca de la siempre abierta puerta de la calle, apoyando en ésta su cabeza; tenía fijados sus ojos en la luna, que estaba aún tan pálida por la luz del día como lo estaba ella por el dolor de la ausencia, y

cantaba con dulce y llorosa voz, en lenta y triste tonada (1):

Mi amante con la luna
Me manda cartas;
Y yo con el lucero...
¡Penas á mantas!

—

Mejor quiero esperarlo
Más y más años
Que no beber las hieles
Del desengaño.

—

El sol se va poniendo,
Dicen las flores;
Ya se va quien nos daba
Bellos colores.

—

Yo quisiera morirme
Y oir mi doble,
Por ver quién me decía
¡Dios te perdone!

Entonces reparó Ana en el tío Matías, que, sentado al lado de afuera de la puerta, doblaba el cuerpo en dirección á ella, para prestar mejor oído á sus cantares. El pobre viejo, que contaba ya más de noventa años,

---

(1) Siempre que nos es dado preferimos dejar al pueblo expresar él mismo lo que siente. ¿Cómo encerrar, cual él, tanto sentimiento, tanta poesía con tanta naturalidad, en tan pocas palabras?

se mantenía sano y despejado, como si la caridad que le mantenía hubiese conservado la ocasión para prolongar la buena obra; porque si el principio contrario al bien, esto es, el enemigo de lo santo y de lo bueno, pone sin cesar en la senda del hombre ocasiones para que obre mal, nuestros buenos ángeles—aunque tantas veces desatendidos,—no se cansan de ofrecernos á miles ocasiones para que obremos bien (1).

Ana, que sabía cuánto amaba el tío Matías á Gabriel, al encontrar la triste y simpática mirada del anciano se sonrió, no con la sonrisa de la alegría, pero con la de la dulzura, esa sonrisa que embellece y entristece á la vez el rostro, como el sauce á un paisaje, y dijo, como para poner en contacto más directo los cariños que ambos profesaban al ausente:

—¿Volverá?

El interrogado, que recordó á cuanto había querido, esto es, á su mujer, que había muerto, y á su hijo, que para siempre le había dejado, contestó meneando su cana cabeza:

—¡Ay, hija! ¡Los que se mueren no resucitan! ¡los que se van... no vuelven!

---

(1) Así es que en un buen examen de un devocionario se halla este recuerdo á la conciencia: *¿has resistido á la gracia?*

Entonces las lágrimas, que caían lentas y sosegadas, como hijas de la melancolía, por las mejillas de Ana, corrieron presurosas y en tropel, como hijas del dolor.

—¿Que no volverá?—exclamó;—¿y es usted quien lo dice? Entonces veo que no hay fe ni esperanza sino en el amor. ¡Volverá, sí! ¡volverá, tío Matías! que en mi pecho tengo un profeta más certero que usted.

Estefanía, que había estado ocupada en las faenas de su casa, volvía en este momento, y oyó las últimas palabras de Ana.

—Hija de mis entrañas—la dijo:—¿á qué confías en un despropósito ni aguardas un imposible? ¡Pues qué! ¿te se figura que Gabriel—que es hijo de un *Gobierno* de los más *estirazados*, que tendrá á su hijo por esas cumbres,—había de volver entre estos rústicos aldeanos? Eso es querer cegarse, hija de mi alma; razón es que ya te quites de la cabeza esos vanos pensamientos. Gabriel, que está entre tanta grandeza y allí donde está la reina, ¿crees tú, inocente, que se había de acordar de ti?

—Usted no conoce á Gabriel, madre.

—¿Con que no le conozco y le parí?...—no, no le parí, ¡pero le crié á mis pechos!—Pero, Ana, hija, aunque sea, como lo es, más bueno que el pan, más noble que el oro y más cabal que la paga de Dios, no ha de volver el mun-

do patas arriba, amasando en una misma artesa pan de rey y pan de cortijo. ¡Cómo ha de ser! ¡Dios ha querido quitarnos á nosotros el hijo, á ti el novio! No hay sino conformarse, y mientras mayor sea tu pesar ten presente lo que dice la ley cristiana:

Sufre con ánimo igual,
Alma, lo que más lastima,
Que la más áspera lima
Limpia mejor el metal.

Diciendo estas palabras, la buena Estefanía, que había sacado fuerzas de flaqueza para guiar á su hija, calló, porque las lágrimas de su corazón ahogaron las sensatas palabras de su razón.

A este tiempo entró Juan Martín que venía del pueblo.

—¿Has visto á Don José? ¿has sabido de él?—le preguntó ansiosa su mujer.

—Le *vide*—contestó el marido;—*vide* á ese don José, con más ínfulas que una grímpola y más asperezas que un risco. Iba á montar á caballo y á ponerse en camino para la Higuera, donde ha ido á perder á otro pobre infeliz, tomando posesión de un castañar que le tenía hipotecado por unos dineros, que no le ha podido pagar al cumplimiento del plazo.—Le pregunté por ÉL.—Está bueno, está bueno, me dijo. ¿Pero á ustedes qué les importa? ¿Ustedes se han figurado que yo soy

el parte sanitario de la *Gaceta* para estar á cada paso queriendo que les dé razón de cómo está la gente? Todas las cosas tienen su término. Ya ustedes han cumplido con Gabriel. Si acaso lo que quieren ustedes es que le pida yo á su padre premio por la crianza, á otra puerta, porque eso de que le pidan á nadie le hace maldita la gracia; así, esa diligencia hacerla en propia persona, que yo en mi vida he hecho empeños sino para mí, y con eso... á Dios. No vuelvas más con tu cansera, y que tampoco venga tu mujer, que las mujeres, en queriendo, son como las garrapatas: no hay quien las desprenda.

—¡Jesús!—exclamó Estefanía,—¿eso dijo?

—Sí, y yo lo escuché sin chistar,—respondió Juan Martín;—porque á quien asina discurre, ¿qué se le dice, que no sea lavar los pies á un burro? Pero todavía me dijo otra cosa,—añadió disimulando su emoción el padre de Ana.—Ya montado, y antes de echar á andar, me gritó: Juan Martín: se me olvidaba decirte que el señor don Gabriel Labrador se casa.

Al oir estas palabras, Estefanía dió un grito; Ana, un débil gemido; Juan Martín suspiró con dolor mirando á su hija, y el tío Matías murmuró con su cascada voz:

—¡Los que se van... no vuelven!

—No lo creo,—exclamó con angustia Estefanía, tanto porque, á pesar de lo que le había dicho á su hija, conservaba en su fuero interno esperanzas de que volviese Gabriel, —¡esperanzas ocultas aun á sí misma!,— como para animar á la infeliz Ana, á quien la sorpresa paralizaba como el hielo á un arroyo, y el dolor hacía palidecer como la muerte á un cadáver.—No lo creo,—repitió Estefanía con vehemencia,—Gabriel volverá. ¡Si no puede ser que no vuelva!

—Estefanía,—dijo Juan, que conoció que la intención de la madre era la de consolar á su hija:—no te empeñes en curar con paños calientes lo que cura no tiene. Para sanar, cortar por lo sano. Gabriel no volverá. Y esto, que se sepa y que se diga. Lo demás no es otra cosa que tapujar rendijas para que no sea de día. ¿Os figuráis vosotras, inocentes, que mas que él quisiera, sus gentes le habían de dejar volver? ¿No veis que eso no lleva camino y está fuera de lo cuotidiano?

Juan calló, y sólo se oyeron los sollozos de Ana y los besos que la madre imprimió sobre la frente de su hija al estrecharla en sus brazos.

Había un momento que el tío Matías, que estaba, como hemos dicho, del lado de afuera de la puerta, fijaba su vista en dos jinetes que salieron de entre los árboles por entre

los que subía el camino de la Higuera, los que con paso apresurado se dirigían á casa de Juan Martín.

—Estefanía,—dijo éste con profundo sentimiento á su mujer:—¡tenemos un hijo más en el cementerio! Ana, hija, tus amores no tienen suerte: olvídalos.

—¡Y qué!—repuso con simpatía de madre y de mujer Estefanía.—¿Está el olvido de venta, para que se pueda comprar cuando se necesita?

—Sí, sí, Estefanía,—contestó Juan;—se compra y se puede adquirir. Dios lo expende, el comprador es la firme voluntad; la moneda es la oración.

—¡Juan!... ¡qué fácil se dice eso!

—Y se hace, aunque cueste más trabajo que el decirlo. ¿Acaso te parece más en razón y más cristiano desesperarse y desvivirse esperando imposibles? Pues un imposible es que vuelva Gabriel.

—¡Ahí está!.. ¡él es!—gritó de repente el tío Matías con un arranque y una energía sobrenaturales en su ancianidad y decrepitud.

Mas antes de que ninguno de los que estaban en la casa tuviese tiempo de hacer un movimiento, ni de decir una palabra, un joven se había precipitado por la puerta y estrechaba con pasión y entusiasmo á Juan

Martín entre sus brazos. Estefanía tenía entre los suyos á su hija, que desfallecía bajo las sacudidas de tan fuertes y diversas emociones; el tío Matías, que se había puesto de pie, había vuelto á caer sobre el poyo, levantando al cielo sus cruzadas y trémulas manos y sus apagados ojos.

Sólo don José Sánchez, que había entrado en pos de Gabriel, se mantenía completamente indiferente é impasible en aquella conmoviente escena.

—¡Y yo que nada sobre esta venida sabía! —se decía á sí mismo, en vista de que nadie atendía á su señoría.—Por lo visto han querido sorprenderme. Venía yo de la Higuera, tan ajeno de nada, cuando ahí, á la entrada del pueblo, me alcanza un jinete que venía á la carrera (sería para emparejar conmigo), le miro... ¡y era él! Nada me ha escrito mi amigo de esta venida; pero, en fin, entre propios los cumplimientos son excusados. Al pasar por aquí habrá querido ver á Estefanía, pues partió como un rehilete. ¡Ya! como le crió, y dicen que á las amas se quiere bien... Y, si no, traslado á lo que hace su majestad la Reina. Pero no nos podemos detener. Gabriel:—añadio levantando la voz—que se hace tarde, y, aunque haya luna, á mí no me gusta caminar de noche.

Gabriel, que durante el monólogo de don

José se había echado al cuello de su madre, cuyos brazos retenían al hijo amado sobre su pecho, se volvió ahora á don José y le dijo:

—Parta usted cuando guste; yo no le detengo.

—¡Pues qué!—repuso atónito don José,—¿no te vienes conmigo á mi casa?

—No, señor,—contestó Gabriel;—que me quedo aquí.

—¡Aquí!—exclamó cada vez más asombrado el ricacho.—Esto no puede ser; sería indecoroso; teniendo en el pueblo la casa de tu futura familia.

—La casa de mi familia, pasada, presente y futura, es ésta—dijo Gabriel.

—Hombre,—repuso impaciente el señorón improvisado,—¿tú me quieres volver tarumba? Vamos de una vez; ¿tú no vienes para casarte?

—Sí, señor.

—Bien. ¿No va á ser mi hija tu mujer?

—No, señor; que quien va á ser mi mujer es ésta,—respondió Gabriel presentándole á la enajenada y avergonzada Ana, cuyas sonrojadas mejillas, cubiertas de lágrimas, parecían rosas abiertas por el sol y bañadas aún por las lágrimas de la aurora.

Nunca produjeron el asombro, la ira y la humillación más efecto en una mala alma

que el que causaron estas palabras en el finchado y soberbio señor Sánchez. Sus ojos lanzaron chispas; su barba tembló; su pecho, —aquel mar de hielo para toda emoción tierna, noble ó generosa,—se agitó; y su respiración se hizo ruidosa como la de un acosado cuadrúpedo.

—¿Tú desdeñas á mi hija?—preguntó al cabo de un rato con forzada y altiva sonrisa, formando sus palabras el seco y bronco castañeteo de una matraca.

—No, señor;—contestó Gabriel,—no desdeño á su hija de usted; pero cumplo con lo que la consecuencia me impone, la gratitud me prescribe y lo que mi corazón me inspira.

—¿Tú desprecias mi caudal?—prosiguió don José de la misma manera que antes.

—¡Eso sí!—contestó con desdén Gabriel.

—¿Y menosprecias mi alianza?—tornó á preguntar con marcada ironía y recalcada sorna el noble montañés, la cruzada notabilidad.

—De ésa,—respondió Gabriel,—me cuido tan poco como usted se cuidó del pobre huérfano abandonádo que amparó Juan Martín.

—Pues para bajarte esos humos que traes de la Corte, en donde parece que es tu padre hoy día un gran señor,—dijo don José con pausa y sorna, y con toda la vil satisfacción que produce la venganza en el hombre malo

que la ejerce,—para abajarte esos insolentes humos, y para que ante mí bajes confundido esa erguida cabeza, sabrás lo que había jurado á tu padre callar para siempre. ¿Ves ese viejo decrépito y miserable mantenido de la caridad; ves á ese ruin mendigo, á ese tío Limosna? ¡Pues ese es el noble y lucido tronco de vuestra ilustre raza; ese es tu abuelo! Y tu padre... el pillastre del hijo que huyó de su lado.

—¡Abuelo! ¡Abuelo mío!—gritó Gabriel precipitándose hacia el trémulo anciano, á quien estrechó en sus brazos.—¡Oh padre mío! ¡Ya comprendo por qué desde chico me arrastraba hacia usted con tanto cariño mi corazón! Don José, ¡cuán cruel ha sido usted en no haberlo dicho antes!

Y volviéndose de repente y cayendo á los pies de Juan Martín, cuyas rodillas abrazó, reventaron en sollozos las fuertes emociones que le agitaban, diciendo en entrecortadas palabras:

—¡Padre! ¡Padre! ¡No basta mi corazón para contener toda la gratitud que le debo! ¡Usted amparó al huérfano desvalido, usted recogió al anciano abandonado!.. ¡y era usted pobre! ¡Y algún día se quedó usted con hambre para que á la infancia y á la ancianidad desamparadas no les faltase el sustento! ¡Y usted lo hizo sin esperar una recom-

pensa, sin contar con una compensación, sin soñar en un lauro; sólo, sólo, sólo por caridad cristiana! ¡Oh, cuál palidece la estrella de la filantropía ante el sol de la caridad cristiana! ¡Anatema sobre las falsas deidades y las erradas doctrinas! ¡Desterradas sean del país que perturban y de las inteligencias que embrollan ó pervierten! ¡Y reine inatacada aquella que usted y mi madre me enseñaron con palabras y ejemplos desde la cuna, y á la que después de ilustrar mi entendimiento acato con más entusiasmo que antes!

—Gabriel,—dijo Juan alzando á su hijo del suelo,—no me saques los colores á la cara; las celebraciones, si son merecidas, fatigan; si no lo son, avergüenzan. Nada va conmigo; si quieres agradecer, que sea á aquella bendita que te crió á sus pechos.

—A esa nada digo, padre, no hay para qué; las madres y el ángel de nuestra guarda nos comprenden aun antes de que hablemos.

A don José le ahogaba la ira al ver que no lograba su objeto, que era el humillar á Gabriel como éste le había humillado á él. Así fué, que dirigiéndose con altanería al pobre tío Matías, le dijo:

—Tío Limosna: ¿cuál es su apellido de usted, si tiene otro?

—Señor,—respondió el anciano:—deje usted que me llamen Limosna los que me la han dado; yo me llamo Matías Vega.

—Pues su hijo de usted,—prosiguió el encarnizado agresor,—su hijo de usted dejó el nombre de su padre,—sea porque fuese conocido en la policía ó fuese por ocultar su ruin procedencia,—y se apellida con un fraude Labrador.

—Como se llama Isidro...—dijo el pobre padre buscando aún disculpa al hijo ingrato.

—¡Toma—repuso el grosero y resentido ricacho,—por esa regla su nieto de usted, mañana, si se le antoja, se apellidará Arcángel. Yo, antes me dejaba cortar la que tengo sobre los hombros que hacer semejante felonía. Yo, yo soy... yo soy don José Sánchez por la tierra y por la mar.

Don José Sánchez por la tierra y por la mar salió bufando.

—No te alteres ni te incomodes,—dijo en tono de súplica Estefanía á Gabriel.

—¿Que no me altere ni me incomode? —contestó éste.—Madre: ¿cree usted que un hombre tan necio y despreciable tenga el poder de alterarme, cuando no tiene, por bajo y ruin, ni aun el de hacerme reir? Pero, —añadió Gabriel mirando á Ana y dirigiéndose á su madre:—¿cuándo es la boda?

Estefanía se quedó cortada y miró á su marido.

—Gabriel,—dijo éste, que comprendió el apuro de su mujer:—ya sabes que aquí no hay sobras; que no hay nada dispuesto para vuestro ajuar, ni para costear la boda; así lo primero que hay que hacer es agenciarlo.

—Eso lo tràigo yo previsto, padre,—repuso Gabriel; y desabrochándose su chaleco sacó un cincho, en el que traía en onzas las cantidades que antes de salir había realizado y reunido.

Juan Martín y Estefanía se quedaron asombrados.

—¿Esto te ha dado tu padre?—preguntó el primero.

—Sí, señor, á él se lo debo,—contestó Gabriel poniendo el cincho en manos de Ana, según la costumbre del pueblo, entre el que es la mujer la depositaria del dinero.

Ana se acercó al tío Matías, y le dijo:

—El primer uso que se va á hacer de estos caudales es mercarle á usted *una vestida* completa, para que la estrene en la boda de su nieto. Y eso,—añadió la suave niña, á la que la felicidad restituía su gracia y su lozanía, —¡y eso que debía yo estar enojada con usted y no acordarme del santo de su nombre!

—¿Y por qué?—preguntó Gabriel.

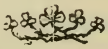
—Porque muchas veces me ha partido el alma, diciéndome: «¡Los que se van... no vuelven!»

—¡Buen abuelo y mal profeta!—exclamó su nieto pasando su brazo por la encorvada espalda del pobre viejo, la que golpeó con la mano cariñosamente.

—Pues otras veces he acertado en mis predicciones, — repuso el anciano.—Y si no, que lo diga Estefanía.

—¿Y cuando fué eso, abuelo? — preguntó Gabriel.

—El día,—contestó el anciano,—en que, abandonado y rechazado de todos, te puso á sus pechos, y la dije, bendiciéndola:—Estefanía; QUIEN BIEN HACE... PARA SÍ HACE!



LUCAS GARCÍA

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES

LUCAS GARCIA

> En una época en que todas las huellas de lo pasado van desapareciendo bajo los golpes del doble martillo de la civilización y de la incredulidad, admira y enternece ver á un pueblo conservar un carácter estable y opiniones inmutables.
>
> VIZCONDE DE ARLINCOURT.

SALIENDO de Jerez en dirección á los montes de Ronda, que se van escalonando gradualmente, como para formarle un adecuado pedestal al bien denominado San Cristóbal, se atraviesa una extensa llanura, que lleva el nombre de Llanos de Caulina. El uniforme y desnudo camino, después de arrastrarse dos leguas por entre palmitos, hace alto al pie de la primera elevación de terreno, donde se tiende al sol un perezoso arroyo, que en verano se estanca y trueca sus aguas en fango.

Vese á la derecha el castillo de Melgarejo, que es de las pocas construcciones moriscas

que no han llegado á destruir el tiempo y la impericia, su fiel auxiliadora en la destrucción. El tiempo hace ruinas, las agrupa, las corona de guirnaldas y adorna con follaje como si de ellas hiciese su recreo y su lugar de descanso. Pero la impericia aun á las ruinas hostiliza, como el bárbaro que no da cuartel al vencido, porque su recreo es el polvo, su descanso el yermo, su fin la nada.

Flanquean los ángulos del castillo cuatro torres cuadradas, las cuales, así como las murallas de todo el recinto, están coronadas de bien formadas almenas, que se alínean uniformes, firmes y sin mella, como los dientes de una hermosa boca.

Este castillo fué denominado de Melgarejo, por haber sido conquistado por un caballero jerezano de este nombre. La manera como llevó á cabo esta hazaña es tan curiosa que no resistimos al deseo de referirla, para aquellos que no estén al cabo de las hazañas parciales de que abundan los anales de Jerez.

Ocupaban este castillo, por los años de mil trescientos y tantos, ciento y cincuenta moros con sus familias. Vestían de blanco, al uso de su nación, y montaban caballos tordos.

Encerrados como se hallaban, procurábanse el sustento haciendo de noche correrías y trayéndose todo el botín que podían recoger.

Melgarejo se propuso conquistar el fuerte castillo, que rodeaba un ancho foso, que á la sazón ha dejado de existir, y que fué la zanja que los mismos moros abrieron para servirles después de sepultura.

Prometió el caballero cristiano la libertad á un esclavo que tenía si se consagraba á secundarlo en la empresa que meditaba. Convenidos amo y criado, encargó el primero al segundo, muy buen jinete, que enseñase á saltar fosos á una yegua, singularmente ligera, que poseía, ensanchando el foso gradualmente, hasta que llegase á tener la anchura del que cercaba al castillo sarraceno.

Conseguido esto, reunió Melgarejo sus parciales, los disfrazó de moros, haciéndoles cubrir sus caballos con mantas blancas, y una noche que habían salido los defensores del castillo, se dirigió con los suyos hacia él. Los que estaban esperando á los moros vieron acercarse esta hueste sin recelo, tomándola por la que aguardaban. Cuando la cristiana estuvo cerca reconocieron su error, y quisieron levantar el puente; mas ya el esclavo de Melgarejo, montado en su ligera yegua, había saltado el foso y cortado las cuerdas de la compuerta, por lo que no pudieron alzarla y los jerezanos se hicieron dueños de la fortaleza.

Este fuerte castillo,—por el que ha pasado

el tiempo destrozador sin dejar más huella que la que dejaría la pisada de un pájaro,—transpone á uno con tal fuerza de ilusión á lo pasado, que se extraña no ver tremolarse en sus torres el pendón de la media luna, y se echa de menos detrás de cada almena un blanco turbante. ¡Qué sitio tan á propósito es éste para la representación de un simulacro ó de un torneo entre moros y cristianos!

Para ir á Arcos se dejan á la izquierda el dormido arroyo y el muerto castillo, en cuyo recinto se mueven, como en un esqueleto hormigas, los trabajadores, con los aperos de un pacífico cortijo. Tomando la vuelta de este primer escalón de la sierra, se atraviesan otros llanos, cubiertos, en cuanto alcanza la vista, de ricas mieses; y sin hallar otra venta ni lugar de descanso, se sestea en el cortijo de la Peñuela, que fué propiedad de los padres Cartujos, aquella orden religiosa tan severa, tan respetable y respetada, que aún se preguntan los campesinos: ¡Y hubo poder que pudiese, y hubo mano que osase tocar á tales hombres y á tales cosas!

Al elevarse el terreno se cubre de olivares, como si quisiera abrazar á la anciana y blanca Arcos, que conserva con orgullo su título de ciudad, sus caducos privilegios y sus rancios pergaminos, á pesar de su decaden-

cia (1), ó, mejor dicho, de su vida estadiza en medio de los adelantos propios de la marcha del tiempo, que son suaves, paulatinos y espontáneos.

Arcos se presenta y se retira alternativamente á los ojos del viajero, cansado de su ascensión, como si le hubiesen quedado desde el tiempo de los moros, sus fundadores, tretas de guerrillera; hasta que, pasando entre dos altas peñas, se entra de repente en el pueblo, cuya situación sorprende y admira aun á los menos sensibles á las bellezas de la

---

(1) Arcos fué conquistada en el año 1249 por el Infante don Alonso, comisionado para el efecto por su invicto padre el santo Rey don Fernando III. Vuelta á recuperar por los moros, fué reconquistada en 1255 por el Infante don Enrique, y en 1264, por tercera vez, por don Alonso *el Sabio*, ya coronado Rey, repartiendo su término entre 50 de los más esforzados caballeros, con que pobló á Sevilla. Recibió privilegios de la liberalidad de los Monarcas; tales son: la concesión de la hidalguía común á sus vecinos, hecha en 1256; las encomiendas y bandas en las Ordenes militares, en 1340; la exención de tributos, en 1396. Valióle el título de ciudad la toma por sus gentes de la inexpugnable villa de Cardelas en el año de 1472. Después de otras mercedes, llamóla NOBLE y FIDELÍSIMA Felipe V, poniendo su nombre á uno de los regimientos de la milicia. Su vecindario se compone de 10.000 almas, divididas en dos collaciones, con dos ayudas de parroquias, dos hospitales, un hospicio de huérfanas y seis conventos.

naturaleza y á los encantos de lo pintoresco.

Veíase una tarde del año mil ochocientos cuarenta y tantos, en una de las calles del barrio de San Francisco, afluir muchas gentes á una casa de pobre apariencia, de la cual se habían llevado la tarde anterior el cadáver de la que había sido su dueña. Reuníanse éstas para el duelo con la rigurosa etiqueta observada en el pueblo, que prueba los instintos de dignidad y de cortesanía que le distingue, puesto que toda etiqueta y todo ceremonial estriba en estas bases, que no son una cosa ridícula y superficial en la vida pública y en la privada, como las han querido hacer el espíritu de trastorno que conmueve al siglo, y el ansia de sacudir todo freno material y moral, que revoluciona las ideas.—El ceremonial y la etiqueta, en la rigurosa acepción de la palabra, son una acción ó acto exterior dispuesto para dar culto á las cosas divinas, reverencia y honor á las profanas.

Entrando en la casa se hallaba una sala en que se reunían las mujeres; á la derecha se encontraba otra, que una vecina había prestado, para la reunión de los hombres.

En la primera, primorosamente enjalbegada y cuidadosamente aseada al efecto, según costumbre constantemente seguida, se veía en medio de ella, extendido sobre la es-

tera, un pañuelo, en el que todas las que iban entrando echaban una ó dos monedas de cobre, que eran destinadas para la misa de San Bernardino. Esta costumbre se observa, no solamente entre los pobres, sino también entre los bien acomodados, pues esa misa tiene que ser debida á la limosna. Expliquen esto, como gusten, los escépticos, y como les parezca, los *positivos*. Nosotros vemos en ello un acto de humildad, unido al deseo de juntar muchos sufragios. Pues si bien son honras terrenas, que respetamos, un brillante entierro, un lucido catafalco y un soberbio mausoleo, son mejores sufragios para el cielo el cuarto de la limosna, el ferviente brote del corazón, las oraciones parciales y las de la Iglesia.

En un ángulo de la sala, sobre una silla baja, estaba sentada la doliente. Era esta una niña de ocho años, la que, cansada de llorar á su madre, así como de su larga inmovilidad en el sitio que ocupaba, había dejado caer su cabeza en el espaldar de la silla, y se había dormido; pues el sueño, que ama á los niños, se apresura á venir en su auxilio siempre que los ve sufrir en su alma ó en su cuerpo.

—¡Pobre Lucía! — dijo mirándola una de las dolientes, parienta de la difunta;—¡cuánta falta le va á hacer su madre!

—Esa fué la espina que llevó clavada en su corazón la pobre Ana,—observó una vecina.

—Pero... ¿de qué ha muerto?—preguntó otra de las presentes.

—Su mal lo sabrá la tierra que la cubre, —respondió la parienta; — porque Ana no se quejaba. Si no hubiese estado tan delgada que se la podía beber, tan amarilla como la flor de la cera y tan endeble que la habría hecho caer una sombra, no se habría sabido que caminaba para el campo-santo.

—Se murió,—dijo con vehemencia una mujer joven y de fisonomía enérgica, — se murió de que se la pudrió la sangre en las venas; esto lo sabe todo el mundo. ¿Y que no haya en el pueblo un Alcalde que se sepa atacar los calzones y eche con la honda del demonio á esas forasteras, rufianas sinvergonzonas, que se nos vienen aquí á poner puestos de bebida, y á engatusar á los hombres casados, para su perdición y la de sus casas?

—Sí, sí, á estas cosas hacen los Alcaldes ojo de pez,—dijo la parienta de la difunta;—así como para otras cosas tienen ojos de chucho. Pero no tengas cuidado, mujer: su merecido han de llevar, porque Dios consiente, pero no para siempre.

— Sí,—repuso la primera;—consiente que se mueran las buenas, y se queden gallo-

reando las malas. Dios se reservó la justicia del cielo para sí; pero la vara de la justicia de la tierra la puso en mano de los hombres. ¡Y á fe que buena cuenta tendrán que dar del uso que han hecho de ella! ¡Sobre sus costillas... le había yo de romper al Alcalde la que en la mano tiene!

—Mujer: — dijo una anciana, — eres más súpita que una chispa de carbón de fragua, y partes, como los toros, con los ojos cerrados. Mira de quién hablas; y ten presente que la mala llaga sana y mata la mala fama. La pobre Ana no quedó buena desde su último parto; y muerte no viene que achaque no tiene; el verano la hundió y septiembre la remató; pues de fraile á fraile, Dios nos guarde (1).

— ¡Ya! tía María; como usted es tía de Juan García y prima del Alcalde,—repuso la interpelada,—dice usted eso, por aquello de «con razón ó sin ella, ayúdenos Dios y á los nuestros», Lo que yo puedo decir á usted es que mi José no ha de pisar la casa de bebida de la Leona; eso queda de mi cuenta. Porque por más que sea tan hombre de bien como Job, en casa del jabonero, el que no cae, resbala. Por más que diga usted que está ya

(1) 28 de Agosto, San Agustín; 4 de Octubre, San Francisco.

viuda y que con la edad tiene la sangre cuajada, no me vuelvo atrás de lo dicho: que el que salta derecho, cae en pie, y así lo digo y lo redigo: asparla viva debían á la picarona esa, ¡pingollona, sargentona!.. que parece una garita; que tiene la cara más negra que un pellejo de aceite; tan hoyosa de viruelas, que parece que se ha caído en un garbanzal, ¡y con más bigotes que un nacional! Y cuenta que dice el refrán: á la mujer barbuda, de lejos la saluda.

—Pues... ¡y sus hijos!—dijo la doliente; — que parecen gurrupatos; y que tiene tan churretosos y desharrapados, que semejan nidos de calamares!

—Pues á ella le parecen soles, — añadió otra.

—¡Ya!—exclamó la primera que había hablado.— Dijo el escarabajo á sus hijos: venid acá, mis flores: y grumos de oro llamó la lechuza á los suyos. ¡Quién ha visto eso, señores,—prosiguió exaltándose,—quién ha visto iniquidad como es la de embaucar á un hombre casado, y con hijos, perderle, hundir su casa y matar á su mujer á penas! ¡Y eso se sabe, y se consiente! Mire usted que eso hace hoyo.

—¡Sí, eso es peor que clavar un puñal! —exclamó una mujer.

—Es un contra-Dios,—añadió otra.

—Es un escándalo de los *diformes*,—prosiguió la primera.—¡Pobre Ana! Yo no la veía sino de habas á caracoles; pero la quería bien, porque era una pasta de almendras, tan sin hiel y tan sufrida, cmo la oveja en manos del carnicero. ¡Hombres! ¡hombres! ¡Malditos son todos los que visten por los pies! Así fué que nunca consintió nuestro Padre Jesús ponerse calzones, y vistió túnica.

—Vamos, hija, nada se remedia con maldiciones,—dijo la tía María; — ni con echar quina por la boca. Vamos á rezar por el alma de la difunta, que es lo que le ha de aprovechar.

Reinó un completo silencio. La tía María tomó su rosario; las demás la imitaron, y después del acto de contrición y de un solemne Credo, empezó el rosario de las ánimas, en el cual, después del Padre Nuestro, en lugar de la salutación de la Virgen, decía diez veces:

—¡Señor: por tu infinita misericordia!

Respondiendo las otras en coro:

—¡Que las ánimas benditas gocen de paz y de gloria!

Ya no se oyó en el duelo de las mujeres más que el murmullo grave de las oraciones y el sofocado suspiro de la lástima y el dolor.

Muy distinto cuadro ofrecía la sala del duelo de los hombres. El viudo, que estaba sereno como un vaso de agua, y fresco como una lechuga, pasado el día del entierro, se creía dispensado de toda compostura doliente, y fumaba oyendo y hablando con todos como de costumbre, y como si la muerte, al entrar en su morada, no hubiese dejado en ella sus negras huellas y su solemne impresión!

Los indiferentes habían seguido su ejemplo. De manera que, á no haber llevado todos capas, nadie hubiese dicho que era aquello un duelo, esto es, un tributo de amor y respeto á una vida que terminaba y á un dolor que surgía. Sólo una figura se veía en aquella reunión en concierto con el suceso que la motivaba; era ésta un niño, hijo de la difunta, de trece años, que sentado en un rincón cerca de su padre, apoyaba los codos sobre sus rodillas, y la cabeza en sus manos, y lloraba sin consuelo.

— ¿Cómo ha estado el día? — preguntó el viudo.

—Enfermizo—contestó uno.

—¿Y el cielo?

—Remendado; piénsome que el agua no está lejos; esta mañana había neblina, y la neblina, del agua es madrina, y del sol vecina.

—Ya le quitará el viento las telarañas al cielo—dijo un tercero,— pues sopla del lado de la puesta del sol. El agua anda más retirada que las pesetas.

—No le hace—repuso el primero;—antaño no llovió hasta Todos Santos; y año más completo, ni otro de su paño, no se ha visto desde la creación. Todos se hartaron de coger: labradores, pelantrines y pegujaleros. Las cebadas, en particular, estaban que no las podía *rehender* (1) una espada.

— Señores: el mes de enero es la llave del año — dijo el viudo. — En no diciendo el puente por enero, ¿me voy... ó no me voy? no hay trigada.

—¡Hola, tío Bartolo! — exclamaron todos al ver entrar á un hombre de edad, pequeño, enjuto y vigoroso.— ¿De dónde viene? ¿Por dónde ha andado usted desde que falta de aquí?

El tío Bartolo, después de haber hecho su cumplido al doliente, se sentó, y volviéndose á los que le habían hecho la pregunta, contestó:

—¿De dónde vengo?.. Del coto de Doñana, sin perder la derechura. Desde que se acabó la guerra del francés, y me di á la *tirutería*, ando hecho un azacán de los usías.

---

(1) *Rehender*, separar ó penetrar separando.

Allá en Doñana los había de todos pelos, *ligítimos*, injertos, atravesados y supuestos... hasta ingleses. ¡Caballeros! Vaya, si son lo propio que los suizos de los franceses; unos valientes mocetones, muy blancos, muy colorados, muy rojos y muy espelotados! Pero en cuanto á espíritu, no tienen más que el que beben; y en cuanto á gracia, no tienen ninguna; llevan los brazos como manga de capote, y asientan los pies como pisones. Para hablar se sirven de una jerigonza, que yo tengo para mí que ni ellos mismos la entienden. A mí no me hacen gracia esas parlas que no comprendo, pues no sé, cuando me hablan, si me compran ó me venden.

Uno había tamaño como un atún, que le decían *don Turo* (1), que me tocó á mí en suerte. Sudaba y bufaba por aquellos arenales, que daba compasión; pues en andando una legua ya están rendidos; el sol les ofende, y el calor los desmadeja y los *descuajaringa*. Todo lo había de hacer aquel *Cara de platos* á uso de su tierra. Un día se empestilló en que había de manejar mi navaja á modo de cuchillo de mesa, y se hizo una cortadura; sacó un botiquín que ni un cirujano mayor. ¡Vaya,—dije yo,—picóme una araña y atéme una sábana! Como era más

(1) Don Arturo.

terco que una esquina, se le puso que había de matar una perdiz; y por más que le dije que era el tiempo de la veda de las perdices, tiró; y habría tirado aunque hubiese estado su padre ante la boca de su escopeta; tiró, digo, y no mató á la perdiz; pero mató á una urraca.—Señor: ¿qué ha hecho su merced?—le dije yo; díceme: —Matar la perdiz. —¡Qué, señor! si no es una perdiz, que es una urraca.—Está bien,—dijo muy en sí el zarangullón.—No está bien,—le dije yo;—que está prohibido matar las urracas.—¿Y quién lo prohibe?—preguntó poniendo la cara como un león;—tengo mi licencia, que me ha costado 3.000 reales.—Pero, señor; es para cazar caza mayor, ¿está usted? Pero las urracas no se matan, tienen la vida libre; ¿comprende? —Díceme: En esta tierra de *Santísima María*,—pues, ya digo, todo lo decía atravesado, á uso de la suya,—en esta tierra hay muchos privilegios; ¿y hasta las urracas lo tienen? Aquella pregunta era una bestialidad ó una burla; *asina* no me dió gana de enterarle, y le contesté:—Sí, señor; lo tienen, que se lo concedió doña Urraca en tiempos atrás. Sacó un libro en blanco y lo apuntó. Yo dije para mi sayo: corra la bola, que yo no la he de atajar.

—Pero, ¿por qué no se pueden matar las urracas en el coto, tío Bartolo?—preguntó un hombre mozo.

—Porque ellas han sido las que han sembrado los pinares,—contestó el interrogado.

—¡Calle usted, señor!.. que no está usted platicando con el *Cara de platos*,—repuso el primero.

—Ya lo veo, pues si á aquél le sobran tragaderas por novelero, á ti te faltan por cuaco cerril, de aquellos que no creen sino lo que ven. Pues sí, señor; que las urracas siembran los pinares, esto es una verdad como una casa. Abren las piñas cuando están en sazón y les sacan los piñones para comérselos; como son tan guardonas, entierran los que no se pueden comer, y como son tan loconas, se les olvida; no vuelven por ellos, y los piñones nacen; á no ser por esto, ¿por qué habían de prohibir los Duques (1) que se las matase, cuando hay más urracas en el coto que gorriones en una parva? Así, Alonso, nadie diga: este magnate no ha de entrar por mi gaznate; y sábete que entre dos pájaros bobos, más bobo es el que cierra el pico que no el que lo abre. Pero tú siempre has sido tonto, y con la edad le vas ganando á Blas, que comía habas.

—Y de noche, tío Bartolo, ¿qué se hacían esas gentes allá en el coto?—preguntaron sus oyentes.

---

(1) De Medina Sidonia.

—Los ingleses, comer y beber, porque son sus mercedes honditos para eso de meter por el pico; así están tan colorados y tan espelotados. Un día me dijo el *Cara de platos*, como Dios le dió á entender, que yo andaba tanto sin cansarme porque estaba delgado, y que daría 1.000 duros, ó una multitud *asina*, por estarlo. Yo le respondí gritando, para que me oyese: —Pues coma su mercé gazpacho, que enjuga las carnes, y cebolla y ajo crudo, que espabilan los sentidos.

—Y los españoles, ¿qué hacían en las veladas, tío Bartolo?

—¿Los españoles? hablar hasta por las costuras; gritar, que parecían huecos, y pelearse por las cosas del gobierno; porque hoy día cada uno de por sí quiere saber de todo y mandar, y hasta los escarabajos tienen tos y empinan la cola. ¡Caballeros! ya no hay españoles como cuando la guerra del francés, que entonces todos éramos unos é íbamos á una. Hoy por hoy no hay más que moderados y *ensaltados*. Yo, que no estoy *ensaltado* sino con mi escopeta, mi mujer y mis hijos, quisiera que se llevase el demonio á tanto palabrero. Ganas dábanme de decirles: Caballeros: cuenta con que cuanto más cordura menos lengua, y que la mucha hierba *ajoga* el trigo. Una noche me llamó uno de los usías y me dijo: —Tío Bartolo:

¿usted hizo la guerra de Napoleón? —Sí, señor, — le respondí; — que fuí guerrillero. —Pues venga usted aquí, que le voy á leer el testamento que hizo.

—¡Pues qué! ¿hizo testamento ese hombre, tío Bartolo?—preguntaron interrumpiéndole los más ancianos de los que se hallaban en el duelo.

—Sí, y antes de morir, se entiende. Díjele yo al usía: —¿Y de qué tenía que testar ese *quita-reinos*? Pues ¿no le hicieron vomitar todo lo que había cogido? El usía había abierto un libro y se puso á leer. Caballeros: aquel socarrón, en su testamento, todo lo fué repartiendo: sus bienes, sus armas, su cuerpo y su corazón. Yo estaba *pirplejo*. —¿Qué le parece á usted, tío Bartolo?—dijo el usía cuando hubo rematado. —Señor,—le respondí yo:—por lo que veo, aquel *descreído* en todo pensó; pero ni en su vida ni en su muerte se acordó de su alma.

—Tío Bartolo: ¿y por qué se metió usted á guerrillero?—preguntó uno de los concurrentes.

—¡Mira qué pregunta!—exclamó el guerrillero mirando al que le había preguntado y meciendo su cuerpo hacia adelante y hacia atrás con mucha flema.

—El que pregunta no yerra, tío Bartolo.

—Sí; pero es el caso que

Quien pregunta no yerra;
Y yo pregunto,
Si se entierran los muertos
Con los difuntos.

—Yo lo que quiero decir es, — repuso el otro, — que cuándo salió usted de su casa, y cómo fué á parar á la partida.

—Ya, esos son otros López, — dijo el tío Bartolo. — Habían venido aquí unos *Franciscos* (1) de á caballo, que le decían los *colaseros*. Mi mujer les tenía más miedo que á un mal aire; cada vez que oía las clarinetas, me decía asustada: — Bartolo: ¿tocan á degüello?—No, mujer, — respondía yo, — que tocan á la *provinción*. Un día entró en casa el corneta, al que habían puesto *Trompi;* venía chispoleto, y se desvergonzó con mi mujer. Yo, que no he temido nunca ni á tres que vengan, y que siempre he tenido el resto en dos pajas (2), le dije: — ¡Fuera de aquí, so alma de cántaro! y Barrabás te corte un tajo. El sacó el sable y me lo quiso cortar á mí; y yo saqué la navaja y le paré de una vez. En seguida cogí el pendil y la media manta, y tome viento; me encontré en Benamahoma con el padre Lovillo, y cátalo ahí.

---

(1) Nombre que dieron á los franceses en general.
(2) No cuidarse del resultado.

—¿El padre Lovillo era el que capitaneaba la partida?—preguntó un hombre jóven.

—Sí; el padre Lovillo. ¡Candela! aquel era un hombre como son los hombres; no era palabrero, eso no; pero las que gastaba, eran pocas y buenas. Si alguno la quería echar de buche, decía su mercé: «Que se vea y no se diga; ¿estás, gañotero? Las cuchilladas con el acero y no con la lengua; las balas, de plomo y no de viento.» ¡Vaya si era aquel hombre *desesliado* para todo! Si lo hubieran ustedes conocido, lo dirían con dos bocas que tuviesen. Cuando se trataba de acometer al francés, nos decía: «¡Ea, hijos! nuestros padres fueron muertos en defensa de su tierra; no hemos de ser acá menos que ellos!» Y sacando la espada gritaba: «¡Ahora veremos quién tiene *nierve!*» Y salía que ni Santiago. Y nosotros detrás, mas que nos hubiese llevado hasta París de Francia. Ni sentíamos hambre, ni sentíamos cansancio; era aquello un pelear sin tambores ni clarines, que hacía zurrarse de miedo á los franceses, que no entraban una vez en la Sierra que no salieran diezmados. Así nos temían más que á la tropa de disciplina, y nos habían puesto *briganes de la montaña negra.*

Don Turo, que sabía que yo había sido *brigán,* me llamó una noche, y llevóme á la sala; se arrepanchigó en un sillón y me dijo que

me sentase. — Yo dije para mí, ¿dónde vendrán á parar estas misas? ¿Si querrá que le limpie la escopeta? Estaba yo aguardando á ver cómo reventaba aquella preñez, cuando me dice que le refiera la *tráfica* (1) de la guerra de guerrillas. Cuando me vi que salía con ese escalón, me encorajé, y no me dió ganas de contestar. Así le dije que no; que yo tenia malo el *pronunciado*, y él peores las entendederas. Pero los demás se empestillaron; y para no ser descortés, les dije un romance que sacaron entonces, muy consonante y muy bien enversado.

—¿Y cómo dice el romance, tío Bartolo?

—El romance refiere una plática entre *Malaparte* y el *indino de Munrá*, Duque de *Ver*.

—¡Ande usted, tío Bartolo, dígalo usted! — exclamaron todos los que se hallaban reunidos en el duelo.

El antiguo guerrillero se puso á recitar el siguiente romance (2):

NAPOLEÓN. ¿Qué es esto, amigo *Munrá*?
¿Qué novedad grande es esta?
¿Cómo has dejado á Madrid?

---

(1) Táctica.

(2) Lo que hace aún más gracioso este romance es que el sencillo y rústico compositor, así como los recitadores, no han pensado en formar una cari-

¿Por qué de España te ausentas?
Habla: que sólo deseo
Saber con palabras ciertas
Cuanto ha pasado; y así
Ni un instante te detengas.

MURAT. Señor: vamos poco á poco,
Y le diré cuanto sepa.
Pero antes, que me traigan
A este sitio una silleta
Para poder descansar,
Porque me duelen las piernas.

NAP. Dices bien; con gusto advierto
Que una gordura te cerca
Bastante considerable;
Prueba la más verdadera
De lo bien que te han pintado
Los aires de aquella tierra.

MUR. Señor: estáis engañado,
Si es que de esta suerte piensas.
Dejemos esos principios
Que no vienen aquí á cuenta,
Y vamos á lo que vamos,
Pues que corre mucha priesa
El desengañar á Usía,
Créame ó no me crea.

NAP. Pues ¿qué tenemos de nuevo?
Habla, y más no te suspendas;

---

catura, sino en pintar sencillamente lo que sucedía y lo que advendría á Napoleón y á Murat vencidas que fuesen sus últimas tropas; creyendo natural y plausible el desenlace que trae el romance. Mucho sentimos que no esté completo; falta la parte que hablaba de Castilla, y empezaba diciendo: *Fué Castilla la primera*, etc.

Pues ¿qué vistes en España
Para hablar de esa manera?

MUR. Gran Emperador de Francia:
No ha servido vuestra fuerza
A conquistar á la España,
Ni sirvieron las promesas
Que á todos generalmente
Tu Majestad les hiciera,
Que les darías descanso,
Empleos, cruces, pesetas,
Toros para divertirse,
Porque aficionados eran;
Y de todas estas mandas,
Ni caso hicieron siquiera.

NAP. Pero... dime, ¿y mis soldados
No están en Sierra Morena?

MUR. Sí, señor; pero Dupón
Con las águilas francesas
Y toda la tropa suya
Ha quedado prisionera,
Y los fusiles y alfanges
Fueron trocados en rueca,
Porque el General Castaños
Supo ajustarles las cuentas.

NAP. ¡Sólo porque tú lo dices
Es preciso que lo crea!
Que si no, yo te aseguro
Nadie hacérmelo creyera.
Y en Zaragoza, ¿quién gana?
¿Se humilló al fin la cabeza
Del valor aragonés
Desistiendo de su empresa?

MUR. Toda fuerza será inútil
Para obligarle á que ceda.
Y si quieres acabar
Con toda la Francia entera,
Envíala á Zaragoza

Que hallará allí la *cierta* (1)
Y en profunda sepultura
Toda enterrada se queda.

NAP. ¿Y no hay medio de acabar
Con la tropa aragonesa?

MUR. Todo esfuerzo será inútil;
No hay soldado que la venza.

NAP. Y Moncey, ¿no está triunfante
En el reino de Valencia?

MUR. No, señor, porque le han puesto
Agachadas las orejas;
Y lo que más le asombró
Fué la suma ligereza
Con que muchos valencianos
Dan una corta carrera,
Montándose en los caballos,
Y echando abajo el jinete,
Ellos montados se quedan.

NAP. ¿Con que... todas nuestras máximas,
Nuestra traición y cautela,
Nos ha salido al contrario?
¡*Munra*, quién nos lo dijera
Que la arrogancia española
Abatiera á la francesa!
Dime, pues, ¿qué es lo que hacemos
En tan lastimosa escena?
Escribiré á Portugal,
Diré á *Funesto* que venga (2).

MUR. Mas... ¿por dónde ha de pasar,
Si las tropas portuguesas,
Unidas con los paisanos,
Tienen una cerca hecha,
Y no le dejan pasar

---

(1) La muerte.—La h de *hallará* se ha de aspirar.
(2) Junot.

Por las muchas centinelas?
Y se verán precisados
A rendirse, cuando vean
Que los comestibles faltan
Y llevárselos no puedan.
Pero lo más acertado
Es que á su Rey les devuelvas
Por el que su pueblo clama,
Y todo español venera,
Pues así que lo enviéis
Puede ser que se adolezcan,
Y que se apiaden, señor,
De nuestras tropas francesas;
Que si no, de lo contrario.
Según el paso que llevan,
Os arrojarán del trono,
Y cortarán la cabeza,
Y á mí me despojarán
Del ducado de la *versa* (1).
Y si escapamos primero
Que estas cosas nos sucedan,
Nos tendremos que poner
A limpiar las chimeneas.
A mí ya se me ha olvidado;
Pero usted, que maestro era,
Se acordará de la maña
Para subir con destreza.

NAP. ¡Qué pensamientos tan ruines!
¿Quién lo pasado recuerda?

MUR. Pues si esto no le acomoda,
Vamos á lejanas tierras
A ejercer otra oficina
De otra más brillante esfera,
Pregonando por las calles,
¿Quién quiere amolar tijeras?

(1) Era Duque de Berg.

—Tío Bartolo,—preguntó uno;—¿y qué hizo; limpió chimeneas, ó amoló tijeras?

—¡Qué había de limpiar!—respondió el tío Bartolo; — las gentes empingorotadas siempre caen en cama blanda. Le llevaron á la cárcel de Santa Elena, más allá de Gibraltar, donde lo pasó muy bien, hasta que se murió de berrenchín, después de hacer ese testamento del diablo.

—Ahí viene el tío Cohete,—dijo uno que estaba cerca de la ventana.

—Hazle seña que entre,—le contestó al oído su vecino.

El tío Cohete era un pobre hombre, muy honrado, muy bueno y muy sencillo, que se hacía el gracioso, con el fin de sacar alguna limosna para las monjas, de que era demandante; remedaba á la perfección el canto de todos los pájaros, el ladrido lejano y cercano del perro, el maullido del gato, y sobresalía en imitar el silbido y chasquido del cohete, lo que le había valido el sobrenombre por el que era conocido. Sabía además una porción de versecillos, romances, chilindrinas y acertijos, que decía, expresando su cara una chuscada la más artificial del mundo. Las fuentes de que sacaba el tío Cohete sus gracias, eran inaveriguables; unas las había aprendido en un pueblo del llano; otras, en uno de la Sierra; otras, en un cortijo. En

cuanto á la imitación del canto de los pájaros, ellos mismos habían sido sus maestros, ayudados de una gran flexibilidad de órganos, y gran paciencia y perseverancia en el discípulo, que había llegado á sorprendente maestría. En todos ramos,—sean importantes ó insignificantes,—la perseverancia da grandes resultados.

Habiendo sido instado el tío Cohete á que dijese algunas de sus gracias, éste empezó por recitar los mandamientos del pobre y del rico, que era uno de los asuntos que entonces gozaban de más popularidad. Y dijo así:

—Los mandamientos del rico de hoy día son cinco, á saber:

El primero,
Tener mucho dinero.
El segundo,
Hacer burla de todo el mundo.
El tercero,
Comer buena vaca y buen carnero.
El cuarto,
Comer carne en Viernes Santo.
El quinto.
Beber vino blanco y vino tinto.

Estos mandamientos se encierran en dos: todo para mí, y nada para vos.

Los mandamientos del pobre, son:

El primero,
No tener nunca dinero.
El segundo,

De él hace burla todo el mundo.
El tercero,
No comer ni vaca ni carnero.
El cuarto,
Ayunar, más que no sea Viernes Santo.
El quinto,
No probar ni el blanco ni el tinto.

Estos mandamientos se encierran en dos: rascarse, y llevarlo *too* por amor de Dios.

—Tío Cohete: ¿no le dió á usted limosna el hijo de *Roba-Santos* que apalea la plata? —preguntó uno.

—No me dió nada, —respondió el tío Cohete.

—Tal *pater*, tal *filis*,—dijo el tío Bartolo.

—Hogaño juntará usted, tío Cohete;—que cuando hay por los campos, hay para los santos.

—Tío Cohete: tome usted dos cuartos, y diga los mandamientos de la nueva ley, dijo —el hombre que le había llamado.

—Los mandamientos de la nueva ley son diez;—dijo el tío Cohete.

El primero,
Que en España no hay dinero.
El segundo,
Que anda revuelto todo el mundo.
El tercero,
Que todos se quieren meter á caballeros.
El cuarto,
Que de América no viene un cuarto.

El quinto,
Que están sacando muchos quintos.
El seis,
Que de fuera vino la nueva ley.
El siete,
Que en el mundo sobra mucha gente.
El ocho,
Que en Navarra reparten bizcochos.
El nueve,
Cada uno hace lo que quiere.
El diez,
Unos y otros no se pueden ver.

Estos diez mandamientos se encierran en dos: *Unos dicen que sí, y otros dicen que no.*

—Diga usted un acertijo, tío Cohete.

El buen hombre, de quien la naturaleza y su género de vida habían hecho la personificación de la obediencia voluntaria y bondadosa, dijo:

Cincuenta damas,
Cinco galanes:
Ellos piden pan,
Y ellas piden ave.

—El rosario; ése ya lo sabía yo,—dijo un muchacho:—Otro:

Las tocas de doña Leonor,
A los montes cubren, y á los ríos no.

—Nos damos por vencidos, tío Cohete.

—Es la nieve, caballeros.

En este momento dió la Oración; todos se pusieron en pie, y quitaron los sombreros.

—Eche usted el ángel, tío Bartolo,—dijo el viudo.

El tío Bartolo rezó la Oración, y después un Padre nuestro por la difunta.

Entonces se oyeron estallar á gritos los sollozos del niño sentado en el rincón.

—Súmete esas lágrimas, Lucas,—le dijo su padre;—los hombres no lloran. ¡Candela! ¡dos días ha que estás como una vieja, hipa que hipa! Más valiera que te hubieras ido á la sala de las mujeres. ¡Que te vuelva yo á oir llorar!... ¿estás?

—Pues dígote, Juan García,—le repuso el tío Bartolo,—que eres el primero que he visto afearle á un hijo que llore á su madre. ¿Me ves á mí con mis años, mis barbas y mi vida de guerrillero? ¡Pues me acuerdo de la mía, y la lloro! Mira tú.

—Pues, tío Bartolo,—repuso Juan García,—ceño y enceño, al mal hijo hacen bueno. Este Lucas que se ha criado entre los pliegues de las enaguas de su madre es un Marica Fernández, y quiero enseñarle que los hombres vencen y no se dejan vencer por las tribulaciones.

El tío Bartolo meneó la cabeza, y dijo:

—El tiempo cura al enfermo, que no el ungüento, Juan. Si tú te hubieses muerto, no sería su madre la que le riñese á tu hijo las lágrimas que por ti llorase.

Juan García siguió su vida anterior, abandonándose con más libertad á la mujer de que en el duelo habían hecho mención las amigas de la difunta. Esta mala mujer había sido apellidada la Leona, por ser oriunda de la isla de León, en que casó con un sargento que había sido embarcado para América. Era la Leona como todas las mujeres que son malas, esto es, mucho peor que los hombres de igual clase; porque en la sutil organización de la mujer la delicadeza que tiene para el bien se torna en refinamiento para el mal, y su perspicacia en maliciosa sagacidad.

Después de haberse propuesto y logrado atraerse á Juan García, que tenía algún caudal, se propuso y logró, no sólo hacerle á su mujer indiferente, sino que, llevada por ese tedio y esa envidia amarga que tienen las mujeres perdidas á las honradas, obtuvo que la abandonase del todo, y hasta que la maltratase. Juan García era un hombre débil, y por lo tanto, muy fácil de subyugar por una persona á quien amase, aunque fuese terco, rebelde y despótico con las que no quería, como para desquitarse. Progresivamente había llegado el caso de que la Leona no le ponía buen semblante si no le traía por holocausto la relación de alguna prueba de desvío ó de crueldad dada á la víctima, que no tenía más delito que el de ser,—por su dere-

cho y por su callado y prudente sufrimiento,—el más patente baldón de la conducta de ellos. Era este baldón tanto más ignominioso, cuanto en los pueblos de campo se conservan muy puras las costumbres. Y para que halle nuestro aserto fe en los que nos quisiesen tachar de parcialidad para con las gentes de campo, nos apresuraremos á manifestar que se puede esto naturalmente atribuir á la benéfica influencia del trabajo, que, ahuyentando la ociosidad, ahuyenta á sus hijos, los vicios; y á la santa pobreza que, no teniendo los medios de satisfacerlos, les impide nacer. Convencidos los positivistas con estas razones incontestables, añadiremos, que nosotros unimos á éstas otras razones, y son, las sanas ideas de moral y los arraigados principios de honor que han infiltrado en aquellas gentes muchos siglos de catolicismo, principios siempre renovados en las sucesivas generaciones, por ese celo que es propio de la religión, y que jamás se entibia, se cansa ni varía.

Juan García era, pues, una de las excepciones que nunca faltan á las generalidades. Y ciertamente sus malos tratos, unidos al dolor y la vergüenza, habían contribuído á la muerte de su pobre mujer, que, por última prueba de cariño, y como postrer acción de una cristiana, le dió al morir su perdón.

Pero el alma de Juan García estaba demasiado enfangada para que esta santa muerte despertase en ella ni la compasión ni el remordimiento. No era este hombre un perverso; pero tenía ante los ojos del alma — ¡como tantos otros los tienen en este mundo de error!—una de esas vendas que por desgracia sólo caerán el día del juicio de Dios, en el que la luz de la verdad será el primer castigo que les aguarda.

Sus pobres hijos quedaron huérfanos y abandonados. Su desamparo habría llegado á ser completo, á no haber sido por esa activa caridad de las mujeres del pueblo, que las hace constituirse en fervorosas protectoras de los desvalidos y en severos jueces de los injustos. Así fué, que las vecinas cuidaron de los niños, y forzaron á su padre á sostenerlos y vestirlos, echándole en cara con mucha soltura y desembarazo su mala conducta, y prescribiéndole con imperturbable aplomo sus obligaciones.

¡Caridad! ¡santa, sublime caridad! unos te pregonan y otros te comprenden; unos te quieren guiar, y tú guías á otros. ¿Por qué no se te ve en los palacios que te labra la filantropía? ¿Y por qué apareces en todo tu esplendor en las chozas de los pobres, y te glorías del ochavo de la viuda? Es porque la caridad quiere ser reina, y no esclava.

Los pobres niños no podían consolarse de la muerte de su madre. Aislados como se hallaban, habían resumido todos los sentimientos de sus corazones en el mutuo cariño que se profesaban y en el dolor que sentían por la pérdida de su madre.

No obstante, Lucas, que llevaba á su hermanita cinco años, hacía cuanto podía por animarla y distraerla.

—No llores, Lucía,—le decía una noche, algún tiempo después del duelo que hemos referido;—¡no llores! madre no resucita por eso, y lo que haces es hacerme llorar á mí. ¿Qué quieres que haga para divertirte?

La niña no contestó.

—¿Quieres que te cante un romance?

Lucía inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y el niño se puso á cantar con voz dulce y sonora, en la sencilla y triste melodía del romance, el que á continuación trasladamos:

¡Santo Cristo de la Luz!
Enseñad la lengua mía
Para que referir pueda
Lo que sucedió en Sevilla
Con una buena mujer,
La cual dos hijas tenía.
Era la una muy humilde,
Era la otra muy altiva;
Se casan con dos hermanos,
Que en nada se parecían,
El chico es un haragán

Que todo juega y vendía;
El grande un trabajador,
Que al arado se ponía.
Llegan los años fatales,
Y el más chico se moría;
Quedó su pobre viuda
Muy triste, muy afligida.
Los hijos le piden pan,
Y ella, que no lo tenía,
Se fué en casa de su hermana,
De esta suerte le decía:
—¡Por Dios te lo pido, hermana,
Por Dios y Santa María,
Que me des una limosna,
Que Dios te la pagaría!—
—Anda, se le dijo, hermana,
Anda, aléjate, María;
Cuando nos casamos ambas
No me dieron mejoría.
Se fué la hermana llorando,
Muy triste, muy afligida;
A los sollozos que daba
Acudieron las vecinas,
La preguntan lo que tiene.
Dice que nada tenía.
Se ha encerrado en una sala,
Do un oratorio tenía
De la Virgen del Rosario
Nuestra Princesa María.
Vamos ahora al cuñado
Que del arado venía;
Hallaba la mesa puesta,
Dice que comer quería.
Tomó un pan y le partió,
¡Halló que sangre vertía!
Soltó ése, y tomó otro;
¡Lo mismo le sucedía!

—¿Qué es aquesto, mi mujer?
¡Qué es aquesto, esposa mía!
—Hazte cuenta, dijo ésta,
Que contarlo no quería.
Estuvo aquí esta mañana
María, la hermana mía:
Me ha pedido una limosna,
Y yo se la negaría.
—Quien niega el pan á una hermana
Ese entrañas no tenía;
Quien niega el pan á su hermana,
¡Ese lo niega á María!
Agarró el mozo seis panes,
En cá de la cuñada iba;
Halló las puertas cerradas,
Ventanas y celosías.
Vió por entre unos resquicios
Muchas luces encendidas,
En torno de seis difuntos
Seis ángeles de rodillas:
Era su pobre cuñada,
Y los hijos que tenía.
—Adiós cuñada del alma,
Con lágrimas le decía;
Adios cuñada del alma,
Y sobrinos de mi vida!
Aunque oro tengo de sobra,
Con vosotros trocaría,
Pues dejasteis los trabajos
Por la eterna mejoría (1)!

---

(1) Este precioso romance, de que Schiller ó Burger habrían hecho una de sus más hermosas baladas, ha sido recogido en un pueblecito pequeño de la Sierra, y es, al decir de las gentes de allí, sumamente antiguo. Creemos que así lo manifiesta el lenguaje.

—¿Y dejó morir á su hermana de hambre?—preguntó la niña, cuya alma, ya conmovida, volvió á llenar sus ojos de abundantes lágrimas.

—Sí, sí, fué una pícara. Pero no llores, Lucía, que un cante no es un sucedido.

—Si no hubiese sucedido no lo habrían puesto en romance,—replicó la niña.

—Lo inventarían,—dijo Lucas.—¿No ves que no puede ser que una hermana deje morir á otra sin socorrerla? Por mí, Lucía, no tengas cuidado: que cuando sea hombre y lo pueda ganar, un pedazo de pan que tenga lo he de partir contigo, hermanita de mi alma. Bien sabes que antes de morir madre te encomendó á mí, y yo la prometí no desampararte nunca.

—¿Y lo cumplirás?

—¡Así Dios me dé su gloria!

—Y si alguna vez no lo haces, cantarte he este romance, para que te acuerdes de lo que ahora me prometes.

—Eso es; así, apréndelo.

Y el niño se puso á enseñarle el romance á su hermanita.

Siete años pasaron de esta suerte. Contaba á la sazón Lucía quince, y se había hecho una de esas lindas criaturas, cuya hermo-

sura, en los climas cálidos, se ve aparecer y desaparecer fugitivamente. Lucas, que tenía veinte, se había desarrollado admirablemente, y era un joven de arrogante figura, y tan ajuiciado y trabajador, que le buscaban, con preferencia á otros, los capataces de hacienda y aperadores de cortijo para las labores del campo. Ambos tenían en su fisonomía el tipo de su madre, que era el bello tipo andaluz: la cara larga, la nariz fina y aguileña, los ojos negros, grandes y expresivos; la boca pequeña y adornada de una perfecta dentadura; la frente elevada y altiva; garbo y nobleza en todo su talante.

Su padre, en cambio, seguía subyugado por la Leona, que absorbía todo su haber, y le había hecho bebedor y holgazan, para dominarle con más facilidad. Enervado é indolente, para acallar las exigencias de la Leona iba vendiendo cuanto tenía; y, como un río empobrecido, seguía el cauce que se abriera cuando era vigoroso y potente, sin tener fuerzas ni voluntad para abrirse otro. Desde que Lucas pudo trabajar, mantenía él solo la casa con ese admirable jornal del trabajador, al cual Dios parece bendecir, como bendijo los panes y peces que habían de servir de alimento á los pobres; pues cómo pueda una peseta mantener á padre, madre, generalmente media docena de ro-

bustos chiquillos, á más una madre, padre ó suegra desvalida, vestir á todos, y al padre de una manera muy costosa (1), pagar casa, sufragar los gastos de partos, de enfermedades y paradas, y hallar aún el cuarto que nuncan niegan al pordiosero, es cosa que

(1) Nos parece curioso dar el costo exacto que tiene una vestimenta de las más sencillas del hombre de campo andaluz, tal como no falta á ninguno:

Una capa.	260
Un sombrero calañés.	30
Una chaqueta de paño.	60
Unos calzones de ídem.	60
Botonadura de plata.	60
Idem de la chaqueta.	26
Una faja de lana.	50
Chaleco en corte.	30
Camisa de Bretaña.	20
Calzoncillos de crea.	10
Zapatos de becerro.	22
Polainas ó botines lisos..	40
Calceta de pie ó cuchilla.	14
Pañuelo.	4
Total. . . .	696

Esto sin las hechuras, pues todo lo hacen las mujeres.

¡Qué dirán de esto el positivismo, la economía y las cajas de ahorro, cuando con un saco de jerga, unas sandalias y una espuerta por sombrero podría, sin ningún inconveniente, estar vestido el jornalero andaluz!

no comprende la razón, y entra, por lo tanto, en la categoría de las muchas cosas en las que, si no vemos el dedo de Dios, ó su inmediata intervención, es porque somos irreflexivos, ó porque somos ciegos voluntarios.

Lucas, que quería á su hermana con ternura, viéndola del todo desatendida por su padre, se había arrogado sobre ella esa tutoría reconocida é incontestable entre el pueblo que pertenece de derecho al hermano mayor por la falta del padre; tutoría aneja á la obligación de mantener á sus hermanos. Esta obligación y este derecho instintivo y patriarcal no constan ni están escritos en ningún código; pero están impresos por la tradición en las almas, y habrán dado quizás origen á la institución de los mayorazgos (1). Presentaba igualmente Lucas el inculto tipo de los caballeros y poéticos hermanos que nos han dejado por modelo de hidalguía, de delicadeza y de pundonor, Calderón, Lope y demás poetas contemporáneos en sus bellísimos cuadros de costumbres.

Lo que es Lucía, era—como lo había sido su madre — amante, débil y fácil de impre-

---

(1) Esta es, en efecto, la organización de la familia en toda la Corona de Aragón, en las Provincias Vascongadas y en las montañas de Santander. Por eso es tan temible la manía de codificar en España.

sionar; quería á su hermano con un profundo amor, en el que se mezclaba el respeto, sin disminuir la ternura.

Una tarde se hallaban reunidas en el patio de la casa de Juan García varias vecinas que en ella vivían.

—¿Ustedes no saben la novedad?—dijo la parienta de la difunta Ana.—Suénase que el marido de la Leona ha muerto. ¿Qué dicen ustedes á eso?

— Que la Leona cantará á estas horas —respondió una de las vecinas:

Mi marido se ha muerto,
Y se va al cielo
Coronado de espinas
Del matadero.

— Habla seria, mujer, que la cosa lo es —repuso la parienta de Ana.

—Pues ¿qué quieres que te diga? Lo siento.

—Y yo también, y son dos sientos — añadió riéndose la tercera.

—Pues más lo siento yo—opinó la parienta,—porque dicen que Juan García se va á casar con el pingajo de la viuda.

—¡Mujer, quieres callar!

—No callo. Y digo más: digo que no lo dudo; pues esa bigardona lo ha cogido debajo, y de una vez, y le ha de poner al suplicio con has de tomar éste, ó te he de dar con aquéste.

—Lo que es eso, es verdad — observó la otra,— lo ha atontolinado á fuerza de bebida; y no se contenta con darle vino, que es natural é hijo *ligítimo* de la tierra, sino que le da aguardiente, ese maldito, que es dañino, como que es hijo de malos padres.

—Esa milana todo se lo va sacando, hasta que le deje pegado á la pared como una salamanquesa—añadió la otra.—Porque es tan codiciosa como el ansia, que va con una mano por el suelo, otra por el cielo, y con la boca abierta para que no se le escape nada.

—Y será la tercera mujer que lleva Juan. Puede que se muera como las otras dos, y los cuatro hijos que tiene debajo de tierra, pues no parece sino que tiene vahido de culebra.

—¡Matar á la Leona! ¡Fácil era! Tengo para mí que no lo ha de lograr la muerte, ni con un siglo que le ayude. Ya ves la *cólera*, que tantas buenas se llevó para allá... y por su casa no aportó.

—¡Tiene esa tuna más suerte que quiere!

En este momento entró Lucas: era sábado y venía á holgar el domingo.

—Lucas—le dijo su parienta:—¿sabes que la Leona ha enviudado, y que dicen que tu padre se casa con ella?

Un rayo no habría herido más dolorosamente á Lucas que lo hicieron estas pala-

bras. No obstante, se quedó sereno y contestó:

—Tía Manuela: usted está soñando despierta, ó está caducando de vieja.

—No me digas vieja, Luquillas; díme más bien pringue de zorra — repuso su parienta, que era jovial. — La edad no se le echa en cara sino á los vinos y á los pergaminos.

—¿Y para qué nació usted tan temprano? A mí no me venga usted con esos mormajos.

—Pues, hijo, pregona con tiempo tu decreto, pues todo el mundo lo dice.

—A espaldas mías digan lo que quieran, que lenguas y pensamientos no los cautivan regimientos. Pero presente yo, no tome nadie á mi padre en boca.

—¿Apostamos á que se casa, Lucas?

—Basta, tía Manuela — contestó éste;— dice el refrán que la burla dejarla cuando más agrada.

Lucas tenía en su seriedad, como todo hombre enérgico, algo que imponía: las mujeres callaron y él se entró en su vivienda.

Después de estar algún tiempo con su hermana—á quien nada dijo de lo que tan fuertemente le preocupaba,— después de haberle entregado el dinero que traía, y de haber hablado con ella alegre y cariñosamente, Lucas salió y se fué en casa de su vecino el tío Bartolo.

Lucas sabía que el antiguo guerrillero —tanto á causa de su edad como de sus buenas luces, y por haber sido amigo de su abuelo—, ejercía una gran influencia sobre su padre, y á nadie halló más á propósito para confiarse y para rogarle interviniera en este asunto, disuadiendo á Juan García—caso que lo tuviese—de tan descabellado propósito.

—Hola, Luquillas,—le dijo el antiguo guerrillero:—¿qué traes que vienes con paso de catalán (1) y con la cara de herrero?

Lucas le dijo su empeño.

El tío Bartolo, cuando éste hubo concluído de hablar, meneó la cabeza y respondió:

—Lucas: dice el refrán: entre dos piedras molares nadie meta sus pulgares. Pero, en fin... porque me lo pides tú, y por mediar Lucía, esa paloma sin hiel, haré lo que quieras, aunque pierda las amistades con tu padre; lo que de fijo va á suceder. Pero sábete que nada se adelantará con eso.

—Pero, tío Bartolo, lo que no se empieza no se acaba.

—¿Pues no te digo que lo haré? que no quiero que digas nunca que me buscaste y no me hallaste. No quiero más que advertirte que perdidos son los consejos para los tercos

(1) Paso reposado y quedo, como lo hace la alpargata.

y los pebetes para los puercos, y decirte mi verdad, que más quisiera avenírmelas con un gabachón de los de antaño que no con tu padre, que está cogido y vencido por esa monfí, como lo está un moscón entre las patas de una araña.

Al día siguiente fué nuestro antiguo guerrillero en casa de su vecino, á quien halló indispuesto.

—¡Hola, Juan!—le dijo al entrar.—¿Cómo estás, hombre?

—No estoy muy *ligítimo*, tío Bartolo, —respondió el enfermo; —este viento me ofende mucho. Y usted ¿cómo está?

—Tan buenecito, hijo; como que soy del siglo pasado. Y no me pesa; que más vale cana que cama.

Como el tío Bartolo, en su larga carrera, lo que menos había estudiado era la diplomacia, sin andarse con aquí la puse, prosiguió en estos términos:

—Pero vengamos al caso, que donde hay camino real, no te vayas por el matorral. Me han dicho —y no lo quiero creer, —me han dicho que te casas.

Juan frunció el ceño y contestó:

—Pues si yo no se lo he dicho á nadie, ¿cómo han podido decírselo á usted?

Esto de contestar á una pregunta con otra para esquivar la respuesta es una de las re-

glas de la gramática parda que el pueblo tiene en la punta de las uñas. El tío Bartolo prosiguió:

—¡Pues ahí verás tú! Lo habrás pensado; y hoy día hilan las gentes tan delgado que adivinan los pensamientos. Con que... vamos claro: ello es que lo has pensado, ¿y lo vas á hacer? Di la verdad.

—¡La verdad! — respondió Juan García, —echando mano á un nuevo subterfugio para no responder categóricamente; — ¡con que no he cumplido con la Iglesia este año por no decirla... y se la iría á decir á usted! No, señor; si la digo, me quedo sin ella.

—En lo solapado de tu respuesta se da á conocer que lo has pensado y lo vas á hacer, —repuso el tío Bartolo:—y no tienes que negármelo, ni andarme con entretenederas.

—Todavía eso está en matas y por rozar —respondió Juan.

—¿Y tú sabes, cristiano, lo que vas á hacer? Pues principio es de sanar conocer la enfermedad.

—Sí, señor; que tengo mis cinco sentidos cabales.

—Sí, Juan cuatro vanos y uno vacío. Hijo: tu me conoces á mí, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—Sabes que te estimo.

—¡No digo que no, tío Bartolo!

—¿Sabes qué dice el refrán? Buey viejo, surco derecho.

—Convenido, tío Bartolo. Ya sabemos el saber que dan los años, pues siempre se ha dicho que no sabe el diablo por diablo, sino por viejo.

—Pues siendo así, ¿te fiarás en mi dicho?

—¡Pues ya se ve!

—¿Y tendrás en algo mi consejo?

—¿A qué viene tanta vanguardia, tío Bartolo? ¿Adónde va usted á caer, que todo se le vuelve cerner y no echar harina?

—Para caer de todo mi peso, en decirte esto más: ¡No te cases, Juan García!..

—¿Y por qué; me querrá usted decir?

—¡No te cases, Juan García!

—Tío Bartolo: no eche usted consejos como hijo de la cuna, sin padre ni madre. ¿Que no me case? ¿La razón?

—Juan: con quien tengas trato no tengas contrato.

—Si *asina* fuera, por lo mismo me debía casar; porque si esa mujer ha perdido la estimación por mí...

—¡Calla, Juan; calla! No me vengas con agachaditas; que el mal hacer achaques no ha menester. Y bien sabes que esa mujer no ha perdido la estimación por ti; que nadie pierde lo que no tiene.

—Tío Bartolo: por las que me afeito, que si no fuera porque peina usted canas y ha sido amigo de mi padre, ¡vive Dios!..

—Vamos, hombre, no te perturbes ni te dispares; ¡cachaza! que no vengo aquí á hurgarte ni á buscarte las cosquillas, sino que vengo muy *á la buena fin*, como tu amigo que soy, para impedirte que hagas una *pampringáa* de las atroces. ¿Tú has pensado en la madrastra que das á tus hijos?

—La que es buena para mujer de su padre paréceme que buena será para ser madrastra de ellos. Y, sobre todo, lo que yo haga está bien.

—¿Está bien? Ahora estás como el inglés don Turo, que por matar una perdiz mató una urraca, y dijo después: ¡está bien! Juan: mira que ellos ni á dos tirones han de querer vivir bajo la bandera de esa mujer; te vas á indisponer con ellos... y quien de los suyos se aleja, Dios le deja.

—¿Que no querrían vivir con ella? ¿Qué esta usted diciendo, señor? ¡Pues tendría que ver! Donde va la mar van las ondas, tío Bartolo.

—Pues mira, Juan, que Lucas—que tiene punto—no ha de consentir en que vaya su hermana á vivir con una mujer que tiene nota.

—La nota, que yo se la puse, yo se la quitaré, ¿está usted? y Lucas se guardará de

levantar el gallo viviendo yo; que el mandar no quiere par; y donde están los grillos reales, callan los cebolleros.

—Juan: mira que el amparo de tu vejez ha de ser tu hijo. No le vayas á exasperar; no sea que coja dos de luz, y cuatro de traspón.

—Yo no necesito á mi hijo. Yo tengo para mantenerme á mí, á mi mujer y á mi hija.

—¿Qué has de tener, Juan? De orujo exprimido nunca mosto corrido. Pues ¿acaso esa mujer no se ha tragado ya tu tajón y tu mata de olivar, no dejándote más que la casa, que se irá por donde se fueron el tajón y los olivos? Y en cuanto á ganarlo, te has echado á la birla birlonga, y tienes ya tieso el espinazo; y por ajuar colgado no viene hado. Con que... ¿de dónde vás á sacar esos caudales? Lo que harás, será entramparte; no podrás pagar, y por muy hombre de bien que sea uno, en debiendo y no pagando... *escreitao* (1).

—La Leona tiene por los puertos un compadre contrabandista, que me va á dar parcería.

—¡Pues eso faltaba! — exclamó indignado el tío Bartolo. — ¡Tú! ¡tú! ¡meterte á andar la vereda! ¿Te tienta Barrabás, Juan García? ¿Te se ha ido el juicio de un todo, ó te estás

(1) Desacreditado.

divirtiendo conmigo? ¡No digo yo que quien con lobos anda á ahullar se enseña! ¿No sabes que lo bien ganado se lo lleva el diablo, y lo mal ganado á ello y á su amo? Pero al caso: resumidamente, Juan, esa mujer tiene nota; y esa no se la quitas tú, ni el rey que se empeñase; es mala de suyo, y no la harán buena ni tú ni el obispo que lo intentase; y la manzana *podría* pierde á su compañía.

—¡Dale con la mala! A mal decir, no hay cosa fuerte. Con que á mi me parezca buena, estamos todos pagados.

—Juan: antes que te cases, mira lo que haces. No tienes la disculpa de los pocos años para hacer destartalos, pues tienes más de cuarenta...

—Y más de cuarenta arrobas de paciencia, tío Bartolo. ¡Candela! buscado he, sin hallarlo, quien me diera pesetas, y hallado he, sin procurarlo, quien me dé consejos.

—Pues, hijo, ¡tu alma en tu palma!—dijo levantándose el tío Bartolo.—Acuérdate que no te ha faltado quien bien te aconseje, y hombre de maduros sesos que te predijese el porvenir. Juan: ese casamiento va á ser la perdición de tu casa, y acuérdate de lo que te digo en este día: llegará uno en que no te quede sino ojos para llorar.

Diciendo esto el tío Bartolo, se salió.

—Hijo,—le dijo á Lucas, que le aguardaba

en su casa:—¡trabajo perdido! ya te lo previne. Anda, créeme, confórmate, no vayas á dar duro con tieso; acabarás por salir perdiendo, pues siempre quiebra la soga por lo más delgado; y tú eres hijo, y él es tu padre, y tiene la potestad; y no harás sino tirar coces contra el aguijón.

Lucas se volvió desesperanzado á trabajar al campo; y el sábado siguiente, cuando vino á su casa, supo que el domingo se iba á correr la primera amonestación del casamiento de su padre. Entonces, desesperado, y como último recurso, se decidió á hablarle.

Ya hemos indicado las relaciones frías y secas en que vivían, merced al ningún cuidado que de ellos había tenido, aquel hombre abandonado con sus hijos. Ultimamente, la excelente conducta de Lucas y la buena fama que á ella debía, habían inspirado á Juan ese amargo sentimiento que nace en el hombre cuando en sus relaciones con otro tiene la superioridad material y la inferioridad moral, sentimiento que engendra una hostilidad que suele degenerar en despotismo.

—Señor,—le dijo Lucas á su padre con moderación y firmeza:—me han dicho que se casa usted.

—No te han dicho malamente,—contestó éste.

—Yo no lo quería creer.

—¿Y por qué no? ¿me querrás decir?

—Por la mujer con quien me han dicho que es.

—¿No es de tu gusto, quizá? ¿Y te parece acaso que me debería yo haber aconsejado contigo?

—No, señor; conmigo no; yo soy leña rodante; pero con quien sepa y suponga más que yo.

—¿Con que á ti te parece,—dijo con comprimida ira Juan García,—que tu padre necesita consejos?

—Sí, señor,—respondió con seriedad Lucas;—cuando tiene una hija mocita y la quiere dar madrastra.

—No sea que su padre la dé una que se coma á la niña como el cancón.

—No, señor, no; que ya se sabe que no se tragan las gentes como anises.

—O que la haga trabajar, por ser ella misma hacendosa, y no la consienta estar mano sobre mano como mujer de escribano.

—No es eso, señor; Lucía no le huye al trabajo, que sabe que es la honra de los pobres.

—O que quizás la tenga encerrada como perro de cortijo.

—No, señor; no se trata de eso, que mi hermana, aunque criada sin madre, es reca-

tada, y no es de las niñas de puerta de calle ni de punto en calceta, y hecha se halla á estar á la sombra.

—Pues ¿qué es? ¿Acabarás de reventar?

—Es, señor,—dijo Lucas con firmeza,—que esa mujer da mala sombra á mi hermana, y puede perderla.

Juan García, que á duras penas había contenido hasta entonces su cólera, se arrojó sobre su hijo y levantó la mano para darle una bofetada, que descargó sobre la cabeza, que éste agachó al ver la acción de su padre.

—¡Válgame Dios, padre!—dijo Lucas con dolor;—¿por qué me castiga usted? ¿He hablado mal? ¿He faltado á su mercé? Padre: poco antes de morir me dijo mi madre, que en gloria esté: «¡Lucas: vela sobre tu hermana!» se lo prometí, y lo cumplo.

—Esto lo diría,—repuso Juan algo templado por el recuerdo de su madre que evocaba Lucas, y por el respeto que éste le demostraba;—eso te lo encargaría en el caso de que faltase su padre. Pero viviendo yo, ¿quién es el que tiene potestad sobre mi hija?

—Padre: ¡por María Santísima! déjela usted á mi cargo; yo la mantendré.

—¿Estás en tu juicio?

—¡Por Dios! no nos separe usted; yo trabajaré á destajo y mantendré á entrambos.

—¡Separaros! No se trata de eso; tú te vendrás á mi casa con ella.

—Eso no, padre.

—¿Cómo es eso? ¿Qué quiere decir *eso no*? ¿Quieres retar á tu padre? ¿No estás satisfecho de conocer á lo que saben mis manos? ¿Andas buscando otra muestra de su potencia?

—Mi padre es usted y matarme puede sin que chiste ni salga de mi crianza; pero hacer que viva con esa mujer... eso no!

—Allá veremos, so insolente, cabezón.

—Allá veremos,—repuso saliéndose desconsolado Lucas.

Lucas tenía una de esas nobles y delicadas naturalezas que en la victoria se humillan, y en la derrota se recrecen; de las que no conocen el fanfarrón engreimiento en el triunfo, ni el pusilánime anonadamiento vencidos. En cambio tenía una firmeza de carácter que degeneraba en obstinación y testarudez, como sucede siempre que, no sostenida la energía por la razón, es envalentonada por el orgullo.

Así fué que, sin faltar en un ápice al respeto estricto y tan rígidamente observado entre el pueblo, no fueron parte las amenazas de su padre ni el cariño á su hermana á influir en la resolución que había tomado en aquella entrevista decisiva. Al salir de ha-

blar con su padre fuese á buscar á su hermana, á la que halló llorando. Largo tiempo estuvieron ambos sin hablar, comprendiendo los hermanos mutuamente lo que causaba las lágrimas de la una y el abatimiento del otro.

—¡Si madre abriera los ojos!..—exclamó al fin y sin preámbulo Lucía.

—¡A quien Dios se los cerró no le quedan ganas de volverlos á abrir!—contestó Lucas.—Pero ten presente que desde el cielo los tiene siempre fijos sobre su hija. ¡Yo ya nada puedo hacer por ti! Porque, aunque todo he hecho para poder conservarte bajo mi bandera, no lo he podido conseguir. Y porque, hermana, donde está el poder de un padre no hay otro en el mundo que oponérsele pueda.

—Pues yo nunca he de hacer sino lo que me digas tú, Lucas, que á ti me encomendó mi madre—dijo llorando Lucía.

—Pues si así es,—repuso su hermano,—atiende á lo que voy á decirte. Lleva tu cruz con paciencia, que sólo así la harás más ligera. Sé un junco á todos los vientos, y sé un roble para el malo. Anda siempre derecho, más que sea la senda cuesta arriba y tenga abrojos; no pierdas nunca la derechura, ni dejes de mirar adelante, que el que no mira adelante no sabe dónde ira á parar. A

esa que va á ser mujer de tu padre, déjala la acera; pero, como mala mujer que es, no te ayunques con ella, y no la hables sino de verano (1).

—¿Harás tú lo propio, Lucas?

—¿Yo?.. yo haré lo que Dios me dé á entender, hermana, —respondió Lucas.

El día del casamiento de Juan no se vió á Lucas, y en vano fué buscarle: había desaparecido. Juan García practicó activas diligencias para averiguar su paradero, y supo algunos días después, por un arriero que venía de Sevilla, que había sentado plaza de soldado. Juan sintió que fuese burlada su autoridad y perder en su hijo una ayuda. Pero se consoló con verse libre de un testigo de vista inmediato é interesado, cuya censura, semejante á la niebla, sin forma, sin voz y sin acción, le penetraba sin poder esquivar su impresión.

Lucía fué á vivir con su madrastra, y está demás decir cuánto tenía que sufrir, en particular por parte de las hijas de ésta, que, siendo locas y feas, debían de aborrecer á la que era linda y juiciosa. Lucía empezó por llevar con resignación su papel de Cenicienta, según se lo había recomendado su hermano. Pero, poco á poco, su paciencia se

(1) A distancia, sin intimidad.

fué gastando con el continuado roce que sufría; filtró en su alma la indignación y, con la reprimida queja, el rencor. Quiso alguna vez, por lo tanto, humillar con sus ventajas á aquellas por las que de continuo era humillada; y se hizo presumida y amiga de agradar. ¡Así cunden y se propagan con prodigiosa rapidez las malas semillas! Basta una para abrir la puerta á las demás y prepararles el terreno.

Vino por aquel entonces un regimiento de caballería á Arcos.

Su coronel, llamado Gallardo, era ricó, bien nacido, había sido un buen mozo, y había sido y era un gran fatuo. Provenía esta fatuidad, en mucha parte, de que el dinero y los mandos forman alrededor de los que los disfrutan una atmósfera de adulación, que suele marear á muchos y hacerlos engreídos é impudentes, por lo que se permiten con gran descaro cosas que no se permiten los que no gozan de dichas ventajas. Si muchos entienden así la autoridad, poco es de extrañar que esté tan malquista, tan desprestigiada y tan vilipendiada. La autoridad debe consagrarse á su misión, y con sus beneficios admitir sus cargos, y el primero es dar buen ejemplo. Pues, ¿acaso creen las autoridades que nada deben á las masas, y que han de ser éstas para ellas, á la vez, madres

que les sustenten é incensarios que les deifiquen? ¡Cuándo retrocederemos moralmente á aquellos remotos tiempos en que los hombres, compasados y dignos á un tiempo, no conocían la adulación y acataban el derecho! Ahora sucede todo lo contrario; nunca fueron menos reconocidos los derechos, y nunca más rastrera la adulación.

Pero volvamos al coronel Gallardo, que ha dado margen á estas reflexiones.

Este buen mozo, además de otras pretensiones, tenía las de la juventud en flor, siendo así que la suya ya estaba granada, resultando de esto que, pudiendo parecer un gallo joven, pareciese un pollo viejo. Rizaba su cabello usando de la gracia del buen peluquero, que, como es sabido, consiste en sacar rizos donde no hay pelo. Gastaba un corsé parisiense, que le hacía un talle que habría envidiado una sílfide. Creía que las conquistas amorosas honraban á la par de las guerreras, y que un poco de calavera en el militar, así como algo de coquetería en la mujer, eran la sal y pimienta de ambos géneros. Esto, unido á una dosis de vanidad tal, que ocupaba en su cerebro y en su corazón todo el vacío que dejaban otras cualidades ausentes, hacían del coronel Gallardo uno de esos hombres detestables, sin ser malvados, y ridículos, sin ser risibles. El

coronel, al amonestar á los oficiales de su regimiento á que observasen buena conducta en un *speech*, es decir, en un corto discurso de circunstancias, hueco como una calabaza seca, se habría desesperado de que éstos ignorasen que tenía una querida buena moza y que la mantenía con lujo.

Este caballero—solterón, por supuesto, como lo son todos los de su jaez—fué alojado frente á la casa de la Leona. No tardaron las hijas de ésta en trabar conocimiento con los asistentes del coronel. Los preludios de este conocimiento fueron coplas, cantadas con la patente intención de entrar en relaciones amorosas.

Tomaron la iniciativa los soldados, cantando con su guitarrilla:

Si el garbo de tu persona
Se ganara peleando,
Vieras un hombre en la guerra
Con una espada en la mano.

Siguió otro:

Si por querer á un paisano
Olvidas á un militar,
Hazte cuenta que has cambiado
Oro fino por metal.

A lo que contestaron ellas para probar su simpatía hacia los cantores y su desdén hacia los paisanos:

El cielo nos dé paciencia
Con estos hombres de campo,
Que son estripa-terrones,
Sepulturas de gazpacho.

No tardó tampoco el coronel en prendarse de la hermosura de Lucía; no era hombre para disimularlo, y, ¡ay!, ya no era Lucía la niña morigerada y recatada que se habría ofendido de exterioridades, que no podían menos de ser un escándalo para el pueblo.

Enterado en breve el aspirante engalonado de las interioridades de esta familia, se aumentaron sus esperanzas en vista de los antecedentes de la madrastra y de la triste suerte de Lucía. No obstante, se engañó; porque Lucía, arrastrada por la vanidad y la ligereza, retrocedió ante la corrupción con toda la energía de la honrada sangre que había heredado de su madre. Esta resistencia exasperó á las hijas de la Leona, que se habían lisonjeado á un tiempo de perder á Lucía y de deshacerse de ella, llevándosela el coronel. Así fué que concibieron un proyecto que, llevado á cabo en forma de broma, había de traer el resultado apetecido. Concertáronse al efecto con el pretendiente, y ejecutóse del modo siguiente:

Una noche en que Lucía, ya recogida en su dormitorio, peinaba sus hermosos cabe-

llos, abrióse de repente la puerta dando entrada al coronel, que venía embozado en su capa y llevaba sombrero calañés, acompañándole con gran algazara y risa las hijas de la Leona. Apenas le introdujeron en la habitación cuando, redoblando sus carcajadas y bromas, echaron á correr, cerraron la puerta y corrieron el cerrojo.

La indignación, el terror y la cortedad se apoderaron á un tiempo de la infeliz niña de tal manera que no se la previno medio alguno de evitar el peligro, y se tapó la cara con ambas manos.

El coronel intentó valerse de sus chistes y galanteos para hacérsela propicia, lo que, engañado por la Leona, no había creído difícil. Pero no halló palabras ante aquel grave, solemne y mudo dolor, pues existe tal distancia entre la infamia y la inocencia, que no alcanza á salvarla la osadía en el hombre, á no ser un malvado.

—¡Tanto os impongo—dijo al fin el coronel, acercándose á Lucía,—yo, que sólo deseo agradaros!

—¡Lucas! ¡Lucas! ¡Hermano mío! —gritó prorrumpiendo en sollozos la pobre niña.

—¡Me iré, me iré!—dijo el coronel, entre ofendido, irritado y compadecido.

Acercóse á la puerta; mas ésta estaba cerrada.

—Ya ve usted, no puedo salir—dijo volviéndose á Lucía.

—Lo sé—exclamó Lucía;—han querido perderme y lo han logrado. ¡Yo encerrada en un cuarto con un hombre! ¡Cómo me vuelve nadie á mirar á la cara! ¡Qué dirá Lucas, el hermano de mi corazón!

—No está usted perdida, niña—dijo el coronel incomodado.—No soy amigo de tragedias y me asustan las heroicas Lucrecias. crea usted que lo que deseo es alejarme, y para probarlo, ya que por la puerta no puede ser, será por esta ventana que da al córral.

Diciendo esto, el coronel se volvió á embozar en su capa, subió al poyo de la ventana y saltó al corral, que sólo circundaba un vallado.

Apenas puso el pie en el suelo, cuando se sintió acometido por un hombre, que, ciego de ira, le apostrofó con los más furiosos denuestos. Al mismo tiempo acudían dando voces la Leona y sus hijas.

—¡No le acometa usted, que es mi padre —gritó desde la ventana, en la mayor angustia, la infeliz Lucía.

El hombre había sacado una navaja, pero el coronel, que era vigoroso y que deseaba salir de aquel lance sin hacer daño al padre de Lucía y sin ser conocido, rechazó al agresor con tal fuerza, que le hizo caer de espal-

da; corrió al vallado, saltó por encima y desapareció.

Juan García se levantó del suelo en aquel estado de furor en que, ciegos los hombres incultos, no se paran ante ningún obstáculo ni retroceden ante ningún crimen. Desvió de sí con violencia á su mujer y á sus entenadas que, alarmadas ante los resultados de su obra, querían detenerle, y se dirigió hacia la casa para encaminarse al cuarto de su hija.

—¡Lucía, Lucía!, échate por la ventana, que tu padre te va á matar,—le gritó su madrastra, que preveía una catástrofe.

Ya oía Lucía la vinosa y furiosa voz de su padre, que se acercaba á su cuarto; y fuera de sí se precipitó al corral.

—Métete en casa del coronel—la dijo su madrastra, sin más intención que la de salvarla;—es de quien menos sospecha tu padre, es la casa más cercana y aquella en que más oculta y segura puedes estar.

Lucía obedeció maquinalmente guiada por el instinto de la propia conservación, único móvil que predomina en los instantes supremos de la vida.

El coronel se paseaba agitado por su cuarto cuando vió entrar á aquella infeliz niña, pálida como la muerte, cubierta de su largo cabello negro, fría de terror; inerte de desesperación.

—¡Me ha perdido usted!—dijo, cayendo sobre una silla;—¡sálveme al menos la vida!

Es de suponer que el corazón de aquel hombre, por estéril y seco que fuese, hallase en tales circunstancias sentimientos y palabras que diesen algún consuelo á la desvalida criatura que la necesidad forzaba á buscar su amparo. Pero hubo más; el coronel se apasionó con vehemencia de aquella joven que se le aparecía por todos los prismas tan bellos que circundan á la inocencia, á la juventud y al infortunio; infortunio que era causado por él.

Por su parte, la pobre niña, sin amparo, sin apoyo, sin cariño, sin tener dónde reclinar su cabeza, careciendo de carácter firme para la resistencia, de energía para saber arbitrar medios de salvación y de principios debida y constantemente inculcados que le hiciesen preferir la miseria á la vergüenza, se dejó querer y retener arrastrada por un amor que principiaba con la convicción que infunden todos de que ha de ser inmutable y eterno.

El coronel partió pronto, llevándose secretamente á Lucía, que empezaba á hallarse contenta en la atmósfera de amor y de lujo que la cercaba.

El acceso de ira que había experimentado Juan García, unido al dolor, á la vergüenza

y al remordimiento, causaron tal efecto en la naturaleza ya gastada y enervada de este hombre, cuya vida hacía tiempo que era para él un infierno, que cayó con unas calenturas inflamatorias de que no pudo sanar.

—Tío Bartolo—le dijo poco antes de morir á su antiguo vecino:—¡acertó usted cuando me predijo que llegaría tiempo en que sólo me quedarían ojos para llorar! Ya ha llegado; y así... ¡más vale cerrarlos, y no volver á abrirlos!

Dos años habían pasado desde los sucesos que hemos referido, y cinco desde que Lucas era soldado. Estaba á la sazón su regimiento en Córdoba, donde debía pasar revista á los cuerpos de la guarnición un general recientemente llegado de Madrid.

La víspera de la parada estaba Lucas en el cuartel con otros varios soldados paisanos suyos. Uno de ellos tocaba la guitarra, y cantaba alternativamente con el buen humor y la constante alegría del soldado español, que no abaten trabajos, percances ni hambres, y que prueba patentemente lo poco material de la índole de este país.

Eran estos sus cantos:

¡Qué bonito está un soldado
En la puerta del cuartel,
Con corbatín estirado
Y sin tener que comer!

Por un pan de munición
Que el Rey de España me da,
Me tiene toda la noche:
—«¡Centinela, alerta está!»

La vida de los soldados
Es andar por los lugares,
Dormir en camita ajena,
Morir en los hospitales.

En este momento llegó el piquete que había dado la guardia al general, que acababa de ser relevada.

—¡Vaya una buena moza que es la generala!—dijo uno de los soldados que llegaban:—en cuanto he andado, no vi hembra más arrogante.

—No es su mujer — repuso el otro; — así, quítale el *buena*.

—¿Y por qué se lo he de quitar? Las bendiciones ni le quitan ni le ponen á lo bonito —replicó el primero.—Pero ¿qué sabes tú?

—Lo que dicen. Además, si fuese su mujer, no la había de tener con tanto boato; porque así son los usías: más gastan con sus queridas que con sus mujeres.

—Eso es de miedo que se vayan con otros; por eso les dan lo que quieren. ¿Qué dices tú, Lucas?

—Que es tener cuchillo de plomo en vaina de oro—contestó éste.

—El alma de ésta podrá ser de plomo ó

cosa peor, pero su persona... ¡por vía de los moros de Berbería!..

—¡Qué!—repuso Lucas:—afeita un cepo y parecerá un mancebo. Te digo mi verdad, que ninguna de esas picaronas de la vida airada, con tanta bambolla y tan poca vergüenza, me parecen mujeres, sino pingajos.

—¡Vaya, si este Lucas está siempre con la vara de la justicia levantada! El ha entrado en la casaca; pero la casaca no ha entrado en él. Si hubieses nacido Rey, te habían de haber puesto el *Justiciero*.

Al día siguiente estaba formada la bizarra y lujosa tropa; tocaban las músicas, y el general, montado en un soberbio caballo y seguido de sus ayudantes, llegaba á galope á la parada.

Venía á alguna distancia una elegante carretela abierta, en que se hallaba sentada una joven y hermosa mujer lujosamente vestida. Paróse la carretela cerca del sitio en que formabá Lucas y sus paisanos, en el extremo de una fila.

—Esa es la querida del General—murmuró el soldado que estaba á la derecha de Lucas.—¿No te dije que era un sol?

Lucas levantó los ojos y los fijó en aquella mujer. Mas al fijarla, tuvo tal estremecimiento, que lo notaron sus contiguos compañeros, y le preguntaron:

—¿Qué tienes, Lucas?

—Nada—contestó éste con serenidad.

Por su parte, la señora de la carretela había clavado la vista en el bizarro soldado que tan cerca de ella se encontraba, y una exclamación de sorpresa y gozo había brotado de su corazón á sus labios.

—Lucas—dijo su otro vecino de fila:—esa mujer te mira y te hace señas.

Lucas, pálido é impasible, no levantó los ojos ni contestó.

—Lucas—prosiguió el que había hablado:—¿quién será ésa? Te conoce, te hace señas con el pañuelo y no parece sino que se quiere echar del coche abajo; hombre, mírala: di, ¿quién es?

—No la conozco—contestó Lucas.

—¡Por vía de los gatos!—exclamó extático el primero que había hablado. —¡Mal fin tenga, si no es tu hermana Lucía! ¡Mírala, hombre, ella es!

—Ya la miré, y digo que no la conozco —respondió Lucas.

—¡Mira, mira, la pobrecilla se ha echado á llorar! Párate; mira que no está tan desconocida. No tiene más sino que está mucho más hermosa. ¿Estás ciego que no ves que es tu hermana?

—No la conozco — volvió á repetir Lucas con la misma impasibilidad.

Hay hombres en este mundo que sienten profundamente; pero cuya fuerza de alma alcanza á cubrir con la capa de nieve de la indiferencia y de la impasibilidad las más vehementes y desgarradoras emociones. Mucios Scévolas morales, que admiramos sin que nos interesen. No podemos amar, ni en su origen ni en sus resultados ese estoicismo que hace gala de una desdeñosa indiferencia, y como para juzgar toda cosa humana es necesario compararla al ideal de la humanidad que es el Dios Hombre, nos repugnan esas bravatas, en vista de que la pasión habría perdido su sublime carácter de santidad si el estoicismo hubiese reemplazado en ella la mansedumbre.

La voz de mando del Jefe prescribió algunas evoluciones, después de las cuales marcharon las tropas á sus cuarteles.

Cuando los soldados formaron corrillos, la hermosa señora de la carretela fué el objeto de sus comentarios.

Unos decían que era Lucía; otros, que no la habían visto tan de cerca, sostenían que no.

—Su hermano lo dirá—exclamaron todos yendo á buscarle.—Lucas—le dijeron:—¿es aquella usía tan estirazada y tan gallarda, tu hermana Lucía?

—No conozco á esa mujer—contestó Lucas,—y basta de preguntas, camaradas, que

no soy reloj de repetición, y se me han rematado las ganas de responder.

No había pasado media hora, cuando llegó un ordenanza del general buscando á un soldado llamado Lucas García, y requiriéndole á que le siguiese.

Lucas obedeció, trémulo de indignación; pero sin que nada lo demostrase en su semblante.

Llegados que fueron á una casa de buena apariencia, fué Lucas introducido en un gabinete, adornado con lujo y sumo primor.

Apenas entró, cuando una hermosa mujer, envuelta en una elegante blusa de seda, se levantó de un sofá, lanzando una exclamación de júbilo, y se arrojó hacia él con los brazos abiertos.

Lucas la rechazó con el brazo derecho, y dijo con serenidad:

—Yo no conozco á Usía.

—¡Lucas, hermano mío!—exclamó prorrumpiendo en llanto la joven.

—Yo no tengo hermana—repuso Lucas en el mismo tono que antes.

—¡Lucas, hermano de mi alma, yo te contaré lo que pasó!..

Entró en este momento el coronel, que había sido, y hoy general.

—Con que... — dijo con finchada condescendencia,—Lucía, ¿viste ya á tu hermano?

—¡No me quiere reconocer!—exclamó entre sollozos Lucía.

—¿Cómo es eso?—preguntó el general, volviéndose al soldado.—¿Y por qué?

—Porque será una equivocación, mi general,—contestó Lucas, llevándose su abierta mano á la sien.—Pues yo soy mozo solariego, y no tengo hermana.

—Te he llamado—dijo el general—para que te quedes de ordenanza á mi lado; que aprendas á escribir, y formarte así una carrera, en la que subas con rapidez, pues ya sé que eres valiente y entendido.

—Yo no quiero aprender á escribir, mi general.

—¿Y por qué?—preguntó reprimiendo su mal humor el general;—sin ese requisito no podrás ascender.

—Yo no quiero ascender, mi general.

—¡Ya se ve!—dijo soltando una carcajada burlona el general,—el que tiene tan buenos mayorazgos que disfrutar, no es extraño que desdeñe el servicio del Rey.

—Harto rey es quien al Rey no ve,—contestó Lucas.

—¿Qué deseas, hermano?—preguntó Lucía.

—Sólo deseo cumplir mi tiempo y volverme á mi pueblo.

—Pues ¿quién te llama allí, si dices que no tienes á nadie?—repuso Lucía.

—El amor á mi tierra—contestó Lucas,—que la tierra do me criare, démela Dios por madre.

—¡Valiente ganso!—exclamó el general.

Lucas ni chistó ni pestañeó.

—¡Hermano de mi alma! por la memoria de madre, no te hagas el desconocido, que me partes el alma, ¡quédate!

—Yo no quiero ser forastero en ninguna parte, señora.

—Basta—dijo el general;—deja á ese basto alcornoque que se vaya, y que lo piense mejor.

—Yo no pienso dos veces las cosas—repuso Lucas saludando y saliendo.

Lucía corrió detrás de su hermano á la antesala, cogió su brazo, que estrechó contra su pecho, y le dijo con apasionada y tierna súplica:

—¡Lucas, hermano mío, por Dios, quédate! El general me ha dicho que cuanto pueda hará por ti, y mira que puede mucho.

—Honra y provecho no caben en un saco—respondió el soldado arrojando de sí con toda la altanería de la fuerza moral del hombre noble, y con toda la rudeza de la fuerza física del hombre inculto, á su hermana, que vino á caer anonadada sobre una silla inmediata.

Encaminábase el hermano de Lucía hacia el cuartel cerrados los puños, los labios apre-

tados y con aquella lívida palidez que estampa la ira en el rostro de los hombres del Mediodía. Esta ira le sofocaba, no siéndole posible exhalarla ni menos seguir sus impulsos, porque siendo éstos de venganza, no podía satisfacerlos sino con un crimen, del que Lucas no era capaz. ¡Aun si en aquel entonces hubiese habido guerra!.. El soldado raso habría dado en ella cien vidas que hubiese tenido, por alcanzar unas charreteras, que le colocasen á la altura debida para poder pedir una satisfacción al hombre que, después de seducir á su hermana, le había insultado tan insolentemente, charreteras que al día siguiente habría tirado como naranjas ya exprimidas, puesto que Lucas no tenía ínfulas, y no le atraían el auge ni el boato. Apreciaba su condición, amaba las labores del campo, estaba apegado á su pueblo y á sus costumbres, y no hubiese renunciado á estas cosas que le simpatizaban, y en las que descollaba, por izarse un escalón más arriba, en que hubiese sido siempre un intruso, un extraño, un forastero, cuya calificación era antipática á ese instintivo y noble apego á su país, á su provincia, á su pueblo, á sus lares y á su clase. Y hoy ese hermoso sentir, que la naturaleza puso en el corazón del hombre, se quiere destruir, y se dice al pobre: «¡Sube, sube! La cima es tu lugar, la

cumbre es bien común.» ¡Así se infiltra la vana arrogancia en la sana mente del pobre, que tan digno y apreciable es sin dejar de serlo!

Así, pues, Lucas, que nada podía hacer ni remediar, sufría espantosamente por la cercanía de su hermana. Afortunadamente el General marchó á los dos días á Sevilla.

Pero la existencia de Lucía se había trastornado desde el día en que encontró á su hermano y éste no la había querido reconocer. En la alegre senda de flores, en la ligera vida de mariposa en que había entrado, casi forzada por las circunstancias, á los diez y siete años, habíale sucedido al topar con su hermano, lo que á la barquilla que, bogando indolente, sin patrón y sin brújula, al soplo de suaves y locas brisas, choca en su curso contra la primera roca de tierra firme; la sacudida había sido terrible. Preguntábase perpleja:

—¿Dónde estoy? ¿Adónde voy? ¿Dónde está el puerto? ¿Quién me halaga? ¿Quién me rechaza?—y miraba con asombro á su alrededor, pareciéndole todo nuevo, todo extraño, todo reprobado y odioso. Halló en su memoria—que nunca en su embriaguez consultara—aquellas últimas palabras, que le había dicho su hermano en su inculto, lacónico, pero enérgico y explícito lenguaje:

«Anda siempre derecho, aunque sea la senda cuesta arriba y esté sembrada de abrojos; no pierdas nunca la derechura ni dejes de mirar adelante, que el que no mira adelante no sabe dónde irá á parar.»

Aumentaba la desolación de Lucía el que no veía la infeliz términos hábiles para salir de la posición en que se encontraba. Retrocediendo al bien, no hallaba amparo, y lo tenía, perseverando en el mal. La falta de energía de su índole hacía que no hallase fuerzas para volver á la buena senda con valor y con solo el amparo de Dios, que nunca le falta al que le busca con fe y no se arredra ni desmaya. Sus lágrimas ajaban su hermosura, y su abatimiento robaba á su trato, —antes festivo y cariñoso,—su encanto; todo lo cual empezó por fastidiar á Gallardo, pasando á incomodarle y acabando por exasperarle. Produjo esto entre los amantes algunas escenas violentas, que introdujeron la discordia; y la discordia,—una vez que ha reventado sus diques primitivos,—filtra por cuantos se le vuelven á levantar.

Cuando el General se vió precisado á volver á Madrid, determinó dejar á Lucía en Sevilla, porque pensaba ser empleado y que sería corta su permanencia en la Corte. Lucía le dejó ir, sin poner ninguna resistencia á esta separación. Estaba tan cansada de la

vida que llevaba, que toda alteración le parecía preferible. Además, se hallaba lejos de tener aquel valor insolente, aquel desparpajo atrevido que suelen tener las mujeres de su condición, que hacen que, después de no ser queridas, sean temidas por los hombres, á quienes envuelven como horribles culebras, haciendo de ellos míseros Laocoontes. Así es que se ve á muchos casarse por miedo, que antes no lo habían hecho por amor, siendo de esta suerte la mitad de su vida *escandalosos*, y la otra mitad *ridículos*, con lo cual se llena por cierto dignamente la existencia de un hombre!!!

Empero la estancia de Gallardo, á quien los papeles denominaban el *joven General*, se prolongó en la Corte. Alternaba en varias combinaciones en las intrigas subalternas de los partidos políticos, para uno de los cuales era un soberbio testaferro, aunque le habían persuadido que era una imponente cabeza de partido.

El General entonces pensó con alta razón, maduro juicio y profundo cálculo, que era tiempo de entrar *en sí*,—perdonad, lector; la costumbre ha hecho estampar este *en sí* que borramos y ponemos en su lugar,—*entrar en la vida positiva* y servir los *intereses del país*, sin descuidar los suyos se entiende. A consecuencia de estas ideas graves, el joven

caudillo se abonó á los periódicos, compró libros que leyó, aunque no se acordaba luego precisamente cuáles eran los que había leído y los que no; escribió una Memoria sobre la navegación fluvial, y otra sobre la renta del Excusado; hizo discursitos cortos para prepararse á los largos, que salieron muy bien, y tuvieron la aprobación de sus oyentes, y en un *santiamén* cambió el aturdido talante de calavera por el pomposo entono de hombre importante y de ciudadano grave.

Nuestro hombre, como se ve, había llegado á su apogeo. Por lo que,—entre otros sacrificios hechos á la *gravedad*,—había tomado un buen cocinero, y había aflojado los cordones de su corsé.

No obstante,—como hay una gran diferencia entre hombre *grave* y hombre *moral*,—nuestro héroe tenía entre bastidores sus francachelas *gravi-calaverescas*, en cuyas conversaciones se entretejían á manera de mesa revuelta el discurso A y el chisme B, el Concordato y el teatro Real, el Ministro y la bailarina, el Obispo y la cantatriz, la Corona y la baraja. Se erigía un trono á la tauromaquia, se proponía una apoteosis á la industria y un voto de censura al lujo de las novenas.

—Oye, chico—le dijo un día uno de sus amigos, tan *chico* como él, en un almuerzo-

comida en el que el vino de Champagne estaba encargado de representar el *buen tono* que faltaba á gran parte de los concurrentes;—oye, chico: y *la* Lucía, ¿qué se ha hecho?

—Está en Sevilla, donde la dejé por estar algo indispuesta—respondió el héroe.

—¿Sabes que va perdiendo el barniz?

—¿A los veintiún años, hombre?

—No es extraño — opinó el elegante, hijo de un *capitalista,* que había sido educado en Francia,— cuando se vive aprisa, á los veintiún años se está *sur le retour* (1).

—La existencia de las *camelias* es como la de las rosas, dura un día—se apresuró á añadir otro convidado, que tenía por nombre de pila Bonifacio, y hacía que le llamasen Boni.

Habiéndose constituído en copia é inseparable amigo del injerto parisiense, y no queriendo nunca quedarse atrás de su modelo, apenas hablaba el elegante capitalista, cuando por un irresistible impulso reproducía Bonifacio la misma idea en otras palabras, procurando siempre sobrepujar á su tipo en galicismos afectados y elegantes, en escepticismo lleno de *actualidad*, en cinismo del

---

(1) Esto es. *haberse pasado ya*, haber perdido la frescura y lozanía.

mejor tono, y en extranjerismo el más *fashionable.*

—Debe usted colocar á esa Lucía deslucida en el número de las once mil Didos—dijo el galo-hispano.

—Deshecharla con las modas *fanées* del año pasado—se apresuró á añadir la copia.

—Eso no puede ser—replicó el General.

—¡Rancia moralidad española!—exclamó el capitalista echándose á reir.—Es probable que la bella no espere hallar un Amadís de Gaula en un General del siglo de las luces.

—Ni un pastor Fido en un candidato á padre de la patria—añadió con velocidad Boni.

—Es—repuso el anfitrión—que entre Lucía y yo median circunstancias excepcionales.

—Cuéntanos eso, chico—dijo su íntimo;—que esa relación romántica nos hará paladear sabrosamente el plus café.

El General refirió entonces todos los pormenores del origen y los trámites de sus relaciones con Lucía.

—¿No ve usted, General, que todo eso era una farsa bien jugada por esos *fourbes* (ladinos) campesinos, una *mixtificación* para darse valor, asustarle á usted, interesarle por la niña y obligarle á cargar con ella? —dijo el imitador del tono parisiense, del *demi-monde.*

—Que era todo eso una intriga de *bas étage*—añadió la copia de la copia.

—A *propos* de petardos—dijo el capitalista,—voy á contar á ustedes lo que me acaba de pasar. Entró ayer en mi despacho un petardista...

—No se te olvide—dijo Boni—que contabas á la sazón una inmensa suma de dinero, que esto aumenta el chiste del lance.

El aspirante á Creso prosiguió:

—Me pidió prestadas dos onzas; le dije que sentía en extremo no tener un cuarto.

—A no querer dar, yo habría buscado otra respuesta—dijo un anciano General, tío del nuestro, que había perdido una pierna en la batalla de Bailén.

—General — repuso el narrador: — entre *nosotros* el *no tengo* es sinónimo del *no quiero*. Esto lo saben hasta los niños en *lactancia*.

—Un sinónimo que Huertas ha omitido; pero que hoy no se ignora ni en las Batuecas,—encajó el reloj de repetición.

—No existiría cuando compuso su obra, —dijo el General.

—Mi petardista—prosiguió el narrador—insistió con angustia, bajando gradualmente sus pretensiones á la más mínima expresión. Fuí inexorable como el Destino.

El millonario lanzó en su alrededor una mirada de Catón.

—¿Era, pues, un necesitado y no un petardista?—preguntó el anciano.

—¡Oh, señor! Regla general: todo el que pide es un petardista.

—A no ser un íntimo amigo—dijo Boni, hablando esta vez con más personalidad que la que acostumbraba.

—*Ma foi*—contestó el galo-hispano,—no exceptúo á nadie. Viendo que no desistía, y siempre con la amabilidad y finura que se debe gastar en estas circunstancias...

—*Sans doute*, como en los desafíos—dijo la mala copia del peor original.

—Le dije — prosiguió el elegante narrador—que, puesto que estaba tan necesitado, me avenía á prestarle, si no dinero, porque no lo tenía, una cosa que en sus circunstancia le sería más útil. El imbécil creyó que quizás sería mi firma.

—¡La firma! Vea usted—dijo Boni—el solo y único *sancta sanctorum* de los discípulos de Mercurio! ¡una cosa tan respetable!

—Querido Boni, *veuillez ne pas m'interrompre!*—dijo su amigo, que prosiguió:—. La cara de mi petardista se iluminó; vamos, ¡creo que el pobrete bolsi-vacío no había comido en tres días! Yo me reía interiormente, aunque mi cara denotaba grave simpatía por su situación! Llevéle á un armario, saqué una caja de pistolas que abrí, le

presenté una, y le dije haciendo un saludo: aquí tiene usted el remedio de todos sus males. Mi hambriento me volvió la espalda y se fué. Ya ven ustedes que lo he zapeado *une bonne fois pour toutes.*

Boni se desternillaba de risa.

Gallardo y los demás convidados callaron.

—Es preciso que pongas ese chistosísimo lance en un periódico, — dijo entre carcajadas el admirador del capitalista.

— *Mon cher, à quoi bon?*—respondió con aire de modestia el héroe de la anécdota.

— Para enseñar á ahuyentar á los petardistas, — respondió Boni; — para dar una muestra de tu gracia y de tu chiste; para que digan *que estás tan ricamente dotado de fortuna como de ingenio;* para amenizar las gacetillas, y para...

— ¿Y habrá papel que se degrade á insertar como gracia semejante escándalo?—gritó con explosión el General antiguo, que no se pudo contener por más tiempo.—¿Son éstas las ideas y sentimientos que está llamada la prensa á propagar? ¡Por Dios, señores! ¿no hay ya quien se ruborice en España? ¿Hácese de manera tan descarada gala del sambenito en la prensa, sin que nadie repudie la impudencia con que se nos refiere en tono laudatorio una iniquidad, y no apele de esto para ante los nobles instintos, los generosos

sentimientos y el decoro público de los buenos y genuinos españoles? ¿Somos ya tan *positivos* como la ley escrita? ¿Se extinguieron las aspiraciones caballerosas en el país de más caballerosa índole? En otros tiempos, señores, no todos daban; pero los pocos que no lo hacían, no se gloriaban de no hacerlo. Aunque fuese á un petardista, se sentía el dar una negativa porque había caridad, y se la callaba, porque había vergüenza. La avaricia pertenecía entonces á los vicios vergonzosos, que el respeto que se tenía á la opinión pública obligaba á ocultar.

—¡Tío: por Dios!—suplicó Gallardo.

—¿Por Dios, qué? sobrino.

—Que hable usted con más moderación.

—No lo esperes; y salga el sol por Antequera.

—No se apure usted, General,—dijo el capitalista;—*je sais vivre*, respeto vuestra casa, y, sobre todo, las canas y el mal humor de la avanzada edad.

—Por de contado,—añadió la sombra parlante,—tienen carta blanca las damas, los niños y los...

Iba á añadir los *viejos;* pero una mirada del General le hizo enmudecer.

—No te apures, sobrino,—dijo éste.— Las armas del señor le sirven á más nobles fines que para repeler agravios.

—Vamos, hablemos de otra cosa,—se apresuró á decir el íntimo del General,—el cual, así como los demás convidados, celebraba en su alma la lección que había recibido el impertinente pollo cacareador por tan digno y autorizado contrario.— Dime, Gallardo: ¿te has propuesto que sea Lucía para ti un censo irredimible? Pues dígote, chico, que sería una buena bobería crearte un obstáculo para cimentar tu porvenir.

—No veo que... para ser diputado... senador... ó...

—No va por ahí; tus ideas políticas absorben toda tu atención. Has de saber que sé por una de sus amigas, que la hija del banquero D. Juan La Plata está muy prendada de tu persona.

Gallardo se estiró y pasó su mano por sus rizados cabellos.

—Su madre lo está, — prosiguió el íntimo,—del título de Marqués de Monte Gallardo, que dicen vas á recibir en breve, y su padre de tu capacidad...

—Nos pagamos,— dijo el General muy hueco;—pues yo lo estoy de la suya. ¡Comprar el cinco la víspera de...

—Pero él lo está igualmente—prosiguió el íntimo,—de tu faja y de tus rentas. Ahí tiestes, chico, un porvenir positivo.

—Pues si apenas conozco á la amable y

bondadosa joven que se ha dignado reparar en mí!..—dijo con fachenda y en extremo lisonjeado el joven General, haciendo propósito de volver á apretar los cordones de su corsé.

—Pues es muy linda,—afirmó el íntimo.—Y sábete que monta á caballo como un cosaco.

—¡Oh! Athenaïs La Plata tiene el talle más esbelto, el color más pálido, las miradas más *fieras* (quería decir altivas) de todas las bellas de Madrid! ¡Es *deliciosa!* —opinó el parisiense español.

— Tiene cuello de cisne con ondulaciones de serpiente; es magnífica,—añadió atragantándose Bonifacio.

— ¡Es un partido loco, *ma foi!* Su padre tiene cuarenta millones, y es hija única, —volvió á decir el hijo del capitalista, que, no por ser gran apreciador de beldades, dejaba de serlo muy cumplido de patacones.

—Debes aprovechar la rachita, y casarte pronto—aconsejó el íntimo.— Mira que las niñas con cuarenta millones son más caprichosas que el viento, más mudables que las veletas, y hacen cuanto quieren, porque muchos padres de las tales millonarias, que á veces no saben más que el castellano, respetan y consideran altamente á sus hijas, porque han aprendido en las novelas de Sué el

francés, y en las óperas el italiano. El capricho de una niña millonaria es un relámpago. Así, no pierdas tiempo: te expondrías á...

— A una *decepción*, — dijo acabando la frase el galohispano.

—A un *désabusement*,—añadió la copia, que, esta vez, con íntima satisfacción suya, sobrepujó, á su entender, al original.

—¿Qué piensa usted de todo esto?—preguntó Gallardo á su tío con una risa que él quería decir de chanza, pero que era en realidad de satisfacción.

—Sí, diga usted su parecer—añadió con ironía, para ocultar su malhumor, el capitalista.—Los Nestores son los que se deben escuchar en los *consejos marciales* como en los matrimoniales.

La face des viellards est pleine de majesté:
Leur voix sur l'existence a des secrets intimes.

—*Un vieux de la vieille*,—añadió la copia,—es una California de experiencia, un consejero barómetro y cronómetro, una gramática parda encuadernada en oro, un...

—Calla, Boni,—dijo el capitalista al oído de su amigo, que, menos acostumbrado que él al champagne, empezaba á sentir su influencia, bajo la cual se iba emancipando.

Entre tanto, el anciano callaba, pasando sus dedos por su cano bigote.

—Con que... ¿qué es lo que opina usted, General?—preguntó Gallardo.

—Opino—contestó el interrogado—que te debes casar.

—*C'est clair*—dijo el parisiense.

—Es claro, — repitió Bonifacio, — claro como la detestable agua. ¡¡Y se piensa traerla á Madrid!! ¿Y en esto se gastan millones?

—*Taisez-vous, mon cher*,—le dijo á media voz su modelo.

—No me da la gana, — contestó en excelente español la copia.

—Por supuesto que debe casarse,—opinaron los demás.

—Entendámonos, caballeros,—dijo el anciano:—opino, Gallardo, que te debes casar, no con la lechuguina de los millones, sino con Lucía.

Un clamoreo unánime acogió estas palabras.

—General: abusa usted de su papel de Nestor,—exclamó el galohispano.

—El héroe de los pasados tiempos chochea, quiero decir *radota;* ¡voto un voto de censura!,—tartamudeó la copia.

—Ssst., Boni; *je vous en prie*, ¿quieres llevar otra andanada de ese pontón arrumbado? No le provoques; que otra vez puede que mi prudencia y mi desdén no alcancen á contener su genio,—le murmuró al oído el capitalista.

—El General se chancea—dijo el íntimo,—porque un caballero de su delicadeza no puede aconsejar á un hombre de la posición de Gallardo que se case con su moza.

—Porque aún tengo delicadeza, planta que se arraiga de tal suerte cuando ha echado raíces, que no pueden arrancarla de su suelo ni el arado de plata ni la azada de oro, que labran hoy el campo de las ideas; por esa razón, aconsejo al hombre que ha cometido una maldad, que la enmiende; al que ha perdido á una joven honrada, que la ampare. Y tanto más, cuanto más á la vista de todos le ponga su posición. Con más motivo se lo aconsejo, si le sonríe el porvenir, para que no le reconvenga lo pasado. En mis tiempos, señores, no se trataban los casamientos en consejos semipúblicos; eran los solos consejeros, según las circunstancias, el corazón, el honor ó la conciencia. Pero,—añadió el anciano, levantándose,—mi dictamen es, entre vuestros pareceres, tan heterogéneo, como lo es mi persona entre alegres jóvenes. Saludo á ustedes, caballeros. Adiós, sobrino; no me convides á tu brillante boda si te casas con la millonaria de los caprichos; no estoy ya para tales fiestas. Si te casas con Lucía seré tu padrino.

Diciendo esto, se alejó el noble y honrado veterano.

—¡Estilo de poema épico!—dijo el pseudo parisiense.

—¡Tono de *elegía lírica!*—tartamudeó la copia.—El decano, para opinar así, debe haber bebido un *desuella-paladar* catalán, en lugar del excelente, exquisito, deleitable, delicioso...

—Basta, Boni,—dijo, interrumpiéndole su amigo, y haciéndole seña con el pie para indicarle la urgencia de refrenar su lengua.

—El General tiene textualmente el pie en la sepultura y todo lo ve color *de profundis*, —opinó el íntimo.— Gallardo: en este siglo positivo no hay más si no arreglar uno por sí el paso de su marcha; lo demás es, ciertamente, anticuarse y ponerse en ridículo.

Entre tanto, pasaban días y días, y cada uno trayendo su asunto, su novedad, su interés y el olvido del que le precedió. Los medios de subsistencia habían ido faltando á Lucía sin que ella se lo participase á Gallardo, porque, con el sentimiento del deber y rubor de la vergüenza había comprendido Lucía el oprobio de la dádiva y la doble humillación de admitirla y solicitarla. Todas cuantas cosas de valor poseía las había ido vendiendo, y veía acercarse el fin de sus recursos.

—¿Qué será de mí?—se preguntaba un día, tristemente inclinada la cabeza sobre el

pecho, con más decaimiento que inquietud, con más inercia que angustia.—He desaprendido el trabajo, haciendo como el marinero, que, en los días de calma olvida las maniobras. ¿Qué es, pues, lo que haré cuando nada me quede? ¿En qué pensará el que me ha perdido? ¿Cuándo volverá á acordarse de que yo existo?

Un día entró en su cuarto la patrona de la casa en que vivía, trayéndole una carta.

—Es de Madrid—la dijo con aduladora sonrisa—. Apostaría á que el General anuncia su vuelta, y confirma la noticia que corre, de que le hacen Capitán general de Andalucía.

Lucía abrió y leyó esta carta:

«Querida Lucía:

»Las cosas no pueden ser eternas. La edad trae ideas serias; la vida del hombre, obligaciones; las circunstancias, compromisos, y la posición, deberes que fuerzan al hombre á hacer sacrificios en favor de la *moral* y de la *razón*, que si bien son dolorosos, son necesarios.

»Mi familia ha tratado un casamiento para mí, que me asegura una suerte estable y un porvenir brillante; y ha traído las cosas á punto que no me es posible oponerme á ellas sin ofender á una poderosa y respetable fa-

milia, sin comprometer á la mía y causarme graves perjuicios, perjuicios que tú serías la primera en *deplorar*.

»Creo que nada te sorprenderá, ni menos te afligirá la necesidad en que me veo de establecerme bien; y creo igualmente que no me echarás de menos, porque ha mucho tiempo que he notado lo disgustada que vivías á mi lado, y lo poco grata que te era mi presencia. Quizás alguno ocupa ya en tu corazón el lugar que he ocupado yo. Y si has de ser más feliz á su lado que lo has sido al mío, tengo bastante *filantropía* para ser el primero en celebrarlo.

»Adiós. Es probable que no nos volvamos á ver jamás. Pero cree que nunca te olvidaré, y si en algo puedo servirte, ocúpame.»

—Con que... — dijo con ahinco la pupilera— ¿dice algo de venir?

—No — respondió Lucía, por cuyas mejillas corrían presurosas y abundantes lágrimas—; al contrario, dice que no viene.

Aunque no tenía Lucía por Gallardo propiamente lo que se llama amor, en cuatro años de trato, su corazón, que era amante, se había apegado á él, y la fría insensibilidad con que se había separado de ella no podía menos de herirla y causarle dolor. Aunque odiaba su situación, la nueva que se la presentaba de repente, acongojaba su tímida

índole. Así era que no pudo contener aquellas lágrimas de pena y de angustia.

La cara de la pupilera, sus maneras y su tono habían cambiado á un tiempo; porque este dolor la confirmó en lo que sospechaba, y era que Lucía estaba abandonada por su amante.

—Señora—dijo:—he introducido un arreglo en mi casa con motivo de unos apuros, en que por desgracia me encuentro; he dispuesto exigir anticipadamente el costo del pupilaje: los demás pupilos se han convenido, y espero que lo hará usted también.

—No, señora—dijo Lucía;—porque parto mañana: así sólo tengo que entregar á usted lo vencido.

Aquella noche salió la pobre abandonada, y vendiendo toda su ropa á una prendera, pagó á su acreedora, quedándole únicamente lo preciso para satisfacer á unos arrieros que conducían aceite á Jerez, lo que exigieron por llevarla en uno de sus mulos á dicho pueblo. Desde allí pensaba trasladarse á Arcos á pie. A la mañana siguiente, al despuntar el día, salió por la puerta de Carmona, echando una larga y triste mirada sobre aquella dormida ciudad, á quien sirve de paje el Betis, de insignia la Giralda y de gala sus azahares; la que es á la vez alegre como una aldeana é imponente como una reina;

hermosa como una joven y llena de saber y de recuerdos como una matrona; graciosa como una andaluza del día y digna y castiza como una castellana vieja.

En Jerez se halló Lucía sola y sin recurso alguno; pero su buen ángel la hizo encontrarse en el mesón en que se apeó con el tío Bartolo. La vista de aquél no le hubiese causado mayor consuelo que lo hizo la vista de este antiguo amigo de su casa. Contóle toda su triste historia, añadiendo, por último, que no sabía qué hacer, porque ni para el servicio de una casa se atrevía á ofrecerse.

—Hija—la dijo el antiguo guerrillero:—te desvaneciste en casa de esa Leona del demonio; y ¡por su mal le nacieron alas á la hormiga! Si tú le hubieses puesto cara de hereje al desalmado ese, no se habría atrevido á lo que se atrevió. ¿Qué fines — me querrás decir — se puede llevar un usía en hacerle zorroclocos á una campesina como tú, sino hacer burla de ella? Pero, en fin—añadió viendo correr las lágrimas de Lucía—, no hablemos de lo pasado, que eso es, después del conejo ido, palos á la cama, y no soy yo de los que sacan astillas del árbol caído, ni de los que á borrica arrodillada le doblan la carga. El arrepentirse es un bautizo, y abre el redil; y tú arrepentida estás, puesto que te vuelves á tu pobreza porque te sale de adentro; pues de

lo contrario, no te hubiesen faltado por esas poblaciones mayores perversos que te hubieran acabado de perder. Vente conmigo; que yo le hablaré á Lucas para que te reciba, como le corresponde hacerlo.

—¡Tío Bartolo!—exclamó tristemente Lucía—. ¡Nunca me perdonará! Ha dicho que no tiene hermana, y nadie le hará decir otra cosa.

—Verdad es—repuso el guerrillero—que los Garcías tienen las cabezas más duras que bigornias de herrador, y que *escarmenao* salí cuando el casamiento de tu padre—en descanso esté.—Pero ahora es otra cosa. Lucas ha salido una prenda; no que tu padre salió una cabriola, y más fácil es ayuncar á dos que liga la sangre, que no desyuncar á dos que liga el diablo. Allá veremos, y Dios sobre todo. Entre tanto, te vienes á mi casa: en ella no hay abundancias, pero no falta buena voluntad.

Al día siguiente caminaban por el camino que ya hemos descrito al principio de esta relación el tío Bartolo y Lucía. Iba ésta montada en una borriquita, y seguíale á pie el bueno y ágil anciano, formando todos, en lo material, un precioso modelo para el pintor que hubiese querido fijar en el lienzo el siempre santo, siempre tierno y sublimemente humilde asunto de la huída del Patriarca y

de la Virgen. Al anochecer llegaron á Arcos.

¡Pobre de aquel que al volver á su lugar natal, en vez de sentir la más pura y completa felicidad, siente destrozado su corazón por el dolor y la vergüenza! ¡Que halla muertos sus padres, hecha propiedad ajena la casa en que nació, y en el semblante de sus paisanos y amigos, en lugar de la sonrisa de bien venida, el frío desdén de la extrañeza!

En cuanto dejó el tío Bartolo á Lucía en su casa, y mientras le preparaban la cena, pasó á la de Lucas García.

Lucas, al recibir su licencia, había regresado á Arcos, donde estaba ocupando su puesto entre los jornaleros, con tan buen crédito, que ya le habían propuesto varios cargos y conveniencias. Como es de pensar, había hallado la casa de su padre vendida. Pero como aún vivía allí su parienta, había alquilado en ella una habitación, y su parienta le asistía.

Entró el tío Bartolo en el momento en que Lucas acababa de cenar.

—¿Usted gusta, tío Bartolo?—le dijo Lucas al verle entrar.

—Gracias. ¡Que aproveche, como si fuera leche! ¿Quieres tú tabaquear?

—No vendrá malamente.

El tío Bartolo dió un cigarro de papel á

Lucas, encendió el suyo, y le dijo á quema ropa, según su costumbre:

—Lucas, hombre: ¿me querrás tú decir el por qué no me hablas nunca de tu hermana? Oye, ¿te parece á ti que una hermana carnal es acaso un remiendo postizo?

Lucas, desagradablemente sorprendido, frunció el ceño y contestó:

—¡Yo no tengo hermana, tío Bartolo!

—¿Qué?... ¿qué dices?

—Ya lo dije; en mi cortijo no se da más que un panete, tío Bartolo.

—¡Anda á paseo con esas terriblezas! ¿Qué derecho tendrás tú,—me querrás decir,—de renegar de tu hermana, aunque su vida no haya sido como debe ser?

Lucas se había puesto pálido, y la reprimida indignación hacía retemblar su barba.

—Tío Bartolo—dijo aparentando indiferencia:—siempre se ha dicho que con el que se va no se cuenta. Dejemos esta conversación.

—No me da gana: ¿estás? Ahora quiero decirte que esa cara de juez, si bien pega para el pecador, no pega para el arrepentido, ¿te enteras? Y la pobrecita de tu hermana lo está; y ya sabes que el que peca y se enmienda, á Dios se encomienda.

—Tío Bartolo: le he dicho á usted que no tengo hermana.

—¡No eres tú testarudo en gracia de Dios! Ven acá, alma de mona, ¿cómo dices que no tienes hermana, si te la ha dado Dios? Lucas: aquí he venido, y no me voy hasta que perdones á tu hermana.

—Tío Bartolo: no se empeñe usted en lo que no ha de lograr.

—Lo propio eres que tu padre, y ambos á dos más cabezones que bueyes. Juan García y Lucas García. ¡Vaya un par para una carreta!

—Señor: ¿por qué me viene usted asombrando con ese roción de dicterios? Para decir el toro viene, no es menester tantos arrempujones.

—Porque viene á pelo; y cuando las cosas vienen á pelo, más que la burra se caiga en el suelo. Nada malo te digo, sino la purísima verdad. Tú sí que estás hablando como ensucia el diablo, poco y malo, y lo que dices no tiene forma ni manera. Pero volvamos al caso, que no suelto el cabo así como se quiera cuando defiendo la razón. Iba, pues; diciendo, que peor es tu terquedad que la de tu padre. Porque mira: menos malo es empestillarse en casarse con su moza, que no empestillarse en no perdonar á su hermana, lo propio se peca por carta de menos, que por carta de más. Si á tu padre le faltó punto, á ti te sobra más de la mitad. Tu madre te

encomendó á tu hermana; ¿te vas á desentender de la última voluntad de la que te parió?

—Me encomendó á mi hermana, sí; pero á la moza de un villano, no.

—Estás más remontado que un águila, que es pájaro real, y echando cada fallo como un *auidor* (oidor); te se figura que sabes más que la Regencia, y sábete que vas descarrilado, hijo; y que no te toca á ti echar abajo antes que Dios á la hija de tu madre, y con menos razón teniendo tú tu parte de culpa en la desdicha.

—¿Yo, señor?

—Sí, tú. Pues ¿por qué soltaste la carga como potro cerril, te echaste la encomienda de tu madre á las espaldas, y sin encomendarte á Dios ni al diablo, cogiste el fusil, sabiendo de sobra que por seis años habías de estar emparedado en la casaca, y perder de vista á esa *desdichá*? Bien sabías que la dejabas en una casa donde estaba la maldad muy establecida. Y *asina* sucedió lo que sucedió; ¡que si tantos halcones la garza combaten, á fe que la maten! Pero ya eso no tiene remedio, y lo pasado, pasado. Ahora, ¿te parece *rigular* que cuando la hermana de tus entrañas se aparta de su mala vida, no tenga á quien volver la cara, cristiano?

—Eso, que lo hubiera mirado con tiempo. No hay cuesta arriba que no tenga cuesta abajo.

—Pues, hijo, ¡eso es! Mira la plaga, mira la llaga, cierra la bolsa y no le des nada: eso es tener entrañas de pagano para una pobre criatura á quien empujaron, y que no supo lo que se hizo.

—Tío Bartolo: ignorancia no quita pecado.

—¿Te parece á ti que si hubieras tú tenido tu mala hora, esto es un decir, un *verbo gracia*, que hubieses robado ó cosa *asina*, que deshonrase, y te hubieses llegado á tu hermana, que ella te habría huído la cara? ¿A que no?

—Pues hubiera hecho mal. Pero es caso imposible, porque el cuidado hubiera sido mío de no ponerme delante de ella; que quien pringa á los suyos con su lepra los enferma y no sana, tío Bartolo.

—Lucas, hijo, dice la sentencia: obra con buena intención y no con pasión.

—Y el refrán: que la sangre sin fuego hierve, tío Bartolo.

—Lucas, ¡por María Santísima!, quien no tiene misericordia, ¿cómo ha de esperarla de Dios? Haz una buena obra, y cuando te eches á dormir, mas que sea en una estera de anea, te parecerá un lecho de plumas, en el que has de dormir sin sueño.

—Tío Bartolo: no se canse usted. Mas que supiera condenarme, no quiero oir hablar de

esa infame. ¡Mi hermana murió; yo no tengo hermana! Y con esto... punto.

—¡Anda, Caín!—dijo, levantándose indignado, el buen anciano,—y quiera Dios señalarte, como hizo con aquel mal hermano, á quien maldijo! Más vale ella con su culpa y su arrepentimiento, que no tú con tu virtud y tu soberbia.

No es de pintar el desconsuelo de la infeliz Lucía cuando el tío Bartolo la informó del ningún resultado de su gestión.

—¡Dios Santo!—exclamaba entre sollozos,—¿sólo en vos hallaré misericordia? ¡Ay de mí!; yo, que tanto he amado á ese hermano mío en los días felices de mi niñez, cuando, libre de culpa yo, era él todo mi consuelo! ¡Entonces no sabía qué hacer para complacerme, y me juraba no abandonarme nunca!

—Vaya, sosiégate, hija,—le dijo el tío Bartolo;—que perdiz azorada, en el día asada. ¿A qué necesitas á ese descastado sin entrañas? ¿No me tienes á mí? No es tan chico el techo de mi casa que no pueda cobijarte; y lo que yo, comerás tú. Así ayudarás á mi pobre Josefa, que está ya hecha un tiesto, y no para muchas, pues la hacienda de la mujer, hecha y por hacer.

Después que todos los de la casa se hubieron recogido, velaba Lucía en la soledad de

la noche, y lloraba lo que tan feliz la hiciera antes, su inocencia, su pobreza y el cariño de su hermano. Lanzada en el vasto campo de sus recuerdos, la pobre Lucía se afligía y consolaba al mismo tiempo, trayendo á su memoria cada pormenor de su sencilla vida, cada prueba de cariño dada por su hermano y cada esperanza marchita ó muerta. Su angustia y su agitación fueron creciendo con las sombras y el silencio de la noche, y no le dejaban un momento de descanso.

—¿Qué haré? ¿qué haré?—exclamaba, tapándose la cara con sus manos;—yo no puedo ser una carga para el buen anciano que me ha recogido; ni quedarme en el pueblo en que mora el hermano que me desconoce, y enseña así á los demás á ultrajarme. ¿Qué haré? ¡Mendigar, si trabajo no hallo! ¿Dónde iré? ¡Donde Dios me guíe!

Sin aguardar el día, y para que no se apercibiese su protector de su partida, abrió silenciosamente la puerta y se salió á la calle.

Antes de dejar para siempre aquellos sitios queridos, se paró en la casa contigua, que era aquella en que había muerto su madre; en la que ella había pasado su tranquila infancia, y en la que dejaba al hermano, á quien seguía queriendo á pesar de su inhumanidad para con ella.

Lucas, por su parte, tampoco podía dormir. Agitado, inquieto, exasperado, huíale el sueño y pesábale su corazón.

De repente oyó á la puerta de la calle una voz dulce y trémula, que cantaba aquel mismo romance que él cantara á su hermana cuando niña.

Lucas saltó de la cama por un ímpetu involuntario, y en seguida llevó sus manos á sus oídos como para tapárselos.

La voz cantaba:

¡Por Dios te lo pido, hermana!
¡Por Dios y Santa María!
¡Que me des una limosna;
Que Dios te lo pagaría!

Lucas, que se ahogaba, se sentó sobre su lecho, y pateó el suelo con rabia y dolor.

La voz proseguía, cada vez más lenta y trémula:

Tomó un pan y lo partió,
¡Y halló que sangre vertía!..

Lucas, que respiraba con dificultad, se tapó con ambas manos su rostro cubierto de lágrimas.

Pero cuando la voz, entre sollozos, prosiguió:

Quien niega el pan á su hermana,
Ese entrañas no tenía;
Quien niega el pan á una hermana...
¡Ese lo niega á María!

Lucas se precipitó á la puerta, la empujó con violencia, salió, abrió los brazos, y Lucía, lanzando un grito, se arrojó en ellos.

Al día siguiente decía el tío Bartolo á su mujer:

—Cuando el diablo se apodera de uno, todas las puertas las atranca. Pero hasta no estar condenadas de un todo las criaturas permite su DIVINA MAJESTAD que quede un postigo abierto en su corazón.

FIN

OBRAR BIEN... QUE DIOS ES DIOS

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES

OBRAR BIEN... QUE DIOS ES DIOS

I

La virtud es también una fuerza.

TOULLOTE.

SALIENDO del pueblo de DOS HERMANAS en dirección á Sevilla, vense á la izquierda olivares que se prolongan en línea recta y que, al internarse, se alzan sobre un cerro dilatado, aunque de poca altura. En la cima se halla escondido entre los olivares un antiguo castillo, que labrarían los moros sobre aquel cerro, porque domina una extensa llanura. Hallábase no ha muchos años, y suponemos que aun hoy día se hallará, en el mismo estado en que lo tuvieron los árabes, sin más variación que haberse convertido en molino de aceite el local que probablemente fué cuadra, en trojes lo que sería almacén, y en estancia para los traba-

jadores campesinos lo que sería cuartel de las tropas. Con estas variaciones, á favor de las cuales del estado militar pasó al estado civil—esto es: de castillo se convirtió en hacienda, — adquirió legítimamente el nombre de SERREZUELA, que puede fuese el nombre de su conquistador cristiano, aunque no lo sabemos. Lo que sí sabemos, y nos interesa más, es el nombre que le puso y conservó el pueblo extrajudicialmente en los archivos de la tradición, y fué el de CASTILLO DEL ÚLTIMO MORO. — He aquí el hecho que le valió el nombre.

En la época de la expulsión de los árabes, el caudillo que defendía el castillo nunca quiso rendirse ni capitular. Mucho tiempo se mantuvo encerrado entre sus muros de argamasa, como el león en su jaula de hierro. Todos los días se le veía subir con sus compañeros á una de las cuatro torres que flanqueaban en sus ángulos el cuadrado castillo, para descubrir en la inmensa extensión de terreno que abarcaba su vista, si le llegaba socorro de los suyos; ¡pero en vano! El SANTO REY los había ahuyentado á todos. Hecho el reconocimiento, bajaba, — si bien marchitas las esperanzas, — inmutables, firmes y lozanos los bríos.

Poco á poco observaron los sitiadores aminorarse el número de los que le acompaña-

ban. hasta que le vieron subir solo. Siguió impertérrito en su inspección diaria, que hacía descolorido, caído de fuerzas, pero siempre entero de ánimo.

Un día no subió. Aquel día escalaron los cristianos los muros sin hallar resistencia. Al pie de la escalera de la torre encontraron armado, en pie y sin vida, al nunca rendido ÚLTIMO MORO.

Efectivamente: aquel castillo de argamasa aislado y oscuro, sin más comunicación con lo exterior que la puerta de entrada, flanqueado con sus cuatro torres coronadas de almenas, semejantes á pirámides de cementerios, parece un gran ataúd. Está estrechamente rodeado de olivos que le cercan apiñados, como para enterrarlo. Cual la del navegante, nada percibe la vista del que está dentro, ó en su cercanía, sino una multitud de verdes copas de olivos, — semejantes á la multitud de verdes olas de la mar,—y el cielo sobre su cabeza. La escalera por la que subía el moro á la plataforma de la torre está derruída, y no prestando utilidad, no ha sido reedificada. No siendo tampoco necesarios para las sencillas gentes campesinas que allí moran ninguno de los requisitos que sirven en los edificios labrados para ser cómodamente habitados, el CASTILLO DEL ÚLTIMO MORO permanece en el mismo ser y estado

marcial, escueto y fuerte que tuvo, y es digna tumba del que lo defendió hasta su muerte.

¡Nada más triste que ese resto tan intacto de un pasado tan desvanecido! Esa eterna existencia entre extraños, es triste en su inmovilidad; cual la del Judío errante en su incesante movimiento. ¿Qué sobrevive y queda de aquel hecho heroico? Una tradición en boca del pueblo, que nadie escucha, y esa gran tumba de héroes sepultada entre olivos, sobre la cual las simbólicas ramas de éstos estampan por solo epitafio: ¡PAZ Á LOS MUERTOS!

Parecía aquella morada comunicar algo de su gravedad y silencio á la familia del capataz que la habitaba. Era éste un hombre austero; su mujer era callada, y sus hijos tímidos. Varmen, la mayor, que unía á su timidez juicio y dulzura, era bien querida en el lugar, en que hablando de ella, sellaban su elogio con decir, según la expresión del país, que era *arrimadita á la iglesia*.

En una ocasión acaeció que murió el guarda del olivar á tiempo de la cogida, lo que apuró tanto más al capataz, cuanto que era á la sazón más necesario y más difícil hallar quien le reemplazara. Uno de los arreadores de la aceituna le propuso á un hombre que dijo ser muy propio para el oficio, y el capataz le admitió sin conocerle y sin saber

sus antecedentes, en vista de la apremiante necesidad que de él tenía.

El nuevo guarda era un hombre que, sin ser mal parecido, repelía. Su tez tostada, sus espesas patillas, su adusta y altanera mirada, le daban, al decir de los trabajadores, *sombra* en la cara; sus modales bruscos y sus pocas palabras alejaron de él todas las simpatías. A poco se esparció una voz por el lugar—una de esas voces, que parecen formarse en las nubes, y que llegan á la tierra como aerolitos consistentes y compactos,—de que aquel hombre que, parecido al huracán, había venido sin saberse de dónde, ni adónde iba, andaba á salto de mata, prestado y forastero en todas partes, para burlar á la justicia, que le buscaba con objeto de echarle mano.

Varmen notó con sobresalto que cuando venía el guarda al castillo á las horas de las comidas, tenía fija tenazmente sobre ella su atención. Era Varmen lo que suelen ser las que se clasifican de *arrimadas* á la iglesia: opuesta á que se ocupasen de ella. Su vestir era con extremo aseado y primoroso, pero rigurosamente sencillo; la ropa que llevaba era basta, pero limpia; cuidadosamente remendada, pero sin adorno alguno; su cabello estaba siempre alisado y recogido, pero nunca adornaban flores su cabeza. Las flores de los jardines quieren las brisas de primavera para

ostentarse; en las cabezas de las mujeres quieren las alegrías, que no todas tienen, ¡ni aun en la juventud! Así es que como el agradar á los hombres no se lo pedía su vanidad, ni agradar á aquél se lo pedía su corazón, puso todo esmero en evitar su presencia.

Una mañana estaba Varmen en el patio, lavando en una media tinaja empotrada en un poyo adherente al pozo; á su lado estaban jugando sus hermanas y los hijos del manijero. Varmen no prestaba atención ni á sus juegos ni á lo que decían; en cuanto á nosotros, no podemos pasar cerca de un grupo de niños sin detenernos para observarlos. En ellos se encuentra la gracia sin afectación ni pretensiones, que sin buscarlo, halla el agrado; gracia inocente, cual ellos, y, por tanto, llena de encanto y de simpatía.

—Mariquilla,—dijo la niña del manijero:

Cuando baja ríe, cuando sube llora:
¿A que no me lo aciertas en una hora?

—Yo *no sabo*, — contestó la interrogada, que era la menor y más mimada de las hermanas de Varmen.

—¡Qué tonta eres! Es el carrillo.

— Chacha, — dijo Mariquilla altamente ofendida,—Josefita me dice *tontona*.

—Vamos, no reñir,—intervino Varmen;—á cantar como los pájaros, á ver si os crecen alas.

Las chiquillas no se hicieron rogar, y la una cantó:

En un cuerno de la luna
He puesto á mi corazón,
Para que no se lo lleve
Un gato que es muy ladrón.

—No dice *gato*, que dice *nino*,—observó otra mayorcita.

—*Gato*,—afirmó la cantadora;—que los niños no son ladrones.

—¿Que no? Tu hermanito dichoso me robó á mí tres bellotas.

—Eso era chancilla.

—¡Caramba con las chancillas! Tiene tu hermano la gracia lo mismo que las avispas; por detrás, y que duele.

—Y el tuyo es más feo que el *Carlanco*.

—Yo sé el cuento del *Carlanco*,—observó otra.

—¿Quién te lo contó?

—Mi abuela, que sabe más de mil.

—Anda, Catanilla, cuéntalo.

La interpelada estuvo muy dispuesta, y todas se pusieron á escucharla con gran atención, y nosotros con ellas.

II

EL CARLANCO (1)

—

CUENTO POPULAR INFANTIL

Era vez y vez una cabra, muy mujer de bien, que tenía tres chivitas que había criado muy bien y metiditas en su casa.

En una ocasión en que iba por los montes, vió á una avispa que se estaba ahogando en un arroyo, le alargó una rama, y la avispa se subió en ella y se salvó.

—¡Dios te lo pague! que has hecho una buena obra de caridad,— le dijo la avispa á la cabra. Si alguna vez me necesitas, ve á aquel paredón derrumbado, que allí está mi convento. Tiene éste muchas celditas que no

---

(1) El *Carlanco* pertenece á la familia de los pavorosos y fantásticos monstruos del *Cancón*, del *Bu* y del *Coco*.

están enjalbegadas, porque la comunidad es muy pobre y no tiene para comprar la cal. Pregunta por la madre abadesa, que esa soy yo, y al punto saldré y te serviré de muy buen agrado en lo que me ocupes.

Dicho lo cual, echó á volar cantando maitines.

Pocos días después les dijo una mañana temprano la cabra á sus chivitas:

—Voy al monte por una carguita de leña, vosotras encerraos, atrancad bien la puerta y cuidado con no abrir á nadie, porque anda por aquí el *Carlanco*. Sólo abriréis cuando yo os diga:

¡Abrid, hijitas, abrid!
Que soy la madre que os parí.

Las chivitas, que eran muy bien mandadas, lo hicieron todo como se lo había encargado su madre.

Y cate usted ahí que llaman á la puerta, y que oyen una voz como la de un becerro, que dice:

¡Abrid, que soy el *Carlanco!*
Que montes y peñas arranco.

Las cabritas, que tenían su puerta muy bien atrancada, le respondieron desde adentro:

¡Abrela, guapo!

Y como no pudo, se fué hecho un veneno, y prometiéndoles que se la habían de pagar.

A la mañana siguiente fué y se escondió, y oyó lo que la madre les dijo á las chivitas, que fué lo propio del día antes. A la tarde se vino muy de quedito, y arremedando la voz de la cabra, se puso á decir:

¡Abrid, hijitas, abrid!
Que soy la madre que os parí.

Las chivitas, que creyeron que era su madre, fueron y abrieron la puerta, y vieron que era el mismísimo *Carlanco* en propia persona.

Echáronse á correr, y se subieron por una escalera de mano al sobrado y la tiraron tras sí, de manera que el *Carlanco* no pudo subir. Este, enrabiado, cerró la puerta y se puso á dar vueltas por la estancia, pegando unos bufidos y dando unos resoplidos, que á las pobres cabritas se les helaba la sangre en las venas.

Llegó en esto su madre, que les dijo:

¡Abrid, hijitas, abrid!
Que soy la madre que os parí!

Ellas desde su sobrado le gritaron que no podían, porque estaba allí el *Carlanco*.

Entonces la cabrita soltó su carguita de leña, y como las cabras son tan ligeras, se

puso más pronto que la luz en el convento de las avispas, y llamó.

—¿Quién es?—preguntó la tornera.

—Madre, soy una cabrita para servir á usted.

—¿Una cabrita aquí, en este convento de abispas descalzas y recoletas? ¡Vaya! Ni por pienso. Pasa tu camino y Dios te ayude dijo la tornera.

—Llame usted á la madre abadesa, que traigo prisa,—dijo la cabrita;—sino, voy por el abejaruco, que le vi al venir por acá.

La tornera se asustó con la amenaza, y avisó á la madre abadesa, que vino, y la cabrita le contó lo que pasaba.

—Voy á socorrerte, cabrita de buen corazón,—le dijo;—vamos á tu casa.

Cuando llegaron, se coló la avispa por el agujero de la llave, y se puso á picar al *Carlanco*, ya en los ojos, ya en las narices, de manera que lo desatentó, y echó á correr que echaba incendios; y yo

Pasé por la cabreriza,
Y allí me dieron dos quesos.
Uno para mí, y el otro
Para el que escuchare aquesto.

III

Apenas concluía la contadora su cuento, cuando entró el guarda, que sin decir palabra, se acercó á ellas, puso su escopeta á su lado, se apoyó en el pilar del pozo, y se puso á picar un cigarro. Varmen se sintió desconcertada y fatigosa con la presencia de aquel hombre, que la repelía, y tuvo deseos de alejarse. Pero por un lado no tenía pretexto para hacerlo sin faltar á esa urbanidad innata, pasada á deber y á costumbre en el pueblo, y por otro, le urgía concluir lo que estaba haciendo.

Al cabo de un rato, y como para entrar en conversación, llamó el guarda á Mariquita; pero ésta, en lugar de acudir, se refugió al lado de su hermana, y se abrazó á sus faldas, en cuyos pliegues desapareció su diminuta persona, sin que de ella se percibiese más que su carita, que miraba con ceño y desconfianza al que la había llamado.

—¡Esquiva! —dijo el guarda; —¡eso es de casta!

Varmen permaneció callada.

—Oiga usted—prosiguió su interlocutor:—no es de ahora que noto yo que me huye usted la cara.

—No huyo la cara ni á usted ni á nadie—contestó Varmen;—pero no soy amiga de dar conversación á los hombres.

—Ni yo de sembrar para no coger: ¿está usted, Varmen?

—Pues para eso, mire usted antes en la tierra que siembra; que la tierra que sirve para viña no sirve para olivar — contestó Varmen.

—¿Usted me desprecia á mí?

—No, señor; yo no acostumbro á bajar á nadie de su estado.

—Pues ábrame usted la ventana esta noche, que tengo que decirle.

—¿Yo? No, señor; yo no abro mi ventana.

—A otro se la abrirá usted.

—No, señor; ni al lucero del alba que viniese con una torta en la mano.

—Pues por eso digo, que en cambio de mi voluntad que le he dado, me da usted un desprecio.

—Yo no desprecio á usted.

—¡Pero no me quiere dar oídos!

—Eso no; ni pasarse, ni llegarse.

—Si no es hoy, mañana será, ó he de poder poco.

—Señor — exclamó azorada y ofendida Varmen: —no exprima usted tanto la naranja que amargue el zumo, y déjese de andar tras de aquello que no ha de alcanzar.

—¡A carrera larga nadie escapa! — repuso el guarda, cogiendo su escopeta y alejándose.

La pobre Varmen quedó atribulada; y al domingo siguiente, cuando fué al lugar, le contó al cura, que era su confesor, lo que le había pasado con el guarda, y tenía perturbado su ánimo, hasta entonces tan sereno.

El cura, sin tener un talento sobresaliente ni una santidad que llamase la atención, era uno de esos sacerdotes cuyo carácter, inclinaciones, estudios, educación, ocupaciones y hábitos los hacen perfectamente aptos para el desempeño de su ministerio. Con él estaba hacía muchos años tan identificado el cura, que, unido esto al conocimiento individual que tenía de cuantos componían su rebaño, le hacían un pastor modelo. Hemos dicho *modelo*, y no *ideal*, porque los ideales son escasos. Por esto se haría mal en no apreciar lo que es muy bueno, sólo porque no llega al apogeo ó ideal de la perfección, en vista de que esto sólo lo hallamos, en realidad, en la vida de los entes privilegiados que han merecido el dictado de SANTOS, y, ficticiamente, en las creaciones de los poetas, que hacen bien en presentarlo para enaltecer á la hu-

manidad; pero que harían mal si lo presentasen para desprestigiar y deprimir á aquello que no se eleva á tanto.

—No te inquietes ni temas—le dijo el cura,—pues no tienes por qué; que CULPA NO TIENE QUIEN HACE LO QUE DEBE. Y tú lo que debes hacer es no dar oídos á ese hombre.

Al domingo siguiente volvió á hablarle al cura, más asustada, más acongojada aún, y le dijo que el guarda la perseguía y hostigaba con su amor, de manera que no la dejaba vivir, y hasta había llegado á amenazarla si se mantenía en no darle oídos.

—Sosiégate, hija, y no temas—la contestó el cura.—Todas esas son tretas de que se valen los hombres para perder á las inocentes como tú. OBRA BIEN... QUE DIOS ES DIOS.

Al tercer domingo, la pobre joven se mostró más afligida y atemorizada que nunca; la obstinación del guarda, su vehemencia y sus amenazas, la hacían temer una desgracia si le exasperaba más con sus negativas.

«HAZ LO QUE DEBAS Y SUCEDA LO QUE SUCEDA.» Así terminó el cura los consejos paternales que le dió, para que siguiese impávida en la senda de la virtud.

A los pocos días, habiendo salido Varmen al olivar para buscar una gallina que se había extravíado, se presentó de repente á su vista el guarda. Varmen, asustada, se

volvió presurosa, dirigiéndose hacia la hacienda.

—¿Huyes?—le dijo su perseguidor.—¡Huyes de mí, porque te acusa la conciencia!

—¿La conciencia? — contestó Varmen.— CULPA NO TIENE QUIEN HACE LO QUE DEBE.

—¿Tú te has parado á considerar—prosiguió el guarda—lo que es y lo que puede resultar de exasperar á fuerza de desprecios á un hombre como yo? ¿Tú sabes de lo que soy capaz? ¿Sabes que puedo perderte?

—OBRAR BIEN... ¡QUE DIOS ES DIOS!—contestó Vármen, con la calma propia en el momento de las grandes crisis.

—¡Varmen! por última vez... ¿me desechas?

—Sí — contestó Varmen, con la palidez del pavor en el rostro y la firmeza del buen propósito en el acento.

—Pues sábete, ingrata, que, en su vida, éste á quien ofendes ha dejado hueco entre el agravio y la venganza, que eso en la sangre lo tengo y lo mamé con la leche que me crió.

—Y yo, con la buena enseñanza cristiana que he mamado, tengo en el alma este otro propósito: HAZ LO QUE DEBAS Y SUCEDA LO QUE SUCEDA.

—¡Hola! ¡ya caigo!—dijo con concentrada ira el guarda. — El que te dirige es el cura.

¡A ese, á ese, es al que debo tus repulsas, que no he podido vencer; tus desdenes, que no he podido desarmar; tu dureza, que no he podido ablandar! ¡Pues él pagará por él y por ti! Mañana me voy; no volverás á verme; ¡pero por estas que me afeito, que te acordarás de mí mientras tengas memoria!

Diciendo esto, el guarda se alejó rápidamente y desapareció entre los olivos.

A la mañana siguiente vió entrar el cura en su casa á Varmen, la que, deshecha en lágrimas, le refirió lo que le había pasado.

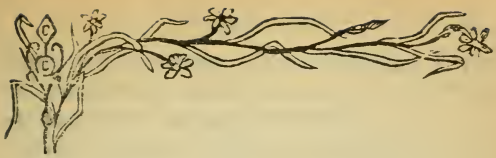
—No te apures, hija,—le dijo cuando hubo concluído de hablar:—esos son espumarajos del coraje, que cae cuando la razón vuelve á adquirir su imperio.

—¡Padre: no le conoce usted!—repuso sollozando Varmen,—es un desalmado. ¡No salga usted, por Dios, mañana; que le va á matar!

—Sosiégate, hija, que va mucho de hacer una amenaza á cumplirla.

—Padre,—repitió acongojada Varmen:—no le conoce usted; tiene echada el alma atrás, y cumplirá la amenaza; lo ha jurado!

—Pues, hija,—repuso el cura,—HAGA YO LO QUE DEBA, Y HAGA DIOS LO QUE QUIERA.



IV

Del lado opuesto del pueblo se extiende un pinar, al que se llega por un prado de roja arena, que cubre un césped tan corto y espeso, que parece lo ha tejido la naturaleza para avergonzar á los tejedores de las más afamadas alfombras. En los parajes más bajos y húmedos en el tiempo de las lluvias, este césped se ve salpicado con tal profusión de pequeñas margaritas blancas, miniaturas de esta bella especie, que parecen ser las once mil vírgenes del paraíso de Flora. Por los parajes secos crece cercana á la tierra una flor pequeña, que lleva el nombre de *flor de la abeja*, nombre bien apropiado, porque esta florecita tiene con pasmosa exactitud la forma y colores de dicho animalito. No parece sino que, bajado á descansar—si es que esa laboriosa é incansable colectora de miel busca jamás descanso,—se ha posado sobre un tallo y ha quedado adherida al reino vegetal, por hechizo de algún maléfico gnomo. Dan impulsos de

traer á aquellos parajes una colmena para probar si la vista del hogar doméstico las hace romper el encanto que las tiene convertidas en pequeñas y mudas estatuas. Pudiérase pensar que eran las flores que lo habían exigido de Flora, para dar á las abejas este castigo, semejante al que recibió la mujer de Lot, si fuese dable atribuir á las flores deseos de venganza ni resentimiento porque gozasen otros de la miel de su corazón. Pero no lo es; ellas que expenden con profusión y entregan al inconstante aire su perfume con loca prodigalidad,—porque saben que tienen para dar y que les quede,—no pueden ser avaras. Es esta flor la singularidad más peregrina que hemos visto. Tiene además la de ser incultivable; todos los ensayos que se han hecho con este fin han sido infructuosos, lo que nos confirma en nuestro primer aserto de que este fenómeno es un hechizo del maligno gnomo de aquel rojo arenal.

La naturaleza, no contenta con extasiarnos con sus obras maestras, se complace á veces con admirarnos, ya con sus encantadores caprichos, ya con misterios llenos de alto sentido. ¡De cuántos modos nos llama Dios á adorarle con sus obras! Oíd el himno que entonan todos esos susurros, todos esos sonidos que no comprendemos, y que en diferentes tonos, ya graves, ya alegres, ya dul-

ces, ya austeros, difunden el aire, el agua, el fuego, las plantas, todo lo que creemos inanimado! Oíd atentos, y os convenceréis de que dicen: ¡VENITE, ADOREMUS!

Aquel pinar era el sitio en que indefectiblemente paseaba el cura todas las tardes.

Aquella á la que había precedido su conversación con Varmen, salió como de costumbre tenía.

Cuando se hubo internado en el pinar, vió de repente salir de entre la enramada al guarda que traía su escopeta, el cual, parándose á corta distancia, se la echó á la cara, clavando en él sus ardientes y amenazadores ojos.

El cura se paró igualmente; pero con ánimo tan sereno, que al mirar al que le amenazaba, su rostro sólo expresaba la más completa calma y la más pura dignidad. Un rato se estuvieron viendo fijamente ambos, inmóviles y en silencio; lentamente se inclinó hacia tierra la dirección de la escopeta del guarda, que en seguida bajó sus ojos, y después de un momento de indecisión, dijo en honda voz:

—¡Vaya usted con Dios, padre!—y desapareció bruscamente en la espesura.

—¡Dios bendiga tu primer paso en la senda del bien, hijo!—repuso en recia y conmovida voz el cura,—y salve tu alma, que pierdes entregándola á tus malas pasiones!

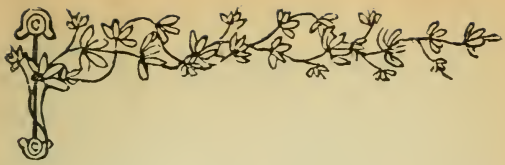
Si esta bendición llevó su fruto, se ignora; pues nunca se volvió á saber de aquel á quien fué aplicada (1).

---

(1) Este sucedido, tan pequeña cosa en el hecho y tan grande en su significación, fué comunicado con la más sincera sencillez al que lo refiere por el mismo cura que en él actúa, que lo relataba sólo para probar que el hombre no cumple tan fácilmente como lo concibe un mal propósito; y sin hacer valer que al digno apóstol de la palabra de Dios, al firme sostenedor de las virtudes evangélicas, le respeta el hombre, por perverso que sea, si no ha renegado del bautismo que le hizo cristiano.

EL DOLOR ES UNA AGONIA SIN MUERTE

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES



EL DOLOR ES UNA AGONIA SIN MUERTE

I

¡Amor de madre!
Que lo demás es aire.
(REFRÁN POPULAR.)

UTRERA es un pueblo grande, situado en un llano, como una torta blanca en una batea verde. Atraviésalo la carretera real, casi abandonada desde que la ágil navegación por vapor ha animado el Betis. Hoy es, pues, un camino descuidado y solitario, regado por la sangre y sudor del pobre ganado que revientan en la incesante y violenta carrera impuesta á los correos, ó bien que matan á palos para sacar de los atascos á las pesadas diligencias y galeras, á las que, en lugar de poner en franquía tirando de ellas hacia atrás, como sucede en otros países, hunden más y más en los lodazales; haciendo á los infelices animales arrastrar esas pesadas moles hacia adelante.

¡Qué crueldad! Quien en invierno viaja, y ve en los caminos tendidos los cadáveres de los míseros animales, muertos en este martirio cruel, se pregunta si viaja en un país civilizado. El beduíno ama al animal que le sirve, y lo hospeda bajo su mismo techo. Este modo atroz de tratar á los animales debe ser perjudicial á los intereses de las empresas; pero en este particular pueden aquí aún más la desidia y la dureza que el interés.

Todo el mundo se lamenta de estas y otras atrocidades, de que son víctimas los animales. En cuanto á nosotros, nos hemos propuesto no hablar de ellos entre gentes, porque si lo hacemos, cada persona de las presentes se apresura á referirnos hechos de que ha sido testigo, á cuál más conmovedores é irritantes, hasta acongojar amargamente nuestra alma. No hay animal que exista inmediato al hombre cuya vida no sea, con pocas excepciones, un continuo martirio. ¿Y es posible que haya ánimo al que esta idea no atormente? ¿Es posible que no se trate de algún modo de poner remedio á una cosa tan unánimemente reprobada? ¿Es posible que tan sibaritas nos vayamos haciendo, en cuanto pertenece á los sentidos y al exterior, y tan grosero indiferentismo tengamos en una cosa que directamente toca á los sentimientos, á la delicadeza y á la cultura interna?

Pero nos hemos alejado de nuestro asunto; volvamos á él. Sabemos que hemos prometido un cuadro de costumbres y no un alegato en favor de los martirizados animales. Cumplamos, pues, lo ofrecido.

El día en que empieza este sencillo, pero verídico relato, lo era en Utrera de sorteo. Los mozos que habían caído soldados, despues de haber ahogado su pesar en algunas cañas de vino, paseaban las calles cantando estas y parecidas coplas:

Yo ya no quiero apurarme;
Apúrese quien quisiere,
Porque he oído decir
Que el que se apura se muere.

Ya se van los buenos mozos,
Ya se van los escogidos,
Y se quedan las muchachas
Con los que el Rey no ha querido.

Me voy á servir al Rey,
Y en dejando de servir,
Yo tomaré mi licencia,
Y vendré á servirte á ti.

Adiós, mi padre y mi madre;
Adiós, novia, si la tengo;
Que voy á pagarle al Rey
Seis añitos que le debo.

Me despido de mi madre,
Me despido con dolor,
Que en mi madre tengo puesto
Todito mi corazón.

Ser hombre y ser joven son dos poderosos antídotos contra el dolor, ó al menos contra sus demostraciones, que llama el orgullo masculino *flaquezas*.

Pero de ambos antídotos carecía la madre del más gallardo y más aventajado de los quintos. Jamás la violencia del dolor se demostró de una manera más enérgica y más lastimera que en aquella madre, aún más que desolada, desesperada.

En vano se afanaban por consolarla su buen marido y sus compasivas vecinas. Sus consuelos eran ineficaces á calmar aquel acerbo dolor, como lo son para dulcificar la amargura del mar las dulces gotas de agua que en él derraman las nubes.

—¡El solo que de mis cinco hijos me quedaba! — gemía la infeliz, —¡mi consuelo, mi gloria, mi alma y mi vida! ¡Un hijo que en su vida me ha dado un sentir! ¡Tan bueno, tan hermoso, tan trabajador, tan madrero! ¡Ay, mi Sebastián, me le arrancan, y con él, el alma!

—Consolación,— le dijo su marido:—Dios lo ha dispuesto, y no hay sino resignarse á su voluntad. ¿Qué adelantarás con quitarte la vida? El que no le vuelvas á ver cuando haya roto la casaca.

—¡No volveré á verle! gimió en honda y apagada voz la madre.

—¡Mujer: no digas eso! —exclamó una de las vecinas.—¿No fué también tu Juan á servir al Rey, y le estuviste aguardando hasta que cumplió, y volvió sano y salvo á casarse?

—¡Mi Sebastián no volverá! — repitió la madre;—hay guerra por allá arriba. ¡Españoles contra españoles! ¡qué dolor!.. ¡Y allí me le matarán!

—¡Calla, mujer; calla, mujer! Que no parece sino que le estás abriendo la puerta á la desdicha,—opinó la vecina.— ¿Con qué razón, ni con qué motivo te atreves á asegurar lo que Dios tiene oculto?

—Me lo dice éste,—respondió la afligida madre apoyando sus encrespadas manos sobre su corazón:—la bala que le ha de matar, la tengo yo aquí en el pecho. ¡Ay, hijo de mis entrañas! ¿Quién te curará? ¿Quién te asistirá? Se acordará de mí, de la madre que le parió... ¡y yo estaré lejos! ¡Ay, qué amargo desconsuelo! ¡Ay, quién muriera por ti, hijo de toda mi alma! ¡Pero no, no moriré, que EL DOLOR ES UNA AGONÍA SIN MUERTE!

Y la infeliz dió un gemido y cayó exánime en los brazos de los que la rodeaban.

II

Había pasado más de un año.

—¡Cuál está Consolación!—decía una de sus vecinas á otra,—no parece sino que le ha caído la helada. Ni habla ni paula; se va quedando seca como un esparto; sus lágrimas la consumen.

—Como que está pasando el Japón con la ida de su hijo y con no saber de él. No hay quien la saque de las mientes que le han matado,—repuso su interlocutora.—¡Pobrecilla! ¡Me parte el alma con su pena! No quiero ver lástimas que no pueda remediar.

—Mira tú,—dijo la primera:—el hijo de Micaela, que es un perdido, un holgazán, un pendenciero, al que le vendría la casaca de molde, como el freno á potro resabiado, tres veces ha metido la mano en cántaro, y tres veces ha salido libre, para tormento de su madre.

—Eso es,—repuso la otra,—porque á madera que ha de servir para cruz, no le entra

polilla. Tiene una suerte ese truhán que si se embarcase y se perdiese la embarcación en medio del mar, había de salir él á la orilla con un pez en la mano. La suerte es como las mujeres locas: le gustan los calaverones. Pero ¿no hay forma de traer á esa infeliz Consuelo á la razón? ¿No ve que se está matando, lo cual es ofender á Dios?

—No; porque á eso responde que el sentir no mata, y que el dolor es una agonía sin muerte.

Pasaron por entonces por Utrera unos soldados licenciados que se volvían á sus respectivos pueblos, y pararon en un mesón que estaba inmediato á la casa de Juan Moreno.

Era una noche de verano suave y serena; no hacía luna; pero las estrellas se esmeraban en suplir su falta, esparciendo la luz del sol que reflejaban, cual si fuesen brillantes.

La perenne agitación terrestre hacía pausa; todo dormía en la naturaleza, hasta el viento, ese impalpable azogue, ese agitador constante de lo inerte, ese perfecto modelo del movimiento perpetuo, esa fuerza motriz que creó el Omnipotente para sus altos fines, y á la que no puso límites como al mar, ni más freno que su mandato. Podíase comparar aquella noche de verano tan tranquila,

tan callada y tan serena, á una buena conciencia, la que por término espera un claro día, en contraposición de una de aquellas tempestuosas noches de invierno, en que brama el viento, haciendo á todo estremecerse: lloran á torrentes las nubes, brama amenazas desconocidas el mar, esperando por término fatal un día que alumbrará ocultos horrores: tal cual sucede á una mala conciencia.

Todos dormían en casa de Juan Moreno, menos su pobre mujer, que, desvelada con su incesante pena, estaba sentada ante su abierta ventana.

También los soldados licenciados estaban despiertos y sentados á la puerta del mesón. Uno de ellos se puso á cantar en una tonada triste y monotona uno de esos cantos que compone el pueblo sobre los trágicos eventos que más le conmueven, que llaman los franceses *complaintes*, y de las que suelen ser objeto los reos de muerte afamados, ó bien cualquier desventura popular. He aquí la letra de este canto, que la pobre madre escuchaba maquinalmente:

¡Marchen columnas al frente,
Marchen con la división!—
Y marchando como iba
Al enemigo encontró,
Y le hizo resistencia,
Mas esta no le valió.

Y después de la batalla
A Villaverde llamó
El General, y le manda
Que le entregue los estados
De los heridos y muertos
Que quedaron en Bilbao.
Cuatro mil hombres han muerto,
Y otros tantos por curar;
Y diciendo estas razones
Oyen á un hombre quejar.
El General al oirlo
Volvió su caballo atrás,
Y llegándose al herido
Le ha tocado con la *espáa*
Y levanta su cabeza:
—No puedo, mi General,
Que tengo cuatro balazos
Y otras tantas *cuchillás*,
Que toditas son de muerte,
Y ninguna es de curar.
Manda de que al cirujano
Se lo vayan á llamar.
El cirujano responde:
—Para cura es tarde ya.

Me lo meten en un carro
Camino de Bilbao va:
Con la sangre de su cuerpo
La tierra queda *regáa*.
En medio del arrecife
Allí dijo la verdad:
—Compañeritos del alma:
Soy de Utrera natural,
Decidle á mi padre y madre,
Si alguna vez vais allá,
Que recen un Padre nuestro
Por su hijo Sebastián,

Que en el campo de batalla
Queda su sangre *regáa:*
Que ha muerto como cristiano,
Solito en un hospital!

¡MADRE MÍA DEL CONSUELO
Que estáis en los olivares (1),
Amparad mi corazón
Que está lleno de pesares!
A todos los santos llamo
Que me vengan á asistir.
¡Dadme, Jesús, buena muerte.
Que sé que voy á morir!

Un grito que no parecía poder ser lanzado por garganta humana, partió el silencio de la noche, como parte un rayo su oscuridad. Los soldados callaron sobrecogidos; pero nada se volvió á oir. Y entonces repitieron en coro:

¡Dadle, Jesús, buena muerte,
Que sabe que va á morir!

A la madrugada, cuando Juan Moreno se levantó, halló tendida al pie de la ventana á su mujer, sin sentido, inflexibles y yertos sus miembros, cual los de un abandonado cadáver.

---

(1) La Virgen de Consolación de Utrera tiene su capilla en un olivar.

III

Consolación lo había dicho y lo probaba: EL DOLOR ES UNA AGONÍA SIN MUERTE. Muerto sí, su corazón, paralizada su mente, era inmóvil lámpara que perenne ardía ante la desconocida tumba de su hijo. Su vida,—si es que el estado en que se encontraba se puede llamar vivir,—era una absorbente idea fija, que la hacía insensible á cuanto la rodeaba, apartándola de la vida común y activa, cual si ya no perteneciese á su círculo.

—¡Cómo está Consolación!—dijo un día la buena vecina al marido de aquélla.

—¡No parece ni su prójimo!

—Es preciso que la lleve usted á Sevilla, á que la vea un médico de los de fama, por ver si le halla alivio á su estado, antes que tenga usted que llevarla para encerrarla en San Marcos (1).

(1) Hospital de dementes en Sevilla.

—Ya he querido llevarla y no quiere ir, —contestó Juan Moreno con abatimiento.

—Pues ha de ir que quiera que no,—repuso la vecina. —Yo tengo que ir allá la semana que viene, y me la llevo, aunque sea arrastrando por los cabellos.

—¡Y bastante que lo agradeceré yo!—dijo suspirando el marido. — Pero hasta que lo vea no lo he de creer. ¿Quién hace andar á un reloj si le falta la cuerda?

Como las mujeres son perseverantes, y como la perseverancia es en el mundo moral lo que la palanca de Arquimedes en el físico si halla su punto de apoyo en la voluntad femenina, en la semana que siguió á la referida conferencia, caminaba la buena vecina en su burro hacia Sevilla, seguida de otra caballería, sobre la que, muda é inerte, iba montada Consolación.

Llegado que hubieron las viajeras en casa de un médico de fama, la vecina le hizo una exacta pintura del estado en que se encontraba su pobre compañera, que vagaba cual una nube separada del suelo, sin descanso, sin alimento, sin dirección y preñada sólo de lágrimas.

Después de haberla oído y de haber examinado á la doliente, dijo el facultativo:

—Señora: con nutrir de esta suerte su pena de usted, da lugar á una pasión de ánimo que le costará la vida.

Consolación meneó la cabeza y repitió su constante aserto:

—No, señor, no. ¡EL DOLOR ES UNA AGONÍA SIN MUERTE!

—Debe usted hacer por salir de esa agonía, —repuso el médico; distraerse, llevar una vida activa que haga funcionar sus órganos. Así se nutrirá usted y recobrará el sueño y las fuerzas.

—¡Empiece usted por quitarle su actividad á mi pena! Si esto logra usted, podré seguir su consejo,—contestó Consolación.

—¿Es usted la primera madre á la que se le muere un hijo?—repuso el médico.

—¿Y cree usted que el haber otras disminuya mi sentir?

—Tome usted de ellas, al menos, ejemplo de resignación,—repuso el facultativo.

—¡Dios mío!—exclamó angustiada la pobre madre.—¡Dios mío! Dejadme, por caridad, mi pena, que es lo único que me queda del hijo de mi alma, que murió solo en un hospital, sin saber yo ni dónde está enterrado aquel hijo que al morir sólo pidió á sus padres un Padre nuestro!..

Los sollozos ahogaron su voz.

—¡No pidan ustedes á la medicina remedio para estos males! Pídanselo á Dios,—dijo el médico, compadecido, á la vecina.

Ambas mujeres salieron, y teniendo la

amiga de Consolación que hablar con un sujeto que vivía en San Lorenzo, se encaminaron hacia aquel barrio.

Al pasar por delante de la iglesia de San Miguel, frente al cuartel de Artillería, la vecina, que caminaba delante, vió destacarse de entre los que formaban la guardia, á un arrogante y bien portado soldado de artillería, que atravesó la calle, y se dirigía hacia ellas.

Apenas lo hubo fijado, cuando exclamó:

—¡María Santísima!.. Consolación: ¡tu hijo!

Consolación, que había visto igualmente al soldado, estaba más pálida que nunca, muda é inmóvil; sus espantados ojos se salían de sus órbitas, su respiración estaba parada, y sus entreabiertos labios convulsos.

—¡Madre!— exclamó el soldado arrojándose con los brazos abiertos hacia ella.

Consolación cayó en ellos sin proferir palabra, sin hacer una exclamación, é inclinó su cabeza sobre el pecho de su hijo.

—¡Sebastián!— gritó con alborozo la vecina,—¿por qué no has avisado tu llegada?

—¡Si llegué ayer!—contestó el soldado.

—Tus padres te creían muerto en el sitio de Bilbao.

—Poco le faltó,— contestó el artillero;— hasta en la lista de los muertos me pusieron.

—¡Ay, Sebastián, que de lágrimas ha derramado tu madre!

—Pues ya no derramará más,—repuso el artillero, haciendo por incorporar á la que abrazada tenía.—Ya cumplo, pronto, madre; y me va usted á tener cosido á sus faldas mientras viva.

Pero Consolación no se movía.

—¡Madre! ¡Madre!—dijo Sebastián incorporándola con fuerza.

La cabeza de su madre cayó hacía atrás cuando le faltó el punto de apoyo que le prestaba el pecho de su hijo.

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto!

Está frase fué repetida de boca en el círculo de curiosos que la referida escena había reunido en aquel concurrido paraje.

—¡Dios me valga!.. ¡que expiró!—gritó desolada y sosteniendo el cadáver la buena vecina.—¡Dios mío: un instante de gozo ha podido lo que no pudieron seis años de nunca visto padecer! ¡Bien lo decía ella: EL DOLOR ES UNA AGONÍA SIN MUERTE!

Este verídico sucedido nos ha sido referido por el Coronel del Regimiento, testigo de vista del suceso.

(EL AUTOR.)

SOLA

CUADRO DE COSTUMBRES SEVILLANAS

Entre los notables trabajos literarios de Fernán Caballero hay uno casi desconocido, y es el que va á ser objeto de este breve estudio. Fué su primer *Cuadro de costumbres*, escrito en alemán y publicado en Hamburgo el año 1831. Títulase *Sola*, y aunque luego se tradujo al español, no consta en las colecciones de sus obras editadas repetidas veces. ¿Por qué esta omisión? ¿Acaso la autora, por demasiado amor al primer hijo de su privilegiada inteligencia, rehusó entregarlo cuando entregó á sus hermanos? El hecho es que lo conservó en su poder hasta poco antes de su muerte, que juzgó oportuno darlo con los originales de otra obra á uno de sus fieles y verdaderos amigos. *Sola* aparece, pues, en la literatura española como flor nueva y tan hermosa cual de la inspiración de Fernán Caballero hay derecho á esperar. Si la época presente exige realismo, realismo puro hallará en sus páginas, galanura en el estilo, interés en la

narración; pero no son estos los únicos méritos de *Sola;* también encierra un pensamiento altamente moral, ejemplos dignos de tomarse en cuenta y verdades terribles.

Dice un proverbio oriental que los ríos caudalosos, los árboles corpulentos, las plantas saludables y los hombres sabios no nacen para sí, sino para servir á los demás. Esto sucede con Fernán Caballero; sus obras sirven, y servirán siempre, para ilustrar y enseñar á la humanidad, que, viéndose fielmente retratada en ellas, aprende á conocerse y á corregirse; páginas de oro escritas con tan recto juicio como sana intención, deben ser imperecederas y cada vez más estimadas por los amantes de la buena y bella literatura.

Terminamos este ligero trabajo deseando que entre las producciones que honran á nuestra España tenga *Sola* el preferente lugar que por derecho le corresponde. Como antes dijimos, es una lozana flor que desde su tumba ofrece Fernán Caballero, y que estamos seguros ha de servir de grata recreación y severa enseñanza.

ISABEL CHEIX.

Febrero, 1886.

SOLA

CUADRO DE COSTUMBRES SEVILLANAS

> Siempre he estado convencido de que hay que seguir otra lógica que la de los dramas y novelas, en las cuales, por lo regular, el autor se anticipa á la justicia divina y paga ampliamente en esta vida á cada uno según su merecido, inutilizando de esta suerte la esperanza y el temor de los goces y castigos eternos prometidos para después de la muerte, saldándole su cuenta al bueno y al malo en la tierra; parodiando en este mundo un cielo y un infierno de que dispone á su albedrío. He visto en esto una profanación de ese alto pensamiento y convicción del cristianismo que considera esta vida como una prueba, como un problema, al que sólo Dios ha de dar la debida solución.
>
> EUGENIO SUÉ.—Prólogo de *La Salamandra*.

I

POR cierto,—dijo el joven coronel de milicias don Rodrigo Ponce de León, acercándose á la mesa de tresillo en que jugaban doña N. de Silva, el Inspector de artillería y el Rector de la Universidad de Sevilla,—verdaderamente, tía mía, nunca adivinará usted á quién vengo de ver en el teatro.

—Eso será tan difícil—contestó la tía—como adivinar los números que han de ganar premio en la lotería.

—Pues bien, se lo dire á usted: á la Condesa de Luna y su hija.

Los naipes se le cayeron de las manos á la señora de Silva, y pasó con un solo.

—Eso es chanza,—dijo.

—Tan verdad es, como imperdible era su juego de usted.

—¡Y con su hija!.. ¿La viste bien?

—¡Vaya si la he visto! ¡Es muy bonita! ¡Buena está la pregunta! Inés llevaba mantilla negra de tafetán, como si fuera á la iglesia. Abría mucho los ojos, y á nadie miraba, ni aun á mí, que soy su primo en cuarto grado.

—¡Vaya!—dijo la tía,—es increíble.

—¿Qué daban en el teatro?—preguntó el viejo señor de G...

—*Sancho Ortiz de las Roelas.*

—¡Ah! Ya está explicado el enigma: la Condesa es *Tavera*, y siempre va al teatro cuando dan esa pieza, cuyo argumento es verídico, y uno de los héroes pariente suyo.

—Tiene usted razón—dijo la señora de Silva,—había olvidado esta excepción, muy justa por cierto, pues todos sabemos con qué recogimiento cría la Condesa á su hija: así es Inés el modelo de jóvenes, como siempre su

madre lo fué de casadas. Es familia respetabilísima.

—¡Buen modo de educar á una joven!—replicó el coronel: — una severidad ridícula, una gazmoñería chocante, una beatería fastidiosa... No hay más que verla: fría como una estatua, tan desmayada como una palurda, tímida y estúpida como una esclava.

—Hablas como un aturdido, mi querido sobrino—dijo la señora de Silva;—más bien deberías admirar aquel aire tan noble y mesurado, aquellos modales tan modestos y sin pretensiones; en fin: aquel decoro...

—Aquella frialdad, aquel orgullo, aquel desdén — dijo el coronel interrumpiéndola con viveza...—Dígalo mi amigo García Tafalla, que por desgracia suya fué alojado enfrente de su casa, que la ama con pasión, y que sólo es correspondido con señales de desprecio. ¡Bien hace penar al pobre García!

—¿Supongo que lo que dices está fundado en conjeturas?

—Perdone usted, tengo datos para decirlo. A nuestra llegada nos hizo unos elogios tan exaltados de Inés, que en ellos se traslucía su pasión, sin que él lo advirtiera. Algún tiempo después, no solamente no volvió á mentarla, sino que se hizo tan mal sufrido con nuestras chanzas sobre el particular, que las dió fin batiéndose con un oficial que le embromaba.

De día en día se ha puesto más adusto y melancólico, y aun esta misma noche se ha vendido completamente, pues entre todos nosotros fué al único que no miró á la salida. Formábamos calle para ver salir á las señoras: Inés tropezó antes de llegar al coche; García corrió á ofrecerle la mano; pero Inés, sin dignarse darle las gracias, ni aun de mirarlo, tomó la del lacayo y se metió en el fondo del carruaje, como para no verse precisada á devolver nuestros saludos. Por lo que á mí toca, le aseguro que semejante conducta apagaría mis amorosas llamas, aunque fuesen tan ardientes como las de Macías. ¡Pobre Pigmalión, muerto por una estatua que no puede animar! ¡Un joven perfecto! ¡Tan noble! ¡Tan honrado! ¡De tan bella presencia! ¡En fin: un verdadero caballero!

—¿Es rico?—preguntó la tía.

—¿Es rico? Esa es la pregunta de todas las personas de edad;—pues no, señora, es el segundo de su casa. Pregunte usted ahora cuántos son los cuarteles de su nobleza. Esa pregunta de los preocupados sigue á la otra como sigue el payaso al arlequín... Es de una familia honrada de Extremadura. Ahora bien: que sea un joven lleno de mérito y buenas cualidades, que tenga un carácter excelente, un exterior y modales distinguidos y que la adore, todo eso nada importa. Esto

es, sin embargo, lo que haría la felicidad de la que fuera su mujer... pero la dicha es poca cosa... ¡La vanidad es el todo!

—¡Rodrigo: hablas como un chico de veinticuatro años! Pero has de saber que todo lo que has enumerado no basta al bienestar, si á eso no se unen las conveniencias. Esto la juventud no lo conoce; pero luego las echa de menos, llega el arrepentimiento, y todos disculpan su falta con la inexperiencia, ó culpan á sus padres. Algo más vale el sistema que sigue la Condesa de Luna; con él preserva á su hija de dejarse arrastrar y seducir por una pasión que no podría menos de hacerla infeliz. Vosotros habláis siempre del amor como del destino de la vida, y soléis mudar más veces de amores que de guarnición. ¡La vida puede pasarse sin amor como yo sin mis joyas... es un puro lujo!

Rodrigo hizo una pirueta soltando una carcajada.

—Eres un loco—le dijo su tía;—y, volviendo á nuestro asunto, tú serás muy entendido en disciplinar soldados, no lo dudo; en cuanto á la educación de jóvenes, no entiendes una palabra.

Las doce sonaron, y la tertulia se separó.

II

Mucho tiempo hacía que en casa de la Condesa de Luna todo yacía en profundo silencio. La alcoba de la Condesa, sobre todo, parecía el santuario del sosiego moral y material. Era una gran alcoba en la que se veían dos cómodas con embutidos de plata. Sobre una de ellas, un magnífico crucifijo de marfil; sobre la otra, un reloj de horas, que daba los minutos con la misma regularidad que ponía la Condesa en todas sus acciones. Entre las dos cómodas estaba un tocador cubierto de muselina con faralaes muy blancos, muy almidonados, muy plegados; con su espejo, cuyo marco era de plata, y varios platos, tazas y candeleros, todo igualmente de plata. En la pared había un nicho cerrado con vidriera en el cual ardía una mariposa. En el fondo de la alcoba, una gran cama maciza, con cortinas y colcha de raso liso blanco de la China, bordado de seda y oro, figurando un revoltillo de pájaros,

mariposas, flores y monos, verdadera imagen de los sueños que protegía.

Al lado de la cama colgaba una pila de plata con agua bendita. En medio de todo este orden admirable reposaba la Condesa como su punto céntrico. Todavía era hermosa, resultado de una vida virtuosa y tranquila. Sus facciones, que no se hallaban alteradas por pasiones ni pesares, habían conservado toda su brillantez, como las flores bajo fanales de cristal. Soñaba que el retrato grande de Bustos Tavera, que estaba en el estrado, le dirigía una mirada cariñosa por haber ido al teatro, mientras su tío el Cardenal, que se hallaba enfrente, fruncía el ceño.

En la alcoba de su hija no había ensueños, ni calma, ni dormir. Inés, pálida, suelto el cabello, daba vueltas en ella con una agitación difícil de expresar, á la que se entregaba, libre de la eterna y rigorosa violencia que se hacía todo el día. Tan pronto se paraba y se ponía á escuchar... tan pronto se echaba en su canapé, cruzando las manos y dejando caer la cabeza sobre su pecho, á modo de pesada carga. Pero la levantó con presteza oyendo una voz que cantaba quedo bajo sus ventanas:

¡Ay!, amor, que no entiendo
tus tiranías!

¡Si mandas, si ordenas,
si exiges, si intimas,
que cante la pena, que llore la risa!

Corrió al balcón, abrió las persianas y dijo con voz baja:

—¿Eres tú, García?

—Yo, Inés.

Echó una cinta, que volvió á recoger cuando él hubo atado á ella una escala de cuerda; pasó dos ganchos de hierro al pasamano del balcón, y en seguida un gallardo joven subió y saltó dentro del cuarto.

—¡Inés mía! ¡Inés mía!—dijo precipitándose así y arrojándose á los brazos de ella;—¡qué siglos de tormentos, por uno de estos instantes de delicias!

—¡Ah!—suspiró Inés,—¡quién pudiera borrarlos de nuestra vida y de nuestra memoria!

—¿No me quieres ya, Inés?

—Las mujeres como yo sólo aman una vez, García.

—¡No me miraste ni una vez en el teatro!

—Y, sin embargo, no he visto más que á ti...

—¡Inés! ¡Inés! Semejante existencia es insufrible.

—Y, no obstante—dijo ella cayendo abrumada en el sofá,—tú no sabes toda nuestra desgracia!..

—¡Qué! ¿nos han vendido? ¿Tu madre acaso ha sabido?

—¡No! ¡No! ¡Es una desgracia mayor! ¡Es el deshonor! ¡Es la infamia! ¡García—prosiguió sollozando y cubriéndose el rostro con las manos,—soy madre!

El joven se echó á los pies de Inés, cubrió de besos apasionados sus manos bañadas de lágrimas y las trenzas largas de sus cabellos, pronunciando palabras inconexas que pintaban su enajenamiento y su ternura.

—¡Déjame! ¡Déjame!—exclamó Inés desprendiéndose de sus brazos. — ¡Insensato, egoísta! ¡que en nada cuentas el honor de la que amas, que pareces gozarte en lo que me ha de costar la vida ó la razón!

Levantóse Inés indignada, su vista se turbó, bamboleó y cayó sin sentido. García, desesperado, se vió forzado á pedir auxilio al ama de Inés, por un pequeño corredor. Esta vino al instante. Era una mujer alta, flaca, seca, que lanzó desde luego miradas iracundas á García, y que lo apartó, aun con altivez, cuando quiso prestar sus auxilios á la que amaba.

—Déjela, señor—le dijo;—usted no le hará jamás sino males. ¡En mala hora le ha conocido á usted!

Inés abrió los ojos...

—¡Catana—dijo á su ama:—la afrenta ó la muerte!

—Hija mía—dijo Catana—: todo se podría componer. Tranquilízate, ¡te estás matando! Piensa que si te pones mala se divulgará tu secreto.

—Pero ¿qué haré?—exclamó Inés con desesperación.

—Inés mía—dijo García:—nos echaremos á los pies de tus padres, confesándolo todo, y ellos nos perdonarán.

—¿Qué dice usted, señor?—dijo Catana interrumpiéndole secamente.—Su padre perdería el juicio; su madre moriría. Es imposible; no hay más que un medio de sepultar esta desgracia en un eterno olvido: la criatura no debe nacer.

Inés dió un gemido y dejó caer su cabeza en uno de los cojines del sofá.

—¡Expiar una falta con un crimen!—exclamó García—... Jamás, jamás, Inés—prosiguió, precipitándose á sus pies.—¡Por el amor de nuestro hijo!, sé mi mujer. No puedo ofrecerte ni fortuna ni rango; pero tengo mi espada, un nombre inmaculado y un corazón que siempre te adorará.

—¡Imposible, García! Imposible, por ahora—repetía Inés, volviendo á otro lado su rostro bañado en lágrimas.

—¡Su padre la mataría!—decía Catana.—¡Su hija única, su heredera, darla á una persona sin nombre, sin bienes... á su seductor!

Preferirían verla entre cuatro cirios. Sólo el velo del más profundo misterio puede salvar á ustedes.

—Reemplace tu cariño al de una madre —dijo Inés,— hasta que la muerte de mis padres me deje dueña de mis acciones. ¡Entonces, García!..

—Oigo ruido—dijo Catana, acercándose á la puerta;—aléjese usted, que oigo pasos.

García se precipitó al balcón; Catana desató la escala y cerró las persianas.

III

Mi querido Rodrigo—decía la señora de Silva, abrazando tiernamente á su sobrino.—¡Cómo te habrás aburrido durante estos diez y ocho meses en ese rincón horrible de Badajoz!

—He enflaquecido, tía. El menor de los inconvenientes del estado militar es el darse á matar en el campo de batalla. ¡Ah! ¡Qué horrorosa guarnición! ¡Qué pueblo tan mal sano! Todos hemos estado enfermos; pero lo que más me ha emponzoñado mi estado allí es mi pobre amigo García, que, abatido ya por una pena devoradora, se entregó á su fiebre como á una amiga traidora, y pronto murió, llorado por todos sus compañeros, que han maldecido mil veces á la mujer cruel que causó su muerte.

—Di mejor á la mujer razonable que no dió pie á un amor que no podía ni debía participar. Pero los hombres siempre son injustos con las mujeres: si resisten, malo; si ceden, peor. Inés, sin embargo, recibe la re-

compensa debida á su juiciosa conducta. Los mejores partidos de Sevilla solicitan su mano: un Fons de Monsalve... tú sabes su antigua nobleza, la corona se halla á los pies de sus águilas en su escudo de armas. ¿No sabes tú quizás el origen de esta particularidad? Te lo contaré:

Juan de Monsalve fué favorito del Rey don Juan el segundo, y aun pretendían que era su hijo, cuya opinión nació de la extremada hermosura de su madre, opinión desmentida por su alta virtud. Don Enrique IV lo hizo su Maestresala, y conservó su empleo en tiempo de Isabel la Católica. Un día, en presencia de la Reina, los cortesanos le chanceaban sobre su semejanza con ella; pero don Juan, lejos de darse por lisonjeado, les respondió con enojo que mentían y que él estimaba más el honor de su madre que la sangre real. Entonces la noble Isabel le dijo: «Monsalve: eres digno de que la corona que llevan sobre la cabeza las águilas de tu escudo de armas esté á sus pies.» Lo que fué cumplido, como lo puedes ver en las armas de mármol que se ven en el frontispicio de sus casas en la plaza de los Monsalves (1). Pero

(1) Histórico. Hoy día es propiedad de los Marqueses de la Granja.

dicen que el que conseguirá la preferencia es el Marqués de...

—Tía mía: usted es una crónica viva—dijo Rodrigo interrumpiéndola. — ¿Va usted ahora á desenterrar los abuelos de todos los pretendientes de Inés? Por lo que á mí toca, no veo más que á sus últimos descendientes. Uno es idiota y el otro *un cena á oscuras;* su sociedad se compone de carniceros, toreros y caleseros. Yo no veo más allá; el lustre de sus abuelos se ha evaporado lastimosamente. Yo no aprecio sino el mérito personal; lo demás es *vanitas vanitatum*, preocupaciones. No hay más nobleza que el mérito personal; el primer rey fué un soldado valiente.

—¡Jesús, María!—dijo su tía santiguándose.—¿No te avergüenzas de propalar ideas tan necias como vulgares? Esas bonitas máximas que proclamas y nos llegan goteando sangre de la Revolución francesa, esas frívolas y superficiales máximas, que fueron el primer fundamento del edificio coronado con el patíbulo de Luis XVI, ¿tendrán un juguete más en un Ponce de León, en un español, en un católico á quien el Rey ha confiado un regimiento de sus soldados? ¡Ah, Rodrigo! ¡Cuánto mal me has hecho!

—Perdone usted, querida tía, si hay alguna acritud en mis palabras y en mis discursos; pero la muerte trágica de mi amigo me ha

traspasado el corazón. Estoy furioso contra esas preocupaciones, si llegan hasta el punto de hacer la infelicidad de un hombre de bien.

En este momento un criado anunció la visita de la Condesa de Luna con su hija. Rodrigo quiso irse, pero su tía le detuvo. Después de haber saludado al ama de la casa, la Condesa cumplimentó al joven coronel sobre su feliz llegada. El se quejó de la vida de guarnición, y de la suya en Badajoz, y después añadió:

—Pero, sobre todo, después de la muerte de mi amigo García Tafalla, se me hizo insoportable.

Una ligera conmoción de nervios, que produjo un movimiento involuntario, hizo caer el abanico de Inés. Rodrigo se apresuró á levantarlo.

—Nadie hay más torpe que yo para manejar un abanico—dijo ella sonriendo é inclinándose para darle las gracias.

Pero el imperturbable coronel prosiguió sin dejarse desviar de su asunto:

—Es una pesadumbre la que lo ha muerto. A fe mía que debe sentir remordimientos la persona que ha excavado la tumba de uno de los más cumplidos caballeros que he conocido.

—¡Ah, señor!—dijo Inés, — las pesadumbres no causan la muerte á una persona que

tiene salud, así como la felicidad no da la salud á un tísico.

—Mude usted de edad y de figura — exclamó Rodrigo,—ó mude de lenguaje! ¿Se vieron jamás reunidos el invierno y la primavera? ¿Hay nunca flores cubiertas de nieve?

Y no pudiendo contener su indignación, salió precipitadamente.

—¡Ah — se dijo á sí mismo;—despreció tu vida y tu amor y menosprecia tu muerte! ¡Que no hubiera tenido mi corazón para corresponderte, mi excelente amigo!

IV

Diez años han pasado, pues el tiempo pasa de prisa en las novelas, en los cuentos y en las tragedias románticas. En un barrio extraviado de Sevilla, junto á la Puerta del Osario, vivía la buena vieja María, que había servido largos años á un canónigo, quien, á su muerte, pagó sus buenos servicios con una renta vitalicia de peseta diaria, la que le aseguraba una vejez tranquila. Vivía en una de esas grandes casas de Sevilla que llaman corrales. Una agradable confusión reinaba en el patio de aquel gran edificio. Aquí, un viejo enfermo estaba sentado al sol, aturdido, aunque era sordo, del estruendo que le rodeaba. Allí, una mujer planchaba en extendida mesa, cantando á gritos. Acá, los chiquillos jugaban al toro, habiendo atado á la frente del más dócil dos enormes cuernos de vaca y desgarraban su vestido con banderillas que le ponían con alfileres hechos garfios. Una joven hacía señas á un quinto que entraba con el pretexto de

preguntar por una persona que no vivía allí. Un marido celoso, con mirada torva y tez cadavérica, afilaba un cuchillo en un rincón. Una madre joven paseaba su recién nacido á la sombra, cantándole la nana, mientras la cumplimentaban las vecinas diciéndole que su niño era hermoso como un sol, que se parecía todo á su padre, aunque la semejanza era más perfecta con un gato desollado. Más allá, una mujer, llorando, traía un religioso á su marido, que se estaba muriendo de tabardillo y de miseria; su hijo la seguía gritando:

—¡Pan, madre! ¡Pan!

Más allá se veía una lavandera muy apurada, confesando á un estudiante que venía á reclamar su camisa, que la había perdido.

—Peor para usted— decía el estudiante,— porque ha perdido el parroquiano, pues no tenía más que ésa.

Y salió cantando en latín:

Pulcherrima puella,
Si vis amare,
Ego promitto tibi
Pecuniam dare.

En medio del patio, dos mujeres encendidas de cólera, las manos en la cintura, se decían sendas desvergüenzas y parecían querer venir á las manos. Un gitano de tez

verdosa, cabellos lacios y grandes ojos negros traía bajo su capa tabaco de contrabando, que ofrecía á mitad del precio de la tercena. Más allá, en un grupo, varias muchachas sucias y desgreñadas, se reían á carcajadas. Aquí un joven sochantre ensayaba su gruesa voz entonando un *De profundis*, mientras que pintaba sobre una pandorga una cara redonda de luna, coronada de estrellas, semejante á la suya. Un zapatero, que hacía de zapatos viejos zapatos nuevos, trabajaba en una mesilla junto á la puerta; era la picaza de esta pajarera. Sus malicias, sazonadas con guindillas, le atraían un auditorio de los ociosos del barrio, que muchas veces dispersaban sus martillazos.

—Maestro Sancho— decía uno de los concurrentes á su tertulia: — dígame usted: ¿quién le sugirió la idea de enviar á sus hijos á recoger en todas partes zapatos viejos, para hacer zapatos nuevos?

—Compadre — replicó el maestro Sancho: — responderé á usted como cierto Alcalde de una aldea á un Infante de España que pasaba por allí. El dicho Alcalde se hallaba muy apurado pensando cómo hacer un digno recibimiento á Su Alteza. Imaginó elevarle un arco de triunfo, aunque el Infante era tan pacífico como una res de arado; pero no se encontraba con qué hacerlo; no

se veían árboles para hacerlo de hojarasca, no había lienzos ni tablas, ni pintor para pintarlo. En esta perplejidad, de repente se le ocurrió un pensamiento luminoso.

—Amigos — dijo á los diputados de fiesta, que eran el carnicero y un arriero:—la carnicería está llena de una multitud de cuernos, hagamos con ellos el arco.

Los diputados se encantaron con este pensamiento, pues les tenía cuenta. Dicho y hecho. Era de ver el lindo mosaico de cuernos, hábilmente compuesto, que hacía el arco. Los había por arriba, los había por abajo, los había por todos lados; insultaban, amenazaban, asustaban y las gentes de la aldea los miraban con la boca abierta. Cuando el Infante llegó se echó á reir, alabó la originalidad del pensamiento y preguntó al Alcalde quién lo había tenido. El Alcalde no cabía en el pellejo de ancho, y respondió señalando con el dedo al arco y después á su cabeza:

—Sepa su Alteza Real que todo eso ha salido de aquí.

—¡Qué cuento tan chavacano! — dijo una recién casada, que había servido algún tiempo en casa principal.

—Hija mía — le respondió el zapatero:— donde estuvieres, haz lo que vieres. Tú, en casa de tu Marquesa, hacías bien en hacerte

la fina; pero ahora que has venido á vivir á un corral, fórrate las orejas en cobre.

Por encima de todo este tumulto penetraba la voz agria de un pordiosero que gritaba á la puerta:

—¡Ave María Purísima! ¡La santa paz de Dios sea en esta casa! Hermanos: por el amor de las cinco llagas del Señor, denme una limosna; le rogaré que les libre de una muerte repentina, de pecado mortal, de un testigo falso y de una mala lengua.

—Hermano—le gritó con su aire socarrón el zapatero:—la caridad bien entendida empieza por sí mismo. Yo gano el pan de mis hijos; Dios ampare á usted.

Una pobre vieja sacaba de su faltriquera un ochavo, que metía en la mano del pordiosero. Una chiquilla le daba un pedazo de pan que estaba comiendo, después de haberlo besado.

Todo esto formaba una confusión de sonidos que se cruzaban, se mezclaban, se confundían como una multitud de arroyos para formar un río.

Era un caleidoscopio vivo de grupos variados y fantásticos.

En un cuarto bajo, delante de una ventana cubierta de macetas de flores, estaba sentada la buena María con su vieja comadre, disfrutando del sol como dos Diógenes

de otro sexo y charlando como dos cotorras. Llamó la atención de la comadre una mujer que salía de la casa y pasó delante de la ventana gritando:

—¡Sola!.. ¡Sola!

Pero no habiendo tenido respuesta, corrió hacia un grupo de chicuelos con los cuales jugaba una muchacha de diez ó doce años, sin medias ni zapatos, cubierta de unas enaguas de bayeta cortas y desgarradas; sus cabellos, sucios y erizados, caían sobre sus hombros descubiertos y tostados por el sol.

—¿No me oyes, hija de Lucifer? — la dijo, aplicándole una bofetada. — ¿Así vas á la fuente á llenar el cántaro que te di?..

La niña no se movió.

—¡Cómo! ¿No me oyes? ¿No vas? — exclamó la mujer furiosa, echándose sobre ella y abrumándola á golpes.

Todo fué inútil, la niña no se movió. Las buenas viejas volvieron á otro lado la cara con lástima. Poco después vieron entrar á la mujer echando espumarajos de rabia. La muchacha quedaba tendida en las piedras.

—¡Ah! ¡Dios mío! — dijo la comadre María. — ¡Qué crueldad! ¡Qué herejía! Tratar así á su hija.

—No es su hija—replicó María suspirando;—es una infeliz huérfana. A esa inicua mujer se le murió un niño y sacó criatura de

la cuna para criarla, y la ha conservado por ganar los cuatro duros mensuales que paga el establecimiento. Algunos del barrio dicen que Sola no es cunera, que una vieja vino á ver á esa mujer antes de que recogiera la niña y le dió algún dinero;.. pero parecen chismes de vecindad, porque á la vieja alta y delgada nadie la ha visto. Pero es una compasión el ver cómo trata á la niña, es peor que una criada, peor que una esclava, es su víctima. Esa niña no tiene dónde acostarse, ni de qué vestirse, ni apenas qué comer; no le han dado ni una idea de religión, así es que su carácter se ha agriado, es terca y maliciosa. En vano he querido enseñarle la doctrina; si ha aprendido el *Padre nuestro* ha sido forzada por el hambre, pues yo le daba pan cuando ella se lo pedía á Dios.

V

Sin embargo, la muchacha desapareció. La vieron pidiendo limosna á la puerta de las iglesias; después la vieron andar cerca de la puerta de los cuarteles... después la vieron bien calzada y con una gran peineta de búfalo; por último: desapareció.

. . . . . .

Pasemos otros diez años, mi condescendiente lector, sin perjuicio de volver después otra vez á desandar lo andado.

La pobre María se había puesto muy vieja, pero todavía existía, pues su peseta diaria no le faltaba. Un día que estaba sentada en la misma silla y en el mismo sitio en que antes la hemos visto, se abrió la puerta de repente y vió entrar una mujer con enaguas cortas guarnecidas de faralaes, medias caladas y zapatos de color de rosa. Llevaba en la cabeza una gran peineta de concha, puesta de lado, y una mantilla de tira, caída del otro, descubría parte de su cabeza adornada de flores.

Puso la mano en la cintura, quedándose en pie y diciendo con aire desvergonzado:

—¿No me conoce usted, tía María?

María, atónita, la miró algunos instantes, y cubriéndose la cara con las dos manos, exclamó:

—¡Ah, Sola! ¡Ah, infeliz!

—¿Infeliz?—dijo ella dando una carcajada.—Se engaña usted, no lo soy.

—¡Te has perdido!—exclamó María apretando sus manos con angustia.

—¿Perdido? ¡No! Cada uno tiene su modo de vivir.

—¡Infeliz! ¿has olvidado los preceptos de la religión que yo te enseñaba?

—Casi, casi. Por más que pedía á Dios pan, desde que usted dejó de dármelo, nadie me lo daba.

—Pero, ¿no sabes que Dios dice: «ayúdate, que yo te ayudaré?»

—Y esto es lo que he hecho.

—¡Pervertida—suspiró María,—pervertida hasta el corazón!

Y dos gruesas lágrimas surcaron sus arrugadas mejillas.

—Escucha, Sola—dijo:—tú sabes que el establecimiento de la Misericordia dota á las mujeres arrepentidas. Te pido de rodillas que abandones el vicio y vuelvas á vivir como Dios manda.

—¿Y de qué me servirá? — respondió Sola.—¿Me querrán más por eso? El primer hombre que quise fué un soldado; lo seguí, le servía, le amaba... y él me vendió á otros para comprarse tabaco, y me abandonó cuando obtuvo su licencia. Los hombres me quieren más desde que no los quiero. La virtud no sirve á los pobres sino para morirse de hambre. Es una palabra que han inventado los ricos, porque á ellos les es fácil tenerla.

—¡Desgraciada Sola—replicó María,—ciega, extraviada! Lo que tengo es una peseta, toma la mitad; vente á vivir conmigo; ven á conocer una virtud y una religión que amarás cuando las comprendas.

—¿Dos reales?, gracias, tía María; es poco para mí. ¿Cómo he de comprarme con eso zapatos de seda é ir á los toros?

En este momento pasó un hombre. Sola, por instinto ó por costumbre, sacó la cabeza por la ventana.

—¡Descarada! ¡provocativa!—le dijo María, asiéndola tan fuertemente por las enaguas que le obligó á sentarse. — ¡Te condenas sin remisión! Tus pecados y todos los que haces cometer pesan sobre tu cabeza como una tempestad. Da oídos á mis amonestaciones. Tu ángel custodio te habla por mi boca; arrepiéntete, todavía es tiempo; mañana quizá no lo será. Piensa en la vida futura.

—Harto tengo que hacer con pensar en ésta.

—Pues bien — respondió María indignada;—te predigo una vida miserable y un fin trágico y desgraciado.

—Muchas gracias, tía María; el que yo le predigo á usted es un fin próximo—dijo Sola saliendo.

—Escucha, Sola—replicó María deteniéndola:—si alguna vez te arrepientes, acuérdate de que mi cuarto es tuyo, que mi media peseta es tuya. Pero si perseveras en el vicio, no vuelvas á manchar mi casa, que aunque humilde y pobre, es honrada; no me vengas más á ver.

—No tenga usted miedo, tía María — dijo Sola por despedida;—si usted fuera hombre y rico, podría estar muy tentada de volver; pero para no encontrar en ella sino sermones, no lo procuraré.

Sola, seguida del hombre que la había visto en la ventana, se fué, suplantando á una de sus compañeras, que la dió quejas terribles, de que ella se burló.

—Ella me ha quitado ese zapatero—decía la abandonada á sus amigas, — que pagaba bien y además me hacía mis zapatos. Ella triunfa, ella se burla de mí; pero yo juro que me he de vengar.

Así, aborrecida y envidiada por sus com-

pañeras, que ella á su vez aborrecía y envidiaba; despreciada de los hombres, que ella también despreciaba, Sola vivía en una atmósfera de envilecimiento, de odio y desesperación. Ignoraba que poseía un alma, pues no conocía ni la esperanza ni el amor. No sabía lo que era la gratitud; no comprendía lo que era la felicidad, pues nunca había hecho bien á nadie.

VI

A la salida de una callejuela, llamada del Carpio, metida y oculta en uno de los más hermosos barrios de Sevilla, cuyas casas la mayor parte son de juego ó de vicio, mantenidas por hombres que al salir de ellas hablan de moralidad y deshonran á una mujer por leves indicios; á la salida, pues, de esta callejuela, próxima á la plaza del Duque, una persona que pasaba cerca de media noche oyó un ruido ronco y sordo como el que haría el agua cayendo de una botella, acompañado de un débil gemido. Se acercó y vió á la incierta vislumbre de los faroles, casi apagados, una mujer tirada en medio de la calle. Estaba degollada. Su sangre salía á borbotones de la ancha herida, y llenaba el caño. No podía hablar, porque tenía la garganta cortada, pero todavía vivía. Corrió á buscar auxilio. Llegó el alcalde de barrio con soldados y ya se encontró un sacerdote de rodillas al lado de ella.

—¿Quién te ha muerto? —preguntó el alcalde.

La infeliz quiso alzar la mano para hacer una señal; pero no pudo.

—¿Tienes padre?

Hizo una ligera señal negativa.

—¿Y madre?

La misma contestación.

—¿Y marido, hermanos, hijos, amigos, confesor?

Ella siempre hacía la misma señal negativa.

—¿Crees en Dios?—dijo el sacerdote.

Hizo la interrogada una señal afirmativa; quiso juntar las manos, que volvieron á caer sin fuerzas á sus lados...

—¿Te confiesas y arrepientes de tus pecados?

Una sola, primera y última lágrima, cayó de sus ojos, que alzó al cielo, y luego se cerraron para siempre.

Entonces el alcalde la hizo llevar á la puerta de la cárcel pública para que, si encontraba algún pariente ó amigo que la reconociera, la mandase enterrar. Dió parte á la policía; pero fué en vano. Allí estaba rodeada de una turba ávida y curiosa, que la miraba como á una escena de tragedia. Aquellas enaguas cortas con faralaes; aquellas medias caladas, sucias y con puntos; aquel collar; aquellos pendientes de corales falsos, sobre el cuello negro y tostado, la hacían reconocer por una de esas infelices mujeres

afrenta de la humanidad. ¡Allí se veía aquel lujo grosero manchado con sangre, los adornos que vistió el vicio, ataviando á la muerte! ¡La mujer que encontró tantos hombres para perderla no hallaba uno para enterrarla!

Entonces pasaron dos mujeres, y una dijo al oído de la otra:

—¿Sé yo vengarme?

VII

En este instante se vió acercar un bello carruaje, cuyo escudo de armas y librea eran de una de las primeras casas de Sevilla.

La hija de la difunta Condesa de Luna, actual Marquesa de Santa Flora, con la cabeza erguida, el porte frío y majestuoso, lo ocupaba con dos jóvenes hijas suyas. El carruaje tuvo que detenerse, pues era imposible atravesar por el gentío que se agolpaba en la estrecha calle. Los transeúntes echaban una mirada de desprecio al cadáver, y al pasar junto al carruaje, donde se hallaba formando el más notable contraste una de las familias más distinguidas de la ciudad, saludaban á la señora con profundo respeto.

La Marquesa preguntó lo que atraía aquel gentío, y habiéndolo sabido:

—Niñas mías—dijo á sus hijas:—vean ustedes el resultado de las malas costumbres. No se quejen ustedes de la severidad con que las crío. Si esa miserable hubiera recibido mejor educación, no se vería aquí; catástrofe

palpable del resultado de los vicios. La educación es la mejor herencia que una madre puede dar á sus hijas.

Mandó á su cochero que atravesase el tropel y se alejara de aquel sitio de horror.

Pasó volviendo la cabeza con repugnancia al otro lado; y, sin embargo, aquellos vicios, aquella sangre, aquella muerte, aquel abandono pesaban sobre la cabeza altiva y orgullosa de la Marquesa... ¡Era su madre!...

DICHA Y SUERTE

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES

DICHA Y SUERTE

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES

FORTUNA.
Sobjugados sois á mí
los humanos.
BLAS.
No son los varones magnos
Non facen cuenta de ti.
MARQUÉS DE SANTILLANA.

CAPITULO I

SAN LÚCAR Y EL COTO DE DOÑA ANA

CANSADO de arrastrarse por despobladas y monótonas marismas, llega el Guadalquivir á San Lúcar, término de su carrera. El mar le viene al encuentro ensanchando su cauce, á fin de que sea grandioso y digno lugar para la entrevista de los dos potentes soberanos; el de las aguas mansas y dulces y el de las aguas amargas y agitadas.

Este lugar forma el fondeadero de San Lúcar, que pierde la importancia que podría tener, por la facilidad que á los buques presta el río para subir hasta la capital de Andalucía.

Bonanza es el apropiado nombre que lleva el desembarcadero establecido en las aguas bonancibles; está situado á alguna distancia río arriba del pueblo, cuya playa recibe todavía las embestidas del mar que penetra en la ancha desembocadura del río y de las que lo guarece una extensa playa de arena, en la que se han cavado navazos y plantado viñas.

Divídese el pueblo en dos partes: la una, denominada *Barrio bajo*, es en extremo larga y se ha labrado entre la playa y un monte, sobre el que está situada la otra, que se denomina *Barrio alto*. La llana plataforma de este monte la ocupan, hacia el lado de las marismas, un castillo moruno con su soberbia torre, sobre cuyo turbante de almenas ondean, cual penacho, abigarradas banderas, con las que anuncia los pacíficos huéspedes que al río envía la mar, pues la anciana guerrera, por no estar ociosa, se ha metido á vigía.

En el centro de la plataforma se alza el palacio, ó más bien la fortaleza, que es casa solariega de los descendientes de Guzmán el Bueno, Duque de Medina Sidonia, cuyo jardín ocupa la vertiente más escarpada del monte, en términos que parece una formidable muralla que para defensa del castillo levantara el terreno y que hubiese enlucido con vegetación.

El tercer edificio ó tercer florón de la diadema que corona á San Lúcar es el palacio de verano recientemente construído allí por los señores Infantes Duques de Montpensier, que goza en toda su pureza, como el primero en recibirlas, la frescura de las brisas del mar, las que se encargan de mecerles las palmeras y llevar á tan augustos moradores los perfumes de sus jardines. Si las brisas se perfuman con las flores para refrescar sus frentes, para satisfacer sus corazones se santifican también con la bendición de todo un pueblo que alza sus ojos agradecidos hacia la Providencia terrenal puesta allí por la celeste para su amparo y su consuelo.

Centros de barrios perfectamente labrados; cabos de barrios alegres, limpios, y aunque pobres, sin miseria; hermosísimas iglesias, bellísimos conventos que desmorona el abandono; abundancia de fuentes de exquisitas aguas, abundancia de ricas frutas, y legumbres; esto se ve y se halla en San Lúcar de Barrameda, constituyendo uno de los pueblos más bellos (así como es uno de los más moralizados, religiosos y tranquilos de Andalucía), el que, promediando la distancia de Sevilla á Cádiz, participa algo de la fisonomía de ambas capitales.

En la orilla opuesta del río empieza el magnífico Coto de doña Ana, propiedad de

los duques de Medina Sidonia, que ocupa el espacio de diez leguas; Coto que encierra los más variados caracteres de la naturaleza, con todas sus galas y todas sus arideces. Estéril en sus arenales, frondoso en sus cañadas, agreste en sus montes, ameno á orillas de sus lagunas, sombrío en sus bosques, risueño en sus llanuras, grandioso en sus playas, reconcentrado en sus valles, es alternativamente desierto y paraíso, vergel y páramo, Arcadia y Tebaida.

Es el Coto un pequeño mundo primitivo en todo su lozano libre albedrío. Allí no se ha introducido aún la civilización agrícola; es allí exótico el arado que desgarra la florida superficie de la tierra; es desconocida la podadera que suprime lo bello en favor de lo útil; no se ha dividido el terreno como un tablero con lindes; no se ha empobrecido la libre creencia con desmontes (1); no se ha impuesto á los árboles como á los quintos el formar en monotona simetría; no se ha dicho á las plantas: *sed productivas*, y sólo rige allí el primitivo mandato, *creced y multiplicaos*.

Como es de suponer, en aquel inmenso despoblado campan por su respeto todos los

---

(1) Esto no implica que dejen de hacerse por algunas partes *cortas*, las que forman uno de los productos de estas vastas posesiones.

animales que el hombre avasalla ó destruye. En los altos pinares se anidan á miles las urracas y se ceban los jabalíes; en sus vastas llanuras corren cerriles las yeguas andaluzas, que, según tradición griega, eran fecundadas por los vientos; en sus frondosos bosques de alcornoques triscan airosos los ciervos y trepan los gatos monteses; en dilatados prados de romero que rivalizan en perfume con el tomillo, el almoradux y mejorana, se deleitan numerosas tribus de tímidos conejos y asustadizas liebres; en el monte bajo se instalan las zorras y los lobos, y entre los riscos, las serpientes y los lagartos. En el siempre fresco lentisco y el vistoso madroño, la picada y sombría sabina, el escobón de doradas flores, el erguido labiérgano; en todo aquel edén de vegetación cantan un sin número de variados pájaros, mientras á poca distancia de la dehesa brama el toro bravo, aquí arrulla la tórtola, allí relincha el indómito potro; silba el mirlo y aúlla el lobo, trina la alondra y grazna el pato, gorjea el ruiseñor y gruñe el jabalí, bala la cabra y gritan las urracas; y sobre todo este inmenso conjunto, se eleva en su soberbio vuelo y se cierne en campo azul de esmalte la noble águila, como las armas vivas de este magno señorío del heroico defensor de Tarifa.

CAPITULO II

DEL ARCA DE NOÉ Y LOS PATRIARCAS

Si hubiésemos sido el arquitecto que labró en este Coto el palacio que existe y en el que el año de 1624 obsequió el Duque de Medina Sidonia tan regiamente al Rey Felipe IV (1), hubiésemos dado á este palacio la forma más apropiada á su situación, que hubiera sido la del arca de Noé.

Como afecto á los niños, lo somos también á sus juguetes, y entre éstos nos es más simpático que ninguno su decano, la venerable arca de Noé. Como se confeccionan libros para todas las edades, se confeccionan arcas de Noé para todos los bolsillos; las hemos visto desde el mínimo precio de tres reales hasta la respetable suma de dos mil.

Hemos visto en las primeras, las pobres, (todo lo pobre nos agrada desde que el dinero

---

(1) Vea, el que quiera más detalles, la curiosa y minuciosa relación que de este recibimiento hace el Excmo. Sr. D. Antonio de Latour en el tercer tomo de sus interesantes, eruditos y poéticos *Estudios sobre España*, que intitulaba la *Bahía de Cádiz*.

se ha hecho tan vulgar y tan plebeyo), hemos visto caricaturas en miniatura de todos los animales, en las que, sin degenerar, se han sucedido las degeneraciones, destruídas con espantosa rapidez sin ayuda del tiempo.

Acaece, no sabemos si por falta de imaginación ó por sobra de fe, que nuestra comprensión en que tan temprana se grabó la imagen de la familia del Patriarca en toda su tiesa majestad, no admite la idea de Noé, Cam, Sem y Jafet, sino con sus túnicas ó sacos azul, verde, amarillo y color de castaña, sujeto al talle por un cinturón sin cabos y sin hebilla, cayendo sin pliegues ni arrugas hasta cubrirles modestamente los pies, sus sombreros negros de ala ancha redonda, sus brazos pendientes como los de los quintos y en uno de ellos un báculo, al que conservamos respeto y veneración.

Si alguna vez formamos ó dirigimos la composición de un cuadro vivo, y es elegido este asunto al que tanto cariño tenemos, será ciñéndonos estrictamente á nuestros queridos modelos; la más pequeña variación nos parecería una falta grave á las tradiciones infantiles, que también se deben conservar. En las decoraciones tendrían precisamente que entrar: el arca en su batea, y con una ala del tejado engoznada para poderse levantar, mostrando una mezcolanza íntima, un batiburri-

llo, el más sosegado y pacífico. Figurarían los cipreses de virutitas; las comparsas las formarían precisamente: un león que ostenta su ferocidad en la entonación de su cola, que sube á coronar su cabeza como la cresta de un gallo; un gato sentado con una cara tan larga que acertadamente demuestra su conocido horror al agua; un rinoceronte sin rabo, al que, para prestar un aspecto fiero, dieron ojos encarnados; una oveja, á la que la mujer de Noé, que presintió el idilio, ató un listón rosa al cuello; una rata tan grande, que pone en fuga á un cochino, con un rabo de hilo gris. — Presentados de otro modo, el arca de Noé se desprestigia á nuestros ojos; no queremos las arcas de Noé caras y civilizadas, queremos las pobres con todas sus graciosas inverosimilitudes. ¡Viva lo inverosímil!—No nos va á quedar en nuestra era prosaica, en nuestro siglo racional y en nuestra época materialista nada de poético sino lo inverosímil.

En aquel Coto, que quizás como ningún otro paraje de Europa nos representa la Naturaleza en su primitivo estado, bello, inculto y despoblado, pueden figurar propiamente el papel de Noé los guardas puestos allí por los duques y cuyos cargos se suelen heredar de padres á hijos. En aquella soledad, de la que, sobre todo los ancianos, casi nunca salen,

conservan en su carácter y costumbres mucho de patriarcal y de inocente. ¡Qué triste idea es la de que, si bien la sociedad sirve para civilizar al hombre, también sirve para pervertirlo! — No hay sino comparar la índole y la moral de los pobres del campo con la de los pobres de las ciudades para confirmarse en esta verdad: los primeros honran y hacen bella y noble la pobreza; estos últitimos la degradan y la hacen viciosa y repugnante.

En una de estas guarderías había pasado su vida el tío José, á la sazón viudo y con tres hijos. Dos de éstos eran casados y guardas también; el menor era cortador de leña y trabajaba con los que arrendaban las cortas para hacer con ellas carbón. Dirigir estas cortas, para lo que se necesita una inteligencia especial en el ramo de arbolado, es uno de los cargos de los guardas mayores.

El hijo menor, que se llamaba Vicente y tenía veintitrés años, á una hermosa figura, á un genio alegre y bondadoso, unía una gran cultura moral que había ingerido el padre á toda su familia con sólo hacerse respetar, puesto que el respeto es la base de toda verdadera cultura.—Como siempre se ve, ese mismo respeto había engendrado en sus hijos el más entrañable cariño hacía él, pues es muy rara la cosa que se respeta y no se ama.—

Como los impulsos que reciben obran tan irresistiblemente en los hombres, el del respeto que habían dado los hijos del tío José á sus mujeres é hijos, no era solamente seguido por éstos, sino á su vez comunicado á cuantos trabajadores iban al Coto á las cortas de leña y hornos de carbón, y nunca pudo un mortal representar mejor que el guarda mayor á aquellos jefes primitivos, cuya voluntad, sin luchar con rebeldías, era á la vez núcleo que unía, impulso que guiaba y voluntad que regía.

Aunque los dos hijos mayores del guarda eran casados, ninguno se había atrevido á fumar en su presencia, á pesar de que su padre fumaba y nunca les había prohibido el hacerlo; pero el culto instintivo del respeto, tan perdido en la actualidad en que lo reemplaza al incultísimo *sans façon*, les sugería que el dejarse ir á ese poco fino goce, que implica poca compostura, era faltar al respeto, aun del hombre rústico. Jamás se sentaban si su padre estaba de pie; nunca hablaban de su persona denominándolo *él*, sino *su mercé*, y de esa misma respetuosa expresión se valían en su presencia. Todas estas cosas nos constan, y por eso las referimos, así como, por último, este rasgo. Habiendo venido el tío José en una ocasión á San Lúcar, y parando en casa de uno de sus hijos,

entonces recién casado y establecido allí, su nuera, que sólo tenía una sala y una alcoba contiguas, después de prepararle á su suegro una buena cama en la sala, se fué á pasar la noche en la habitación de una vecina viuda, dejando solo á su marido, que así lo dispuso, en la cama matrimonial.—A los que deseen conocer nuestras costumbres populares, les presentamos estos ejemplos, añadiendo que esta cultura de alma que posee nuestro pueblo como ningún otro, y que hace al pobre campesino tan noble, tan honrado, tan bien avenido con su destino, tan decente, tan delicado, tuvo su origen en la gran legisladora del mundo, estampada en las tablas de Moisés y ampliada en el Evangelio... *la palabra de Dios.*

Hermoso, robusto, alegre y sano de corazón se había criado Vicente en aquella grandiosa naturaleza primitiva, con aquellas costumbres patriarcales, siempre respirando aquel aire puro, siempre bajo los ojos de Dios y los de su padre. ¿Qué tiempo, qué ocasión, qué ejemplo, qué seducción al mal hubiese podido tener Vicente?—No; vivía tal cual es la no viciada vida: trabajando, descansando; lo primero voluntaria y concienzudamente, y lo segundo con paz y contento. ¡Pero su existencia no era cumplida!—Sí lo era.—Los sábados por la noche desapa-

recía Vicente.—Despues de un día de fuerte trabajo, sus pies hallaban toda la agilidad que da el descanso para andar en breve rato media legua que dista la morada del guarda mayor de la orilla del río; desde allí lo pasaba la barca al muelle de Bonanza, refrescando en la travesía las brisas de la mar su acalorada frente. Saltaba en tierra, y con los bríos de veinte años y el apresuramiento del deseo, corría el cuarto de legua que separaba á Bonanza de San Lúcar. El domingo, á la hora de la comida, estaba de vuelta. El padre sabía sus escapatorias y adivinaba su objeto, pero se desentendía: otorgar, era contra su dignidad; prohibir, era traspasar sus derechos de padre; y el instintivo criterio de aquel campesino lo guiaba de un modo tan admirable, como no resulta por cierto de la sutil ciencia del mundo.

CAPITULO III

LA HUERTA DEL TÍO CURRO Y SU MÁS LINDA ROSA

HACIA el lado de Bonanza, y siempre en línea recta, se prolonga interminablemente la población, formando una calle que, empezando en la plaza de los Caños del Campillo, concluye entre sólo dos hileras de casas hasta entrar en el paseo y hallar sombra debajo de los árboles.

Las casas que del lado derecho, esto es, hacia el monte, hacen espalda á las de esta calle, tienen al frente un camino terrizo y un ancho vallado. Entre este vallado y el monte hay unas huertas que, resguardadas por éste del furor de los levantes y por las casas del de los temporales, forman, por su situación, una especie de invernáculo general para las plantas que allí se crían sin embates, como monjas en sus conventos.

Una de las huertas en que vamos á entrar estaba cultivada con un esmero que incluía el primor, de manera que más que huerta parecía un jardín rústico. Sus primitivos

dueños debieron haber cifrado su placer y pasatiempo en hermosearla, particularmente con profusión de árboles.

Del camino la separaba el mencionado vallado, tan ancho y frondoso, como que tenía el espesor de un muro de fortaleza: muro en el que, si bien las osadas tropas ligeras muchachiles solían abrir pequeñas brechas para coger moras ó nidos de pájaros, el ingeniero que lo edificó lo restauraba sin ruido y sin presupuesto, con incansable perseverancia. Descollaban entre zarzas, lentiscos y espinos de trecho en trecho cual alertas centinelas, lanza en ristre, las erguidas pitas (áloes) expresando pantomímicamente el *¡atrás!* con un puyazo al que intentaba traspasar los límites del recinto confiado á su custodia.

Separábala de la huerta contigua una hilera de chopos de Lombardía, como una fila de granaderos con verdes penachos, que llevaban cañas de maíz por sables y viñas por correas y cartucheras.

Del lado opuesto la defendía de las usurpaciones de la vecina una batería de granados que fundían sus dulces proyectiles con las enrojecidas flores que al intento producían.

Dos enormes morales tenían su solar en el fondo de la huerta, en donde, como señorones rancios y de buena ley, daban su sombra á la noria, sus frutos al hombre, sus

hojas á los gusanos de seda, su alto amparo á los pájaros, su apoyo á la hiedra, y nada pedían, en cambio, sino que los dejasen vivir en paz.

Apoyaba la huerta su espalda de naranjos sobre la enramada cuesta del monte, como en el blando y perfumado respaldar de un ancho sillón. Las legumbres, bien cuidadas y bien colocadas, medraban tanto, que parecía la huerta el instituto modelo de Vertumno; así era que, creyéndose dignas de figurar en exposiciones, la vanidad había trastornado las molleras de las antes tan modestas y sensatas hortalizas. (¡Cosas del siglo XIX!) Las coliflores habían añadido á su nombre el bonito nombre de sus madres; los finchados alcauciles repudiaban todo parentesco con las alcachofas y cardos, que calificaban, á pesar de ser sus abuelos, de incultos y bastardos. El apio, que pretendía descender de la hija de Esculapio Panacea, cuyas virtudes poseía, derivaba su nombre de este dios su antepasado; hasta las calabazas, de mala tez, pero de buena índole, se soplaban como globos, esperando así obtener por mote de sus armas el conocido aserto de *lo que no va en calidad va en cantidad*. Unicamente el perejil y la hierbabuena se lamentaban en un rincón del ínfimo precio que valía un manojo de sus ramas, á pesar de hallarse enaltecida

la una con el mismo glorioso sobrenombre de los Guzmanes, señores del pueblo, y el otro con la más encantadora de todas las prerrogativas, la de alegrar el corazón.

Una infinidad de pajaritos que allí se reunían, por más que el cerrojillo (1) intentaba cerrarles la puerta, formaban coros, cantando todos á un mismo tiempo, presididos por su maestro el ruiseñor; músico que á los de Italia enseñó á principiar las arias por un *andante* y á concluirlas por un *allegro*.

En aquel lugar, antes que en otro alguno, abría la primavera sus ojos de rosas la despertarla las golondrinas; y cuando la acosaban los calores del estío, allí hallaba su último refugio, que le *procuraba* el hortelano con el riego de su noria.

Este hortelano era el tío Curro, quien había criado, en competencia con sus rosales, á una hija llamada Rosa, que corría pareja con las de aquéllos, á los que el tío Curro llamaba sus compadres por haber sido padrinos de su hija y haberle puesto nombre. No sabemos si era debido á esta causa el que Rosa fuese bella, aristocráticamente fina, blanca, rubia y delicada como las de su nombre. Unía Rosa á esto una de esas índo-

(1) Pajarito así llamado porque su canto se asemeja al ruido que al cerrarse produce un cerrojo.

les de mujer que no tienen más manantial de felicidad ó de tormento en la vida que el del cariño, y que no conciben que otro interés ni objeto alguno pueda encerrar la existencia.

La docilidad de su carácter era sólo comparable á la constancia de su sentir; su voluntad era nula, menos cuando la regía su corazón; entonces era el suave y resistente junco, siempre cediendo, mas nunca quebrado. Cuando la hallamos á los diez y ocho años, hábil costurera, cosiendo en su cuarto, mientras su madre hacía las faenas de la casa, estaba triste y abatida, porque sus padres, y en particular el tío Curro, se oponían á sus amores, cuyo objeto era Vicente, y deseaban para ella un partido ventajoso que se la presentaba.

El tío Curro era un buen hombre, franco y de buen sentido, que había sido soldado, y que llevaba ligera y alegremente la vida como había llevado la mochila.

Su mujer era seria, seca y de pocas palabras, lo que no impedía que fuese, como todas las mujeres del pueblo, amante esposa y apasionada madre.

CAPÍTULO IV

DON PRÓSPERO Y LA BUENA SUERTE

SUMERGÍASE con calma el sol en el mar para salir limpio y radiante en otro hemisferio. Las tareas campestres del hombre habían concluído, y el tío Curro, después de haber soltado el agua de su alberca, la que, repartida en todas direcciones, corría presurosa como culebritas de un fuego artificial de plata, se había sentado debajo del emparrado que formaba el atrio de su palacio, gozando con deleite de un descanso tal como no lo conocen los que por deleites anhelan, y que sólo se obtienen en compensación al trabajo.

En su cercanía se hallaba una higuera que, partida en dos troncos á su nacimiento, formaba entre ambos un asiento, al que daban techo sus anchas hojas.

En este banco natural estaban sentadas algunas niñas de la vecindad, que, muy afanadas, formaban cadenas con las barbajas de los pinos, arrancando una de éstas de la cápsula en que nacen gemelas, doblando la otra

hasta clavar su punta de remate en la cápsula, y enlazándolas unas con otras. La más pequeña, de pie y con la boca abierta, miraba hacia la copa de la higuera, en la que llamaban su atención dos cosas que por suerte estaban fuera de su alcance: los pájaros que revoloteaban entre las ramas y los higos que de ellas pendían.

—Las brevas están verdes,—dijo al fin la niña, plagiando á la zorra que en parecidas circunstancias dijo lo mismo de las uvas.

—No son brevas, que son higos,—rectificó el tío Curro.

—Sí son, — repuso la chiquilla, — que por San Juan me dió la tía Amparo unas brevas que de esta higuera cogió.

—Pues por lo mismo, si por San Juan las tuvieron, no las pueden tener á la presente. Ahora tienen higos, porque las higueras dan dos cosechas al año. ¿No sabes tú eso, María Moquillos?

—No, *señó*.

—Pues sábetelo, y también por lo que eso sucede.

Cuando andaba Nuestro Señor por el mundo, descansó en una ocasión debajo de una higuera con San Pedro, que se chupaba los dedos por una breva; viendo el Señor lo mucho que le gustaban á su discípulo, le dijo: «Pedro, ya que tanto te agrada la fruta de ese

árbol, de aquí en adelante dará, no una, sino dos cosechas al año.» ¿Te enteraste?

—Sí, *señó*.

Las ranas, en tanto, señoras de la alberca, muellemente colocadas en sus verdes balsas de verdín, entonaban su canto claro, frío, sin expresión y sin modulaciones, apropiado á su carácter y á su elemento, canto que es tan peculiar al agua, á las cañas, á los juncos, á los mimbres y á toda planta que ama el baño, que parece las hacen brotar sus sones; canto monotono como el murmullo del agua y que del seno de ésta se alza como un saltadero de melodía extraña, pero que aman aquellos para quienes todas las melodías campestres son gratas, y que miran, ó sienten en ellas *vida*, y otras cosas que indudablemente contienen, puesto que las obras de Dios no son máquinas como las de los hombres.

Al oirlas las niñas, por simpatía, se pusieron á cantar cual ellas.

Los niños, que son fuentes de sincera y candorosa aunque sencilla é inculta poesía (y por eso mismo más genuína en su pequeña y limitada esfera) han puesto en verso el siguiente hecho, que muchos ignoran y que ellos afirman:

Cuando cantan las ranas
Bailan los ranos
Y tocan los palillos
Los gusarapos.

Este canto, por simple que pueda parecer á los encumbrados doctores del Parnaso, nos parece, si bien no sublime ni heroica, de graciosa y mona poesía. La alberca, convertida por él en salón de baile y de concierto, con tales bailadores, músicos y cantantes, tiene para nosotros un prestigio muy superior al que dan á los arroyos sus náyades: no vemos alberca sin que nos la alegre el recuerdo de este canto infantil. Pero esta manera de sentir peculiar nuestra no pensámos de modo alguno elevarla al juicio de ningún Ateneo, así como el pueblo y los niños no elevan sus poesías al fallo de ninguna cátedra de literatura. Bulwer ha dicho que hay poetas que nunca han soñado con el Parnaso; y nosotros añadimos que también en poesía *hay pobres de espíritu* que no están tan lejos del ideal como se les juzga.

—¿No sabéis vosotras, chilindrineras, por qué cantan las ranas?—preguntó el tío Curro á las chiquillas.

—¡Toma! para alegrarse, — contestaron ellas.

—No, señor; cantan para pedir el agua á su Divina Majestad, porque habéis de saber que una rana sin agua está lo propio que un hombre sin vino, *ahiláa*. Sucedió que un año de seca, un pobre que veía que su pegujar se le moría de sed, se fué á una laguna que es-

taba cerca de su manchón y les dijo con el sombrero en la mano á las ranas: *Animalitos de Dios, pedirle agua.* Las ranas se pusieron á cantar que se desgañitaban y él á jalearlas tocando las palmas y diciendo:

A las que están cantando
Echarles rosas,
Porque se lo merecen
Por buenas mozas.

Acaeció que vino un temporal de aguas que se hundía el cielo y se anegaban los campos hechos charcos y pantanos. Como que mientras más llovía más contentas y más cantadoras estaban las ranas, el pegujalero, que veía su trigo ajeñado, se fué derechito y sin perder su vereda á la laguna y les gritó con coraje: *Figuritas del diablo, callad la boca.* Y habéis de saber, que lo referido tiene sentido hasta dejárselo de sobra, porque enseña que cuando se necesita de uno se le hacen á manta carantoñas y se le echan flores, y cuando no se le necesita ya, no se acuerdan ni del santo de su nombre, y le encajan un sofión sin andarse con aquí las puse (1).

(1) No pensamos que haya entre los fabulistas de más renombre quien en sus composiciones haya aventajado á ésta, ni en lo verdadero y sutil del pensamiento, ni en la manera graciosa y clara de patentizarlo.

Entró en este momento en la huerta, y se presentó debajo del emparrado, un joven vestido con levita y sombrero redondo; era alto, seco y desgavillado; su nariz era larga, como igualmente su cara, y ésta en extremo angosta, que no se percibían sus chupados carrillos cuando se le miraba de frente: este conjunto lo realzaba una palidez estacionaria y un aire displicente inveterado. Era el descrito sujeto hijo de un amigo y compañero del tío Curro, que con él había salido á servir y con él había vuelto á su pueblo; que había seguido su oficio de panadero, y andando el tiempo, se había casado con la viuda del amo á quien servía, la cual era dueña del establecimiento, y tenía además un hermano establecido en la Habana que la solía mandar algunas remesas. Esto había hecho que la rica panadera educase algo al tardío vástago que dió á luz, lo que facilitó poder colocarle de ayo (1) en la escuela de un maestro conocido suyo. Dicha colocación le proporcionaba por el pronto la calificación de *don* que apetecían con igual ansia la madre y el hijo. En cambio los muchachos de la escuela le habían bautizado con el apodo de *Quilógramo*.

---

(1) Llaman en Andalucía ayos á los pasantes de escuela.

Conforme lo vieron entrar las chiquillas, dijo una de ellas:

—Ahí está *Quilógramo:* ¡qué recompuesto viene! Trae un *chaleque* verde y un corbatín *encarnao*, parece un rábano!

—Se ha metido á lechuguino (1) — opinó otra, y formando todas en seguida un círculo se pusieron á salmodiar:

De dos melones y dos pepinos
Nació una mata de lechuguinos.
Unos son altos,
(Se empinaron en las puntas de los pies.
Otros son chicos
(Se agacharon.)
Chirriquititos
(Se pusieron en cuclillas.)
Y todos tienen pelo bonito
(Se levantan y saltan.)

—Ea, largarse, chicharras, — dijo el tío Curro;—coger pira y liberal; cada mochuelo á su olivo, y que no lo vuelva á decir; ¿hablo claro?

La legión pigmea atravesó á paso menudo y presuroso el emparrado, como una camada de perdigones, y ya á la salida de la huerta se pusieron á cantar á desaforados gritos:

Todos los hortelanos
Cogen la berza
Con la espalda más alta
Que la cabeza.

---

(1) Petimetre acicalado.

—¡Hola, Próspero! Buenas tardes te dé Dios,—dijo el tío Curro al recién entrado.—¡Por vía del judío! que no te viene mal ese nombre; me han dicho que has sacado á la lotería; si tienes más suerte que Benito, que murió de ahito.

—¡Sí! La suerte es como mía, — contestó mal engestado el mozo.—¡Saqué 200 reales! ¡buen puñado son tres moscas!

—Más vale algo que nada. Tu padre siempre tuvo suerte, y la has heredado tú. Cuatro veces fuí herido en la guerra contra el francés y entré en el hospital, y tu padre no tuvo un aruño en su pellejo. Tu padre se casó con una mujer de posibles y se echó á la buena vida; no tuvo más hijo que tú, te dió estudios finos y te ha colocado de ayo de escuela y más adelante podrás ser maestro; en las quintas siempre has salido libre; ¿qué más quieres, caracoles?—Yo siempre he tenido mala suerte sin más que un *coge y come* y treinta días al mes. He tenido un celemín de hijos: unos se me han muerto, otros están sirviendo al rey y los tengo más repartidos que los maravedises; no me queda más que Rosa; pero con *too* no me cambio por ti, que, á pesar de tu buena suerte, siempre estás *frondío* y con una cara que parece que estás probando vinagre, mientras yo, á pesar de mis tramojos, siempre estoy contento, porque has de saber, Próspero,

que la dicha y la suerte, aunque parece que deberían estar *ayuncadas*, no siempre lo están. Si tienes suerte y no la gozas, para maldita la cosa te sirva. Tú te echas por ahí el *hoy* con el ansia de que el *mañana* sea mejor; yo me contento con que el mañana no sea peor que hoy, y cuando no lo es, le doy gracias á Dios y que me sabe mi gazpacho mejor que un pollo.

—Pero bien sabe usted, tío Curro...—objetó en tono elegíaco el ayo de escuela.

—¿Que Rosa no te quiere? Lo sé, y me pesa; pero no me vengas á mí con esas, que soy perro viejo. No es esa la causa de tu displicencia; te conozco como á las berzas de mi huerto. Para ti el número uno lo eres tú, el número dos lo propio que el número uno; Rosa no es sino el número que viene detrás.

—Bien dice usted que es viejo, pues se ha olvidado usted de cuando estuvo enamorado, tío Curro. Pero, señor, ¿no pudiera usted convencer á su hija, y si no mandar como padre?

—Mira, Próspero, he servido al rey y sé lo que es la disciplina, que *reasumidamente* quiere decir cumplir cada cual con la ordenanza derecho como un huso, pronto como la luz y sin chistar como el pez; pero, hijo, la voluntad no es obligación, y decirle á ésta, media vuelta á la derecha ó media á la iz-

quierda, es un puro *hipotismo*, y eso no puede ser. Rosa, contra mi voluntad, no se ha de casar; pero contra la suya tampoco, aunque lo mandase yo. Bastante la he aconsejado que te quiera, porque te estimo y porque le tiene cuenta; de la tuya corre ganarle la voluntad: anda, métete tres días en una salina, á ver si sales menos desabrido y más propio para el caso.

—Si usted se lo mandase, más había de influir en Rosa la voluntad de un padre que no la sal de una salina, — repuso picado el pretendiente.

—¿Dónde has visto tú eso, cristiano? ¿Es mi hija alguna persona real para que se vea obligada á casarse por conveniencia del Estado?

—Pues sepa usted que la quinta está decretada, y mañana se pregona. Si me toca á mí la suerte, mi madre me liberta; pero si le toca al *calza-polainas* de Vicente, no tendrá más que coger el fusil.

—Eso tienes en tu favor, hombre, — contestó el tío Curro.

—Así es; pero yo quisiera que, si llega el caso, inclinara usted á Rosa á mi persona, que siempre se ha dicho: tales cosas te digan, tal corazón te pongan...

—En eso descuida, hombre, que cano estoy de celebrarte; si las celebraciones pusiesen á

los hombres bonitos, habías tú de ser lo que no eres, esto es, el mejor mozo de San Lúcar.

Próspero volvió sus tristes ojos hacia la casa, y fijó sus lánguidas miradas en el emparrado, pero nada vió, sino los racimos de uvas que parecían decirle: *no nos alcanzas*, y las gallinas que se cuidaban tan poco de él como él de ellas. Suspiró y se sentó sobre el muro que formaba la alberca. En esto vió á las ranas arrellanadas en verdes prados de verdina, y que con sus grandes y saltones ojos miraban abstraídas el vacío, de la misma suerte que muchos que parecen absortos en profundos pensamientos, y no piensan en nada.

Como todo amante es poeta, y cada cual á su manera, se puso este no correspondido enamorado á comparar á su pretendida á las ranas en cuanto á lo fría, arisca é insensible.

Entre tanto el tío Curro, con su acostumbrada locuacidad, prosiguió la conversación, que más que ésta era monólogo:

—Como te iba diciendo, Próspero, tu padre siempre tuvo suerte.—Caímos prisioneros á la par; él tuvo quien lo hiciese escapar, y yo pasé las viruelas con aquellos *Didones* (1) que eran tan soberbios y desalmados como el que

---

(1) Nombre que se daba á los franceses derivado de su acostumbrada muletilla *dis donc*.

los mandaba. Pero aquella soberbia se les vino abajo, y los *brigantes*, como á nosotros nos llamaban (¡por *vía* del Dios Baco!) les metieron á los vencedores del mundo, como se decían, el resuello para adentro.—Asina fué que se dijo entonces y muy bien enversado:—Todavía me acuerdo y me place decirlo:

Napoleón por traidor bien señalado,
Junot sin su Ducado y escondido,
Del trinquete Murat desarbolado,
Lefèbre en Zaragoza destruído,
Moncey sobre Valencia derrotado,
Y Dupont en Bailén roto y vencido,
Así ve Europa de sorpresa llena
Los héroes de Austerliz, Marengo y Jena.

¿Te enteras, Próspero? — añadió el padre de Rosa,—¿qué te parece?

—Señor,—repuso el interrogado:—lo que me interesa es que quien está más derrotado que Moncey en Valencia soy yo en la casa de usted.

—Pues, hijo, *apromételе* una novena á Santa Rita, que es la que te puede valer, y á mí dejame el alma en paz.

Cuando se hubo ido el pretendiente, vinieron la tía Amparo y Rosa á sentarse debajo del emparrado, que á ello convidaba con su frescura.

—Rosa,—le dijo su padre:—¿sabes que ya está decretada la quinta?

Rosa palideció, y preguntó con trémula y tímida voz:

—Padre: ¿qué me quiere usted decir con eso?

—De que esta es la ocasión propia de que dejes de *hablar* á quien no te tiene cuenta: si se va, porque se va, y si se queda, porque se queda.

Rosa no contestó, y empezó á verter lágrimas suavemente y de quedo, como caen los copos de nieve, como llora la constancia.

—Si Próspero saca número,—continuó el tío Curro,—su madre lo libertará, y no tardará en abrir escuela; es un muchacho completo y sin vicios, y su mujer ha de pasar una vida como una usía, y fuerte cosa es, que pudiendo tú disfrutarla, no quieras, por haberte encalabrinado en irte á meter, tú que eres más fina que una ele, y más señorita que las flores, en el Coto en compañía de los lobos, con un cortador de leña más basto que un alcornoque.

Rosa no contestó una palabra, y el padre prosiguió:

—No te pega marido leñador; nunca ha querido tu madre que hagas otra cosa que coser, con lo que te has criado muy repulía para que te metas en el Coto.

Rosa permaneció muda, sin más respuesta que sus lágrimas.

—¡Por vida de las muchachas cabezonas, tercas y lloronas!—exclamó impaciente el tío Curro.

—Lo propio me decía mi padre,—le dijo á media voz su mujer, que salió en defensa de su hija desde que la vió llorar,—lo propio me decía cuando salistes á servir al rey y quería que te olvidase y me casase con mi primo.

—¡Y decía bien!—respondió exasperado su marido;—si te hubieses casado con tu primo, que es hoy un pelantrín de los boyantes, y no conmigo, que no tengo más que lo comido por lo servido, estarías hoy como la propia rosa y pudiendo gastar fantasía; ya ves, pues, lo que te has perdido con no haber dado oídos á tu padre.

—Verdad es, Curro,—contestó su mujer,—pero no me ha pesado lo que hice.

—¿Por qué, me querrás decir?

—Porque, como ahora poco te oí decir á don Próspero, la dicha y la suerte, aunque parece que deberían estar ayuncadas, no siempre lo están, y que, lo propio que tú, no cambio la dicha por la suerte.

CAPITULO V

LA MALA SUERTE.—EL ADIÓS

MIENTRAS pasaban estas escenas en la huerta, había llegado Vicente á Bonanza, y corría más que andaba el camino que de allí conduce al pueblo.

La amortiguada luz de la luna hacía visible la soledad y la inmovilidad de la naturaleza rendida por el calor del día. Los pinos salpicados á poca distancia del camino, formaban con sus delicadas barbajas un murmullo más suave, más leve, más misterioso y grave que el que forman con sus hojas los demás árboles que parece que murmuran, mientras el pino parece que ora.

El mochuelo lanzaba en el melancólico silencio de la apacible noche su triste voz, esa voz que, según la poética y religiosa imaginación del pueblo, es la de *Cruz*, y que repite desde que en el Calvario presenció horrorizado la muerte que sufrió el Salvador.

Asociados, si no por convencimiento, por sentimiento, á esta tierna y conmovedora creencia, concediendo que sea una ilusión,

pero voluntariamente bajo su dulce imperio, confesamos que no podemos oir la expresión tan suave y triste de esa ave solitaria de la noche sin conmovernos profundamente, y sin persuadirnos de que siente lo que expresa.—¿Y acaso no podría ser que el escalpelo de nuestra fría razón, que nos empeñamos en hacer regulador, árbitro y solo juez de las cosas, así morales como materiales, haya cortado lazos, destruído armonías y roto comunicaciones entre las partes que existen en las cosas creadas? Dirán que es inverosímil que las hubiese. ¿Por qué? Pero, aun dado ese caso, no rechaza ni la fe ni la poesía las ideas por inverosímiles sino por malas, nocivas y bajas. Las admite inverosímiles como las más bellas plumas de las alas de su fantasía, que, elevando su ente á mayor altura, es dable la acerquen más á la verdad que no la razón que le da la humana concepción por cárcel.

Vicente llegó á la portada de la huerta en que ya hemos introducido al lector, que á la sazón estaba cerrada. El fuerte gruñido de un perro le avisó que no estaba dormido su vigilante.

—Calla, Palomo, que soy yo,—dijo Vicente.

Enterado el perro, prosiguió su ronda sin cuidarse más del que se presentaba; éste

trepó con ligereza y maña por las mal unidas tablas que formaban la puerta, y saltó adentro. Encaminóse hacia espaldas de la casa, donde había una pequeña ventana enrejada; tocó á su postigo, que estaba cerrado, pero no recibió respuesta; silbó, pero la ventana permaneció cerrada.

Entonces se puso á cantar con hermosa voz, admirable entonación y no menos admirable flexibilidad de garganta, dotes tan necesarias para los cantos andaluces, con cortos intervalos y distintas tonadas, estas coplas:

Los lindos ricitos rubios
Que te adornan esa frente
Parecen campanillitas
Que van llamando á la gente.
Los dientes de tu boca
Me han prendido á mí.
¿Quién ha visto cadenas
Hechas de marfil?
La nieve por tu cara
Pasó diciendo:
«Donde yo no hago falta
No me detengo.»

Entonces se corrió pausadamente el cerrojo, y se abrió con tiento la ventana.

—Rosa,—dijo acercándose Vicente:—ó has perdido el oído ó duermes más que un gusano de seda.

Pero apenas notó que la reconvenida lloraba amargamente, no estando acostum-

brado en su tranquila vida á ver escenas ni lágrimas, exclamó asustado:

—¡Jesús, María! Rosa: ¿qué tienes?

—Pues qué, ¿no sabes?—contestó ella.

—Yo no. ¿Qué es?

—¡Que hay sorteo!

Vicente tornó instantáneamente á su tranquilidad y á su alegría, y dijo:

—Pues qué, ¿no es más que eso? No te apures; á mí no me toca la suerte, tenlo por seguro, á mis hermanos tampoco les tocó. Pero á un turbio correr, si me tocase, tendríamos paciencia!.. ¡cómo ha de ser; no todo el monte es orégano!

—¡Ocho años, Vicente, eso es media vida!

—¡Qué habían de ser! Pàsan ocho años como vara de mal paño. Pero no serán ocho, serán seis, que á los que se alistan para pasar el charco les rebajan dos.

—No, Vicente, no; por María Santísima; ¡embarcarse, y luego encontrarse allá con la epidemia! No, no; más vale pasar los ocho años en tu tierra.

—Rosa: el mal camino andarlo pronto.

—¡Y si no vuelves!

—¡Que no vuelva! ¿Por qué no? ¿No volvió tu padre y otros miles? No seas cavilosa: ¿por qué no había de volver yo?

—¿Y si se va á pique la embarcación?

— Salgo á la orilla con un pez en la mano.

—¡Ay, Vicente,—exclamó redoblando su llanto la desconsolada Rosa;—lo que me saca de tino es el ver lo poco que te pesa la ausencia!

—Si que me pesara si llegase el caso de que me tocase la suerte; pero sólo ella, pues

No me pesa ser soldado
Si me tocase la suerte,
Que no me pesa el fusil,
Pero sí dejar de verte (1).

—¿Me olvidarás, Vicente?

—¿Qué te olvidaré, Rosa? Eso no lo temas, ni te puede pasar por las telas del pensamiento.

Primero que yo te olvide
(¡Mira que comparación!)
Ha de calentar la luna
Y ha de refrescar el sol.

Yo sí que puedo temer, Rosa, porque don Próspero te anda pretendiendo, y, aunque es más feo que el sargento de Utrera, que reventó de feo, y que tiene al Angel sirviendo al rey, tu padre lo apadrina, y tanto pueden dar...

---

(1) Intercalamos estas coplas en el diálogo, aunque no es propio, ni lo hace el pueblo, con el fin de expresar sus ideas de la misma manera que lo hace él en su poesía.

—Calla, calla, Vicente.

El quererme á mí quitar
Tu amor de mi pensamiento,
Es escribir en el agua
Y es predicar en desierto.

Créelo, Vicente; no quebrará la soga por mí; créelo, como artículo de fe.

—¿Por qué, Rosa?

—Porque en llegando á querer, la más firme es la mujer.

—Pues cree tú también, Rosa, como artículo de fe, que lo mismo la mujer que el hombre, quien bien ama tarda olvida.

Un mes después se había verificado el sorteo. Próspero había salido libre; Vicente era soldado. El tío José nada demostró cuando se despidió éste.

—Dios vaya contigo, hijo,—fué su despedida.—Sé hombre de bien, mas que no medres, que más vale ser honrado que no envidiado. Ve con buen ánimo, que con el temor de Dios vas seguro, con la vergüenza vas firme, y con el escapulario de la Virgen del Carmen vas amparado. Adiós, hasta más ver en esta ó en la otra.

Diciendo esto, le volvió bruscamente la espalda, se internó en el monte y desapareció entre el espeso follaje. Cuando volvió al anochecer á su casa, estaba sereno como siempre.

VI

DON PRÓSPERO PROSPERANDO

Un año había pasado, y poco cambio había traído en las cosas y personas que han figurado en la relación precedente: sólo las frescas mejillas de Rosa habían perdido sus subidos y brillantes colores. Vicente, según se lo había propuesto, para abreviar el plazo de su servicio, se había embarcado con las tropas destinadas á Cuba.

—¡Por vida de la chiquilla terca que va á enfermar por ese demonio de *come en rancho!*,—decía algunas veces el tío Curro.

—No lo temas,—contestaba su mujer;—lo propio que dices tú decía mi padre, y no enfermé.

Impaciente entonces el marido, le volvía la espalda y se iba á sus faenas canturreando:

Madre: yo quiero casarme,
No me diga usted que no,
Porque me ha salido un novio
Que sabe tocar el tambor.

Leñador, madre, lo quiero,
Que saque astillas;
Bien, hija, y que las saque
De tus costillas.

Si Rosa oía á su padre, estaba llorando todo el día, cantando sin cesar de llorar:

En la soledad del campo
Me puse á llorar mis penas,
Y fueron tantos mis llantos
Que florecieron las hierbas.
A la mar fueron mis ojos
Por agua para llorar,
Y se vinieron sin ella
Porque estaba seco el mar.

Un día se presentó Próspero con cierto aire de aplomo y de importancia al tío Curro, en el momento en que estaba éste enganchando su buey al palo de la noria.

—Buenas tardes, tío Curro,—dijo el recién entrado.

—Dios te las dé muy buenas,—contestó el hortelano, que añadió al volverse y notar que su interlocutor estaba vestido de negro:—¡Jesús! qué *fúnebre* estás, ¿quién te se ha muerto?

—El hermano de mi madre, que estaba en la Habana.

—En descanso esté.—(¡Ata, Pajarito! que para poste no tienes precio, buey maula, buey retecansado!)—¡Hombre, paró la gote-

rilla! Ya no vendrán aquellas remesitas y aquellas cajitas de *sal de la Habana* (1).

—Verdad es; pero, en cambio, ha dejado á mi madre 20.000 duros.

—Que no te parecerán á ti sino muy blandos.

—Ó sean 25.000 pesos,—añadió Próspero.

—¡Qué á ti no te pesarán! —(Mal haya tu flojera, Pajarito del demonio, que eres como el buey Simón, cortito de paso y largo de esportón.) — Tu suerte, Próspero; tu suerte, hijo, ¡que se pierde de vista!

—Mi madre quiere que me quite de ayo de escuela y la maneje el dinero, que se ha de invertir en viñas y bodegas para criar los mostos.

—¡Y cate usted ahí á Periquito hecho fraile! ¡Hacendado, cosechero y almacenista! ¡pues no es nada! ¿qué más puedes desear, hijo de la suerte? ¡Por vida de las aves frías! ¡y todavía tienes cara de Viernes Santo!

—¿Qué más puedo desear?—repuso Próspero. — Tío Curro, veinticinco pesetas son cien reales, y en faltando un ochavo no están cabales. ¿Se entera usted?

—Ya, ya estoy,—contestó impaciente y picado el tío Curro;—mi niña es el ochavo que

---

(1) Azúcar.

falta; pues sábete que tú eres los 25.000 pesos que á ella le están demás. ¿Me entiendes?

—Mire usted,—dijo sentido el improvisado ricacho, en quien la riqueza iba despertando arrogancia, — mire usted que su hija, con su airecito de mosquita muerta, es más terca y más voluntariosa que una rama mal guiada.

—Próspero, — repuso el tío Curro:—más que tengas 25.000 pesos, mira cómo hablas de ella: tú, toda tu casta y cuantos tienen boca, han de enjuagársela con agua de rosa para hablar de mi hija, ¿estás?

—Vamos, tío Curro,—respondió Próspero,—como es usted hortelano, está usted hecho á coger el rábano por las hojas. ¿Qué mal he de hablar yo de su hija de usted si lo que pretendo es casarme con ella? Lo que estoy es despechado, porque su hija de usted es peor que un peñón que ablanda una gotera continua; pero ella, cuanto más me ve penar, y mientras más me desvivo, más dura está.

—Pues hazte *los cargos*, hombre, que el duro peñón no lo soy yo, que desde la primera vez que me hablastes me tienes más blando que unas poleadas.

—Pues ablándela usted á ella, señor.

—¿Cómo? si no bien le digo una razón cuando se echa á llorar por su cara abajo y la madre se enjesta por tres días! ¡Qué quieres, hombre! Las *señás* mujeres tienen mucho de

la trastienda, pero en cuanto á sentido, no tienen ninguno; y en cuanto á sesos... ¡perdone usted por Dios! Los novios les han de entrar por el ojo derecho, y si no, no tenemos *naa*. Tú, hijo, (te lo digo, no por ofenderte, sino porque es la pura verdad), eres feo con coraje, y el otro maldito *estripaterrones* es un real mozo, que se puede presentar al rey de Francia. No puedo hacer más que acompañarte en tu sentimiento, que es sentimiento mío también, y renegar de las enaguas, principiando por las hojas de parra hasta el *te engañé* (1).

Próspero se retiró desconsolado y rabioso. Al pasar por debajo del emparrado, saludó á la tía Amparo, que lo estaba barriendo, con un breve *quede usted con Dios*, que contestó ésta con otro semejante. Viendo que la madre de Rosa seguía su faena sin añadir palabra, la dijo:

—¿No me ve usted de luto?

—Verdad es, —contestó la tía Amparo.— ¿Quién se le ha muerto á usted?

—El hermano de mi madre, que la ha dejado 25.000 pesos.

—Dios lo tenga en gloria,—contestó la tía Amparo, —acompaño á usted en su sentimiento.

---

(1) Nombre que da el pueblo á los miriñaques.

—Yo no tengo ninguno, porque no lo conocía, — replicó impaciente Próspero; — lo que tengo es contento, porque mi madre me quiere quitar de ayo de escuela, y quiere que sea propietario y cosechero.

—Sea enhorabuena.

—Para mí no hay enhorabuena mientras Rosa no me dé el sí, — contestó el porfiado pretendiente.

—Estoy para mí, — repuso la tía Amparo con esa instintiva urbanidad del pueblo español, — que si Rosa tuviese dos que dar, le daría á usted uno, don Próspero; pero como las mujeres honradas no tienen más que uno, y ése, como usted sabe, lo tiene dado, no le puede complacer; harto lo sentimos su padre y yo; pero ¡cómo ha de ser! Con una hija no se pueden tener dos yernos.

—En diciendo la suerte *allá voy*, no es menester arrearla,—dijo la tía Amparo á su hija, cuando Próspero se hubo ido;—después de salir libre del sorteo se le entra á don Próspero una herencia de las Indias por las puertas. ¡Ahora sí que la va á emprender tu padre con que te cases con él!

Rosa se echó á llorar.

—Madre,—dijo:—que me pida su merced mi sangre, y se la daré, porque lo podré hacer; pero que no me pida imposibles, y eso lo es, el que olvide á Vicente y me case con

otro. Ahí viene padre; por María Santísima, haga usted por que no me hostigue. No soy para esta briega, que va á dar conmigo en la huesa.

—¡Amparo!—gritó el tío Curro.

Esta no contestó con el fin de dejar á su hija tiempo para alejarse.

—¡Amparo!—volvió á gritar su marido,—¿qué estás haciendo?

—Calderos, ¿no oyes los golpes?—respondió la mujer.

—Más valiera,—dijo el tío Curro,—que en lugar de á *guasona*, te metieras á gobernar y aconsejar bien á tu hija, para impedirla de hacer un *descabello* de los enormes. ¿Sabes que Próspero es ya un hombre de los más acaudalados?

—No, que dejaría de decírmelo cuando iba más ancho que el mar y hecho pregonero de la noticia.

—¿Y qué dice Rosa? ¿Todavía se empestillará en aguardar al ganapán que no tiene que comer más que las uñas?

—Dice que te dará su sangre, pero que no se casa con otro.

—¡Su sangre! ¿Para qué la quiero yo? Que la guarde, que buena falta la hace, que está que se trasluce, y más descolorida que las tercianas. ¿Cuándo hubiera ella podido soñar en hacer esta suerte? ¡y la *esprecia!*

¡Vamos, si esto no se puede creer! De hacendado cosechero y almacenista á millonario no va un geme. ¡Se acabó! Está ida del sentido.

—No, Curro, no.

—¿A ti, por lo visto, te parece cordura lo que está haciendo la niña?

—Si cordura es querer más bien la dicha que la suerte, cordura será lo que hace.

—Esas son pampringadas, razones de enamorados, que no valen un comino.

—No te lo parecieron en otros tiempos, Curro.

—Por vida del demonio malo, que no es la mujer esta cansado reloj de repetición, —exclamó impaciente el hortelano, que se alejó gruñendo.—¡Mujeres! más sutiles son que culebras, más tercas que mulas y más imprevisoras que aquel de los almanaques, que por mirar á las candilejas de la bóveda azul fué á dar con su cuerpo en una sima.

Rosa, que se había retirado á su cuarto, seguía entre tanto cosiendo, y cantaba sin dejar de verter lágrimas:

Rosa me puso mi madre
Para ser más desgraciada,
Pues no hay rosa en este mundo
Que no muera deshojada.
Suspiros que de mí salgan
Y otros que de ti vendrán,

Si en el camino se encuentran
¡Qué de cosas se dirán!
  Entre la hostia y el cáliz
A mi Dios se lo pedí,
¡Que no te maten las penas
Que me están matando á mí!

CAPITULO VII

BIEN VENGAS MAL, SI VIENES SOLO

DEBAJO de un emparrado, obligado apéndice de toda morada de hortelano, en la huerta que fué del convento de Santo Domingo, estaba sentado al siguiente año un hombre joven, apoyada la cabeza en una mano y el codo sobre la rodilla. A poca distancia de él se hallaba una anciana, que remendaba por centésima vez una camisa de hombre. Era esta anciana prima del tío José, guarda del Coto de Doña Ana. Al cabo de un rato de silencio, dijo esta mujer al callado joven:

—¿Piensas, Vicente, hijo, irte á los inválidos de Madrid, donde dice mi Juan que lo pasan muy *rebién*?

El carácter de los españoles, activo, independiente y exento de molicie, su natural parco, sus pocas necesidades y la pulcritud (que ostentan, aunque estén cubiertos de andrajos) hacen que detesten toda mancomunidad y dependencia, al paso que el clima,

cuyos rigores no son tales que exijan un amparo contra ellos, les lleva á aborrecer toda clase de clausura y vida solitaria, lo que hace en España difícil los establecimientos y hospicios para los desvalidos, quienes los miran más como duras prisiones que como asilos.

Así sucedió que el interrogado contestó con decisión:

—No, señora; no iré donde van los desechados. Pues qué, ¿á los veinticinco años y con toda mi fuerza y vigor me había de encerrar en tierra extraña entre cuatro paredes, como un pollo en su cascarón, solo cual él y á cruzarme de brazos?

—¡Válgame Dios, hijo! ¿y qué trabajos has de hacer falto de vista?—preguntó con dolor la buena mujer.

—Señora: aunque sea darle vueltas á una noria, como la vaca.

—Dime, Vicente, hijo, aclárame bien el cómo acaeció la desgracia, pues no me acabo de enterar.

—Ni lo podrá nunca comprender bien, señora. Sabe usted que era artillero, esto es, de los que andan con los cañones. Estábamos mi compañero y yo cargando uno en un ejercicio de fuego. Al tiempo de remachar la carga se inflamó la pólvora y salió el tiro. A mi compañero le llevó los dos brazos y mu-

rió; yo caí mal herido al suelo. Sané; pero la vista que perdí por el fogonazo no volvió con la salud.

—¡Pobre Vicente!—dijo limpiándose las lágrimas su tía.

—¡Bien lo puede usted decir, y que he tenido bien mala suerte! He vuelto á mi pueblo, me he hallado á mi padre muerto, muertos al tío Curro y á la tía Amparo, y á Rosa muerta, si no para el mundo, para mí. Me veo solo, solo, como la peña en el mar. No me queda á quien querer sino á Dios, ni más amparo que el socorro que me da el rey, que me proporciona el pan, pero no la dicha para siempre perdida!

—¡Desventurado!—repitió enternecida su tía.

—Dice usted bien, desventurado y no pobre, que no me abruma la pobreza, que en ella nací y me crié, y la quiero como á madre; lo que me abruma es la soledad, que se asemeja á la muerte, y el estar ocioso, que es como estar paralítico.

—¡Esos ojos tan hermosos! y no se les conoce mayormente la ceguera; si no fuese porque están parados como los de los santos de bulto, no se diría que eres ciego. ¿Y no tiene tu ceguera remedio, Vicente?

—No, señora; ninguno.

—¡Qué desgracia!

—Más suerte tuvo el compañero que murió, pues á mí, ¿de qué me sirve la vida sin vista, y sentado en un campo santo!!

—Estamos de más las criaturas en el mundo; y por eso hay tantas muertes que nos diezman,—observó la buena mujer.—Si hubieses estado aquí este verano pasado, cuando de sopetón se nos entró el cólera por las puertas, ¡ay, hijo, qué aflicción! En el barrio bajo se cebó. Con un día por medio se llevó al tío Curro y á su mujer: á Rosa fué á la que, á pesar de la asistencia que tuvo á sus padres, no le dió. ¡Pobrecilla, lo que pasó entonces, y qué aflicción tan grande fué la suya! Quedaba sola y desamparada y en el mayor desconsuelo. Entonces se volvió á presentar don Próspero de pretendiente; pero Rosa se mantuvo firme en no casarse con él. Como tiene unas manos de costura, que no cose sino que pinta las cosas, una usía muy considerable, una dama de la Señora Infanta, á la que cosía, se la llevó consigo de doncella á Sevilla, donde dice lo pasa grandemente, muy estimada de su señora, y como es tan preciosa y tan fina que parece que se ha criado en pañales de Holanda, dicen que tiene más pretendientes esa rosa que abejas las de los jardines.

Vicente suspiró profundamente.

—¿Le has mandado á decir que estás aquí? —preguntó su tía.

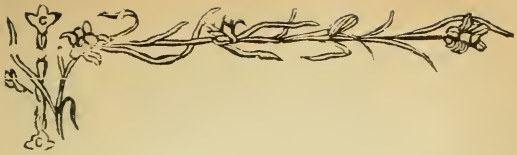
—Yo no, ¿á qué?

—Verdad es; sólo le darías un pesar, porque te quería bien; dígalo don Próspero, que decía que le habías dado hechizos, porque heredó un millón, ó una multitud ansina, y ni por esas consiguió que consintiese Rosa en casarse con él.

—¿Con que heredó? ¡Qué suerte!

—¡Toma! tiene más plata que lo que pesa, y se ha hecho un avariento de los que hasta al agua del pozo echan la llave, y tan ansioso, que es capaz de comerse la omnipotencia de Dios hecha pan. Está más feo que *de nantes*, con sus patas de alcarabán, su pescuezo de botella y su cara de esquina, tan triste y tan confusa, que parece principio de un pleito y fin de una historia.

—¿Y á qué le sirven sus riquezas, si Rosa no le ha querido? No se las envidio,—dijo Vicente.



CAPITULO VIII

LA DICHA Y LA SUERTE

ALGUNOS días después estaba Vicente más abatido aún, sentado en el cuarto de su tía cerca de la ventana, donde recibía sobre sus rodillas un rayo de sol que sentía sin verlo.—Su tía estaba barriendo la habitación, cuando asomó una chiquilla de la vecindad, que la llamó de parte de su madre. La buena mujer salió, y al cabo de un rato volvió á entrar.

Seguíala de puntillas una joven rubia y blanca, primorosamente vestida, que de lejos se puso á considerar á Vicente, caidas sus manos, que cruzaba y torcía hacia fuera con un gesto de amargo desconsuelo, mientras su dulce y lindo rostro expresaba el más tierno interés y el más vivo dolor.

—¿Viene usted sola, tía?—preguntó Vicente.

—Sí, hijo; ¿por qué me lo preguntas?

—No sé; pero siento como si hubiese otra persona en el aposento.

—No, hijo; estamos solos.

—¡Solos!—repitió con profundo acento de tristeza el pobre inválido;—¡pero, cómo lo extraño, si es estarlo mi sino!

—Vamos, hombre, no pierdas los ánimos, que Dios está siempre en el mismo lugar y nos manda consuelos cuando menos los esperamos. Si me quieres complacer, hombre, cántame el romance que has compuesto, y que cantabas anoche.

—¡Tía: no tengo ánimo para cantar!

—Anda, anda, que quien canta su mal espanta; y me complaces á mí.

Entonces el ciego cantó con entonación apagada y melancólico acento, este cantar que había compuesto:

¡Mes de Mayo! ¡mes de Mayo!
Cuando los recios ardores,
Cuando los toros son bravos,
Los caballos corredores,
Y la cebada se siega,
Los trigos toman colores;
Cuando los enamorados
Obsequian á sus amores;
Unos les regalan frutas,
Otros les regalan flores;
Yo, pobrecito de mí,
Estoy en negras prisiones,
Sin saber cuándo es de día,
Sin saber cuándo es de noche,
Sino por callar las aves
Tristes, cuando el sol se pone.

¿Qué importa que la calandria,
El ruiseñor y el jilguero
Canten para consolarme,
Si para mí no hay consuelo?

Mientras cantaba, corrían abundantes lágrimas por las mejillas de la joven, que parecía recoger cada una de las palabras que salían de los labios de Vicente, como una rosa las gotas del rocío de la triste noche.

Cuando concluyó hubo un rato de silencio.

—¿Quién sabe,—dijo al fin su tía á Vicente,—cuando llegue á saber Rosa tu venida, si se acordará de la palabra que te tiene dada?

—Señora: ¡quiere usted callar!—repuso su sobrino.—La palabra se la dió á un hombre con vista, que podía mantener sus obligaciones, pero no á un ciego que sólo sirve de estorbo en el mundo.

—¿Y si tú la hubieras hallado ciega, Vicente, no te hubieras casado con ella?—preguntó su tía.

—Yo me hubiese casado con ella muda, ciega y sorda,—respondió Vicente;—pero eso es diferente, porque los hombres son los que mantienen á las mujeres.

—Pues sábete que Rosa con su tijera y su aguja es capaz de mantenerte á ti y á una docena de hijos que os deparase Dios.

—Señora: días pasados daba usted por de contado, y hacía bien, que Rosa, que es una

prenda digna de un Infante de Castilla, no podía hacer el despropósito de casarse conmigo.

La joven hizo un movimiento para acercarse al ciego, pero se contuvo merced á una seña que sonriendo la hizo la buena anciana.

—Pues si no es á Rosa,—dijo á su sobrino,—no te faltará á quien querer.

—Sí me faltará á quien querer,—repuso éste,—pues no puedo, ni podré jamás querer sino á ella. Y lo que es á mí, ¿quién me había de querer?

—Pues yo sé quien te quiere.

—La tierra, que nos quiere á todos. ¿Quién había de querer á un desvalido, á un hombre que no puede servir para nada?

—¿Quién? Quien bien ama y nunca olvida,—exclamo de repente la joven acercándose y pasando su brazo alrededor de la cabeza del pobre ciego, como para posesionarse de ella.

—¡Rosa!—exclamó Vicente—apretando entre sus manos con pasión un pedazo de la falda de su vestido.—¡Rosa!—repitió con angustia,—¡ay de mí! que no te veo!

—No le hace, con tal que me quieras.

—¿No te lo dije?—intervino su tía;—¿no te lo dije, Vicente, que no te faltaría quien te quisiese? Un arbolito con tantas raíces, ¿quién lo arranca ya?

—¡Rosa!—exclamó Vicente con ahogada voz.

—No me llames Rosa,—le interrumpió ésta,—llámame Amparo, como se llamaba mi madre; ¡tu amparo!

—¡Es un despropósito el que ahora te quieras casar conmigo!

—¿Este es tu sentir?, pues te dejaste por esos mundos de Dios el cariño.

—¿Vas á rechazar una buena suerte por la miserable que á mi lado te espera?

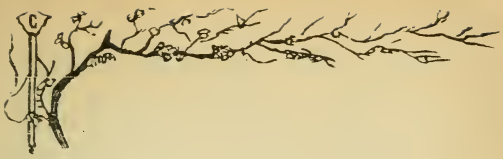
—Sí, Vicente, sí.

—Piénsalo.

—Lo tengo pensado mucho ha, y hasta mi padre decía lo que pensado tengo.

—¿El qué?

—Que más vale dicha que suerte.



EPÍLOGO

Algunos años después de lo referido se veía por las calles de San Lúcar á un hombre pulcra y aseadamente vestido, de muy buena figura, de cara risueña, de ojos bellísimos, pero sin vista, que un precioso niño de cinco años conducía por la mano, y á quien todos querían y saludaban cordialmente.

El Jueves Santo se sentaba á la puerta de una iglesia y con una bellísima voz cantaba la Pasión del Señor y las saetas con sus extrañas, tristes y solemnes modulaciones; cayendo en el sombrero que en la mano tenía las dádivas de la caridad, abundantes en estos días en que celebra la Religión su apogeo. Por Navidad, el mismo hombre iba á las casas, siempre acompañado por el niño, que entonces unía su vocecita fresca é infantil á la sonora y robusta voz de su padre, para cantar, acompañándose con la guitarra, las tiernas y alegres coplas de Nochebuena.

Era acogido en todas partes con la alegría de esa santa fiesta, y regalado con la abundancia que, con nombre de aguinaldos, esparce la caridad en señal de regocijo en estos días. Lo demás del año vendía billetes de lotería.

Solíase encontrar con don Próspero, que estaba más flaco y más amarillo que antes, porque su genio apocado y poco propio para manejar un caudal le daba cuidados que no eran compensados por satisfacciones ni goces. Siempre mirando al cielo, por ver si se mostraba propicio á las necesidades de sus cosechas; siempre atemorizado con la baja de los mostos; siempre apurado con el aumento de las contribuciones, con las obras de las fincas y atrasos en los pagos de inquilinos, y sin poder olvidar á Rosa, era un hombre muy desdichado á pesar de su dinero.

Cuando encontraba al pobre ciego tan contento y alegre le decía:

—¡Qué suerte tienes, Vicente!

—No, señor,—contestaba éste,—no tengo suerte, eso quien la tiene es usted, don Próspero; no tengo *suerte*, pero tengo *dicha*.

LA NOCHE DE NAVIDAD

LA NOCHE DE NAVIDAD

Esta noche es Nochebuena
Y no es noche de dormir,
Que está la Virgen de parto,
Y á las doce ha de parir.

Era una nublada y fría noche de Diciembre, tranquila en su crudeza, silenciosa en su oscuridad. El firmamento parecía cerrar los ojos, y la naturaleza doblar la cerviz, vencidos por el rigor del frío. Una partida de soldados había llegado tarde á cierto pueblo en que sólo debían descansar algunas horas, y después proseguir su marcha hacia un puerto de mar en el cual debían embarcarse para América.

El oficial que la mandaba, al retirarse á su alojamiento, notó una animación extraña en un pueblo tan quieto, y más á esa hora. Aunque no distinguía bien los objetos, por la oscuridad completa en que estaban las calles, notó que se arremolinaba un grupo numeroso en la esquina de la plaza. El oficial

se dirigió hacia allá sin ser notado. ¿Qué podría ser? ¿Qué se intentaba? Lo raro era que los conspiradores, caso que lo fuesen, eran, como notó el oficial al acercarse, sumamente pequeños, y hablaban sumamente recio.

—En *cá* de tía Belem hay zambomba, —dijo uno en voz perentoria.

—En *cá* de tía Beatriz hay zambomba, pandereta y palillos, — dijo una vocecita de tiple, clara como un pito.

—Y en *cá* de tía Belem hay tortas,—repuso con energía la voz anterior.

—Y en *cá* de tía Beatriz buñuelos y mistela,—contestó el tiple con brío.

—¡Pues vamos allá! — gritaron todos en coro.

Y el grupo voló como una bandada de gorriones.

La tía Beatriz era una viuda sin hijos, de buena edad y mejores proporciones, muy buena, muy primorosa, muy caritativa y muy dada á las cosas devotas. Vivía sola con una *vieja* que le servía de *moza*. Esta vieja, que tenía un genio de vinagre no aguado, se llamaba la tía Pavona, porque su marido había tenido por nombre el tío Pavón. Como la lengua española marca clara y perentoriamente los géneros femeninos y masculinos con la *a* y la *o*, habíanle colocado una *a* al

fin del apellido para significar con este distintivo que la persona así nombrada pertenecía al bello sexo, terriblemente degenerado en esta ocasión, porque la tía Pavona, que era chica, delgada, apergaminada, bisoja y negra como un cisco, podía darle un susto al miedo.

La bandada de gorriones había llegado en casa de la tía Beatriz, que estaba llena de bote en bote.

—Ea, largaos, que no se cabe, fuera la polilla.

Este fué el cumplido con que fueron recibidos por la amable tía Pavona, que á la sazón se hallaba en el zaguán, añadiendo aceite al farol, al que soñoliento se le iban cerrando los ojos. Los recién llegados no hicieron caso ninguno, ni se dejaron intimidar.

—Cuela tú, Juanillo,—dijo al oído del mayorcito la voz del tiple, que bajó al suave susurro de un céfiro, mientras se empinaba mirando con curiosos y alegres ojos hacia lo interior de la sala, de donde salía un balsámico olor de hierbas aromáticas, un brillante resplandor de luces y un alegre són de zambomba, pandereta y cantos.

Juanillo se escurrió de entre las manos de la tía Pavona, que le quería retener, se deslizó por entre las piernas de los hombres como una anguila, y los demás lo siguieron

fácilmente, como si hubiesen estado untados de jabón.

—¡Malhaya vuestro pelo, sabandijas del demonio, gurrapatos del mismísimo Lucifer! — gruñía la tía Pavona.—¡Por el ojo de una aguja son capaces de colar! Donde pueden estorbar ahí están ellos, es decir, en todas partes. ¡Qué plaga de *Gito!* ¡Que no se quedasen para descanso del mundo en las mientes del Señor!!!

—¡Válgate Dios, tía Pavona! — dijo la viuda, que acertó á pasar por allí. — Déjelos usted. ¿No sabe usted que hoy es la fiesta de ellos, hoy la santa Nochebuena?

—Su fiesta es la de todos los días del año, —contestó la tía Pavona. — ¿En dónde, por ventura, no meten esos gusarapos sus pestiños? ¡Dios los bendiga! ¡Comegén! ¡Langosta! ¡Jesús y qué bien vendría otro Herodes!

—Tía Pavona, que entren todos; que el Niño Dios los quiere alrededor de sí.

Cuando entraron los niños en la sala, tan embalsamada, tan iluminada, y vieron el hermoso Nacimiento colocado en ella, una inmensa alegría inundó sus corazones. Pero ¿quién es el que ha visto un Nacimiento y no la ha sentido? ¿Quién no se ha hallado como en su casa, en su propiedad, en aquella naturaleza fantástica de corcho y papel engomado, con sus oscuras cuevas, en que ora

ante un Crucifijo un santo ermitaño, gracioso y sencillo anacronismo, como lo son el cazador que en una selva de matitas de romero dispara un tiro á una perdiz posada en la torre de una ermita como una cigüeña, y aquel contrabandista con su manta y su sombrero gacho, que con una carga de tabaco se esconde tras de una roca de papel, para dejar libre paso á los tres Reyes que por las altas cumbres de esos Alpes de corcho caminan en toda su gloria?.. ¿Quién no siente un placer inexplicable al ver pasar aquel borriquito cargado de leña por un soberbio puente de cantería de papel?.. ¿Y aquel pradito de bayeta verde desmenuzada en que pacen tan tranquilos y tan blancos aquellos corderitos? ¿No os da frío aquella escarcha tan bien imitada con arenilla de acero? ¿No os da gana de calentaros aquella hoguera tan coloradita que encienden los pastores para calentar al Niño? ¿Quién no se afana por descubrir debajo de los cristales que figuran tan bien un río helado, los peces, las tortugas, los cangrejos que están con toda comodidad sobre el cauce de dorada arena, trastornando en sus tamaños respectivos los que les atribuyen los naturalistas? Vese aquí un cangrejo, por cuyas tenazas puede pasar una anguila, su vecina, como por el ojo de un puente; aquí un ratón colosal, mira con aire de Matamo-

ros á un diminuto y pacífico gatito; más allá un borrico disputa con una liebre sobre el grandor de sus orejas, que son del mismo tamaño; un toro se ve en igual contienda en punto á cuernos con un caracol, y un fornido pato no quiere ceder la primacía á un cisne raquítico. Y estos pájaros de todos colores, que alegran los intrincados bosques de ramas de lentisco, que forman el fondo de este cuadro encantador, ¿no os parecen acaso acudir de las cuatro partes del mundo? ¿No os alegra ver bailar á los pastores? Y, sobre todo, ¿no adoráis enternecidos el divino misterio contenido en aquel portalito con su techo de paja, y en el fondo su aureola ó gloria de luz? Nosotros lo decimos francamente, en aquella santa y alegre noche todo nos parece vivir y sentir: aquellas figuritas de barro hechas por torpes manos, puestas allí con tanta buena fe y tanta devoción, nos parecen animarse y recibir alma, de la alegría y entusiasmo que reinan. La estrella que guía á los Magos, ese oropel y cristal, se nos figura flamígera, y arrojar resplandores. La aureola que circunda el pesebre en que yace el Dios hecho hombre nos parece brillar, no por las luces que trasparenta, sino con un brillo del cielo, con los rayos del sol. Las zambombas, panderetas y cantos nos son tan simpáticos y tan gratos como si fuesen los ecos de los que en

aquella dichosa noche hicieron resonar los pastores.

¿Puede acaso darse una fiesta más alegre, más sencilla, más tierna, y al mismo tiempo más elevada? El nacimiento de un niño en un portal abandonado, y celebrado por pastores; la inocencia, la pobreza, la sencillez, primeras bases del magnífico edificio del Cristianismo. Así, ¡cuánto no celebran los niños y los pobres esta fiesta! Traen á Dios lo que más le complace: la inocencia, la fe y el amor. ¡Oh noche, bien denominada *buena*, más alegre que el Carnaval, y santa como la semana que lleva este nombre!

El cómo entiende y siente el pueblo esta fiesta, hasta qué punto está instruído de ella, y cómo la explica, lo probarán algunos de los cantos de Nochebuena que aquí transcribiremos, escogiendo al acaso entre los muchos que hemos recogido. La sencillez en el modo de expresarse da á estas composiciones un sello de puro candor y de inimitable *genuinidad;* tienen una buena fe que conmueve, y aun literariamente un gran valor, que no está al alcance de todos. Día llegará, no nos cansemos de repetirlo, en que en España, como en los demás países de alta cultura, se aprecien estas composiciones populares como se buscan las fuentes de todo río.

Cuando los niños entraron, cantaba una muchacha:

Cuando el Eterno se quiso hacer niño,
Le dijo á un ángel con mucho cariño:
«Anda, Gabriel, vete á Galilea,
Allí verás una pequeña aldea:
Es Nazaret su gracioso apellido;
Junto á una casa hay un ramo florido;
En esa casa, que de David viene,
Hay una niña que quince años tiene;
Está casada con un carpintero,
Y aun cuando es muy pobre, así yo la quiero.
Dile que quiero en ella hospedarme,
Y en su seno puro tomar cuerpo y sangre.»
Fué el santo Angel bebiendo los vientos
Hasta llegar al humilde aposento,
Y cuando vió á la hermosa María,
Le ha dado el encargo con que Dios le envía.
«¡Dios te salve,—dice con gran alegría,—
Dios te salve, reina y dichosa María!
El Señor es contigo y bendita tú eres,
Unica escogida entre las mujeres,
Y bendito el fruto que has de dar á luz,
El rey de los cielos y tierra, Jesús.»

Acabado este canto, cantado en su tonada propia, se cantaron los villancicos y las canciones, en que una voz cantaba una de tantas infinitas coplas ó sabidas de memoria ó improvisadas, y todas las voces se unían en el estribillo, al mismo tiempo que una pareja de niños bailaba ante el Nacimiento. Cada vez que concluía una copla, los dos niños

que habían bailado se acercaban con sus mejillas encendidas y sus brillantes ojos al retablo, y abriendo sus bracitos, se arrodillaban y exclamaban:

—¡Por ti!

No es posible explicar el sentimiento tan profundo y tierno que despierta esa sencilla exclamación: *¡Por ti!*

¿Y qué significa esa frase: *por ti?*

¿No lo habéis comprendido? Será porque la veis fríamente estampada sobre el papel. Pero si la hubieseis oído de aquellos labios fervientes é infantiles, si hubieseis observado en aquellos expresivos y animados ojos el sentimiento que la dictaba, hubierais conocido, como nosotros, que decía *por ti* nuestra alegría, *por ti* somos cristianos, *por ti* somos felices, *por ti* seremos salvos, *por ti* laten nuestros corazones, *por ti* cantan nuestros labios, *por ti* queremos vivir, *por ti* queremos morir. Todo, todo, *por ti*.

Cantábanse estas alegres coplas:

Ha nacido en un portal
Llenito de telarañas,
Entre la mula y el buey,
El Redentor de las almas;—
Y dijo Melchor:
Toquen, toquen esos instrumentos,
Y alégrese el mundo, que ha nacido Dios.
Esta noche nace el Niño
Entre la paja y el hielo:

¡Quién pudiera, Niño mío,
Vestirte de terciopelo!
En el portal de Belén
Hay estrella, sol y luna:
La Virgen y San José
Y el Niño que está en la cuna.
En Belén tocan á fuego,
Del portal sale la llama;
Es una estrella del cielo,
Que ha caído entre la paja.
Yo soy un pobre gitano
Que vengo de Egipto aquí;
Y al Niño de Dios le traigo
Un gallo quiquiriquí.
Yo soy un pobre gallego
Que vengo de la Galicia,
Y al Niño de Dios le traigo
Lienzo para una camisa.
Al Niño recién nacido
Todos le traen un dón;
Yo soy chico y nada tengo:
Le traigo mi corazón.

En este momento se oyó la voz de la tía Pavona, cancerbero de la casa, que bregaba á brazo partido con una nueva bandada de gorriones invasores, pero con el mismo mal éxito que la vez anterior, pues por entre el grupo de hombres que de pie estaban á la entrada de la sala, se vieron asomar simultáneamente cabecitas de niños, cuyos cuerpos no se sabía si existían, de tal suerte se habían encogido y embutido entre las capas de los hombres, de manera que imitaban á lo vivo

las de los angelitos que adornan con tan linda profusión los grandes retablos de gusto y estilo churrigueresco.

—¡Un sarampión! ¡un sarampión! — gritaba la declarada enemiga de los niños.—¡Y qué bien que nos vendría un sarampión! Desde que dieron con la *vajuna*, el demonio que pueda parar en el mundo; ni uno se muere! ¿Dónde vamos á parar? ¡Esto es un loqueo!

Los hombres, que oían regañar á la tía Pavona, se pusieron á cantar:

Una pandereta suena,
Yo no sé por dónde va,
Camina para Belén
Hasta llegar al portal;—
Y dijo Gaspar:
Que por buena que sea una vieja
Ni el mismo demonio la puede aguantar.

Restablecida un poco la calma que esta invasión de infantiles conquistadores había producido, se apareció el alcalde, precedido de una soberbia barriga, y seguido por un humilde alguacil llamado Florín.

El alcalde había sido compadre del marido de Beatriz; era viudo como ella, y había tiempo que andaba empeñado en que ambos de un golpe dejaran de serlo. Pero no había que pensar en que Beatriz mudase de estado. Habríase Beatriz dejado arrancar el corazón

antes que su estado de viuda; no porque aborreciese á los hombres, ni le pareciera mal el estado de casados, sino porque el de viuda le parecía preferible á todos, más tranquilo que ningún otro, y más cercano á la perfección á que aspiraba. El alcalde era un Creso de pequeñas dimensiones. Tenía cuatro yuntas de bueyes, un olivar, casa propia, y labraba un rancho á parcería con la viuda. En cuanto á Florín, era amigo íntimo de la tía Pavona; y como los muchachos lo molían y perseguían terriblemente á causa de su extraña figura, las largas conversaciones de estos dos amigos hallaban inagotable pábulo en murmurar y renegar de cuanta criatura viviente bajaba de veinte años.

Después que el alcalde hubo bebido un trago de mistela que le ofreció la dueña de la casa, le suplicó que cantase.

Esta, que poseía muy buena voz, y tenía un placer en cantar cosas santas, consintió desde luego, y habiendo los demás vuelto á coger la pandereta y zambomba para acompañarla, empezó á cantar así este villancico:

Pues la noche está fría
Y está serena,
Canten los villancicos
de Nochebuena (*bis*).
El Niño ya ha nacido;
Venid, pastores,

No le temáis al frío
Ni á sus rigores (*bis*).
A un portalito pobre
Se han retirado,
Donde el buey y la mula
Lo han albergado (*bis*).
En ese portalito
Su cama ha sido
Una poca de paja
Que han recogido (*bis*).
Aunque en Belén te vea
Tan pobrecito (*bis*),
Te creo Rey poderoso,
Pero muy rico;
Que á conquistar bajaste
Todas las almas,
Pero sin armas (*bis*).

Las mujeres cantaron en seguida estas coplas:

La Virgen lava pañales
Y los tiende en un romero,
Los pajaritos cantaban,
El agua se iba riendo.
La Virgen lavando estaba
Las pobrecitas mantillas,
Y San José las tendía
Al sol, en las maravillas.
Mientras cortaba la tela
Y hacía las camisitas,
¡Cuántas lágrimas de amor
Corrían por sus mejillas!

Entró á la sazón un pastor, pariente de Beatriz, con su zamarra, sus alforjas, su chi-

vata. Venía del campo, como lo atestiguaba el olor á tomillo de que estaba impregnado. No bien entró, cuando le dijeron que dijese una relación, lo que hizo sin hacerse de rogar, y fué ésta:

¡Alegría, alegría, alegría!
Que ha parido la Vírgen María,
Sin dolor ni pena,
A las doce de la Nochebuena,
Un infante tierno,
En la fuerza y rigor del invierno.
Y los angelitos,
Cuando vieron á su Dios chiquito
Metido entre pajas,
Le bailaban haciéndose rajas.
Se asombra el ganado;
Los pastores bajaron al prado,
Y ven de repente
Unas luces muy resplandecientes,
Y luego, al momento,
Por quitarse de ese pensamiento
Si era cosa mala,
Un mocito de aquéllos con alas
Les dice: «Zagales:
Arrimaos aquí á estos portales;
Ninguno se asombre,
Que esta fiesta se hace por el hombre.»
Con este consuelo
Los pastores bajaron de un vuelo.
Llegan al establo,
Y en él de los cielos hallan un retablo:
En un pesebrito
Ven á un niño con su refajito:
Y por todos lados
Angelitos ven arracimados,

A la dulce Madre,
Y á su esposo, que nunca fué padre.
Ven dos animales
Recostados sobre los umbrales:
Pidiendo licencia,
Se entraron con gran reverencia:
Llegan á la Virgen,
Se arrodillan, y humildes le dicen:
«Señora del cielo:
¿Cómo á Dios ahí tenéis por el suelo?
¡Misterio profundo!
En buen hora paristeis al mundo.
Mi Niño, no llores,
Que nos quemas con agua de amores (1).
Adiós, gran Señora,
Padre Pepe, adiós por ahora,
Que vamos á casa
A ofrecéroslas todas sin tasa.
Adiós, mi Niñito,
Descansad, y dormid un poquito.
Adiós, señor buey:
Señor mulo, con Dios os quedéis.»
Y así van saliendo
Los pastores, y á Dios bendiciendo.

—¡Otra! ¡otra!—clamó el auditorio á una voz.

—¡Otra, tío Gaspar! ¡Así Dios os dé salud! ¡Tía Pavona, un vaso de mistela á Gaspar, que trae tanto frío como sed! —gritó el alcalde.

---

(1) ¿Qué poeta calificó jamás más bellamente las lágrimas?

—Toda la mistela se la ha dado la tía Pavona á Florín, — chilló una voz de tiple, que salió de un grupo de niños sin editor responsable.

—Es muchísima mentira, — dijo con su agria voz la tía Pavona, apareciendo en medio del cuarto con un vaso de mistela en la mano, y echando con sus desaparejados ojos furibundas miradas hacia el grupo de niñas.

Las muchachas, que estaban muertas de risa, cogieron la pandereta y se pusieron á cantar:

Francisca: por tu tejado
Va subiendo una culebra.
Madre: cómo pica el sol!
—Más pica una mala lengua.

—¡Burlarse de las canas! ¿Quién vió eso? —decía furiosa la tía Pavona á su amigo Florín.

—El mundo anda perdido, —contestaba éste.

Entre tanto, Gaspar había bebido su vaso de mistela, y recitaba la relación pedida:

Hacia Belén caminando
Iba una niña preñada,
Montada en un jumentillo,
De un anciano acompañada.
«Vamos, vamos de prisa,
Porque ya la noche viene
Y quizás no encontraremos
Casa donde nos alberguen.

Abre, abre, mesonero,
La puerta de tu mesón,
Que está María de parto,
La traigo en el corazón.»
Salió al punto el mesonero
Diciendo: «¿Quién es quien llama
Con tanta prisa á mi puerta
En una hora tan mala?»
«Yo soy,—le respondió el santo,—
Que vengo á pedir posada
Para un pobrecito anciano
Y una doncella preñada.»
El mesonero responde:
«Vaya San José con Dios,
Que yo no quiero esta noche
Más ruido en mi mesón.»
«¡Ay! Danos albergue,
Hazlo en caridad.
¡Que el vernos tan pobres
Te mueva á piedad!»
«No doy posada ninguna
Si no me aprontan la paga;
Que con recoger á pobres
Mi bolsa no gana nada.»
El mesonero era tuerto,
Y al cerrar el aldabón
Se le saltó el otro ojo,
Que fué castigo de Dios.
Y bien merecido,
Por tan temerario:
Ya puede vender
Coplas y rosarios.

En este instante sonaron las Ánimas. Sucedió á la alegre algazara un profundo silencio. Se pusieron todos en pie, y los hombres se quitaron los sombreros.

En esta hora, que la Iglesia dedica á las ánimas, los católicos unen sus oraciones á las de su santa Madre, y un clamor unánime y universal en el orbe católico llega al trono de Dios, cual una humilde intercesión que el Señor de la misericordia no desatiende. Este santo recuerdo que la Iglesia ha instituído es eterno, como todo lo suyo; vence al poderoso tiempo, destruye el ingrato olvido, y todo muerto católico deja en la tierra miles de hermanos que oran por él. Beatriz, como dueña de la casa, dijo en voz alta la siguiente oración, que fué seguida de la dominica (1):

Ánimas benditas fieles,
Que en el Purgatorio estáis,
Tremendas penas pasáis
Y tormentos mil crueles!
El Señor que os redimió
Tenga por bien el llevaros
A la gloria que os ganó.

No parecía sino que la campana de la iglesia, al imponer con su grave voz silencio, había tenido dos fines para hacerlo, y que después de implorar el socorro espiritual para los vivos, dando lugar con la repentina suspensión de la alegre algazara á que lle-

(1) Llámase así el Padre nuestro por dirigirse á Dios, porque dominico es lo perteneciente á señor ó amo.

gase á oídos de todos, apenas hubieron concluído la oración, un quejido.

¡Dios mío! ¿A quién no estremece un quejido? ¡Un quejido, que es un llamamiento á la humanidad! ¡Un quejido, que es á veces el triste desahogo de la mansa resignación, á veces el desatinado gemido de la angustia, á veces el brote de la desesperación, y á veces el estertor de la muerte! ¿Qué corazón no saltó en el pecho que le encierra al oir un quejido? ¿Qué alma no se estremeció, y qué voluntad hubo bastante inerte para no prestarle socorro? ¿Qué corazón de hierro hay que un quejido no hiera como un cuchillo, que no atraviese como un puñal?

El primer quejido que se oyó, débil y plañidero, dejó á todos suspensos y como aterrados, porque el contraste de las sensaciones que experimentaron los que participaban de aquella alegre fiesta, en aquella tibia é iluminada estancia, al oir el triste quejido que les llegaba de fuera, en donde reinaba la noche tan fría y tan oscura, era demasiado grande, la sacudida que les causaba demasiado fuerte para que no turbase al pronto sus ideas y suspendiese sus facultades. Pero al oirse poco después el segundo, todos simultáneamente se lanzaron hacia la calle. La primera fué la buena viuda, á quien siguió de cerca el Alcalde. Pocos pudieron

imitarlos, porque apenas había salido Beatriz, cuando volvió á entrar con un niño en los brazos.

Quien conozca la caridad de las mujeres en general, y de las españolas en particular, sobre todo si ésta se ejerce sobre un ángel de Dios desvalido, podrá figurarse la manera con que todas las que allí se hallaban rodearon á la viuda, y las exclamaciones de lástima, de cariño y de dolor que como un coro santo saludaron á la abandonada criatura. En cuanto á Beatriz, lloraba á lágrima viva; abrigaba con su latiente pecho al arrecido y desfallecido expósito, calentaba sus yertas manitas con su aliento y acercaba sus piececitos al brasero. Las mujeres se afanaban en prestar mano á la buena obra: una traía de la cocina un poco de caldo, la otra un poco de vino, y aquel pobre niño, bajo la influencia de esos cuidados simpáticos, iba reviviendo; el calor volvía á hacer circular activa su sangre; por fin abrió sus ojos, y miró con asombro cuanto le rodeaba, y prorrumpiendo en llanto, dejó caer su cabeza sobre el seno de Beatriz, llamando á su madre. Tendría la pobre criatura abandonada sobre dos años; traía puesto un capisayito de bayeta color de castaña, y en la cabeza una marmotita de punto de lana encarnada, todo pobre y raído.

No era el niño del lugar; allí nadie abandonaba sus hijos. Había su madre de ser transeúnte, y haberse alejado tan luego como allí expuso al niño. Es imposible que las personas más cultas y delicadas discurriesen más consuelos y más halagos que los que fueron puestos en juego para consolar á la pobre criatura. ¡Tan cierto es que la verdadera delicadeza es hija de la bondad y tiene su fuente en el corazón! No obstante, nadie logró mitigar la angustia y el dolor de aquel niño infeliz, cuya madre no respondía á su llamamiento; nada pudo borrar en su acongojado ánimo la extrañeza y repulsa que le inspiraban las caras extrañas de que se veía rodeado: quien lo logró fueron los demás niños. Este mondándole una castaña, el otro dándole un bizcocho, un tercero enseñándole una muñeca, y cuando la consabida voz de tiple se acercó, y pasándole sus manitas por las mejillas, le dijo: «Misi gatito, pan con ajito, etc.», las lágrimas se secaron, y la sonrisa se asomó á los labios que poco antes gemían en espantosa congoja. Con la del niño volvieron todas las sonrisas á todos los rostros, y más bellas y alegres que antes, porque en ellas brillaba la santa satisfacción que comunica al hombre la buena acción que se ha hecho; porque, digan lo que quieran los pesimistas, pinten como solo fruto del bien

en este mundo la ingratitud y la injusticia, la mala interpretación y á veces hasta el ridículo, no hay tal, no hay tal: el bien que se hace trae, aun en este mundo, su recompensa interna y externa; el que diga lo contrario es porque ha hecho poco bien en su vida. Uno de los hombres más caritativos que hemos conocido, y que toda su vida esparció alrededor suyo el bien, como el labrador esparce el trigo al sembrarlo, solía decir: «Muchos se quejan de la ingratitud, y yo me quejo de la gratitud que me persigue é importuna.» Este hombre era el padre de quien escribe estas líneas. Perdónesele el santo orgullo que le mueve á nombrarlo, al esparcir las ideas y sentimientos que inculcó á sus hijos. ¡Oh, caridad, virtud de las virtudes y placer de los placeres! ¡Tú, que eres tan buena, que en todos los corazones te introduces, aun en aquellos que te despiden de palabra, no nos abandones nunca! Santa caridad, ¿qué sería el mundo sin ti?

—¿Cómo te llamas? —preguntaba Beatriz al niño, que todos seguían rodeando.

—Memé, Memé,—respondió el niño.

—Eso es que se llama Manuel, Manuel, —gritaron las mujeres.

—Comadre, ¿y qué va usted á hacer con ese niño? —preguntó el Alcalde.

—¿Y qué he de hacer?—contestó la buena

viuda.—Quedarme con él, ampararlo, prohijarlo. ¿No ve usted, compadre, que ese niño que en esta santa noche aquí á mi puerta lloró de desamparo, de hambre y de frío, me le envía el Niño Dios? ¿Había de cerrarle mi puerta? ¿Había de desentenderme del llamamiento? ¡No lo permita el Señor!

Y tomando al niño por la mano, con esa santa exaltación que inspiran los sentimientos religiosos, se acercó Beatriz al Nacimiento.

—Señor—dijo:—tú me lo envías; por ti le prohijo, por ti le seré madre, por ti hago esta obra de misericordia, *por ti*, *por ti*.

—¡Bien hecho! ¡Bien hecho, Beatriz!—gritaron en coro las mujeres.—Dios te premiará tu buena obra, mujer; que quien bien hace, para sí hace.

Cuando dijimos que todas las caras sonreían, dijimos mal; porque una había que, lejos de prestarse á hermosearse con esta gala del rostro, se había encapotado más de lo acostumbrado; era ésta la de la tía Pavona, que decía á su amigo Florín:

—¡Habráse gran picarona la que así haya abandonado á su hijo! Amigo: no tenerlos; pero si se tienen, que cada cual cargue con su cruz. Pues qué, ¿no hay más que echar hijos á puerta ajena? ¡Tunantona! ¡Rufiana! ¡Hereje! ¿Si se habrá figurado esa judía que

esta casa es la Inclusa? No, no; en esta casa no se quieren ruidos. ¡Niños..! ¡De ellos nos libre Dios! ¡Con que los propios son, y no son más que pesadumbres! Dos tuve, me harté de criarlos, me *destuetanaron*, Florín, y cuando fueron mozos, se los llevó el Rey, y los franceses de Napoleón -- ¡malditos sean!—me los mataron; de manera que después que les di todo mi calor, no tengo en mi vejez la calor de nadie, y tengo que servir, en lugar de tener quien me mantenga en mi casa.

Pero al oir la perentoria declaración de Beatriz, de prohijar al pobre expósito, la tía Pavona se levantó erguida como Juno, fruncido el entrecejo como Júpiter, y, como Aquiles á su tienda, se retiró á su cuartucho, muy resuelta á quedar completamente extraña á la crianza del niño.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

EL DIA DE REYES

EL DIA DE REYES

SEGUNDA PARTE

Los tres Reyes del Oriente
Caminan con agua y frío,
Hasta llegar al portal
A ver al recién nacido.

Los Reyes Magos caminan
Guiados por una estrella,
Hasta llegar al portal
Donde hallaron la más bella.

Seis años habían pasado; y seis años en un niño traen extraordinarias mudanzas. El pobre expósito, que tan feliz amparo halló en casa de Beatriz, se había hecho un hermoso muchacho, que á la sazón contaba ocho años. Era tan bonito y había sido tan bien criado por su madre adoptiva, que era querido de cuantos le conocían, hasta de la tía Pavona, que aunque no dejaba de regañarle, porque el regaño le era anejo, como al suave arroyuelo su murmurio, se miraba en el niño como en un es-

pejo. Cuando Beatriz, gozándose en su obra, le recordaba lo mal que había recibido al pobre niño, la tía Pavona, por no dar su brazo á torcer, contestaba á su ama, que también era medio parienta suya:

—¡Sí, sí, cría hijos, cría hijos para el rey! ¡Sí, sí! Si hay una guerra con el francés, ya verás. Se te han de secar los ojos de llorar. ¡Hijos!... ¡Hijos no son más que pesadumbres!

La viuda, aunque había llegado á los cuarenta y cuatro años, se mantenía fresca, suave y serena.

El Alcalde había aún ensanchado un poco las pretinas de sus calzones; pero por más que había hecho, no había podido estrechar los lazos que le unían á su parcera, que no quería más parcería que la del rancho.

La pergaminosa tía Pavona no estaba ni más vieja, ni más flaca, ni más fea; porque desde que tuve la honra de presentárosla, no cabía en estas tres *antigracias* el *más*. Tampoco cabía el más en su amistad con Florín. Seguía ésta en su apogeo, dando un mentís á los pesimistas, que niegan la constancia en la amistad, y un triunfo á los optimistas, que la creen austera y pura, por íntima que sea.

Las fechas en que tuvieron lugar los sucesos que vamos refiriendo son bastante atrasadas para que aún se celebrasen las fiestas

religiosas y populares representando á lo vivo los hechos que solemnizan. No existían por entonces gacetilleros melífluos, de tan delicados órganos auditivos, que las zambombas y panderetas les causasen jaquecas, ni sábanas santas impresas y ambulantes que llevasen por todo el reino tan interesante noticia.

Entonces las zambombas y panderetas, que hoy día atacan los nervios de los gacetilleros, causaban á todos un sentimiento de placer y alegría; entonces éramos todos españoles, práctica y teóricamente; lo éramos de alma y de corazón, de costumbres, gustos y lenguaje; éramos hermanos, y no enemigos; no teníamos más que una bandera, una fe y una ley. Es cierto que no había *dandys*, *coquetas*, ni la profusión y riqueza de palabras francesas, con las que los periódicos de la capital ostentan su valor y adelantos en lo *fashionable;* pero enseñábamos entonces al mundo á vencer al coloso ante quien Europa doblaba la cerviz, y cada español sabía ser un héroe para defender la Independencia, el Altar y el Trono. Aprendiz ilustrado hay que está persuadido que desde entonces acá hay trescientos años, y que mira al noble vencedor de Bailén como un anacronismo.

El día en que volvemos á anudar nuestra relación era el de Reyes. Afanábase Beatriz

aquella mañana con algunas vecinas en vestir de ángel á Manolito.

Sobre un vestido ceñido al cuerpo de punto color de carne, le habían puesto una corta túnica blanca con mangas cortas y anchas bordadas de plata, sujeta en los hombros y pecho con broches de piedras. Rodeaba su talle un cinturón de plata; ceñía su cabeza una corona de rosas; en los pies llevaba unas sandalias con cordones de plata, y en la espalda tenía colocadas alas de brillantes plumas. Cuando estuvo vestido, lo llevó su madre á la iglesia. Allí se había puesto el misterio al pie del altar. La Virgen y San José eran dos hermosas efigies, y entre ambos estaba el recién nacido echado sobre paja. A cada lado se colocaba un niño vestido de ángel, de rodillas, con sus manitas cruzadas en señal de adoración. Como para esto se elegían entre los más bonitos y acomodados que había en el pueblo, uno de ellos había sido Manolito el de Beatriz, que reunía estas circunstancias. ¡Difícil hubiese sido el ver un cuadro vivo más lindo que el que formaban esos dos niños en adoración ante el Dios de los ángeles! No había ni un corazón frío, ni ojos secos en aquella santa fiesta. Entraron entonces gravemente muchos hombres vestidos de pastores, trayendo sus ofrendas al recién nacido, bailando luego al pie

del altar con movimientos lentos y graves; baile que causaba la extraña y ferviente sensación de devoción que causa la bellísima danza de los Seises en la Catedral de Sevilla, con su origen tan antiguo, su estabilidad tan respetable, su santa poesía y magnífica sencillez. Toda innovación se estrella contra aquel santo templo, como las olas del mar sobre una roca; el tiempo desgasta sobre ella su diente roedor; la impiedad se replega, baja su altiva cabeza y busca otro campo en que lidiar. ¡Salve, santo templo católico! Consérvete siempre España como su más preciosa joya, como su más santo tabernáculo, como el más grandioso panteón del más santo de sus reyes.

Siguieron á los pastores los más pudientes del pueblo, vestidos de Reyes Magos y montados sobre bien enjaezados caballos, y seguidos de su séquito. Precedíales una luciente estrella. Llegado que hubieron á la iglesia, se apearon. El primero que entró, representando un majestuoso anciano con barba y cabello blancos, se arrodilló ante el recién nacido, y ofreciéndoselo, le dijo:

—Os traigo incienso, como á Dios.

El segundo, que representaba al Rey Gaspar, se arrodilló igualmente, y al deponer su ofrenda, dijo:

—Os traigo mirra, como á sacerdote.

Por último, el Rey negro Melchor ofreció oro, diciendo:

— Os traigo oro, como á Rey.

Quien durante esta tierna ceremonia hubiese podido distraer su atención del devoto cuadro que hemos descrito, y la hubiese parado en un forastero que se hallaba cerca de una columna, habría notado que aquel hombre miraba sin cesar á Manolito, ó por mejor decir, á aquel ángel bello que estaba al lado del pesebre tan inmóvil, tan penetrado de la adoración que le inspiraba el misterio, tan embebido en su contemplación, que no parecía sino que era realmente lo que allí se representaba. Este hombre tenía muy buena presencia, y manifestaba como unos cincuenta años. Vestía, aunque con mal gusto, bien y aseadamente, y tenía en la recta línea de su espalda y en lo erguido de su cabeza algo que indicaba al militar.

Cuando la función hubo terminado, se preguntaban unos á otros en los grupos que se formaron en los porches de la iglesia quién era aquel forastero.

Sólo podía contestar á esta pregunta el mesonero, el que lo hizo con la prosopopeya y el aire importante, como lo haría el dueño de Mivart's-hotel en Londres al decir que tal ó cual Rey ó primadonna, Emperador ó barítono, Nabad ó desterrado político, honraba

su establecimiento. Súpose que el forastero era un *teniente capitán* retirado que pensaba descansar sobre sus laureles, aunque todavía, por lo visto, no había decidido dónde asentar sus reales, y fijar sus cuarteles de invierno.

Un *teniente capitán* mal vestido y de cincuenta años en un ejército ó en una capital no llama mayormente la atención; pero no así en un pueblo del tenor de aquel en que hizo su entrada triunfal el susodicho veterano en pos de los Reyes, en contraposición de la estrella, que iba delante; allí un *teniente capitán* llama extraordinariamente la atención, es un personaje muy visible, y si me apuráis, diré que es una notabilidad.

El militar observaba, haciendo algunas preguntas á los paisanos que se hallaban á su lado, á un grupo de mujeres, entre las cuales estaban Beatriz y la tía Pavona, que se esforzaban de sustraer á Manolito á los cariños de las mujeres, y envolverlo en una abrigada manta.

—¡El demonio del *militronche* ese, que no nos quita ojo!—dijo una muchacha.

La pobre tía Pavona, que conservaba cierto cariño á la tropa por haber pertenecido á ella sus hijos, volvió la cabeza, miró con sus disparatados ojos al forastero, y dijo:

—Pues es un real mozo.

—Un real viejo,—replicó la muchacha.

—¡Calla, pizpireta, que los *meletares* no llegan á viejos en su vida de Dios!

—¿Y cómo sabe usted que es *melatar*, si no trae casaca? ¿Le ha echado á usted algún requiebro?

—No me ha dicho ni buenos ojos tienes, cuellisacada.

—¡Ya! Al menos que los suyos no estuvieran hueros.

—Se lo conozco en lo guirocho, ¿estás?

—Tía Pavona, si la oye á usted Florín se va á amoscar.

—¡Ay! ¡Que nos viene siguiendo!—dijo otra.

—¡Ya! Como ha notado que á la tía Pavona le ha entrado por el ojo derecho, que es el que tiene como Dios manda...

—Eso lo llaman los que sirven al Rey hacer la *retaguardia*.

—Tía Pavona, la decencia manda que le diga usted que toque la retirada estando por medio Florín.

—¿Queréis callaros, cotorras descaradas? —exclamó sofocada la tía Pavona.—¡Sobre que las mozuelas hoy día no gastan ni respeto ni recato! ¡Alegrarme había de que el *meletar* os plantase una fresca que os sacase los colores á la cara, hato de cascabeleras, cabezas de chorlitos sin meollo ni sentido!

—Vaya, déjelas usted, tía Pavona,—dijo la buena Beatriz;—los pocos años, señora, los pocos años; alegría y no más que alegría.

Habían llegado á su calle: las muchachas se fueron á sus casas, y Beatriz entró en la suya con el niño y la tía Pavona; pero ¡cuál no sería la sorpresa de la recatada viuda, cuando vió que en seguimiento suyo se entró marcialmente el militar como Pedro por su casa!

Beatriz, que había quitado la manta que envolvía al niño, para desnudarlo, se paró y preguntó al atrevido:

—¿Qué se le ofrece á usted, caballero?

—Señora,—respondió éste,—tan sólo, y con licencia de usted, una pregunta, y me retiro; porque yo no estoy demás en ninguna parte.

—¿Y cuál es esa pregunta, señor?

—Ese niño ¿es de usted?

No es posible expresar el asombro que se pintó en el semblante de Beatriz al oir aquella inesperada pregunta.

—¿Y con qué derecho, con qué motivo y con qué objeto me hace usted tan extraña pregunta?—dijo al fin, haciéndose dueña de su conmoción.

—Si me asegura usted que es suyo, toco en retirada, y excusado sería contestar á las preguntas que usted me hace; si no fuese el

niño hijo de usted, se las contestaré una por una.

— Es que yo no tengo que dar cuenta á nadie de si ese niño es mi hijo ó no..., y no responderé.

—¡Hola! ¿Con que es un misterio como el Santo?

— No, no es misterio; el niño es mío y muy mío; ya está usted contestado.

—¿Y cuál es su padre, puesto que he averiguado que hay doce años que es usted viuda?

La pobre Beatriz, viéndose cogida, se quedó tan cortada, que la sangre subió á sus mejillas y las lágrimas á sus ojos.

— Señora — prosiguió el militar con voz conmovida: — ese niño lleva un sobrescrito en su cara con el nombre de su madre, y su madre era mi mujer.

—Ni fué madre, ni fué mujer la que abandonó á un hijo suyo —exclamó exaltada Beatriz; — y si lo fué, con ese mero hecho dejó de serlo.

— Pero yo soy su padre, y no le abandoné yo, no.

— ¿Y qué pruebas da usted para justificar lo que dice? Pues qué, ¿no hay más que venir á arrancar á un hijo de los brazos de la madre que la Providencia le deparó, cuando la suya dejó de serlo, renunciando así á todos sus derechos y abandonando sus títulos?

— Las pruebas yo se las daré á usted, señora — contestó el militar sentándose, porque estaba tan conmovido que se sentía vacilar sobre sus pies.

Entonces hizo con grandes pormenores la relación que en breves palabras transcribimos á continuación:

Era sargento, cuando fué destinado su regimiento á la expedición de Ultramar, confiada al mando del bizarro General Morillo. Fuéle, pues, forzoso enviar á su mujer, que era joven y linda, y á un hijo de dos años, que de ella hubo, al pueblo en que ésta tenía su familia, en la Mancha. En América se portó nuestro sargento bien; tuvo suerte, ascendió, é hizo algún dinero. A su vuelta á España, se apresuró á ir á reunirse con su mujer; pero en su pueblo supo que nunca había llegado á él, que había seguido á otro soldado por algún tiempo, y que, viéndose abandonada por éste, avergonzada y sin atreverse á poner delante de sus honrados padres, se había echado á la vida airada, y que se creía estuviese en Sevilla. El ultrajado marido, el angustiado padre, voló á aquella capital, y después de minuciosas pesquisas, halló por fin á su mujer expirando, ética y llena de lacras en un hospital; pudo aún, antes que muriese, perdonarla para que no acabase desesperada, y saber lo que había

sido de su hijo. La inicua, cediendo á las sugestiones de su amante, al pasar por aquel pueblo, había depositado á su hijo en una casa, en la que con devoción, paz y alegría de corazón, se celebraba la Noche-Buena, y donde pensó que hallaría amparo en la caridad de tan buenas almas. El niño llevaba puesto un saquito de color de castaña y un gorrito de punto de lana encarnado.

—Después de hacerle un buen entierro, pues al fin aquella desdichada era mi mujer, —concluyó el militar,—me puse temprano esta mañana en camino para venir aquí, donde llegué poco antes de la función. Cuando en la iglesia entré, lo primero que vi fué á ese ángel al lado del misterio, y ese niño era el vivo retrato de mi mujer. No parecía sino que allí estuviese con sus manos cruzadas rogando á Dios por su madre. Ahora bien, señora: ¿reconoce usted el derecho, el motivo y el objeto de mi pregunta?

Por toda respuesta, Beatriz estrechaba al niño entre sus brazos, deshecha en lágrimas; el niño, que veía la aflicción de su madre, la abrazaba llorando, formando así aquel grupo el cuadro alegórico más propio de un ángel, compadeciendo y consolando al dolor.

—Pues qué — dijo al fin Beatriz sollozando,—¿seis años de cariño, de esmeros, de cuidados y de desvelos no son nada? ¿Y acaso

no da derecho á un bien que me dieron sin pedirlo y me quieren arrancar contra mi voluntad? ¿No clama esto al cielo?

—Bien conozco—repuso el militar—los sacrificios que ese hijo mío habrá costado á usted: los unos no los puedo pagar sino con agradecerlos; los otros... dinero traigo, señora: justo es, y más que justo, se los resarza.

—¿Con dinero me quiere usted pagar? —exclamó indignada la viuda.—¿A mí, que testado he de cuanto tengo en favor de mi hijo adoptivo? Así es que no me lo puede usted arrancar sin causarle un grave perjuicio. ¿Dónde ha de estar el niño como á mi lado?

—Al lado de su padre, señora, que á la fuerza lo ha de querer más. Ven, hijo mío de toda mi alma, que yo soy tu padre.

El militar quiso coger al niño en sus brazos; pero éste, asustado, se asió con fuerza al cuello de su madre.

—Ya lo ve usted, — exclamó ésta, — ya lo ve usted que no quiere dejarme.

—Será preciso,—repuso el militar exasperado.

—Pues procúrelo usted por justicia y pleitearemos, porque sólo á la fuerza me lo arrancará usted.

—¿Y qué tribunal no otorga su hijo á un padre que lo reclama?

—El de la conciencia, el de la justicia, señor, que no deben reconocer el derecho que tiene á una cosa aquel que la abandonó y arrojó de sí.

—¡No fuí yo, por vida mía!

—El niño estaba á mi puerta arrecido, gimiendo y abandonado.

Mientras esta acalorada y aflictiva contienda tenía lugar había llegado Florín, que en el patio, absorto, la escuchaba con su amiga la tía Pavona.

—Aquí de Salomón,—dijo ésta al alguacil.

—Tía Pavona,—contestó éste,—siempre sucede así: en aquello que tiene uno puesto los ojos, viene el diablo y se lo lleva; lo propio me sucedió cuando se murió mi mujer.

—¡Toma! Y á mí con mis hijos.

Entre tanto, el militar había dado unas vueltas por el cuarto. El alejamiento que le había demostrado su hijo había hecho correr por aquellas atezadas mejillas dos lágrimas, quizás las dos únicas que en su vida hubiese vertido. De repente se paró delante de la viuda.

—Señora,—dijo volviendo á su tono marcial,—ni usted quiere soltar al muchacho ni yo me he de avenir á quedarme sin mi hijo. Pues, señora, vamos á parcería, y que sea de los dos; si quiere usted al niño por hijo, tome usted al padre por marido.

Al oir hablar de marido la viuda hizo un gesto y una exclamación de repulsa.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Casarme! ¡No lo permita Dios!

—Pues venga el niño.

—Déjemele usted, por María Santísima, y viva la casa de junto.

—¡Pues no! ¡Tendría que ver! ¡De visita vendría yo á ver á mi hijo! ¡De plantón á la puerta hasta que me la abriesen! Nada de eso: ó entro yo, ó sale él.

—Pues véngase usted á vivir acá, sin que sea preciso por eso casarnos.

—¿Alojado? No, señora; no quiero patrona, que quiero mujer; y si usted no quiere ser la mía, busco otra, y madrastra tendrá el niño.

—¡María Santísima! ¡Ni que usted lo piense, mal padre! ¡Hijo de mi alma y de mi corazón!

—Pues sea usted su madre con mil de á caballo, ó maldito lo que creo en ese cariño. No le haga usted tan feo á un marido, señora, que las casadas se van á la gloria por el mismo camino y con la misma mortaja negra que las viudas; porque en cuanto á la palma, *volaverunt*.

—Jesús, señor, que me está usted poniendo entre la espada y la pared.

—¡Cabales! Así, escoja usted; en la inteli-

gencia que esta espada está bien templada; que nunca NI SE SACÓ SIN RAZÓN, NI SE GUARDÓ SIN HONOR (1).

—Pero caso que me echase las bendiciones, como tanto me cuesta el dejar el estado honesto, me parece...

—Nada de simulacros, señora,—interrumpió el militar.—Usted se casa para ser mi mujer y colgar á un clavo su luto de viuda, ó yo me llevo á mi hijo, y hasta del lugar me lo había de llevar si no fuese éste mi pueblo.

—¡Pues qué! ¿es usted de aquí?

—Sí, señora; aunque falto de mi casa hace treinta y dos años; y después de hallar á mi hijo, voy en busca de mi madre, que lo que es mi padre, ya sé que murió; en gloria esté.

—Pues... ¿cómo se llama usted?

—Andrés Pavón, para lo que usted guste mandar.

—¿Hijo de mi tío el carpintero de basto, tío Mateo Pavón?

—El mismo en propia persona.

—¡Tía Pavona! ¡Tía Pavona!—gritó Beatriz.—¡Acuda usted, que aquí tiene usted á su hijo!

La tía Pavona entró, y Beatriz repitió la frase.

---

(1) Lema de las antiguas espadas hechas en Toledo.

—¡Anda á paseo! — dijo la tía Pavona.— ¡Qué había de ser mi hijo, si entrambos me los mató el francés! ¡Maldito sea!

—¡Señora—dijo el militar, dirigiéndose á su madre: — yo soy Andrés, yo soy Andrés!

— Oiga, *melitar* — repuso con muy mal gesto la tía Pavona: — diviértase su mercé con el rabo de un gato, y no con una mujer *respetuosa*. Sobre que todo lo quiere su merced ser: padre del niño, marido de Beatriz, y por último, hijo mío. ¡Vaya con el guasón!

— ¡Pues... dígole á usted que estamos bien! — exclamó con impaciencia el militar. — Ni mi hijo me quiere reconocer por padre, ni mi madre por hijo. Señora: usted se llama Andrea; mi padre (E. P. D.), Mateo; mi hermano, José, y yo, Andrés. Usted siempre fué más cascarrabietas que un sordo, y mi padre, que era su merced chilindrinero, le había sacado una cantilena que le cantaba con su sonsonete, dando con el martillo en el banco:

¡Andrea...
Mala ralea,
Muda te vea!

Al oir estas últimas señas mortales, la tía Pavona, convencida, se echó al cuello de su hijo hecha un mar de lágrimas.

— ¡Hijo mío! Pues ¿no te mató el francés? —repetía entre sollozos.

— Señora: ¿quiere usted que le enseñe la fe de vida? Ahí la traigo, que la necesito para cobrar la paga.

—Pero... ¿cómo escapaste del francés, hijo de mis entrañas?

—Matando al que me quería matar á mí, sin andarme con aquí las puse. Ea, pues, todo está bien y á la trinca; todo me lo hallo en casa: madre, hijo y mujer, porque ha de saber usted, madre, que me caso con Beatriz, y cate usted—añadió señalando al niño,—el padre cura que nos casa. Bien ve usted que en esta casa hacía falta un hijo, un padre y un marido. Todo lo traigo en una pieza, como quien dijera: el fusil, la baqueta y la bayoneta. Y sepan ustedes que el que aquí se presenta tiene bien ganadas y bien adquiridas una charretera, una cruz y 100.000 reales.

La tía Pavona se puso á persignarse con ambas manos y á bizquear de los dos ojos.

—¿Con que ese niño es hijo tuyo? — preguntóle al suyo.

—Y de usted nieto en línea recta y legítima, como yo su hijo, — respondió el militar, — abrazando con entusiasmo al niño, que con su vestido de ángel aparecía ahora como el de la paz entre los dos contrincantes.

—¿Qué tal, *mae* Pavona,— dijo Beatriz,— si no hubiese yo recogido al niño aquella noche?

—¡Ay!—contestó la feliz vieja.—¡Qué bien te dijeron en aquella ocasión, que *quien bien hace, para sí hace!*

Ni un terremoto hubiese conmovido más á aquel pacífico pueblo que la cuádruple alianza de noticias que como un pájaro de ligeras plumas salió á volar por el lugar.

Primera. Había llegado un *teniente capitán.*

Segunda. Era éste el padre del niño de la tía Beatriz.

Tercera. Era igualmente el hijo de la tía Pavona.

Cuarta. Y era además marido para la viuda incasable.

La barriga del alcalde tuvo un movimiento de oscilación muy marcado. Intentó protestar contra esta toma por asalto de una plaza que él tenía pacíficamente sitiada desde doce años; pero se contuvo, pensando que no era ni prudente ni patriótico poner en lucha abierta las pretensiones y derechos civiles con los militares.

Se hizo una boda que fué sonada. En la cena hubo brindis, cantos é improvisaciones.

El barbero compuso un trovo ó romance, en que decía que si el Niño Dios le deparó un niño desnudito, y pobre como él, á la viuda los Reyes, por premiarle la buena obra de haberlo recogido, le depararon un marido

que traía una gran parte de la plata del Perú, y un corazón abrasado en llama como una barrica de alquitrán en la noche de San Juan.

Aquella noche la tía Pavona hizo unos pestiños, obra maestra en su género, pero que se le sentaron en la boca del estómago á Florín, que en aquella sola y única ocasión abusó de la condescendencia de la amistad.

El vino puso al teniente capitán muy alegre y al Alcalde muy sentimental.

Cuando le tocó su vez de cantar, rebosó su melancolía en esta copla:

Confórmate, corazón,
A padecer y pensar,
Pues quisiste á un imposible....

El militar acabó la copla con una voz como una corneta, con estas palabras:

Que se llevó un militar.

Añadiendo en seguida esta otra:

¡Qué lástima de carita
Que fuese para un paisano,
Pudiéndosela llevar
Un soldado veterano!

—¿Qué demonio de hechizo tiene la gente de tropa,—decía el Alcalde á la recién casada viuda con un suspiro que hizo vacilar la llama del velón — que no hacen más que llegar y pegar?..

Andrés Pavón, que le oyó, contestó muy pronto con esta copla:

Es táctica, y no es hechizo;
Es el saber atacar,
Y aunque manden retirada...
No hacer caso, y avanzar.

La tía Pavona fué tanto lo que gozó aquella noche en ver unidas á las dos personas que más quería, que se rejuveneció como el Fénix, vivió veinte años más y murió ha poco de noventa y cuatro años, dejando á Florín veinte duros.

EL EX-VOTO

EL EX-VOTO

Cuéntanos en *lisa* prosa castellana con ese estilo, que no diré si es bueno ó malo, porque es *tuyo*, y nos gusta por eso: cuéntanos, digo, lo que realmente sucede en *nuestros* pueblos de España, lo que piensan y hacen *nuestros* paisanos en las diferentes clases de *nuestra* sociedad.—*Carta del lector de las Batuecas á* FERNÁN CABALLERO.

CAPITULO I

DOS VIAJEROS ILUSTRADOS. — UN PUEBLO QUE EMPIEZA Á ENTRAR EN LA SENDA DEL PROGRESO MATERIAL. — UN SACRISTÁN CON LA BOCA ABIERTA.

Es la ligereza francesa, es el chiste volteriano, es el *nihil mirari* el que todo lo marchita entre nosotros.—CHATEAUBRIAND.

El ateismo no es tanto la *creencia* como el *refugio* de las malas conciencias.—*Máxima.*

La voluntad inglesa es una fuerza motriz de incalculables caballos normandos. Un inglés muy simpático — á sus paisanos — se ha propuesto que esta voluntad omnímoda realice la famosa y fan-

tástica palanca de Arquímedes: á las fuerzas de Atlante reúne los caprichos de una manceba real, y el despotismo de un niño muy mal criadito. Así es, que si un hijo del país cuyas blancas costas le valieron de los romanos el nombre de Albión, dice *por aquí meto la cabeza*, lo hará, sin que le arredren calamorrazos, chichones, achocazos ni descalabraduras.

Aplicando estas reglas generales al pequeño cuadro de la relación que vamos á hacer, nadie extrañará el ver salir de Gibraltar á dos ingleses, con intención de seguir una marcha en línea recta hasta Roncesvalles, sin llevar más guía que sus narices. Míster Hall había dicho á míster Hill:

—Iremos los dos solos é inseparables, como los Gemelos en el Zodíaco. Cádiz, adonde nos dirigimos primero, no es el polo, para que podamos correr el riesgo de perdernos, como el capitán Franklin.

—Por supuesto—contestó míster Hill,—el perderse—añadió suspirando,—es un placer con el que han acabado las luces del siglo. ¡El globo está ya explotado!

Diciendo esto los dos amigos, el uno alto y el otro bajo, metieron las espuelas á sus pobres caballos, que deseaban morir para descansar, costearon la bahía, pasaron por Algeciras, subieron una cuesta pendiente

como una escalera, y llegaron á las cumbres de las últimas alturas de la sierra de Ronda, que se acercan al mar, como para contemplar su gran hermosura en ancho espejo. Allí se hallaron en una encrespada selva de encinas y alcornoques, que se vestían y engalanaban con las zarzas, la hierba y las vides silvestres, que en sus valles escondían arroyos entre adelfas, y borraban las huellas del hombre con su vigorosa vegetación. Así fué que nuestros viajeros quedaron perdidos en un decir *good by:* tan perdidos como míster Hill podía desearlo, logrando disfrutar los dos amigos el deleite de andar varias horas errantes por una selva agreste, como Pablo y Virginia. Por fin, al llegar á un alto algo más despejado de arbolado, divisaron el ancho mar, al que habían venido acercándose, y al pie del monte un valle que tenía por límites, á la izquierda, una angosta playa de dorada arena,—puesta por Dios entre el mar y la tierra como inexpugnable baluarte,—y á la derecha, un pinar tupido y áspero, como una maciza puerta, con lo que se cerraba el valle. Sentado en la mullida alfombra que le proporcionaba la hierba que cubría el suelo, estaba un pueblecito misántropo, que teniendo al frente el mar con su inmensa monotonía, á su espalda el grave y oscuro pinar, á los lados las intrincadas sierras, pare-

cía haberse colocado allí para disfrutar de todas las soledades. Antes de llegar al lugar se veían algunos álamos blancos, que habiendo crecido bajo el constante azote del viento de la mar, habían adquirido una actitud doblada y doliente, y sombreaban con vacilante é inquieta sombra un profundo y ancho pozo, con su pilón adyacente, que servía de abrevadero á los ganados.

A la entrada del pueblo había una robusta y fornida alcantarilla, con pretensiones de puente, la cual salvaba un barranco poco profundo, que en invierno servía de desagüe al prado. Pero á la sazón, habiendo pasado la estación de las lluvias, abría la alcantarilla un tremendo ojo al ver llegar á rendirle homenaje y pasar bajo su férula, no un apacible arroyo, ni menos un soberbio torrente, sino una manada de gorrinos. Adornaban la cabeza de esta alcantarilla,—obra del arte y honra del lugar,—dos pilares perfectamente cuadrados, que terminaban, uniéndose amistosamente, las cuatro esquinas, y sellando esta unión con una alcachofa ó cosa parecida, que por ser únicas en su especie no tienen clasificación ni en la horticultura ni en la arquitectura. Cuando se había concluído aquella mejora urbana, la alcantarilla, y aquel embellecimiento del aspecto público, los postes, con pretensiones á pertenecer, aun-

que por casta degenerada, á la familia de los obeliscos, ó columnas monumentales, el Alcalde encargó al maestro de primeras y únicas letras del lugar un letrero ó inscripción, para memoria y señal de la época en que se hizo y de las personas que en ella actuaron. Lo único que le advirtió fué que diese aquel letrero testimonio de todo el profundo respeto que tenía el pueblo á la Religión, y del que las autoridades profesaban á la Constitución. El maestro de primeras letras, que era expeditivo, escribió en dos por tres, en uno de los postes, con unas letras gordas y robustas, como los chiquillos que iban á la escuela, la siguiente inscripción:

DETENTE AQUÍ, CAMINANTE,
ADORA LA RELIGIÓN,
AMA LA CONSTITUCIÓN,
Y LUEGO... PASA ADELANTE (1).

En el otro poste estaban consignados el día, mes y año en que se levantó é inauguró tan soberbio monumento, con los nombres del Alcalde que corrió con la obra, del alba-

(1) La persona que escribe esto da testimonio de haber visto este letrero en un poste, á la entrada de un puente. No tienen los novelistas la suerte de poder inventar tales cosas; el arte nunca puede llegar en ningún género á la perfección de la naturaleza.

ñil que la llevó á cabo y del alfarero que hizo los ladrillos.

Aquel día memorable hubo fiestas y regocijos públicos, que constan en los fastos del pueblo. Consistieron en un toro de cuerda y seis cohetes; y para fijar más indeleblemente la memoria de tan fausto dia, el toro cogió por los fondillos al Alcalde, que, sorprendido por la llegada de la fiera, no halló más medio de salvación que subirse por una reja. Pero no pudo verificarlo con bastante ligereza para poner á tiempo fuera del alcance de las astas del toro la parte que en su niñez tampoco había podido poner fuera del alcance de los azotes (1).

Pasada la alcantarilla, lo primero que se encontraba era un ventucho, cuyo repuesto consistía en un mal barril de vino y otro peor de aguardiente.

El ventero, que solía tener por parroquianos,—gracias á la proximidad de Gibraltar, esa úlcera de España,—una porción de perdidos, desertores, presos fugados, contrabandistas y vagos; que veía á estos deudores, poco escrupulosos en el pago, detenerse las horas muertas en su establecimiento, dar sangrías á sus barriles, armar camorras y escurrirse sin pagar, había escrito por vía

(1) Histórico.

de muestra, y á manera de estatutos de su establecimiento, con tremendas letras de furibundo almagre, coloradas como pavos, esta cuarteta, modelo de estatutos y de concisión.

VAMOS ENTRANDO,
VAMOS BEBIENDO,
VAMOS PAGANDO,
VAMOS SALIENDO (1).

Nuestros blancos hijos de Albión llegaron algo parecidos á los *pieles rojas* de América, por las caricias del sol español. En la alcantarilla *no se detuvieron;* la pasaron sin *adorar á la Religión ni amar á la Constitución;* sin que por eso el monumento encargado de hacer observar estos preceptos, como verdadero poste, les tirase su alcachofa á la cabeza. Cuando llegaron á la venta, habiéndose orientado, pidieron al ventero les proporcionase un guía que les condujese á Vejer, que era el pueblo más cercano. Mientras el ventero iba á evacuar esta diligencia y los infelices caballos descansaban un rato, fueron sus dueños á dar una vuelta por el pueblo.

Llegaron á la plaza en que estaba la igle-

(1) Copiada del natural, como los versos anteriores, ocupa esta cuarteta, ideal del laconismo y tipo del buen sentido, un lugar preferente en el prontuario ó mamotreto del autor.

sia, que les sorprendió por su buena apariencia, y suplicaron al sacristán, que estaba en los porches, que se la enseñase. El sacristán, con esa obsequiosidad tan espontánea en el pueblo de España, se apresuró á franquearles la entrada del templo, con todo el inocente placer que se siente al ver á otros admirar y venerar los objetos que nosotros mismos admiramos y veneramos. Pero ¡cuál no sería la triste decepción del pobre sacristán, cuando en lugar de la admiración devota que aguardaba, sólo vió á aquellos señores levantar los hombros con desdén y sonreirse con escarnio! En el mundo estamos, por desgracia, tan acostumbrados á ver la osadía con que la impiedad ataca y hiere de frente nuestras más arraigadas convicciones, nuestras más profundas creencias y nuestros más dulces y suaves sentimientos, que nuestros corazones, después de quebrarse, se han encallecido; es decir: oyen escandalosas impiedades, sin que éstas les causen ya más impresión que la de triste lástima. Pero para el sacristán de aquel lugar apartado y humilde fueron tales demostraciones como una capa de nieve echada sobre un recién nacido.

La primera cosa que chocó á aquellos forasteros, que se denominaban con el honorífico dictado francés de *espíritus fuertes*,

—pero acá llamaremos con más propiedad *ignorantes materialistas*,—fué una hermosa imagen de la Virgen, que bajo su dulce y metafórica advocación de la DIVINA PASTORA (que lo es del rebaño del que su Hijo es Pastor), estaba colocada en el altar mayor, rodeada de sus ovejas, metáfora tan universal, que hasta los mismos protestantes llaman á sus curas *pastores*. Nuestros viajeros, á pesar de que venían por cuenta de una Junta bíblica esparciendo Biblias, es de presumir que jamás habían leído el Nuevo ni el Antiguo Testamento, pues tanto les sorprendió el culto á la Madre de Dios que su Divino Hijo instituyó en la Cruz, y tan poco se hacían cargo de las figuras con que en ambos Testamentos se hacen palpables estas altas verdades al limitado entendimiento del hombre.

Así fué que míster Hall dijo á míster Hill:

—El campo en este país sólo presenta eriales, selvas enmarañadas y desiertas: en cambio, en las iglesias hallamos la Arcadia! ¿Qué significa esta Filis?

—Esto,—respondió en tono decidido y dogmático míster Hill,—es uno de los *ídolos* que adoran los españoles en lugar de adorar al Divino Hacedor.

—Pues qué, ¿no creen en el Ser Supremo? —preguntó míster Hall.

— No le conocen, *dear fellow* — contestó el interrogado.

Dear fellow quiere decir *querido compañero*, y es expresión extremadamente usual entre los hijos de Albión.

El *dear fellow*, que la echaba de *humorista* (esto es: de gracioso y original con chiste), hizo brotar de sus labios un manantial de agudezas, capaces de batir en brecha la gracia andaluza y la sal ática, con su ariete de mostaza.

Dióle ancho pábulo á explayarse un cuadrito, no bien pintado por cierto, el que, llevando su lema en un ángulo que con grandes letras decía Ex-voto, pendía al lado de un altar. Era este altar de mármol blanco y negro, y sobre él se alzaba una gran cruz de ébano, de cuyos brazos colgaba un fino sudario guarnecido de encajes, y á cuyo pie se veían la corona de espinas y los clavos de maciza plata.

El cuadrito del Ex-voto, que con preferencia á otros suspendidos al lado del altar de la cruz había atraído la atención de estos aprovechados viajantes, mostraba sobre el obscuro fondo de un pinar una cruz alzada sobre una sencilla peana de cal y canto, de cuyos brazos pendía una guirnalda de flores, tal como se ve en todas las cruces en los días designados particularmente á su culto,

á principios de Mayo. En la parte delantera del cuadro se veía á un hombre con un puñal en la mano, echando al suelo á otro, que, al caer, se asía á una cruz clavada en el suelo entre la maleza.

—¿Ha visto usted jamás—decía míster Hill á su *querido camarada*,—ha visto usted jamás pintar en una iglesia una escena de latrocinio y asesinato?

—Será—respondió el interrogado, Salomón sin sal,—un altar consagrado al santo á quien hayan instituído patrono de los puñales.

Los dos *dear fellows* se rieron del modo con que dice Homero se reían los dioses en el Olimpo, ¡sin duda sería cuando veían hombres tan ridículos como aquellos!

—¡Cruces y puñales!—dijo el *fellow* número 1.

—¡Sangre y oraciones!—añadió el *fellow* número 2.

—¡Superstición y estupidez! Eso sí que se encuentra aquí; pero según voy viendo, ni un solo *comfort*.

—¿No le parece á usted, amigo, que estos cuadritos, estos mamarrachos, prueban que Murillo y su arte son cosas fantásticas é inventadas por los romanceros que inventaron al Cid; y que nunca han existido en este país de pésimos caminos?

—Podrá usted muy bien tener razón, querido señor. Lo que es indudable es, que poner unos cuadritos tan mal pintados en una iglesia es contra el *decoro* del templo, la *gravedad* de la contemplación y la *dignidad* del culto.

¡Lector mío, que vives quizás apartado del trato de protestantes, ó de hombres que no tienen religión, y que dan á entender que si no siguen la nuestra, no es por ser ellos soberbios é incrédulos, sino por falta de la religión, que no está á la altura de su sabiduría! Sabe, decimos, que cuando salen muy tiesos á relucir el *decoro,* la *gravedad* y la *dignidad,* tratándose de estas materias, es porque al amor, al fervor, á la fe, en fin, á las virtudes de *arriba*, se han antepuesto las de *abajo*.

— Es una gran irreverencia — dijo míster Hill.

— Un desacato, querido, — respondió el otro.

— Una ridiculez, amigo.

— Una impiedad, sir.

— Una profanación, *dear*.

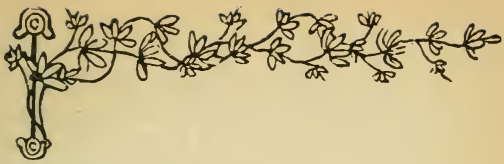
— *Señor* — dijo el más Salomón acercándose al sacristán: — quema tú esos *nonsenses* (contrasentidos), ó dalos á tu *baby* (niño chiquito), y toma—añadió dándole una Biblia—: aquí tienes la *verdad*, que no sabes, y que

hallarás en las Santas Escrituras, que *no conoces.*

Con esto se alejaron los interesantes misioneros, riéndose, y dejando al sacristán con la boca abierta.

—¡No pueden ser cristianos! —murmuro al fin;—serán judíos, de los muchos que hay en Gibraltar, entre otros géneros prohibidos.

Ahora, á fuer de católicos, españoles y amigos de la ilustración en su sentido genuino, que es dar luz al entendimiento y aclarar un punto ó materia dudosa, referiremos el origen y significado del Ex-voto en cuestión, por ser curioso comparar el hecho católico con la interpretación protestante; el caliente corazón que siente y acierta, con la fría razón que juzga, mide con su compás... ¡y yerra!; la elevación y poesía del alma religiosa que se levanta hacia Dios con sus blancas y brillantes alas, y el prosaico y mezquino razonamiento escéptico, que con sus pies de plomo, tropieza por su seca y estéril senda; seguros de que casi todos dirán con nosotros las palabras de San Pablo: «¿Por qué ellos enferman y yo no enfermo? ¿Por qué se queman y yo no me quemo?»



CAPITULO II

LA FIESTA DE LA CRUZ.—ESCENA DE INTERIOR.—POR QUÉ LOS BUENOS ANCIANOS CONSERVAN LA VISTA.—EL LENGUAJE DE LOS PÁJAROS.—ORIGEN, MARTIROLOGIO Y MUERTE DE UNA MUÑECA DE PAN.

> No os apresuréis á madurar vuestros pensamientos; gozad de la mañana, gozad de la primavera. Son vuestras horas flores entrelazadas una á otra: ¡no las deshojéis aun antes que el tiempo!
>
> VÍCTOR HUGO.—*A los niños.*
>
> Y sin comprender aún lo que vale la inocencia, pide á Dios te la conserve como una flor blanca.

AQUEL triste y solitario pueblecito tenía también sus felices y contentos moradores, que estaban apegados á él, como lo están los niños á sus amas, aunque sean feas y displicentes. En cualquiera parte se acomoda el contento de los humildes y de los sanos de corazón.

Al lado opuesto á aquel en que se hallaba la venta se veía una casa muy limpia, muy blanca, como que hacía poco que había es-

trenado un vestido de cal. Su tejado estaba cubierto de hierbecitas y florecillas, como si se hubiese tocado un pañolón enramado; por su abierta puerta se veía el patio, que — por pasar lo que referimos en los primeros días de Mayo—estaba hecho un canasto de flores. Podía compararse la bella vista que formaba la casa, á una persona sincera que abriese y mostrase á las claras un corazón lleno de inocencia y alegría. Veíanse allí rosas de su color, blancas, rojas y amarillas, como hermanas en diferentes trajes.

La lila—esa flor alemana que tan temprano florece—se inclinaba indolente y triste en su modesto vestido.

Las delicadas violetas se cubrían con sus hojas redondas como con parasoles. En las rendijas de las paredes hacía el resedá á toda prisa sus ramilletitos, mientras lo miraba con sus grandes é inocentes ojos su buena amiga la salamanquesa. Alrededor del patio, en tejas sujetas á la pared como púlpitos, se inclinaban hacia afuera doctos claveles, predicando á las demás flores un sermón sobre la brevedad de la vida. Un pálido y delicado jazmín que esto oía, caía desmayado en brazos de una *espuela de galán*, que denodada y con su vestido de oro había subido hasta el jazmín escalando una reja. Ocupaba el centro del patio un naranjo y un granado, que

mezclaban sus flores rojas y blancas con una armonía y con un silencio que deberían avergonzar profundamente á la asamblea legislativa francesa.

Una gran cantidad de pájaros, mariposas y abejas hacían corteses visitas de flor en flor, sin darse el caso de que ninguna de estas amables hijas de Flora se negase á recibirlas, ni aun con la excusa de estar de trapillo. Una suave brisa de mar, pura como un cristal de roca, llevaba de unas á otras sus perfumes.

En este patio todo florecía, embalsamaba, volaba ó cantaba.

En la habitación principal de la casa, á la derecha de la puerta del zaguán, se veía una escena de interior, tan suave, pacífica y perfumada como la del patio.

Junto á la ventana, en una silla, baja, estaba sentada una mujer muy anciana, que tenía abierta sobre sus faldas la *Guirnalda Mística*, en la cual leía en alta voz el capítulo correspondiente al día. Apoyábase en sus rodillas una niña como de ocho años, que pendía de los labios de su abuela, como si las palabras que pronunciaba hubiesen tenido una forma visible. A su lado estaba una mujer de mediana edad, cosiendo una camisa de hombre; á sus pies—sentada en el suelo, con las piernas estiradas y los pies le-

vantados y descansando sobre los talones, como dos perritos bien enseñados—estaba una niña de cinco años, meciendo en sus brazos con la mayor gravedad materna, una muñeca de pan recientemente salida del horno, ilesa como Sidrach, Misach y Abdenago salieron del que les mandó preparar Nabucodonosor; pero, en cambio, amenazaba á la pobre la suerte de los hijos de Saturno.

Al otro de la ventana, frente á la anciana, veíase al abuelo sentado en un gran sillón de cuero como los que se ven en los pueblos en las barberías: inclinábase adelante, formando con su mano una especie de embudo para su oído, á fin de no perder una palabra de lo que leía su mujer. Delante de él dos hermosos muchachos jugaban con Cubilón, el perrazo del anciano, anciano como su amo. Habíanle obligado, á fuerza de molerle, á dejarse poner una especie de albarda; ahora sus manecillas se esforzaban en abrirle la boca y ponerle un freno. El perro volvía su gran cabeza, ya á la derecha, ya á la izquierda; pero sus tiranillos seguían ágilmente cada uno de sus movimientos. El fondo de este cuadro lo formaba un altar, que se había colocado contra la pared de la ventana, sobre el que se levantaba una Cruz hecha de flores, porque aquel día era el 3 de Mayo, DÍA DE LA CRUZ. A cada lado una muchacha

estaba sujetando las flores en los extremos de los brazos del Santo Arbol, y un joven, subido en una escalera de mano, colgaba del techo una araña formada de dos pedazos de caña, juntados y suspendidos al techo por cuatro tomizas; pero todo tan revestido de flores, que quedaba oculta la sencilla y tosca armazón. La abuela leía:

«I. Hay muchas personas que no buscan la Cruz, antes la huyen; pero á ellas la Cruz las busca y las halla. Estos son los pecadores, que van siempre en busca de sus gustos; pero éstos huyen de ellos, porque el hombre que no busca á Dios jamás está contento.

»II. Otras personas buscan las cruces, y, en efecto, las hallan. Esto sucede á los que empiezan á servir á Dios, que aún no tienen bastante valor y amor á Dios para que las aflicciones les sean dulces.

»III. Las almas santas buscan las cruces con mucho ahinco, pero no las hallan. San Francisco Javier deseaba más y más cada día, y Santa Teresa pedía ó padecer ó morir, y entrambos se hallaban colmados de gozo en medio de sus aflicciones (1).»

Cuando la anciana hubo concluído su lectura, dijo la madre de la muñeca, cuyos

---

(1) El Padre Bosch Centellas, *Guirnalda Mística.*

dientes habían hecho sobre las narices de su hija el efecto de un cáncer:

—*Mae* Juana: ¿vamos á rezarle un *credito* al SEÑOR *atao?*

—No se dice así—observó su hermana mayor,—que se dice el SEÑOR DE LA HUMILDAD, zonzona. Y si así no lo dices, te castigará *Pae* Dios.

—¡Que no!—repuso muy sobre sí la chica—que no sale de su cuadro.

—Todo lo ha leído hoy *Mae* Juana sin espejuelos—observó la niña mayor.

—¿Sabéis—repuso la anciana—por qué conservo tan buena la vista? Es, niños míos, porque jamás ni nunca le negué una limosna á un ciego, y como me bendecían siempre con este voto: «DIOS LA CONSERVE LA VISTA», el Señor los ha oído, porque ya saben ustedes que muchos *amenes* llegan al cielo.

En este momento, y como si los recuerdos de la anciana le hubiesen atraído, se oyó una campanillita.

—¡El pobre ciego! ¡El pobre ciego!—gritaron los niños en coro. Y habiendo pedido y obtenido un ochavo y un pedazo de pan para el pobre, se arrojaron todos al zaguán.

Allí estaba el ciego con su fiel guía, su perrito, que llevaba en su cuello, pelado por el roce, la correa en que estaba sujeta la cuerda que guiaba á su amo, y de la cual pendía la

campanillita que le anunciaba. Parado estaba el inteligente animal delante de su amo, expresando con sus elocuentes ojos la triste súplica que su amo no tenía ya sino en la voz. Su amo le daba el pan; ¡él daba á su amo su mirada! Aguardaba el pobrecillo con aire humilde, baja la cola hasta tocar el suelo, como el saludo del necesitado, fijando en los niños sus ojos tristes é inquietos.

Tráenos esto que vamos describiendo á la memoria un pasaje de Chateaubriand en el *Genio del Cristianismo,* en que dice: «Sin religión no hay sensibilidad. Buffon admira por su estilo; rara vez enternece. Leed su admirable artículo sobre el perro: todas las clases de perros están incluídas en él; uno solo falta, que es el perro del ciego, y éste sería el primero que un autor religioso hubiera tenido presente.» Y tened vosotros presentes, incrédulos españoles, hijos, discípulos é imitadores de la incredulidad francesa, que vuestra madre, maestra y modelo, ha respetado la gran reputación de su gran escritor Chateaubriand con el buen sentido y delicado gusto con que un soldado de la República saluda al sepulcro de un vendeano.

—Chiquito, Chiquito, ¡pobre Chiquito! —decían los niños al perrillo, que se deshacía en fiestas apenas hubieron dado su limos

na al ciego.—¿Tienes calor? ¿Tienes sed? ¿Estás cansado?

El animalito saltaba, les lamía los pies, dando unos gemidos al mismo tiempo tristes y alegres, como es triste y alegre el enternecimiento.

Pero en aquel instante se oyó un fuerte y sordo gruñido. Chiquito dió agudos chillidos, pues Cubilón, que era poco hospitalario y rigidísimo guardián de la inviolabilidad del hogar doméstico, se había echado sobre el intruso, le había derribado y le aplastaba con sus enormes patas.

—¡Cubilón! ¡Cubilón! ¡Bárbaro, pícaro! *¡Desalmado!*—gritaban los niños.

Y para hacerle soltar su presa, uno le tiraba de una oreja, el otro le descargaba puñetazos sobre el hocico, la niña mayor le tiraba á todo tirar de la cola, y la más chica, con el denuedo y esfuerzo que sólo pueden dar unidos el coraje y la generosidad, traía una escoba, alcanzando justamente sus fuerzas á dejarla caer sobre el lomo del delicuente. Un perro, que tiene la fuerza y ferocidad de un león, tiene para aquellos niños que ha visto nacer, y á quienes quiere, la dulzura y sufrimiento de una oveja, y aguanta humildemente tanto castigo é ignominia sin moverse ni chistar, cuando sólo con sacudirse puede lanzar á sus implacables verdugos á

diez pasos de distancia. Suelta Cubilón su presa, y se va con las orejas y la cola gachas al lado de su amo; da unas cuantas vueltas alrededor, suspira como un fuelle, y se deja caer con todo su peso, dando tal costalazo que se cimbrea todo el cuarto.

Los niños se entraron en el patio después de haber seguido con la vista al ciego y á su perrito, que de cuando en cuando volvía la cabeza, como para darles de nuevo las gracias por su limosna y su intervención generosa.

Al ver el gallo acercarse aquel torbellino, irguió la cabeza, levantó una pata, y miró fijamente al nublado, como el marino al de la tempestad que se acerca.

—Apuesto—dijo el mayor de los niños á la madre de la muñeca, feroz caníbal que había devorado los brazos de su hija y había dado sus piernas á Chiquito,—apuesto á que no sabes lo que dicen los gallos cuando cantan.

—Dicen *quiquiriquí* — respondió la niña.

—¡Qué *tupíos* tienes los sentidos, Margarita, simplona!

—¿Y tú lo sabes, *chacho*?

—Sí, que lo sé. ¡Desde que nací lo sé, mira tú!

—Pues *ímelo*.

—No me *á gana*.

— Anda, chacho, *ímelo*, y te doy la moña de mi muñeca.

El *chacho* alargó la mano, y Mariquilla, con el desenfado de otra Dalila, arrancó la castaña á su muñeca, y se la dió á su hermano, el que, en cumplimiento de lo ofrecido, abrió su boca, y empezó á un tiempo á hacer un picadillo de la castaña y la siguiente relación:

—Más de mil años ha, vinieron al reino de España unos enemigos — más malos que *Arrancao*, más feos que *Geta*, y más desalmaos que Judas—que se llamaban franceses. Se llevaron al Rey de España por traición, sin que lo supiese la gente, que no le quería dejar ir; le hicieron prisionero esos *indinos*, y metieron á su *Sagrada Real Majestá* en un cepo, sin darle más que pan y agua.

— ¡Jesús! — exclamó Mariquilla; — ¿y por qué no los mató *Pae* Dios?

— Calla, mujer — repuso su hermano: — Dios no mata á los malos; pero se van al infierno, que es peor. Saqueaban esos feróstícos los pueblos, hacían quemas de los trigos, mataban á todos los que se les ponían por delante, pero en particular á los niños...

— ¡ María Santísima ! — exclamó Mariquilla.

—¡Y á los gallos!—dijo en voz honda, concluyendo su peroración el muchacho. — Así

era—continuó,—que los niños y los gallos les tenían más miedo que al Bú.

—¡Pues no se lo habían de tener á esos Herodes!—opinó Mariquilla.

El narrador prosiguió:

—Cuando un gallo veía con sus ojos amarillos como dos estrellas, que alcanzan á ver de día y de noche diez leguas á la redonda, asomar por algún lado á los franceses, con un Rey tuerto y borracho que traían por delante, se ponía á cacarear para avisar á sus hermanos, que al instante le contestaban.

El niño se puso á remedar con perfección el canto de los gallos en el siguiente diálogo:

¡Franceses vienen!
—¿Cuántos son, di?
—¡Son más de mil!
—¡Triste de mí!

—¿Y por eso cantan de noche?—preguntó muy convencida Mariquilla.

—Sí, se les quedó la maña. Desde entonces no duermen más que una hora.

—¿Cómo lo sabes, chacho? ¿Te lo han dicho ellos?

—No; pero me lo dijo el monacillo; mira, duermen:

Una hora el gallo,
Dos el caballo,
Tres el santo,
Cuatro el que no lo es tanto,

Cinco el peregrino,
Seis el teatino,
Siete el caminante,
Ocho el estudiante,
Nueve el caballero,
Diez el majadero,
Once el muchacho,
Doce el borracho.

No había vuelto Mariquilla de su sorpresa, cuando su otro hermano, tirándole vigorosamente del brazo, la hizo volteár y darse de narices con él.

—¿Tampoco sabes—dijo—lo que dicen las golondrinas, mujer?

—No—respondió Mariquilla, atónita!

—¡Vaya, que estás en Babia, tonta!

Y el sabio versado en lenguas orientales, imitando admirablemente á las golondrinas en su gorjeo precipitado—esa alegre algarabía que concluye en un prolongado pitío tan suave, tan monamente recalcado como el beso de una madre al hijo á quien cría,—con suma ligereza se puso á decir:

¡Fuí á la mar, vine de la mar,
Y labré mi casa sin piedra ni cal,
Sin azada ni azadón,
Y sin ayuda de varón,
Chicurrí, chicurrí,
Comadre Beatriüííiz!

La niña abrió la boca y los ojos, y levantó la cabeza para atender á las golondrinas, que

se ocupaban en hacer sus nidos debajo de las tejas. Allí acudían tan honestas con sus túnicas blancas y sus mantos negros, buscando casas felices y pacíficas por simpatía, pues es fama que traen consigo á ellas la paz y la felicidad. Así, ¿quién es el que no quiere á las golondrinas, esas precursoras de las flores, esas personificaciones de la buena fe y de la confianza, que dicen al hombre, al jornalero como al Rey: *¿Tu techo es nuestro techo?*

— Verdad es, verdad es — murmuraba la niña.

Pero cuando bajó la vista, un grito de espanto y dolor brotó de sus labios. Era el caso que un gatito negro, aprovechando los momentos de profunda abstracción de Mariquilla, se había apoderado de la muñeca de pan; muñeca que, á semejanza de las buenas estatuas antiguas, aun atrozmente mutiladas, sin piernas, brazos ni narices, conservan gran mérito y son tan apetecidas.

Por más que aquella desconsolada Ceres corrió tras de su Proserpina, no alcanzó al negro Plutón, que con su presa estaba ya fuera del alcance de la desolada madre, no debajo de la tierra, como el otro, sino sobre el tejado.

Este fué el fin de la muñeca de pan, que vivió *aún menos que lo que viven las rosas*, tipos de la brevedad de la existencia.

—Juan de la Cruz,—dijo la buena anciana á su nieto cuando bajó de la escalera, después de colgar la araña;—¿has tenido cuidado de ponerle la guirnalda de flores á la CRUZ DEL PINAR?

—Sí, señora, mae Juana,—contestó su nieto.

—No se te olvide llevarle mañana otra fresca, hijo,—prosiguió la anciana.—Mi madre era ama del cura, y le oía yo decir á su merced una relación de la Cruz, de que era muy devoto; siempre tengo en la memoria esto que decía:

¡Oh, Cruz alma! ¡Oh suave
Camino al cielo! ¡Ponte interceediendo
Como del cielo llave...
. . . . . .
Esos ramos extiende,
Y en su divina sombra nos defiende (1).

Sed devotos de la Cruz, que en todo CON ESE SIGNO VENCERÉIS. No se te olvide la guirnalda, hijo.

—Descanse usted, mae Juana,—respondió su nieto, que antes le faltarán al sol sus rayos que á la Cruz del Pinar su guirnalda.

Entre tanto había entrado el padre de los niños; la madre había puesto la mesa y colo-

(1) Lope de Vega.

cado sobre ella una gran cazuela de arroz con almejas, y otra de habas y lechugas, cuyo sabroso olor sobrepujó en breve al suave perfume de las flores, como subrepuja siempre lo útil á lo agradable.

¡Magna sentencia, que salmodian como chicharras los discípulos del nuevo culto de San Positivismo!

CAPITULO III

LAS FÁBRICAS DE LOZA DE TRIANA PUESTAS EN EL LUGAR QUE LES CORRESPONDE.—JUAN PALOMO Y PEDRO PALOMO ¡QUÉ BUEN PAR DE PICHONES!—EL SILENCIO, AL REVÉS DE MUCHAS COSAS QUE VEMOS Y QUE NO TIENEN NOMBRE, ES UN NOMBRE SIN COSA.

¡Hijo prudente del temor callado
Y la tiniebla muda!
Hermano del sosiego y del reposo!
¡A ti buscando voy por monte y prado!

Oda al silencio, de SOTO DE ROJAS.

En la noche de aquel mismo día, dos hombres de mala traza habían tomado posesión de la única mesa y de los dos únicos bancos existentes en la venta de que hemos hablado.

Colgaba en la pared un candil de hierro sucio que, con unas borras de mal aceite y una espesa mecha—que echaba un tufo negro como una chimenea de vapor,—esparcía una luz amortiguada, vacilante, rojiza, como si hubiese sido el resplandor de un hachón arrimado á la pared; sobre la mesa había un

jarro de vino de loza de Triana. Vamos á describirlo, pues lo merece. En la parte delantera de aquel jarro, una mano maestra, una Mme. Jacotot de Triana (1), había pintado con un azul impuro, sobre un fondo blanco sucio, un animal apócrifo, como lo son las quimeras, arpías, el pelícano, el dragón con aliento de fuego, el hipógrifo, el fénix, la salamandra, el basilisco, el unicornio y otros muchos que componen la graciosa casa de fieras de la Imaginación, rápida Atalanta que vence en su veloz carrera á la realidad. Esta moderna creación fantástica no era bella ni elegante; y si acaso tiene esta especie algún origen autorizado ó algún sentido simbólico, no hemos podido ni comprenderlo ni averiguarlo. Pertenecía su cabeza, á no dudarlo,—en vista de las astas fieras que la ponían en un respetable estado de defensa,—al ganado vacuno: el arca del cuerpo era en figura y dimensiones de ballena; las piernas ó patas, de cigarrón, y la bien poblada cola, de caballo.—Creemos que en Triana, su patria, se da á este bicho sobrenatural el nombre de toro.—Si estos jarros

(1) Madame Jacotot es la famosísima miniaturista cuyo hábil pincel da un mérito inestimable á los objetos de China de la fábrica de Sèvres, que sirven para los regalos regios.

fuesen exportados, como deberían serlo, no hay duda que aumentarían la fama que ya gozan en el extranjero Montes, Cúchares y Redondo, si consideraban que estos hombres matan en un dos por tres á semejantes monstruos. ¡Un toro del tamaño de una ballena y que saltase como un cigarrón! ¿Dónde íbamos á parar?

Antes de proseguir, y después de la de los productos, es preciso también hacer una mención honorífica de las fábricas, respetables decanas de todas las fábricas europeas. Cien años cuentan las de Sèvres: ahora veremos lo que es esa antigüedad y cuán frescos son esos pergaminos en comparación de la antigüedad y no interrumpida filiación de las fábricas de Triana. No pondremos como prueba de esta remota antigüedad los mencionados animales, calificándolos de antidiluvianos, como podríamos hacerlo sin que nadie tuviese el derecho de impedírnoslo; pero como tendrían el de dudarlo, traeremos pruebas más irrefragables, pues el asunto es más serio de lo que parece.

Murillo pintó un cuadro de las Santas Justa y Rufina, Patronas de Sevilla, que eran, como es sabido, lozeras.—Este cuadro ha pasado de Capuchinos al Museo de Sevilla, y así, todo el que quiera cerciorarse de la inmutabilidad de estas fábricas, podrá ha-

cerlo comparando los productos de ellas, que ha pintado el gran genio de Sevilla al pie de las Santas, con los que hoy se fabrican, y verá cómo son idénticos.

De esto hay doscientos años. Y si Murillo tuvo la advertencia—como es de creer que la tuviese al pintar estos accesorios—de asegurarse de que fueron los que en el año 287 vendían las Santas, se deducirá claramente que esas respetables fábricas cuentan mil seiscientos años; por lo cual tienen todo el interés de una momia viva y de un *statu quo* en perpetuo movimiento. ¡Y nadie observa, nadie admira esto! Escandaliza tanta indiferencia por tal fenómeno de duración y de inmutabilidad en un siglo en que todo varía, todo es nuevo... hasta,—y sobre todo,—¡el modo de andar!

Triana ha visto levantarse erguidas las elegantes fábricas de Sèvres, de Sajonia, de San Petersburgo, de La Granja y otras, dando á luz diversas generaciones de productos brillantes, ya á lo indio, ya á lo japonés, á lo etrusco, á lo griego, á lo chino y á lo rococó, sin envidia y sin la más mínima emulación. Sólo una taza frailera le dijo á una bacía: *Chi va piano, va sano; chi va sano, va lontano.* Así estas nobles matronas, sin cuidarse de la Pompadour, ni de sus amorcillos cachetudos y alados, ni de sus flores subidas de

color,—como las duquesas de aquella época lo estaban con su colorete,—han seguido fomentando la buena casta de sus animales extrambóticos y pájaros extravagantes, con una constancia única en su clase.

Deben hacer los anticuarios una liga defensiva y *protectoral* para preservar las fábricas de Triana de toda agresión por parte del progreso, que sería una profanación. El progreso cuando pasa por estas fábricas con todo su ejército, debe imitar el ejemplo de otro innovador, el Mariscal Soult, el que á su entrada en Sevilla, al pasar por ante las pilas de productos extremadamente domésticos de las fábricas de Triana, se quitó el sombrero y gritó á sus legiones:

—¡Soldados franceses: diez y seis siglos os están mirando (1)!

Volvamos á nuestros huéspedes de la venta, de los cuales decía el ventero á su mujer, mirándolos de soslayo:

—Juan Palomo y Pedro Palomo, ¡qué buen par de pichones!!! En seguida daba una vuelta por el aposento en que estaban los huéspedes, cantando su motete, primero á

(1) Recuerdo feliz de la célebre alocución de Bonaparte á sus soldados, al pasar por delante de las pirámides de Egipto: «¡Soldados franceses: desde lo alto de esas pirámides cuarenta siglos os están contemplando!»

sotto voce las dos primeras sentencias,—*vamos entrando, vamos bebiendo;*—y sacando luego un vocejón de sochantre para acabar la segunda parte—*vamos pagando, vamos saliendo!*

Pero eran en vano los paseos y los esfuerzos que hacían los pulmones del ventero, pues el *par de pichones* ni pagaba ni salía.

—¡Mal haya—decía el uno, dando un puñetazo sobre la mesa,—ese condenado á muerte, que nos tiene aquí aguardándole más de dos horas!

—Compadre Pimienta—dijo el otro, que parecía más cachazudo;—los Reyes son Reyes y aguardan!..

—Pues yo no soy Rey, y no quiero aguardar sino á la muerte. Me voy...

—¿Adónde?—preguntó al entrar un hombre alto y de feroz aspecto, acercándose á la mesa con aire de amo.

El que así era interrogado, que se había ya puesto en pie, se volvió á sentar, y dijo en tono más templado:

—¿Tienes grillos en los pies, que dos horas ha nos tienes aquí de plantón?

—No he venido antes—contestó el recién entrado—porque no he querido venir. Vamos á ver, ¿qué hay que decir?

Su interlocutor no respondió, puesto que el que le dirigía la palabra había sido sol-

dado de marina y baratero, y no había valentón ni rufián que le levantase el gallo. Los otros dos, de quienes decía el ventero, —gran conocedor de la especie,—que eran un buen par de pichones, tenían entre los dos tela para ahorcar á cuatro. Era el uno un desertor, que tenía sobre su conciencia una muerte; el otro, un presidiario fugado.

El recién llegado tendió la vista al rededor, y no hallando dónde sentarse, fué á la cocina á pedirle un asiento á la ventera.

—No hay— contestó la mujer, á la que aquella tórtola que venía á unirse á los pichones no hacía ninguna gracia;—no hay sino dos, que están en el aposento; si no le acomodan, siéntese en las astas de un toro ó plántese en la del Rey.

El matón no hizo caso ninguno de lo que decía la mujer; cogió y levantó por alto la primera silla que tuvo á mano, y se fué á sentar á la mesa con los otros dos.

Mucho hablaron, bebieron y gesticularon; la conferencia se había ido acalorando y elevándose gradualmente á disputa, con los vapores del vino. Trataban á la sazón de cuál de los tres sería capaz de hacer la mayor proeza.

El desertor y el presidiario ponderaban sus hazañas pasadas, y anunciaban aún mayores para lo sucesivo.

—¡Puro jarabe de pico! — dijo en voz bronca el baratero á sus compañeros; — pongo cuanto hay á que ninguno de los dos es capaz de hacer lo que yo.

—Jactancia andaluza,—repuso el presidiario.—Yo hago lo que hagas tú, ú otro hombre, sea el que fuere; ¿estás?

Oyóse en este instante una voz fuerte, pero poco melodiosa, que cantaba: *Vamos pagando, vamos saliendóóóó.*

—Calle ese buho que canta de noche, si no quiere que le toque yo un són para que baile una gaita gallega que le dé calentura,—gritó el baratero.—Y á vosotros digo,— prosiguió dirigiéndose á los otros, —que no hacéis lo que yo.

—¿El qué?—preguntó el presidiario.

—Matar en saliendo de aquí al primero que se me ponga por delante, mas que sea el lucero del alba; pero no á traición, sino como leal y valiente, cara á cara, dejándole que se defienda como pueda y quiera.

—¿A qué alborotar el mundo sin sacar provecho?—opinó el desertor.

—Es que éste,—añadió el presidiario señalando al baratero,—tampoco lo haría. ¡Jactancia; parola, mucho ruido y pocas nueces, como dice el refrán; fanfarronadas!

—¡Por el alma de mi madre!—gritó el baratero furioso y levantando el brazo; — ya

veréis si es jactancia! Mire usted quién habla de fanfarronada andaluza, ¡un valenciano!!! ¡Por *vía* del dios Baco!

Como estaba en mangas de camisa, se remangó ésta cuando levantó la mano, descubriendo el musculoso y velludo antebrazo, sobre el cual se veía una cruz azul impresa allí con pólvora, como las que suelen dibujarse los marineros.

—¡Vaya que eres buen cristiano!—dijo al verla con mofa el presidiario.

—No soy buen cristiano; que soy mal cristiano,—respondió el baratero.—Pero no soy impío como tú; ¿estás? Ni he ido á renegar á los presidios de los moros; ¿estás? Ni soy hereje, ni soy judío; ¿estás? Acato la cruz; que eso lo mamé con la leche de mi madre, —¡Dios tenga su alma!—y el demonio la mía, si no hago callar, y por más tiempo de lo que quisiera, al que á esto tenga que decir; ¿estás?

¡Qué contraste formaba aquel aposento sucio, con su moribunda, roja y vacilante luz, su cargada atmósfera, aquellos hombres fieros, sin hogar, sin asilo, sin amores ni lazos en esta vida, sus destempladas voces, roncas y avinadas, sus carcajadas y blasfemias; con la fresca, pura y tranquila noche de Mayo bajo la engalanada bóveda del cielo! La mar, que con la ausencia del viento estaba en cal-

ma, como una fiera no acosada, reposaba en silencio mirando al cielo, como para aprender de él á no agitarse; lo que hace sobreponiéndose á las nubes y neblinas que exhala la tierra. Formaba la mar, así tranquila y contemplativa, tan mágico espejo á la luna, que le daba el brillo que en el cielo no tenía. Suaves olitas venían, como á escondidas, á tenderse sobre la tersa arena de la playa, y se iban calladas, como para no despertar á las olas grandes que se las tragan. La suave luz de la luna se había apoderado de la trabajada naturaleza, como el sueño benéfico y tranquilo de un agitado enfermo.

Oíanse mil susurros indistintos y leves, que son quizás cantos de las flores; ecos que suenan en las concavidades de los áloes ó pitas; el suspiro de la mariposa, á la que pesan sus alas, y que, no obstante, no quiere desprenderse de ellas, porque recuerda que sin ellas era oruga; las respiraciones de la noche que duerme;—rumores todos demasiado tenues para que puedan discernirlos nuestros toscos oídos! — ¿O será que resuena en el aire el ruido del día desde el otro hemisferio? Puede que así como ha inventado el hombre el microscopio, que aumenta para la vista un millón de veces el tamaño de los objetos, andando el tiempo se invente un instrumento para el oído, que aumente un millón de ve-

ces la fuerza de los sonidos y entonces nos descubra, como lo ha hecho el microscopio, muchos secretos.

¡Dios mío! ¿Qué soberbio y necio materialista inventó la palabra *imposible*? ¡Imposible! ¿Hay acaso algo que lo sea para el Autor de tanta maravilla? ¿*Imposible* decís, topos de la tierra, cuando sólo la combinación de algunos vidrios, que aumentan vuestra facultad corporal de ver, os lanza un mentís á la cara!—Nada imposible hay para el poder de Dios, ni otro diluvio; ni hacer caer el fuego del cielo sobre la tierra, como en Sodoma y Gomorra. Así como tampoco hay nada imposible para su misericordia: ni aun el convertiros! Y creed que el día en que volváis á la casa paterna, todos los fieles os recibiremos, no como los Fariseos que no querían rozarse con los impuros, sino como su Padre al hijo pródigo; y os daremos un lugar de preferencia, pues más habréis hecho en volver, que nosotros en no salir.

Mas volviendo á la escena que pintábamos, sólo se oía distintamente el chirrido del grillo que partía el silencio de la noche como una sierra.

¿Por qué cantan en lugar de dormir esos desvelados? ¿Por qué es tan incansable su furor filarmónico?

¿Es sólo en ellos una expresión de amor,

ó están dotados del sentido musical? ¿Son amantes, ó son *dilettanti*? ¿O son acaso, como los muchachos, enemigos declarados del silencio? Bien podrá ser esta última suposición la cierta, porque el silencio y la inocencia,—que son las dos cosas más bellas que en el mundo se pueden hallar,—son también las dos que tienen más enemigos y perseguidores.

¿No habéis notado, como nosotros, el inexplicable encanto del silencio, que es un goce moral y físico, y no habéis observado también cuán difícil y casi imposible es llegar á disfrutarlo? Podéis creernos, pues sobre esto hemos hecho un estudio muy especial y profundo: el silencio absoluto en la naturaleza, y la calma inalterable en el corazón, son goces rarísimos. Del primero sólo disfrutan los sordos; de la segunda sólo gozan los justos.

Andan los poetas tras del primero; los filósofos tras la segunda: los alquimistas tras el oro artificial; todos con poquísimo éxito. De las ciudades, —hormigueros de toda clase de hormigas y hormigones, — huye el silencio por verse poco apreciado; en el campo, algo se detiene, á pesar de que le acosan de mancomún los pájaros, que cada uno de por sí se cree un ruiseñor, el insecto que prefiere el monotono recitado al variado canto, el viento

que suspira, las hojas que le hacen coro, y aun el agua que sale de los cangilones de las norias, como el niño del vientre de su madre, ensayando su voz.

Hémosle buscado en alta mar en días de calma chicha; ¡nada! Si no lo creéis, vosotros que tenéis la dicha de no haber entregado vuestra alma al diablo, ni vuestra persona á la mar—lo cual es otra diablura—preguntádselo á un marino, á uno de esos hijos del Océano, que no saben sino llegar y partir, como los pájaros; y confiando en sus alas no temen las distancias, y confiando en su estrella no temen los peligros. Ellos os dirán que en tales días,—á pesar de que parece la inmensidad del mar y la del cielo un gran reloj parado, al que Dios se olvidó de dar cuerda, —á lo mejor se le antoja á un grave pez echarla de saltimbanquis, y después de hacer brillar sus escamas al sol, cae pesadamente dando un ruidoso zarpazo. — El barco, cansado de su forzoso *far niente*, se inclina y espereza, crugiendo sus coyunturas como las del rey don Pedro, y el mar hace gorgoritos alrededor del timón, como para probarle que su flexible voz canta de tiple así como de bajo.

Hemos buscado con mucho afán y con preferencia el silencio en las iglesias; pero también allí una legión de resfriados se ha pronunciado unánimemente contra él.—Me

objetaréis que se hallará de noche, puesto que siempre los poetas pintaron como gemelos á la Noche y el Silencio; ¡cosas de poetas que sueñan despiertos, y hacen rimar las palabras, sin cuidarse de que rimen las ideas! Y si no, ¿acaso no oís un coro poco angelical de mosquitos, que se esmeran en anunciar á són de trompa su poco amena presencia, las cornetas bélicas con que amenazan con su sangriento ataque, el afán con que buscan un postigo mal defendido ó uña brecha al mosquitero de gasa, ese murallón, esa trinchera inexpugnable?

Ésto en verano. Pues ¿y en invierno? ¡Dios nos asista! El viento nos da unas serenatas á toda orquesta, capaces de helar la sangre en las venas á las Pirámides; los serenos sacan unas voces de sus gargantas, ó de debajo de tierra, que son sonidos incalificables é inusitados de día. Los gatos *ultra-románticos*, desdeñando la clásica *melancolía*, acuden á la moderna *desesperación* para interesar á las pulcras gatas, que no consideran decente un paseo por el tejado á deshora.—Las gotas de lluvia de los aguaceros parecen un ejército de soldaditos de cristal respondiendo á la lista.

Es, pues, preciso desengañarse: EL SILENCIO ES UN NOMBRE SIN COSA; una dulce ilusión irrealizable; una utopía, soñada por un Pla-

tón que se metió algodón en los oídos; una delicia que inventó Mahoma para su paraíso imaginario; y por eso dice en su *Corán* que LA PALABRA ES PLATA Y EL SILENCIO ES ORO.— Es el silencio un sueño, un mito, una superstición: ha huído de la tierra con hastío, y reina en las nubes, adorable sultán en su puro y delicioso serrallo.

CAPITULO IV

LA MISA DE ALBA.—EL ROMANCE.—EL PINAR. EL BRAZO DE LA CRUZ.—EL EX-VOTO.

> Dejemos á las campanas reunir á los fieles, pues que la voz del hombre no es bastante pura para convocar al pie del altar al arrepentimiento, á la inocencia y al infortunio.
>
> CHATEAUBRIAND.

> Si las campanas se hubiesen adaptado á cualquier otro monumento profano, hubieran perdido la simpatía moral que tienen con nuestros corazones.
>
> IDEM.

Si existe un sonido que vaya en derechura al corazón, que llene el alma santa de alegría, y bañe los ojos de suaves lágrimas de gratitud, es el sonido de la campana, cuando el alba,—ágil y clara ella sola en el *duerme vela* de la Naturaleza,—hace, como dice el gran poeta católico Chateaubriand, *mensajeros del culto á las nubes y á los vientos.*

Grandioso es el són de bronce de las campanas cuando en coro repican á una solemnidad religiosa ó anuncian un fausto evento al país; grave y solemne cuando, según la

expresiva frase popular, *llaman al muerto á la tierra;* pero es á la vez sencillo y grave, solemne y alegre, cuando tocan á la misa del alba, anticipando á toda faena humana el Divino Sacrificio.

No parece sino que no quiere irse la noche sin haber oído aquellos santos y suaves sonidos, y que el día no se atreve á llegar sin que ellos le llamen. Así es que se está el alba muda, inmóvil y pálida como una lámpara de alabastro, alumbrando á la Naturaleza con su débil luz sin despertarla, como una madre alumbra con la lamparilla á su dormido hijo, mientras la noche, apoyada en el Occidente, extiende sus velos, que caen pesados de rocío, y anima á sus sombras, que desmayan y caen por tierra.

Pero cuando se despierta el corazón del mundo—esto es el hombre, que piensa y siente,—son sus primeros latidos los toques de aquella campana que anuncian el Santo Sacrificio, como son los primeros sonidos que articula el niño la voz de *Padre*. Entonces la noche, recogiendo sus estrellas como el avaro su tesoro, huye y se desvanece como un mal pensamiento ante la luz de Dios, tan clara y tan pura en la Naturaleza cuando ningún nublado le hace sombra, como en el entendimiento del hombre cuando ninguna duda fría y amarga la oscurece. Santos y

puros sonidos que esparce por el aire la campana, esa voz del templo, y que bajan sobre la tierra como notas ó acordes sueltos del *Hosanna* que entonan los ángeles del cielo á su Dios. ¡Qué melodiosos son, qué pacíficos y qué dulces y alegres!—Y lo son, porque todo eso promete la Religión al que la ame y la practique: ¡paz, dulzura, alegría y melodías santas en el corazón!

Con éstas salía Juan de la Cruz aquella madrugada de la iglesia—en la que había oído la misa de alba,—y al dirigirse hacia la Cruz del Pinar, llevando en una cesta la fresca guirnalda de flores que iba á colgar de los brazos de aquel Santo Signo de nuestra redención, iba cantando con pura y clara voz este romance:

Hoy que celebra la Iglesia
El misterio sacrosanto,
Cuando hallara Santa Elena
Aquel signo consagrado,
Que es el terror del infierno
Y consuelo del cristiano,
Salid á coger las flores
Que nacen en nuestros prados,
Tejed con ellas guirnaldas
Y vestid la Cruz de ramos,
Cantad con el avecilla
Que hace su nido en el árbol,
Load al que nos crió
Y que murió por salvarnos;

Coged, cristianos, las flores
Y vestid la Cruz de ramos,
Pues os las brinda la aurora
De esta mañana de Mayo.
Aquel divino trofeo,
Como pronóstico santo,
El invicto Constantino
Miró en el cielo estampado,
Y Santa Elena llegó
A los lugares sagrados,
A descubrir el tesoro
Que salvó al género humano,
Y halló el lugar escondido
Adonde estaba encerrado
Aquel diamante del cielo
Perdido por tiempo tanto.
Cantad loores á la Cruz;
Salid por vegas y campos,
Coged las flores más bellas
Y vestid la Cruz de ramos,
Pues os las brinda la aurora
De esta mañana de Mayo.

Seguía Juan la vereda derecha y blanca, abierta por entre la espesa maleza, como una raya en una crespa cabellera, y que guiaba á la Cruz del Pinar. Ya la distinguía sobre su sencilla base redonda, blanqueada para la apacible fiesta de la Cruz; ya veía á ésta con sus brazos abiertos—como para implorar á Dios ó como para abrazar á los hombres;—ya miraba la guirnalda que anteriormente había colgado en sus brazos con sus mustias flores, como si las hubiesen ajado

las lágrimas y marchitado el dolor; ya oía el murmullo de las hojas de los pinos, tan suave, que siempre parece lejano, como dulce y remota esperanza; tan melancólico, como un recuerdo de lo que dejó de existir; indeciso, vago, indistinto, como el primer *sí* que arranca el amor autorizado á la virgen tímida, criada en el radio de la mirada de su madre y á la sombra de las alas del ángel de su guarda,—cuando de repente vió salir del pinar á un hombre. Aquel hombre, de insolente y duro aspecto, se le vino acercando á pasos precipitados, y cuando estuvo al alcance de la voz:

—¡Atrás!—le dijo con toda la insolencia de la osadía y el despotismo de la violencia.

Si Juan de la Cruz hubiese tenido tiempo para reflexionar, al verse ante tan temible antagonista y no teniendo ningún interés en exponer su vida para resistir á un foragido, hubiese prudentemente abandonado el campo, y cortado así un lance en que había mucho que perder y nada que ganar. Pero no dando lo repentino del suceso tiempo á la reflexión, Juan de la Cruz, cediendo á un primitivo instinto de sencilla independencia y á un espontáneo brote de valor, fijó en su agresor la serena mirada de sus grandes ojos pardos, y prosiguió pausadamente su camino.

—¿No me has oído?—dijo ásperamente el

provocador agarrando al inofensivo y desarmado joven por un brazo.

—Vamos,—repuso Juan de la Cruz, desprendiéndose del brutal apretón del desconocido,—¿á qué me provoca usted? ¿Acaso le estorbo? ¿No hay lugar en el campo de Dios para ambos?

—¡Atrás!—volvió á decir el forastero.

—¡Vaya usted con Dios y déjeme en paz! —repuso Juan de la Cruz dando un paso adelante.

—¡Atrás!—gritó por tercera vez el provocador,—y si no, defiéndete,—añadió apuntándole con su escopeta,—puesto que ó te vuelves atrás, ó te dejo en el sitio.

Juan de la Cruz, ligero y ágil, se echó sobre su adversario; le cogió la escopeta con la rapidez del rayo, y el tiro se disparó al aire.

Todo esto fué hecho antes que pensado. El baratero,—pues era él,—se quedó un momento suspenso y atónito de sorpresa y de rabia.

—¿Esas tenemos?—murmuró sacando su navaja.—¡Chiquillo: prepárate, defiéndete y encomienda tu alma á Dios!

Diciendo esto, se precipitó sobre Juan de la Cruz; éste se defendió con prudencia y denuedo, tratando de parar los golpes de aquel furioso; pero, siempre retrocediendo y perdiendo terreno, salió del camino, y, enre-

dándose sus pies en los matorrales de la dehesa, el infeliz perdió el equilibrio y cayó de espaldas, arrastrando en su caída consigo á su implacable antagonista. Este, sujetando con una mano á su indefensa víctima, que no podía ya hacer resistencia, y levantando con la otra el arma homicida, iba á descargar el golpe, cuando paró el ímpetu de su brazo y detuvo su acción un objeto de más fuerza y consistencia que las carrascas y palmitos y que no había, cual éstos, cedido al peso de los cuerpos de los combatientes, y que así se vino á interponer entre el brazo del asesino y el pecho de su caída víctima. Fijó el primero sus feroces y sangrientas miradas, lleno de ira, en este objeto... y... ¡no pudo apartarlas de él! Los músculos contraídos de su rostro se dilataron; sus miradas parecieron retroceder hacia dentro, como un áspid en la tierra; sus brazos cayeron inertes sobre sus costados. Aquel objeto que había extendido un brazo protector sobre el pecho del inocente era... ¡una Cruz!

—Bien puedes dar gracias á Dios,—dijo el asesino levantándose,—por el escudo que ha puesto sobre tu pecho.

Diciendo esto, se alejó precipitadamente y desapareció en el pinar.

La Cruz que salvó á su devoto había sido erigida, según la piadosa costumbre de nues-

tro país, en aquel lugar porque allí había sido muerto por un toro un pobre ganadero.

Las carrascas y matorrales que habían crecido después habían ocultado la humilde Cruz de madera.

Algunos momentos después colgaba Juan, con mano aún tremula y agitada, la fresca guirnalda, que regaba con lágrimas de gratitud, en los brazos de la Cruz del Pinar, y hacía voto de perpetuar la memoria de su milagrosa salvación por ella, conservándola expuesta en un cuadrito que, como testimonio de su fe y gratitud, suspendería en el altar de la Cruz para edificación de las almas piadosas.

¡Y este era el EX-VOTO que tanto había escandalizado el *decorum* protestante! De esta piadosa ofrenda de la fe y de la gratitud era de la que decían los que *nos quieren convertir:*

—Es una gran irreverencia,—dijo míster Hill.

—Un desacato, querido; —respondió el otro.

—Una ridiculez, amigo.

—Una impropiedad, *Sir*.

—Una profanación, *dear*.

Y ahora,—después de comparar el hecho católico con la interpretación protestante,—

¿habrá entendimiento de buena fe ni corazón sano que no repita con nosotros las palabras de San Pablo: «¿POR QUÉ ELLOS ENFERMAN Y YO NO ENFERMO? ¿POR QUÉ ELLOS SE QUEMAN Y YO NO ME QUEMO?»

NOTA

Por una singular coincidencia, mientras se imprimía esta narración, han traído los diarios de Madrid, copiada del *Diario de Tolosa*, la relación de un atentado cometido en la frontera de Cataluña, en la que se hallan los siguientes párrafos.

«Hace unos días que anunciamos la extradición de Francia del llamado Juan Dastrada, acusado de asesinato.

»He aquí, según el *Diario de Tolosa*, la manera con que se cometió aquel crimen:

«Hace algunos meses que el acusado era propietario de una posada situada en la extrema frontera de Cataluña, en un sitio aislado. En aquel paraje apenas se detenía alguno que otro pasajero. Juan, que era joven y tenía una fisonomía agradable, se había enamorado apasionadamente de la hija de un labrador, que habitaba en las cercanías; ella, por su parte, le amaba también; pero

los padres no consentían en la boda, pretextando la pobreza del novio.

»Desde que recibió esta negativa, el posadero tornóse triste, porque no tenía esperanzas de reunir el dinero necesario para llenar los deseos de los padres de la que amaba.

»En esto pensaba una noche tempestuosa, cuando oyó que llamaban violentamente á la puerta de su posada solitaria.

»Era un hombre á caballo que, perdido en aquellas breñas y acobardado con el temporal, pedía hospitalidad por aquella noche. Juan le recibió, encendió luz y fuego, y se puso á preparar la cena á toda prisa.

»Mientras se ocupaba en esto, notó que el extranjero, cuyo traje indicaba ser un opulento personaje, tenía oro en abundancia. Una idea súbita cruzó por la mente del posadero: pensó que, obteniendo por medio de aquel oro la mano de su amada, aseguraba la felicidad de su vida.

»La posada estaba en lugar desierto, la noche tempestuosa, el camino solitario.

»Armado de una larga navaja catalana, aproximóse Juan á paso de lobo al viajero, que cenaba con mucho apetito, y agarrándole por detrás, le dió una navajada en el pecho. El infeliz cayó bañado en sangre.

»Juan quiso rematarlo; pero el arma tropezó con un crucifijo que el extranjero lle-

vaba en el pecho debajo de la camisa. Al ver este símbolo de nuestra redención, tan venerado en España hasta por los hombres más criminales, el posadero sintió que le faltaba el valor ¡y no osó consumar el asesinato!»

UN VESTIDO

RELACIÓN DE UN HECHO CIERTO

UN VESTIDO

CARIDAD quiere decir amor. Hay tres clases de amor incluídas en esta denominación: el amor á Dios, que es la adoración; el amor á nuestros iguales, que es la benevolencia, y el amor á los pobres y los que padecen, que conserva el nombre de este amor teologal, *caridad*.

Si, por desgracia, en nuestra acerba y descreída era, están tibios y aminorados los dos primeros, no lo está por suerte el último, que permanece en el siglo, como una cruz en la cúspide de un edificio que van invadiendo, al menos al exterior, las frías aguas del indiferentismo.

Mientras más cunda la miseria—merced á causas que no es del caso ni de nuestra incumbencia examinar, pero entre las cuales, no obstante, citaremos el lujo, que, semejante á un despreciable afeite, pero siendo en realidad una mortífera lepra, se va extendiendo sobre toda la sociedad, y la carestía de los artículos de primera necesidad que

oprime y ahoga á las clases menesterosas como un dogal; — mientras más cunda, decíamos, la miseria, más ostensiblemente corre á su auxilio la caridad. Desde los graves hermanos de San Vicente de Paúl, que edifican al público, hasta los alegres histriones que lo divierten, todos concurren al mismo objeto. Centuplica la caridad sus recursos, y después que las señoras, imitando el ejemplo de las santas, le han dedicado los primores de sus agujas, los hombres, á su vez, las imitan dedicando al mismo fin los trabajos de sus plumas. No elogiaremos este buen propósito; las buenas obras, sinceras y puras, tienen su pudor, que rechaza el elogio como una recompensa, puesto que la dádiva que obtiene premio no es tan *dádiva* como la que nada recibe, y esta es la razón por la que tantas almas piadosas ocultan el bien que hacen, mortificadas que son por la alabanza que excita.

Establecióse en una populosa ciudad de Andalucía un caballero que había estado muchos años en América, y traía de ella muchos *tesoros*, como decía la voz pública, en su manera ponderativa. Pero era cierto que uno traía superior á los de oro y plata que se le suponían, y era una mujer buena, honrada, modesta y caritativa, bien hallada entre las pacíficas y alegres cuatro paredes

de su casa, feliz y contenta en su tranquilo interior doméstico.

En breve echó de ver el marido el desenfrenado lujo que ostentaban en su vestir las señoras de su nueva residencia, con el que contrastaba la modesta sencillez que en el suyo gastaba su mujer. Y así fué que le dijo un día en que juntos iban á salir:

—Luisa: preciso es que te compres un vestido como el que veo gastar á otras señoras.

—Felipe—contestó su mujer:—esos vestidos que ves en otras cuestan cuatro mil reales; el año que viene no se gastarán ya, y son cuatro mil reales tirados, lo que es un despilfarro, y hasta una impropiedad en quien no tiene ni la posición ni el caudal de unos príncipes.

—Siendo más pudiente que otras que los llevan, deseo que no seas tú menos, lo que nos expondría á la crítica ó á la burla—respondió el marido.

Luisa se sonrió y calló; pero en lo que menos pensó fué en comprarse el vestido.

Cada vez que juntos salían, le preguntaba don Felipe:

—Luisa: ¿no te has comprado todavía el vestido?

Y ella, con el fin de no contrariarlo, buscaba disculpas por no haberlo hecho.

—Luisa—observaba entonces su marido:—

se sabe que tengo posibles, y como nadie podrá creer si una señora no lleva cual le corresponde un vestido rico, que sea por *motu proprio,* creerán que es mi avaricia y no tu voluntad la causa de que no lo tengas.

Un día que les acompañaba á la mesa un amigo íntimo de don Felipe, le refirió éste, muy sentido, lo que llamaba la manía de su mujer, de no querer comprarse el vestido, y levantándose, trajo cuatro mil reales en oro que entregó á Luisa, con la expresa condición de que habían de ser invertidos en la compra del vestido.

Salieron en seguida los amigos á pasear, y Luisa entró en su gabinete, y se sentó sobre una silla baja en su cierro de cristal á hacer labor.

Aguardaba allí á una de las muchas personas necesitadas que esta señora socorría con sus dones, y consolaba escuchando con el mayor interés la relación de sus males y de sus desgracias.

La persona que le aguardaba conservaba un aspecto decente, en medio de la más completa miseria, gracias á Luisa que la había provisto de las piezas de vestir necesarias para ello.

El marido de esta desgraciada había ejercido toda su vida un empleo subalterno; pero hacía algún tiempo que, sin causa ni pretex-

to, había sido privado de su cargo para favorecer á otro con él.

Anciano ya, sin conocimientos, fuerzas ni proporción de buscar otro modo de mantener á su familia, la angustia, el desconsuelo y la irritación que se apoderaron de su ánimo le postraron en cama.

En breve fué vendido su modesto ajuar y cuanto poseían, para atender al sustento de la familia y á la asistencia del enfermo.

Entonces su hijo, joven á quien había dado su padre una buena educación, y que por entonces estudiaba en la Universidad, lo abandonó todo para trabajar y mantener á sus padres; pero como ningún oficio había aprendido, no le quedó más recurso que entrar en una obra de peón de albañil.

Pero seis reales que ganaba á tan inusitadas y duras penas que iban minando su salud, como no acostumbrado desde niño á tan rudo trabajo, los seis reales que ganaba, decimos, no con el sudor de su frente, sino agotando las fuentes de su vida, no alcanzaban al doble objeto de sustentar á su familia y costear los gastos de la enfermedad de su padre.

¡Cuán palpables son las disposiciones de Dios en las grandes crisis de la vida!

¿Quién no ha visto claramente al dedo de Dios señalar á la caridad el lugar y ocasión

en que debe ejercer su santa misión? — Y así lo hizo ahora, porque una prima noche oyó Luisa el dulce, triste y argentino són de la campanilla, que anuncia á los fieles que viene Dios á la casa del hijo que, no pudiendo ir á la suya, implora su presencia.

Luisa iluminó su balcón, y se arrodilló adorando al Dios que da consuelo y fortaleza en esta vida pasajera, y la bienaventuranza en la eterna.

El santo Viático entró en ùn pobre corral cercano á su casa, y cuando de allí salió, después de dejar el socorro del alma, entró el de la vida, que en persona fué á llevarle Luisa.

Desde entonces venía diariamente la mujer del enfermo á recibir caldo y otros auxilios de aquella casa como lo hacían otros menesterosos; y por eso no había querido Luisa tomar, del dinero que le entregaba su marido para los gastos, la crecida suma de cuatro mil reales, lo que le hubiese impedido atender con holgura á estas obras de caridad, que hacía sencillamente, sin ruido y sin ostentación, como riega una suave nube de primavera la sedienta tierra, porque prefería los goces del corazón á los de la vanidad.

—Señora—exclamó Luisa al notar que la pobre mujer, que era la del referido cesante, lloraba amargamente: — ¿qué tiene usted?

¿No se hallaba aliviado su marido de usted?

—Sí, señora—contestó sollozando la interrogada; — pero el hijo de mi alma, que no puede con el trabajo que hace, ¡ayer cayó postrado, y está echando sangre por la boca!

Hubo un rato de silencio, pues el dolor en la una y la compasión en la otra eran tales que no hallaban palabras que los expresasen.

Después de un rato, prosiguió la madre:

—Tenemos un primo en la Habana que nos ha escrito que, en vista de las cualidades, saber é inteligencia de mi hijo, tiene proporción para colocarlo allí ventajosamente, y que se lo enviemos; ¡pero no tiene presente que el que no tiene para comer no tiene para costear un viaje á la Habana! ¡y no obstante, dice el médico que un viaje de mar es sólo lo que podría salvar la vida á mi hijo! Si no le hubiesen quitado á mi marido el destino habría hallado quien, con la fianza del sueldo, le hubiese adelantado el dinero; pero ahora es un imposible. Señora: ¡nos han perdido! Dios se lo perdone.

Luisa tenía los cuatro mil reales en la mano; era tímida, era sumisa á su marido; pero era aún más caritativa.

—Salvo la vida de este buen joven—pensó—: quizás haga su suerte y la de toda su familia; todo con privarme de un vestido de

lujo... y titubeo... Tome usted, señora—dijo poniendo el oro en la mano de la desconsolada madre; — que parta inmediatamente su hijo de usted, y que lo haga descuidado, pues mientras no escriba su llegada no faltará á ustedes el pan de cada día.

La explosión de júbilo y de gratitud de la pobre madre, pintarásela el que esto lea mejor su imaginación de lo que las palabras pudieran hacerlo.

Ocho días después navegaba el enfermo hacia la Habana, vigorizando sus pulmones los aires puros del mar, el descanso sus miembros y la esperanza su espíritu.

Entre tanto, la cuestión del vestido seguía siendo el solo, pero perenne altercado del matrimonio de que nos venimos ocupando, y, no obstante, el marido no era vano; pero el cobarde respeto humano le indujo á persistir en aquella mezquina exigencia, con la que de continuo mortificaba á su excelente mujer.

—¿Y el vestido—preguntaba de cuando en cuando don Felipe,—te lo has comprado?

Esta, que era tímida, no se atrevía á decir á su marido que había dispuesto del dinero, y trataba salir del paso con evasivas. Unas veces decía que no le gustaban los que de venta se hallaban, y que le habían dicho en las tiendas mejor surtidas que estaban aguar-

dando nuevas remesas; otras, que no había salido por causa del frío ó falta de tiempo, y así fueron pasando días y meses.

Ya la paciencia de don Felipe estaba gastada.

—¿Quiere usted creer—dijo con irritación á su amigo, un día que estaban sentados en la mesa—que habiendo, como usted recordará, dos meses que di el importe del vestido á mi mujer, con la condición de que en él lo invirtiese al momento, que aún no lo ha hecho? ¿Es esto leal? ¿No es, con su aire gazmoño, burlarse de mí?

Luisa, que, como hemos dicho, era tímida, y que oía por primera vez palabras desabridas y duras en boca de su marido, se turbó y afligió, y dijo para calmarlo:

—Está comprado.

—¡Por fin! Albricias—repuso satisfecho don Felipe.—¿Dónde está?

—Lo tiene la modista—respondió su mujer cada vez más turbada, como todo aquel á quien falta energía para seguir con paso firme la buena senda.

En este momento avisó un criado á media voz á Luisa que estaba allí una de las pobres que favorecía, que pedía hablarle con urgencia.

Luisa se levantó.

—¿Dónde vas, mujer?—preguntó don Fe-

lipe;—¡á que es una pobre! Dile que vuelva á otra hora.

—Es la modista—contestó Luisa.

—Entonces ve, no te detengas, y haz traer el vestido, que lo veamos.

No habían pasado cinco minutos cuando entró Luisa apresuradamente. Sus ojos negros brillaban reflejándose en ellos una espléndida alegría, como brilla un puro cristal reflejando los radiantes rayos del sol; sus mejillas estaban encendidas como hogueras de regocijo; sus labios temblaban indecisos entre una gozosa sonrisa y un suave llanto. En la mano traía una carta doblada.

—Toma, Felipe, toma—exclamó alargándosela á su marido.—¡Ahí tienes el vestido!

Su marido, asombrado y sin atinar cuál sería el sentido de aquellas palabras, tomó la carta y leyó:

«Padres de mi corazón: Se han acabado sus sufrimientos y los míos. Dios nos ha hecho felices por mano de uno de aquellos ángeles que el cielo envía á la tierra para consuelo y bien de la humanidad.

»Gracias á él y al inesperado socorro que nos prestó,—que fué tal que debió costarle algún sacrificio, lo que aumenta su valor y mérito,—embarquéme y llegué aquí, después de una feliz travesía, completamente restablecido; apenas desembarqué, cuando me die-

ron la colocación que me tenía preparada mi tío en casa de sus antiguos amos, poderosos comerciantes que lo tienen en mucha estima; á los pocos días me demostró el señor estar tan satisfecho de mi celo é inteligencia que me aumentó el sueldo; y esta mañana, preguntándome si estaba contento, y respondiéndole yo que no podía estarlo por la ausencia de mis padres, y verlos en tan infortunada posición, me dijo que escribiese á ustedes que se vinieran, en vista de que tiene en donde colocar á usted, padre. Mando adjunta, para que costeen el viaje, una letra, importe del sueldo de los dos meses, que no he gastado con objeto de enviárselos, habiéndome tenido el tío en su casa, etc.»

Cuando don Felipe hubo acabado la lectura de la carta, fijó los ojos en su mujer, con una mirada que expresaba toda la admiración, todo el cariño, todo el enternecimiento de que rebosaba su corazón, y sólo pudo decirle:

—Perdona, Luisa.

La suave y modesta mujer le contestó:

—Perdona tú, pues te engañaba.

—Mi culpa es, pues no supe inspirarte confianza—repuso el marido;—si me lo hubieras dicho, se habría hecho la buena obra, sin que para eso tuvieses que privarte de un buen vestido; ahora me encargo yo de pro-

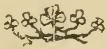
porcionártelo, y por cierto que no habrá salido de las fábricas de Lyón otro mejor que el que recibas.

—No, no, Felipe; no—exclamó Luisa;—si acaso lo que he hecho es una buena acción, y me la recompensaras, no sería yo, sino tú, el que de ella tendría el mérito y la satisfacción, y no te los cedo. Además, el bien que se hace sin que nos cueste un sacrificio ó una privación, pequeña ó grande, nó deja del todo satisfecho el corazón ni completamente alegre la conciencia.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

	Págs.
Más honor que honores..	1
Lucas García.	119
Obrar bien... que Dios es Dios.	225
El dolor es una agonía sin muerte. . . .	249
Sola.	269
Dicha y suerte..	311
La noche de Navidad..	377
El día de Reyes.	403
El ex-voto.	427
Un vestido.	487



ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA TIPOGRAFÍA DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS,
BIBLIOTECAS Y MUSEOS», EL DÍA VIII DE JULIO
DEL AÑO MCMIX

LS
C 1125
282316
Author Caballero, Fernán (pseud.)
Title Obras completas. Vol. 11.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU